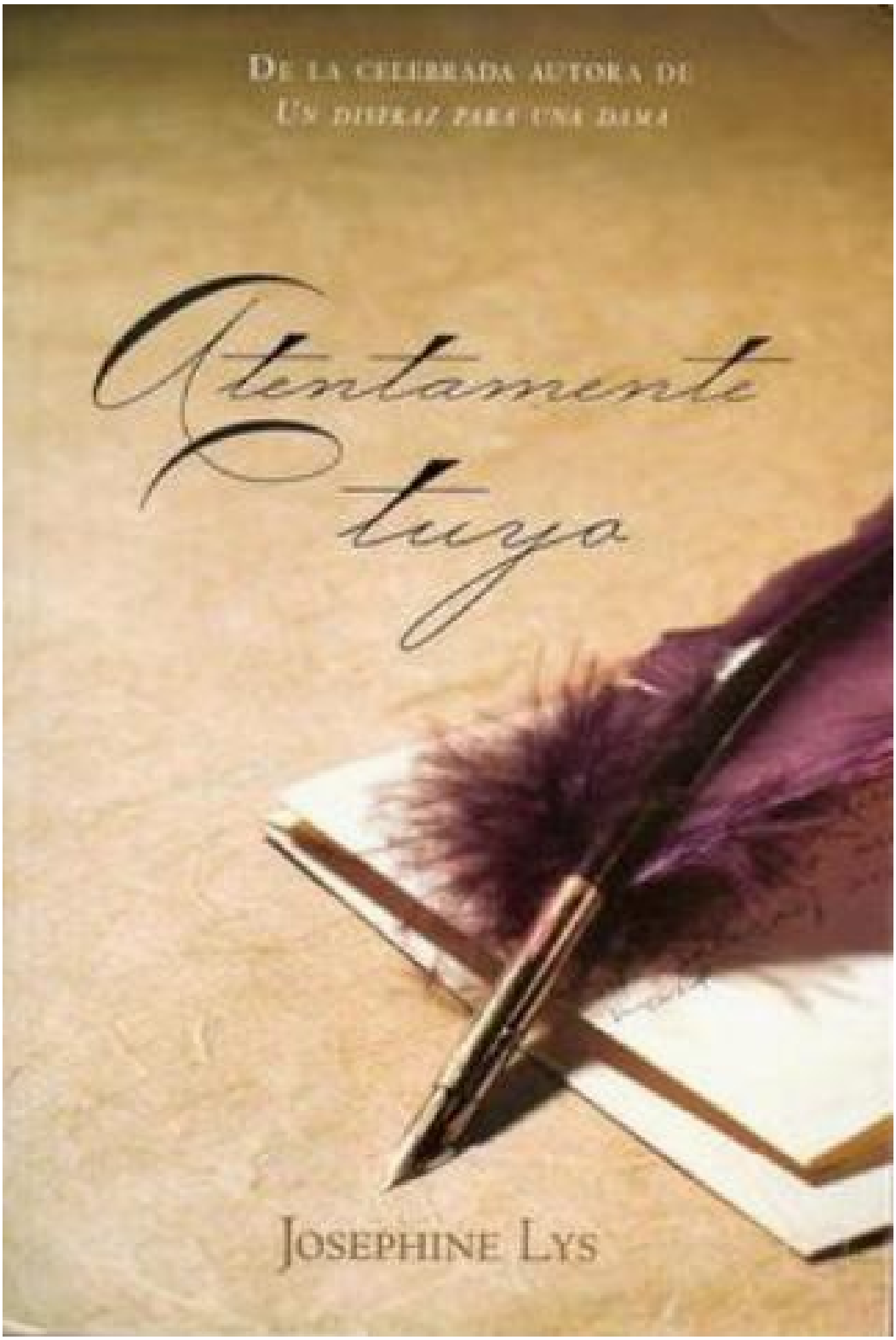

JOSEPHINE LYS

ATENTAMENTE TUYO

A mi abuela Carmen, que sigue
cuidando de todos nosotros.
A mi abuela Victoria, por ser una mujer
valiente y generosa, y de la que aprendo día a día.
A mis padres, quienes están siempre a mi lado.
A Fran, mi amor, por crear nuevos sueños
junto a mí y hacerme la mujer más feliz del mundo.
A mi tía Vito por convertir lo cotidiano
en algo extraordinario y compartir las grandes y
pequeñas cosas de la vida.
A mi familia de Málaga,
a mi tía Maribel por animarme,
a Julio y a Vicenta,
y a todos mis amigos de Vicálvaro y Alcorcen.
Os quiero a todos.

ÍNDICE

ARGUMENTO.....5
Capítulo 1.....6
Capítulo 2.....15
Capítulo 3.....24
Capítulo 4.....34
Capítulo 5.....43
Capítulo 6.....56
Capítulo 7.....63
Capítulo 8.....70
Capítulo 9.....80
Capítulo 10.....89
Capítulo 11.....98
Capítulo 12.....110
Capítulo 13.....117
Capítulo 14.....125
Capítulo 15.....135
Capítulo 16.....144
Capítulo 17.....155
Capítulo 18.....163
Capítulo 19.....173
Capítulo 20.....180
Capítulo 21.....186
Capítulo 22.....193
Capítulo 23.....200
Capítulo 24.....207
Epílogo.....216

ARGUMENTO

Cuando Eleanor Bradford conoció a Nicholas Brame, conde de Wiltshire, en el baile de su amiga Mary Beth Benning, las primeras palabras que vinieron a su mente fueron: presuntuoso, atractivo, libertino, irresistible. Su amiga la había prevenido de hombres como él, y la fama del Conde lo precedía a donde fuera. Después de la muerte de su padre y de haberse hecho cargo de su familia, lo último que quería Eleanor era arruinar su temporada de presentación con las galanterías de ese tipo de hombre. Pero ¿sería capaz de hacerlo?

Cuando Nicholas Brame vio a Eleanor Bradford entrar al baile que ofrecía la familia Benning, supo que la invitaría a la pista en la primera oportunidad y, mientras bailaba con ella, las primeras palabras que vinieron a su mente fueron: malcriada, hermosa, rebelde, irresistible. A pesar de sus treinta años, Nicholas no quería saber nada con jovencitas casaderas, y en especial, nada con Eleanor. Pero ¿sería capaz de olvidarla? Un fin de semana compartido en la campiña hace que ambos se conozcan mejor y que compartan sus secretos y dolores más íntimos, lo que los hará pensar en profundizar su vínculo. Sin embargo, el marqués de Lavillée, nuevo marido de la madre de Eleanor, tiene otros planes para ella: casarla con su sobrino en Francia para así adueñarse de su fortuna. La obligará con una feroz amenaza a desairar al hombre que ama y partir hacia París.

Un año y medio después, tras la muerte de su familia, y todavía soltera, Eleanor regresará a Londres, donde sufrirá el desprecio de Nicholas. A pesar de todo, el destino parece guardar una última carta y hará que, para salvaguardar su honor, deban casarse. "Un matrimonio por conveniencia", acordarán. Pero ¿alguno de los dos creerá esa mentira?

Capítulo 1

Londres, septiembre de 1833.

—Gail, por favor, date prisa.

Eleanor Bradford estaba sentada frente al espejo, mientras su doncella le terminaba el peinado, un recogido propio de una princesa, con unos rizos sueltos que enmarcaban su cara y acentuaban, aún más, sus hermosos y grandes ojos verdes.

—Muchacha ingrata, si no fuera porque te conozco desde que llevabas pañal y que te quiero como a una hija, te pondría sobre mis rodillas.

Eleanor sonrió ante la regañina de Gail. La verdad era que la quería como si fuera su segunda madre. Había estado a su lado desde que tenía uso de razón. Su madre, con frecuencia, la había censurado por la libertad y la abierta confianza con que dejaba que la tratase; pero ella no podía imaginar su relación con Gail de otra manera. La anciana doncella la quería como a una hija; así se lo había dicho más de una vez y se lo había demostrado cuando más la había necesitado.

Podía recordar cuando el médico les había comunicado a sus padres que su hermano sería uno de esos niños especiales que nunca dejaban de serlo. Si cerraba los ojos, aún podía ver la cara de tristeza de su padre, un hombre siempre alegre y jovial, y la desolación que empañó el semblante de su madre, mientras intentaba, a duras penas, contener las lágrimas. Aquello, sin duda, afectó a sus padres como nunca antes nada lo había hecho. Se volcaron a Henry por completo, en un intento desesperado por demostrar que el médico se equivocaba. Y, en aquellos momentos, siempre estaba Gail, con una sonrisa a medio esbozar que la hacía sentir tan especial, que le transmitía la sensación de que todo iría bien. Si su madre hubiese sabido el tiempo que había pasado en la cocina ayudando a la doncella a hacer deliciosos pastelillos, y las veces que habían quedado totalmente embadurnadas de harina, habría puesto el grito en el cielo.

Al mirar al espejo y ver su reflejo, no pudo evitar recordar a su padre. Cuando era pequeña, todo el mundo le decía que se parecía a él; y no sólo en el físico, con esos ojos de color esmeralda y el pelo tan negro como una noche sin luna, sino también en el carácter apacible y tranquilo. Su muerte tan inesperada, en un accidente mientras montaba a caballo, había significado un antes y un después en la vida de toda la

familia. Su madre se había encerrado en sí misma, consumida por la pena, alejada de la vida real, encerrada entre las cuatro paredes de su cuarto, sin querer saber más de lo que los recuerdos le aportaban.

Así, de esa forma, Eleanor, con tan sólo dieciséis años y después de haber perdido a su padre para siempre, debió hacerse cargo de la casa. Tuvo que mostrar la serenidad y madurez que ni siquiera sabía que tenía.

Tomó las riendas del hogar, puso al día la contabilidad, realizó los pagos pendientes, se hizo cargo de su hermano y más: un sinfín de tareas que la hacían caer rendida al final del día. Sólo en la intimidad de su habitación, se permitía volver a tener dieciséis años y poder expresar su pena cuando encontraba a su lado de nuevo a Gail, con sus dulces palabras y sus brazos, entre los que se permitía llorar en busca de consuelo y solaz.

De eso, ya hacía tres años y, en todo ese tiempo, la dinámica de sus vidas había cambiado.

—Gail, no puedes amenazarme así, ya no soy ninguna niña —le dijo Ellie con una sonrisa en los labios.

Ellie era el diminutivo por el que solía llamarla su padre, y Gail era una de las dos personas que seguían utilizando ese apodo cariñoso.

— Como sigas moviéndote así, sin dejarme terminar este maldito peinado, verás si cumplo mi amenaza o no.

— No hace falta que te esmeres, Gail; ya sabes que no quiero llamar la atención de ningún caballero. Todavía no.

Eleanor quería disfrutar un poco de todo aquello; bailes, amigas y, lo más importante, una mayor libertad. Durante tres años había sido la madre de Henry, la señora de la casa, y en ese momento, no quería tan pronto pasar a ser "la esposa de".

—¡Pero qué dices, niña! Ya tienes diecinueve años, y dentro de nada, serás una solterona; te saldrán canas en el pelo y tendrás que comprarte un gato para que te haga compañía. Ya lo estoy viendo: gruñendo todo el día como una vieja bruja. Qué pena, de verdad, yo ya estoy demasiado mayor para escuchar estas cosas. Mi pobre corazón no está para estos disgustos.

Eleanor soltó una carcajada. Gail siempre había sido proclive a la exageración; eso había estado bien cuando, de pequeña, Eleanor se quedaba absorta escuchando las historias que le contaba. Sangrientos piratas que raptaban a hermosas damas y escondían grandes tesoros. Lugares exóticos donde nunca hacía frío y las mujeres casi no llevaban ropa. Escalofriantes relatos de buques fantasma, que aparecían en noches con densa niebla y excitantes duelos con espada.

A veces, había llegado a pensar que, en verdad, Gail había sido la hija o la nieta de algún famoso pirata; mientras que otras, simplemente, se dormía soñando con esos exóticos y extraordinarios lugares que, en secreto, visitaba en sus sueños.

Sin embargo, en la vida real, la tendencia de Gail a la exageración era excesiva a veces.

—Bueno, Gail; no creo que vaya a pasar todo eso que has dicho por esperar un año más.

—Quién sabe lo que puede pasar en un año, mi niña.

Eleanor jamás podía haber imaginado cuánta verdad había detrás de esas palabras.

* * *

Nicholas maldijo por vigésima vez esa noche. Aún no sabía cómo se había dejado convencer para ir, un rato, al baile de los condes de Norfolk.

Llevaba nueve años fuera de Inglaterra, su tierra natal, a la que había vuelto sólo porque su padre había muerto. Y el título, que nunca había querido para él, lo reclamaba, como si el destino le hubiese estado reservando una broma de mal gusto.

Había dejado su trabajo en el Departamento de Inteligencia de Su Majestad para volver a la tierra que lo había visto nacer, y para asumir su responsabilidad como noveno conde de Wiltshire.

Su hermano mayor, Bryght, era quien debería haber ostentado ese privilegio. El perfecto hijo, el perfecto caballero, el perfecto amigo. Eso era lo que había pensado su padre, y la mitad de la aristocracia en Londres. Quizás, ese había sido el motivo por el que su padre no le había perdonado que fuera él, y no su primogénito, el que siguiera con vida.

Nicholas sacudió la cabeza a ambos lados como si, de esa manera, pudiera alejar de sí esos pensamientos.

—Vamos, Nicholas, no seas tan gruñón —le dijo Charles, mientras lo obligaba a cruzar las puertas del salón de baile.

—Dime otra vez, Charles, ¿por qué estoy aquí contigo y no en mi casa descansando, como sería mi mayor deseo?

—Porque me debes una, por aquella vez que te salvé la vida en España; y además, si crees que yo voy a tragarme la fiesta de mis tíos solo y aguantar que mi madre intente vincularme con todas las jovencitas en edad casadera, estás loco.

Nicholas sabía que su amigo tenía buena intención, aunque tuviera tan mala memoria como para no recordar que había sido él, y no al revés, el que le había salvado la vida en España, y había terminado con un tiro en el trasero como prueba de ello. Las bromas sobre la puntería de los espías enemigos fueron la comidilla del Departamento de Inteligencia durante un largo tiempo.

Charles miró de reojo a su amigo. Con sinceridad, le había costado un mundo que Nicholas lo acompañara esa noche; pero, al fin, había logrado arrancar a su amigo de las cuatro paredes de su despacho.

Cuando se conocieron en Eton, ambos tenían diez años y, aunque eran muy diferentes, al final terminaron por hacerse amigos inseparables. Charles no pudo evitar sonreír al recordarlo. Cuatro chicos de dos cursos más avanzados lo habían acorralado con el propósito de quitarle el reloj de oro regalado por su padre con motivo de su ingreso a la escuela; toda una tradición en su familia.

Los cuatro eran más grandes y más fuertes que él, por lo que dedujo, desde un principio, cuál sería el resultado de ese enfrentamiento. Sin embargo, quizás esa obstinación suya, que tantas veces otros le habían señalado como su peor defecto, le hizo apretar los dientes y los puños, y jurar que tendrían que quitárselo a la fuerza, antes que dejarse intimidar por un puñado de bravucones cobardes incapaces de enfrentarse a alguien de su tamaño. De pronto, sin saber de dónde había salido, se encontró con un muchacho que peleaba con él, y juntos intentaron defenderse de los delincuentes. Para ser sinceros, ambos acabaron en un estado lamentable, pero, cuando todo había terminado, él seguía teniendo consigo el reloj de su padre. Aquel muchacho desconocido, que lo había ayudado, sólo lo miró y asintió con la cabeza; luego, desapareció, como si de un espejismo se tratara, como si, con aquel gesto, estuviese todo dicho.

Después de eso, Charles no paró hasta averiguar quién era y, una vez que lo logró, lo persiguió por todo Eton hasta que se hicieron amigos. Más de una vez, Nicholas le había dicho que su amistad se debía a la tozudez de Charles, que era como un perro de caza, incansable hasta el final.

Él había podido ver, desde el principio, que bajo aquella fachada de duro que su amigo se esforzaba por representar, había un corazón noble y generoso; como le había demostrado aquel día, al ponerse a su lado en una lucha que no era la suya, sólo porque no le parecía justo que aquellos bravucones abusaran de su ventaja para amedrentar a un muchacho recién llegado.

Con los años, se había dado cuenta por qué su amigo aparentaba que nada lo afectaba, por qué cuando habían estado juntos en el Ejército, y después en el Departamento de Inteligencia, Nicholas había resultado ser tan buen espía: su amigo era un experto en disfrazar sus sentimientos; no se permitía bajar la guardia ni siquiera un segundo. Aquello había empeorado ocho años atrás, cuando un acontecimiento en la vida de Nicholas lo había hecho volcarse a su trabajo por completo; como si, de esa manera, pudiese olvidar o cambiar algo de lo sucedido. Decidió presentarse como voluntario en las misiones más arriesgadas; parecía que estaba buscando que, en una de ellas, lo mataran.

En ese momento, después de la muerte del padre de su amigo, Charles quería que Nicholas disfrutara de la vida a la que durante muchos años había dado la espalda.

Charles dejó a un lado sus pensamientos cuando vio a sus tíos que, poco a poco, iban dando la bienvenida a todos los invitados.

—Ven, Nicholas, quiero presentarte a mis tíos, los condes de Norfolk.

—De acuerdo, pero no olvides que hemos acordado que nos quedaríamos sólo una hora. Después de eso, me iré del baile contigo o sin ti —dijo Nicholas entre dientes, mientras sonreía a una vieja matrona que miraba, con atención, si estaban seguras todas sus polluelas.

Se acercaron a los condes de Norfolk; una pareja singular, pensó Nicholas.

Los tíos de Charles se habían casado por amor, algo bastante excepcional entre la alta sociedad inglesa. Hacían buena pareja, de eso no cabía duda, y se notaba que aún estaban enamorados después de tantos años juntos.

Nicholas reconoció que experimentaba cierta envidia ante eso. Su cinismo había borrado todo tipo de ilusión acerca del amor: ya ni siquiera creía en él, pero no podía sino sentirse incómodo en presencia de esa complicidad existente entre dos personas, algo que él nunca tendría.

— Os presento a mi buen amigo, el conde de Wiltshire. Lord Brame, le presento a mis tíos, los condes de Norfolk.

— Lord y lady Benning, es un placer para mí el que me hayan invitado al baile de esta noche —dijo Nicholas, aun sabiendo, a ciencia cierta, que los tíos de Charles lo habían invitado sólo porque su sobrino se lo había pedido. Suponía que ellos habían hecho oídos sordos a aquellas habladurías que, durante años, habían circulado en torno a él.

Era bien sabido, por la sociedad, que el padre de Nicholas había amado y respetado a su hijo mayor con la misma intensidad con la que había detestado al menor. Su hermano mayor, Bryght, había sido una figura ejemplar de conducta y madurez, mientras que él había sido una decepción, un vividor, un jugador y un libertino. Sólo él y Charles sabían que aquello no era cierto.

Quizás, pensó con un brillo irónico en los ojos, había sido una empresa imposible desde el principio la de intentar ser un hijo aceptable para su padre. Bryght había sido el hijo fruto del amor, si es que su padre alguna vez había sido capaz de amar, mientras que él había sido el resultado de su unión, en segundas nupcias, con lady Emily McDowell, hija de un duque escocés. Había sido un hijo de lo práctico, de lo necesario, de lo que un hombre hacía cuando se encontraba viudo con una criatura de un año y necesitaba volver a casarse.

Todavía se acordaba del día en que su madre había muerto. Él tenía tan sólo nueve años, pero eran los suficientes para darse cuenta de la clase de padre que tenía y de la vida que le había dado a su madre, llena de sinsabores y malos tratos.

Ella siempre había amado a otro hombre; pero, en aquella época, cuando un conde presentaba una propuesta de matrimonio al padre de la elegida, ella poco podía

decir, salvo el "sí, quiero" en la iglesia, para seguir los dictados de su padre.

Los nueve años de matrimonio fueron un infierno para su madre, que sólo descansaba cuando el padre de Nicholas se encontraba fuera de casa, bien para atender sus otras propiedades, o bien a sus amantes. Cuando llegaba a su casa, después de una larga ausencia, se dedicaba por completo a Bryght, y relegaba a ellos a la condición de meros desconocidos. Sólo fijaba su atención en su esposa cuando tenía que descargar su ira.

De aquellos sucesos, Nicholas recordaba más de lo que hubiese deseado. Si cerraba los ojos, podía escuchar con toda claridad los gritos de su padre y ver los moretones que su madre, cada vez menos, podía ocultar. Tenía grabados, en su memoria, sus ojos ausentes, como si la hubiese visto ayer.

Cuando ella murió de unas fiebres y él se fue a Eton, se alegró de alejarse de allí, porque, por primera vez, se sintió libre.

Las pocas veces en que regresaba a su casa, deseaba volver a partir lo antes posible. La casi inexistente relación con su padre se volvió inaguantable, y la única excepción era, por raro que pareciera, su hermano Bryght. Sin él no habría podido soportar.

Su hermano era el único que le dirigía una palabra amable y, cuando su padre descargaba su furia con él, siempre estaba ahí para hacerlo sonreír. Fue por él, y no por su padre que, años después, había encubierto las juergas de Bryght, su desenfreno con el juego, la bebida y las mujeres, y sus continuos coqueteos con la muerte en varios duelos.

Porque amaba a su hermano, lo amparó y asumió sus excesos. Quizás, también por eso se sentía culpable, porque podría haber hecho algo más para frenar todo aquello y no sólo haber sido testigo de su muerte en uno de esos inútiles duelos. Duelo al que llegó demasiado tarde, y en el que sólo pudo sostener a su hermano en brazos, mientras exhalaba su último aliento.

* * *

Eleanor se alegraba de haber encontrado a su amiga, Mary Beth Benning, que había adelantado su regreso de su finca en la campiña, en la fiesta. Gran parte de la sociedad londinense estaba presente en el baile que, esa noche, celebraban los padres de Mary Beth.

El olor que desprendían las innumerables velas que iluminaban el salón se mezclaba con los perfumes de las damas presentes y con el aroma de las gardenias que, de forma sinuosa, se deslizaba a través de las puertas que invitaban al jardín.

Se disculpó con su madre y su acompañante, y se dirigió al lugar en el que estaba

su amiga. A decir verdad, no quería estar mucho más tiempo con Jacques Cousen, el prometido de su madre. Era un marqués francés que, un año atrás, había irrumpido en la sociedad y que había cortejado a su madre de manera insistente desde el primer momento. Después de varias propuestas, había conseguido que ésta aceptara casarse con él.

La mayoría lo consideraba un hombre distinguido y apuesto. A sus cuarenta y dos años se mantenía en forma, y sólo su pelo, parcialmente plateado, delataba su verdadera edad.

Eleanor sintió, desde el principio, un recelo hacia ese hombre; aunque intentaba suprimirlo por el bien de su madre que había vuelto a sonreír gracias a él.

— Eleanor, estás guapísima —dijo Mary Beth con la espontaneidad que la caracterizaba.

— Gracias, Mary Beth, tú también lo estás.

Hacía años que eran amigas, pero, en los últimos tiempos, Mary Beth había sido un gran apoyo para Eleanor. A menudo la hacía sonreír con sus disparatadas ideas y su carácter impulsivo que, de pequeñas, las había metido en más de un lío.

Siempre había visto a Mary Beth como la quintaesencia de la elegancia. Alta, esbelta, rubia y con grandes ojos azules era el prototipo de belleza que marcaba la sociedad. Ella, por el contrario, aunque de formas bien definidas, era más bien baja, cosa que a veces la hacía desear tener unos centímetros más, con el pelo negro azabache y grandes ojos verdes. Cuando estaban juntas, mucha gente las miraba, sobre todo por el contraste de ambas; eran como el día y la noche. También lo eran en el carácter, porque mientras Mary Beth era extrovertida, alegre e impulsiva, Eleanor era calmada, dulce, serena y madura. Demasiado madura, pensó Mary Beth para sí.

—Ellie, esta noche mis padres han invitado a la flor y nata de la sociedad, y entre los asistentes, habrá un montón de caballeros con quienes poder bailar y coquetear un rato.

—Oh, Mary Beth, eres incorregible —dijo Ellie mientras reía—. Un día, con tanto coqueteo, te vas a meter en un buen lío.

—Pero Ellie, el coquetear un poco no hace daño a nadie; es más, es bastante divertido, y tú deberías probarlo. Llevas tanto tiempo asumiendo el papel de madre y señora de la casa que se te ha olvidado que sólo tienes diecinueve años.

Ellie sabía que Mary Beth tenía razón; cuando estaba con ella, tenía la sensación de ser una anciana.

—Lo siento, Ellie —se disculpó Mary Beth al ver que Eleanor hacía una mueca—. No sé mantener esta boca cerrada. La verdad es que me duele que no disfrutes totalmente de todo esto; me dijiste que no querías pensar en el matrimonio hasta la próxima temporada para poder vivir todo aquello que, por tus circunstancias familiares, habías tenido que posponer. Yo sólo deseo que disfrutes lo máximo

posible, que hagas las cosas propias de la edad que tienes y, sobre todo, que sonrías.

—Lo sé, Mary Beth. Es que a veces me cuesta creer que todo vaya bien y que las cosas estén volviendo de nuevo a su lugar. Pero no te preocupes, porque tengo la intención de llenar por completo mi carné de baile y probar eso del coqueteo.

—Oh, muy bien. Te daré unos consejos. Primero, mueve las pestañas todo el tiempo —le dijo su amiga, mientras hacía aspavientos con los ojos de forma tan exagerada que Eleanor no pudo más que soltar una carcajada.

—¿Te estás riendo de mí?

—¡Desde luego!

—Yo, aquí, haciendo esfuerzos denodados por darte unas lecciones básicas, y tú me lo pagas así —exageró e intentó evitar, aunque sin éxito, que sus labios esbozaran una auténtica sonrisa—. Sin embargo, como te quiero, voy a hacer como si no hubiese escuchado nada y voy a darte otro consejo. Saca pecho y sonríe todo el rato.

—¡Por Dios, Mary Beth! No sé cómo lo consigues sin que se te desencaje la mandíbula.

Mary Beth hizo un gesto negativo con la cabeza; su amiga era un caso perdido. Al levantar la mirada y posarla a lo lejos, sus ojos se iluminaron.

—¡Mira, Ellie, es mi primo Charles! No sé si te acordarás de él, pero pasó mucho tiempo con nosotros cuando yo era una niña. Mis tíos viajaban muy a menudo, y él pasaba temporadas en casa; hace bastante que no lo veía, y ahora está aquí. Ven, voy a presentártelo.

Eleanor siguió la dirección de la mirada de su amiga y, sin lugar a dudas, reconoció quién era su primo. Los mismos ojos color mar, el mismo tono de cabello, su misma expresión relajada y la misma sonrisa; más que primos parecían hermanos. Realmente era apuesto, como un ángel.

Sin embargo, el hombre que estaba a su lado era... Eleanor se quedó, momentáneamente, sin respiración cuando se vio atrapada por la mirada de ese caballero. Si Charles era apuesto con sus rasgos angelicales, su amigo parecía el mismísimo Lucifer. Sus facciones eran tan bellas y duras que resultaban pecaminosas, y su mirada era helada y posesiva.

Eleanor sintió un escalofrío y las manos húmedas por el sudor. Seguramente, acostumbrada a no beber, el vaso de ponche que había tomado esa noche se le había subido a la cabeza y había hecho que la realidad se distorsionara, en cierta medida, y provocara reacciones en su cuerpo que nunca antes había sentido.

Cuando Mary Beth se encaminó hacia aquellos hombres, ella la siguió por inercia; pero, a medida que se hallaban más cerca de ellos, comenzó a arrepentirse de secundar a su amiga en semejante actitud atrevida. Los ojos de aquel hombre, de aquel ángel caído, eran tan negros como el carbón, y sus cabellos, más largos de lo

que dictaba la moda, parecían una noche sin luna, como el azabache. Su nariz recta y su mandíbula cuadrada terminaban el cuadro que, a cada paso, hacía arder con más intensidad sus mejillas. ¡Y cómo le sentaba el traje! Vestido de negro, los músculos de las piernas se le insinuaban a través de los ceñidos pantalones, y sus hombros, que no necesitaban relleno, parecían poder sostener el peso del mundo.

No volvería a tomar ponche en su vida, se dijo mentalmente, y se enfadó consigo misma al ser consciente de que, quizás, esa reacción que su cuerpo no intentaba mitigar no era fruto de la embriaguez, sino de la presencia y de la mirada de aquel desconocido. Era como un depredador.

Con la fuerza de voluntad que pensaba que la caracterizaba, se recriminó su escaso control y se prometió no dejar que ese adonis la intimidara. Con todo el ímpetu que pudo reunir, lo miró fijo a los ojos y, sin saberlo, aquello fue el principio de su perdición.

Capítulo 2

Nicholas tenía ganas de matar a alguien. Era la cuarta madre que los había interceptado para, de forma descarada y nada sutil, presentarles a sus queridísimas hijas, todas ellas paradigmas de la buena educación.

Miró a Charles sin poder comprender cómo su amigo podía hacer gala de esa diplomacia. Sin duda, se movía mejor que él en sociedad porque, en ese momento, si tenía que ser sincero consigo mismo, en lo único que podía pensar era en ponerle el chal en la boca a esa mujer, encerrarla en una torre y tirar la llave.

Cuando empezaba a temer que su paciencia estallase en mil pedazos, dos damas que se encontraban al otro lado del salón llamaron su atención. Estaban mirando fijamente a Charles, lo que hizo que, por primera vez en su vida, tuviera envidia de no ser el centro de atención.

Una de ellas, la más alta, era preciosa, casi etérea, con el cabello rubio, esbelta y enérgica por lo que podía deducir de sus continuos gestos. Sin embargo, la que le nubló literalmente los sentidos, fue la mujer que estaba a su lado, y que parecía escucharla con atención.

De estatura media, cabellos negros, boca sensual y curvas generosas, era la mujer más bella y atractiva que había visto en mucho tiempo. En su vida había conocido a muchas mujeres, pero nunca se había enamorado de ninguna y, aunque había tenido numerosas amantes, jamás había mantenido una relación duradera con ninguna. Para ser sinceros, era mucho mejor así. Lo más sensato era no crear ningún tipo de vínculo.

Casi siempre, sus amantes habían sido mujeres casadas, que encontraban el placer fuera del matrimonio, o viudas que después de un tiempo prudencial buscaban las atenciones de un hombre. Siempre había sido un buen acuerdo para ambas partes.

Sin embargo, hasta ese momento, ninguna mujer le había causado esa primera impresión, y había conocido a muchas que habrían podido rivalizar con la propia Afrodita. Ninguna había azotado sus sentidos de aquella manera y con tal intensidad.

De pronto, como si sus pensamientos hubieran puesto en marcha algún tipo de mecanismo, ambas empezaron a cruzar el salón y se aproximaron, cada vez más, a

ellos. Al acercarse pudo ver sus ojos con total claridad. Unos ojos color esmeralda, resplandecientes, hipnóticos, que iluminaban su cara y hacían que fuera imposible apartar la mirada de ellos. Pensó cómo sería perderse en esas aguas verdes, mientras le hacía el amor lentamente.

Supo de inmediato el instante en que ella leyó en sus ojos el deseo, porque un intenso rubor tiñó sus tersas mejillas y la hizo más terrenal que etérea. Nicholas, que no sabía cómo interpretar aquel rubor, se preguntó si esa reacción era fingida inocencia o la respuesta espontánea de una dama sin experiencia. Sin embargo, lo único que sabía era que lo había fascinado, y más aún, cuando, haciendo acopio de fuerzas, ella levantó la mirada y la posó en la suya en un claro intento por dejar bien claro que no se dejaría intimidar. Entonces, supo que el rubor no era fingido y sintió cómo una sonrisa acudía a sus labios.

Su mirada, que intentaba mantener fija en la de él, era transparente, tan limpia como las aguas de un arroyo. ¡Maldita sea! Había sentido un tirón en la entrepierna y, para colmo, estaba recitando mentalmente, como uno de esos cursis jovencitos pimpollos que se creían lord Byron. ¡Por Dios, él no seducía a jovencitas inocentes!

—Hola, primo, ¿cuánto tiempo hace...?

—¡Dios bendito! ¿Mary Beth? ¿Eres tú, pequeña? ¡Estás increíble! —dijo Charles, sin poder evitar que la sorpresa se reflejara en su cara.

—Gracias, primo, pero sé, a ciencia cierta, que eres un adulador incurable, aunque en mi caso, tus palabras sean ciertas —le dijo Mary Beth mientras se acercaba a ellos y bajaba, con sutileza, el tono de voz, como si lo dicho hubiese sido un secreto inconfesable.

—Granuja... —le contestó Charles mientras besaba a su prima en la mejilla.

—Charles, te presento a mi buena amiga, lady Eleanor Bradford.

—Encantado de conocerla.

—Igualmente —contestó Eleanor y miró al primo de Mary Beth, mientras se embarcaba en la tarea, casi imposible, de no prestar atención al hombre que lo acompañaba y que parecía devorarla con la mirada. Recordaba haber visto esa mirada antes. En los ojos de su difunta tía Marcie, cuando le traían los pastelillos con el té. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¡Ella no era ningún rollito relleno!

No quería ser maleducada porque, al estar al lado del primo de Mary Beth, estaba claro que debía de ser amigo suyo, aunque la diferencia de comportamiento cié ambos fuera tan notoria.

El primo de Mary Beth, como bien había dicho su prima, era un adulador, y en sus ojos se destacaba un brillo pícaro que a Eleanor le agradó; sin embargo, su amigo era duro y posesivo en su mirada. No era que antes no hubiera leído en otros hombres el deseo, pero nunca tan abiertamente como en ese. Era como si él hubiera tejido una telaraña y ella hubiera quedado atrapada sin remedio en ella y sin posibilidad de

escapar.

—Siento interrumpir, Charles, pero ¿no estarás ignorándome para tener para ti sólo la atención de estas dos bellas damas, no? —dijo Nicholas, mientras esbozaba una seductora sonrisa.

—Creo que me has descubierto, pero como ya no tengo más remedio...

Charles miraba con ojos burlones a su querido amigo.

—Os presento a lord Nicholas Brame. Somos amigos desde que éramos unos niños, aunque aún no sepa cómo.

—Encantada, lord Brame, aunque para mí es como si ya lo conociese. Verá, he crecido escuchando las travesuras que hacían mi primo y usted.

—Espero que su primo no haya sido muy explícito en sus narraciones —dijo Nicholas mientras arqueaba una ceja.

—No se preocupe. No me contaba nada que pudiera escandalizarme, y eso es justo lo que me hace pensar que, en realidad, había mucho más que decir de usted —contestó Mary Beth, mientras la sonrisa picarona, tan propia de la familia Benning, hizo que dos hoyuelos tímidos hicieran acto de presencia en sus suaves mejillas.

En ese momento, sonaron las primeras notas de un vals.

—Prima, hace tanto tiempo que no bailo contigo. ¿Cuándo fue la última vez? Déjame pensar, ah, ya recuerdo —dijo Charles con una sonrisa enigmática como si acabase de recordar algo divertido—. Creo que tú tenías ocho años, estabas escondida detrás de una maceta e intentabas participar de la fiesta que habían celebrado tus padres por el cumpleaños de tu madre.

Mary Beth se puso un poco colorada al recordar aquello, aunque una auténtica sonrisa de añoranza y su mirada perdida en el pasado denotó con qué cariño atesoraba aquel recuerdo.

—Así que, queridísima prima, ¿me concedes el honor? —le preguntó Charles mientras ofrecía su brazo en un gesto caballeroso—. Esta vez, prometo no subirte en mis zapatos para poder bailar mejor.

Mary Beth sonrió al recordar aquello. En esa época, había tanta diferencia en la altura de ambos que su primo la había subido en sus zapatos y la había hecho girar y girar hasta que ella apenas distinguió lo que había a su alrededor.

—Por supuesto, si a Eleanor no le importa —dijo Mary Beth y miró a su amiga con intensidad.

Eleanor tuvo que morderse la lengua. ¿Cómo que si no le importaba? ¡Pues claro que le importaba! ¿O Mary Beth se había quedado ciega? Sin embargo, antes de que pudiera siquiera decir la primera palabra, lord Brame le pidió que bailara con él. En ese momento, los tres la estaban mirando y esperaban su respuesta. Ser el centro de atención no le gustaba nada, y menos cuando parecía que, si daba la respuesta

equivocada, quedaría ya grabada en el libro de "lo que nunca debe hacer una dama" por los albores de la eternidad.

Si decía que no y aducía la excusa de que lo tenía comprometido, Mary Beth sospecharía, ya que había mirado su carné de baile momentos antes. Y si decía que no le apetecía, también sospecharía, además de ser descortés; así que respiró hondo y, con resignación, dijo lo único que podía decir, aunque esas palabras se le atravesaron en la garganta mientras las pronunciaba.

—Será un placer, lord Brame.

Cuando Nicholas le ofreció su brazo, sintió su pequeña mano que se apoyaba en él, lo que provocó que una sonrisa de satisfacción acudiera a sus labios. La condujo hasta el centro del salón, donde ya otras parejas giraban seducidas por el embrujo de la música, la tomó entre sus brazos y comenzó a bailar, con el deleite de la dulce sensación de sentirla cerca. Mientras bailaban la acercó un poco más a sí, y se embriagó con el dulce aroma que desprendía su pelo, una mezcla de flores que no podía reconocer, pero que era tan seductor como su propia dueña. Sin embargo, el hecho de que ella temblara un poco y rehusara su mirada lo irritó. Parecía que no le era indiferente, aunque no de la manera que él deseaba.

Eleanor sentía las manos de lord Brame que le quemaban la piel; una en su cintura y otra enredada en su mano. La miraba fijo mientras la desplazaba, con gran maestría, por el salón de baile. No cabía duda de que era un gran bailarín. Se reprendió mentalmente por ser tan tonta y se obligó a mirarlo a los ojos, unos ojos tan hermosos como penetrantes, que parecían querer descubrir sus más íntimos pensamientos, y hasta por un momento, Ellie llegó a pensar que era capaz de adivinarlos. Nicholas dedujo que, si continuaba fijando su mirada en ella, podría leerla como un libro abierto. La sentía debatirse consigo misma y disfrutó con ello. Las numerosas emociones que acababa de ver en su cara no lo habían dejado indiferente. Por el contrario, le habían hecho sentir curiosidad, le habían recordado, vagamente, qué era la inocencia, y le habían despertado un sentimiento que hacía mucho tiempo no sentía: la ternura.

Para ser sinceros, siempre le habían gustado las mujeres maduras, que sabían lo que querían; pero, esa vez, se encontró fascinado por las reacciones de una muchacha que era, a todas luces, inocente e inexperta; y eso, en cierta medida, lo hizo sentirse incómodo y asombrado de sí mismo.

—¿Es su primera temporada? —le preguntó, en un intento porque la señorita Bradford se relajara y dejara de mirarlo como si él fuera el gato y ella un indefenso pajarillo, atento a la primera señal para salir volando.

—Sí —le contestó Eleanor sin apenas mirarlo.

—¿Y le gusta?

—Sí.

—Imagino que habrá venido con su familia.

—Sí.

—¿Me toma por tonto, señorita Bradford?

—Sí, quiero decir no, lord Brame —le contestó Eleanor y reprimió las ganas de decirle lo que realmente pensaba de él.

—¿Sólo habla con monosílabos o es que yo la intimido? —le preguntó Nicholas, que ya pensaba que la señorita Bradford era muda o sufría de algún tipo de trastorno en el habla.

Eleanor se tensó en dos segundos. Ese presuntuoso estaba intentando hacerse el gracioso a su costa. ¡Hombres! ¿No podía imaginarse que, quizá, la estaba aburriendo con su perorata? ¿O que su compañía podría no resultarle agradable? No, por supuesto que no se le habrían pasado esas posibilidades por la cabeza a aquel prepotente; la única solución a que no estuviera babeando ante sus encantos era que fuera idiota o que estuviera asustada como un pajarillo indefenso.

Nicholas estaba encantado por el cambio que estaba presenciando en la señorita Bradford. Esa mujer era una caja de sorpresas. Tan hermosa como enfadada estaba en ese instante que no podía disimular el fuego que ardía en su interior y, ¡Dios mío!, ¡qué hermosos eran esos ojos cuando brillaban de furia!

Eleanor sentía que su interior se dividía en dos. No sabía si atender a la buena educación que desde pequeña habían tratado de inculcarle o dejarse arrastrar por la furia que la invadía. ¿Qué se creía ese mequetrefe? ¿Le estaba dando a entender que era una de esas cabezas huecas que no tenían nada en el cerebro y que estarían deseando caer rendidas a sus pies? Nada más alejado de la realidad.

Nicholas sabía que la señorita Bradford ardía en deseos de ponerlo en su sitio, y no quedó decepcionado.

—Ninguna de las dos cosas, milord. No hablo con monosílabos y no me intimida; pero si tiene interés en saber, le diré que en el caso que nos ocupa, no vi la necesidad de contestar a sus "interesantes" y, desde luego, "trascendentales" preguntas con más palabras —dijo Eleanor con cierto tono irónico.

—¿Está burlándose de mí, señorita Bradford? —le preguntó Nicholas divertido.

—No, por favor, no osaría hacer eso, milord.

Nicholas soltó una carcajada y Eleanor se quedó maravillada ante su transformación.

Sus rasgos que, momentos antes, le habían parecido demasiado duros, se suavizaron de golpe y le dieron el aspecto de un niño travieso y encantador.

En ese instante, recordó que estaba furiosa con ese hombre, aunque tenía algo de razón al reprocharle sus evasivas respuestas. Pero si tenía que ser sincera consigo misma, la verdad era que no podía pensar de forma coherente en su presencia. No

sabía por qué lord Brame tenía ese efecto sobre sus nervios; sentía un nudo en el estómago y su respiración algo agitada.

Él se había burlado de ella, y Eleanor no había podido contenerse. Su madre siempre le había dicho que controlara ese mal genio y, a menudo, la comparaba con la calma que precede a las tormentas. Dulce y serena para, en un instante, convertirse en una fuerza de la naturaleza. Siempre había pensado que su madre exageraba sobremanera, pero la realidad era que, a veces, le costaba controlar su lengua; sobre todo si alguien la sacaba de sus casillas.

Aquella noche se había puesto el vestido de raso verde encargado, expresamente, para esa velada. El escote dejaba al descubierto parte de sus hombros y, según su parecer, demasiado de sus senos. Así se lo había dicho a madame Lorraine, la semana anterior, cuando había estado en su tienda para efectuar las pruebas de su atuendo.

Madame Lorraine, la modista más solicitada en Londres, le había asegurado, una y otra vez, que era la moda y que era incuestionable poner el escote más arriba. En esos momentos, deseaba haber discutido ese aspecto con más ahínco, al notar cómo se desviaba, a veces, la mirada de lord Brame sobre su escote. Si hubiera tenido una manta con la que rodearse entera, habría sido la mujer más feliz del mundo. De esa forma, no se habría sentido desnuda ante el deseo que veía en los ojos de lord Brame.

Al terminar el vals, Eleanor estaba más que furiosa y avergonzada de la reacción que él le provocaba, y que hacía que sus sentidos se volviesen locos.

Ese hombre sabía lo que hacía, y no estaba dispuesta a que jugaran con ella. Había oído rumores acerca de él y de su relación con las mujeres. En los días anteriores, lord Brame había sido objeto de habladurías y chismorreos que no paraban de circular por los salones. En aquel momento, le hubiese gustado haber puesto oídos a esos comentarios, pero claro, lo que no imaginaba era que el hombre de quien no paraban de hablar, sería el amigo del primo de Mary Beth; ni tampoco que bailaría con él el vals, o que sería observada como un bicho raro mientras se sentía hechizada por el calor de la mano de un hombre en su espalda y el cosquilleo, fascinante y tentador, que la había sacudido al estar junto a él.

En ese momento, la música dejó de sonar y sacó a Eleanor de sus pensamientos.

—Bien, señorita Bradford, he disfrutado mucho del baile, aunque más aún de su brillante conversación —le susurró Nicholas, mientras la acompañaba al lugar del salón en que se hallaban Mary Beth y Charles.

Al cabo de unos momentos, ambos caballeros se alejaron, no sin antes confirmar que volverían a verse ese mismo fin de semana.

Eleanor había sido invitada por Mary Beth a pasar un par de días en Crossover Manor, la casa de campo que la tía de su amiga, lady Jane Picrins, poseía en las afueras de Londres.

Mary Beth le había dicho que sería divertido y la había convencido. No habría muchos invitados; la mayoría de ellos, familias que vivían en las cercanías y alguno que otro de la capital. El rostro entusiasmado de Mary Beth, al enumerarle las bellezas del lugar, la había decidido. También le había comentado sobre las actividades de las que podrían disfrutar, los largos paseos en ese hermoso paisaje, y la tranquilidad y el aire fresco, que tan bien les harían. Por las noches, después de cenar, se divertirían con juegos y música, o con algún que otro baile que su tía se encargaría de organizar. Y como si eso fuera poco, después, Mary Beth la había mirado con ese mohín de perrito abandonado y el labio a punto de temblar mientras le suplicaba...

—Vamos, Ellie, hazlo por tu amiga, tu amiga que te adora. Ya verás lo bien que lo pasaremos; conocerás a la gente del lugar, y a los caballeros que se esconden en el campo.

Al final, y con una sonrisa en la boca, tuvo que darse por vencida y aceptar; aunque eso había sido antes de saber que lord Brame también iría: el destino tenía, sin duda, un pésimo sentido del humor.

* * *

Al empezar la velada, a Nicholas ni se le había pasado por la cabeza ir a ninguna parte ese fin de semana. No porque no le apeteciera ver a lady Jane, la tía de Charles, a la que adoraba desde niño, sino porque, desde su regreso a Inglaterra, lo que en otro tiempo le había parecido divertido e incluso desafiante, en ese momento, se le antojaba banal y superficial.

Por eso Charles lo estaba mirando, en ese preciso instante, con total desconcierto.

—Dime, amigo mío, ¿has sufrido algún tipo de enajenación mental que yo desconozca o es que te has golpeado la cabeza? —le preguntó.

—No sé de qué me hablas —le dijo Nicholas y miró la manga de su traje con una atención inusual, como si, de repente, comprobar que estaba correctamente ajustada y sin arruga alguna fuera lo más importante del mundo.

—No te hagas el desentendido que sabes muy bien a lo que me refiero. Te comenté lo de la invitación de mi tía y, un poco más, me mandas al infierno. Luego, de pronto, con la mejor de tus sonrisas, aceptas ir; no me engañas ni por un segundo.

Nicholas arqueó una ceja mientras miraba a Charles con cara de inocencia, lo que hizo que su amigo arqueara a su vez las dos cejas mientras lo señalaba con el dedo.

—¡Tú, granuja!, ¿crees que no me he dado cuenta de lo que pasa?

Nicholas se maldijo mentalmente; era un fastidio tener un amigo que lo conociera tanto.

—No sé de qué hablas, porque, la verdad, lo único que deseo es ver a tu tía, a la que tengo en la mayor estima.

Y en eso, Nicholas no mentía. Cuando eran niños, Charles lo había invitado un verano a pasar unos días en casa de su tía; algo que, desde ese momento, se había convertido en un ritual.

Lady Jane era cariñosa e intuitiva y, sin preguntar nada, siempre parecía comprender lo que pasaba a su alrededor y a quienes estaban con ella.

Lady Jane lo había tratado siempre como a su propio sobrino. No había tenido hijos y se volcaba con ellos de manera maternal y afectuosa, con una paciencia, a veces, infinita. Sonrió al recordar cómo los regañaba cuando volvían demasiado tarde para cenar, manchados de barro hasta los ojos; y cómo sonreía a escondidas por sus travesuras.

No era por ella que no había aceptado la invitación de su amigo en un primer momento, sino por las madres con hijas en edad casadera, que tomarían esa invitación como una excelente oportunidad para promocionar a sus jovencitas.

Parecía que el hecho de haber heredado un título y de poseer una considerable fortuna lo hacía digno a los ojos de la sociedad, y los rumores acerca de su persona desaparecían por arte de magia.

Por primera vez, quería que esos rumores le hubieran servido para algo, como por ejemplo, para desalentar a las madres con sus hijas. Sin embargo, en la fiesta de los condes de Norfolk, había comprobado que sus esperanzas habían sido en vano y que se encontraba a la cabeza de la lista de los solteros más deseados de Londres. Charles se reía al ver cómo le cambiaba la expresión; muchas veces había tenido que dominar su impulso y las ganas de mandar, a más de una, a la Torre de Londres.

Días antes, Charles lo había invitado y, como era de esperar, se había negado; prefería quedarse tranquilo en Londres y atender sus asuntos. Su amigo no paraba de mirarlo, estaba desconcertado e intentaba deducir qué lo había hecho cambiar de opinión.

—Si quieres que te diga la verdad, cuando te dije que no iría, subestimé los placeres que puede brindar relacionarse en sociedad —le contestó con una sonrisa en los labios.

—Y esos placeres, ¿no tendrán que ver con una joven dama, de hermoso pelo negro y grandes ojos verdes, verdad? Porque he visto cómo la mirabas. —Charles cruzó los brazos sobre el pecho y esperó una respuesta.

—¿Y puede saberse cómo la miraba?

—Como un lobo hambriento. Nunca te he juzgado. Pero siempre te has dedicado a otro tipo de mujeres, aquellas que tienen cierta experiencia y saben qué es lo que quieren; y esta es una joven en su primera temporada. Sé que es muy hermosa, pero debes tener cuidado. Ese nunca ha sido tu estilo porque, aunque te esfuerces en

ocultarlo, siempre has sido un auténtico caballero.

—Viejo amigo, ¿qué has bebido? No voy a comprometer a la señorita Bradford, por muy deseable que sea, pero no veo nada de malo en coquetear un rato. Además, a decir verdad, Eleanor Bradford me intriga.

— ¡No puedo creerlo! ¿Te gusta, eh? Puede que, al final, el lobo se convierta en cordero —agregó Charles, con una sonrisa socarrona que a Nicholas le dieron ganas de borrar en un instante.

— Charles, antes de que ocurra eso, las ranas surcarán los cielos.

—Y quién sabe, cosas más extrañas se han visto —dijo Charles mientras soltaba una carcajada.

Capítulo 3

Eleanor miraba por la ventanilla del carruaje que la llevaba camino a Crossover Manor, la mansión de lady Picrins.

Había conocido a la tía de Mary Beth en una de las veladas en casa de los padres de su amiga y, desde el primer momento, le había caído bien. De una belleza clásica y serena, era el tipo de mujer que, sin proponérselo, se convertía en el centro de atención.

De aguda inteligencia y refrescante sentido del humor, era capaz de encandilar a todo ser vivo, incluso a aquellos que, por naturaleza, hacían de las críticas su pasatiempo preferido.

Pero de todo ello, lo que más fascinaba a Eleanor era que esa mujer parecía ver la vida a través de unas lentes diferentes a las del resto; la encaraba con un entusiasmo contagioso. En los breves instantes que había estado en su compañía, se había sentido partícipe de ese prisma de color.

Mary Beth le había contado que, a los diecisiete años y dotada de una increíble vitalidad, su tía había causado furor en Londres. Toda una legión de admiradores la había perseguido, pero que ella había desoído los consejos de su familia y se había casado con lord Auguste Picrins, marqués de Douro. El título era inmejorable, pero su fortuna prácticamente inexistente.

Según Mary Beth, su tía se había casado muy enamorada, y no le había interesado la falta de fortuna de lord Picrins, para horror de su familia y de toda la sociedad. Con el tiempo, terminaron por aceptarlo, aunque su huida a Gretna Green para casarse había resultado un verdadero escándalo.

Varios años más tarde, una afortunada inversión de lord Picrins los había hecho inmensamente ricos, lo que hizo pensar, a más de uno, que quizás esa hubiese sido la razón principal de que la familia decidiera aceptar, por fin, la locura de juventud de su hija.

Durante quince años y, sin prestar atención a lo que los demás pensaran de ellos, habían sido una pareja feliz, a la que no le había importado mostrar, al mundo entero, lo enamorados que estaban; por ello fueron muy criticados, a todas luces, por la envidia que despertaba la felicidad de ambos.

Sin embargo, lord Auguste cayó enfermo, y lo que, al principio, pareció una dolencia sin trascendencia terminó por agravar en demasía su estado de salud, hasta que nada pudo hacerse por él. Aquello golpeó terriblemente a lady Jane y le costó casi una eternidad aceptar que su marido ya no estaba con ella. La idea de volver a entregar su corazón le pareció impensable en aquel momento.

Eleanor empezaba a comprender que, en la familia de Mary Beth, el matrimonio sólo tenía que ver con el amor, y eso era algo que sencillamente admiraba. En una sociedad en la que el matrimonio era considerado un contrato dirigido a incrementar los bienes y conseguir una mejor posición social a través de un título de mayor rango, el hecho de que las mujeres y hombres de una familia hubieran cruzado la línea de lo "bien visto" para hacer lo que todos llamarían una transgresión, hacía que se sintiera pequeña. Ella siempre había estado al servicio de su familia y no sabía si tendría el valor de rebelarse ante su decisión.

No conocía la razón, pero empezó a inquietarse; al pensar en todo aquello, acudió la imagen de lord Nicholas Brame a su mente, se coló en su subconsciente como un ladrón sin escrúpulo alguno y no la dejó ya sola durante todo el trayecto.

—Ya estamos llegando, Eleanor. ¡Mira!, ¿no es fantástico? —le preguntó Mary Beth y señaló la mansión que se veía a lo lejos.

— Sí, es maravillosa —respondió Eleanor llena de entusiasmo.

La verdad era que no encontraba palabras para describir la belleza arquitectónica que tenía ante sus ojos. Eran tres plantas con grandes ventanales y parecía un castillo de la Edad Media. Precisamente, el torreón, en el ala este, daba esa idea. La entrada, precedida por una larga escalera que le otorgaba un aire majestuoso, terminaba en varias columnas. El camino que conducía hasta allí estaba escoltado, a ambos lados, por grandes y frondosos árboles, que hacían presagiar lo que tan celosamente custodiaban: un raro tesoro. El sol, que iniciaba su descenso con timidez, reflejaba sus rayos de luz en los cristales y engalanaba la fachada como si de un gran festejo se tratara, al tiempo que el lago más hermoso que había visto en su vida posaba su velo transparente a los pies de la colina.

Todo ello confería a la mansión un halo dorado de una elegancia sublime, como si los ladrillos que la vestían estuvieran bordados en oro. Dejó volar su imaginación y pensó que aquel era un lugar para forjar leyendas.

* * *

Eleanor miró por la ventana de la habitación en la que pasaría los siguientes dos días y contempló los últimos rayos de sol que arañaban el horizonte y se escondían velozmente. Una sonrisa se estremeció en sus labios al recordar cómo la tía de Mary Beth había salido a recibirlas. Con su maravillosa espontaneidad, les había dado un

cariñoso abrazo a cada una y les había hecho un montón de preguntas acerca de la familia y del viaje.

Después, la señora Hopkins, una mujer de avanzada edad y aguda mirada, que ostentaba el cargo de ama de llaves, las acompañó hasta sus habitaciones para que descansaran un rato antes de la cena.

Eleanor lo agradeció sobremanera, y no porque el viaje hubiera sido fatigoso, pues sólo habían sido unas horas, sino porque la inquietud había encontrado en ella presa fácil, al dejar que sus pensamientos volvieran, una y otra vez, a la idea de que lord Brame estaría allí también.

Más de mil veces se había dicho a sí misma que no tenía que comportarse como una niña. Que, seguramente, lord Brame había estado divirtiéndose con sus inocentes reacciones, y que por eso la provocaba. Sospechaba que él no tendría problema en trasladar sus atenciones a otra dama. En la velada de los condes de Norfolk, pudo comprobar cómo lo miraban las demás mujeres: una mezcla de temor y fascinación.

Ya no se acordaría de ella, pensó para su tranquilidad; y con las invitadas que ese fin de semana permanecerían en casa de lady Jane ni siquiera notaría su presencia. Aunque ese no sería el problema principal, porque sospechaba que Nicholas había abierto la caja de Pandora y, en consecuencia, ya no sabría cómo sujetar todo aquello que ese hombre le hacía sentir.

Después de sus inútiles esfuerzos por descansar, decidió levantarse y refrescarse un poco, antes de preparase para la cena. Estaba insegura; no sabía qué vestido lucir esa noche, cuando llamaron a la puerta. Eleanor se puso la bata, que cubría su cuerpo, a la vez que daba permiso para entrar en la habitación. Se abrió la puerta y se asomó una doncella de regordetas mejillas y ojos chispeantes que le conferían un aspecto muy agradable.

—Buenas noches, señorita Bradford. Me llamo Susan, y me envía lady Jane por si me necesita para lo que se le ofrezca —dijo la muchacha y cerró la puerta tras de sí.

—Pues —Eleanor sonrió un poco— la verdad es que me vendría bien que alguien me ayudara a cerrar el vestido.

—Eso está hecho, señorita —le respondió la doncella, mientras dos grandes hoyuelos marcaban sus regordetas mejillas—. Y si quiere, también puedo peinarla; lady Jane dice que tengo manos de artista —le dijo animada.

—De acuerdo, Susan, me pongo en tus manos de artista —se contagió del entusiasmo de la muchacha.

Eleanor eligió el vestido de raso azul turquesa que realzaba sus ojos, con una cinta de un tono más oscuro que la ceñía por debajo de los pechos. Las mangas dejaban entrever sus hombros color crema. El corte del vestido acentuaba su bien esculpido busto, presionaba sus senos y mostraba justo su nacimiento. Las chinelas que,

tímidamente, asomaban por debajo del vestido eran del mismo color que la cinta.

Al final, las palabras de la doncella resultaron ser ciertas. Resaltó sus atractivos naturales con un peinado sencillo, que consistía en un recogido en lo alto de la cabeza del que caían, libremente, unos bucles hasta el cuello y algunos rizos sueltos, todo gracias a unas tenacillas maravillosas.

—Te agradezco, Susan —le dijo cuando la doncella hubo terminado—. En verdad, eres toda una artista.

La doncella aspiró hondo mientras una enorme sonrisa se instaló en sus labios.

—Gracias a usted, señorita Bradford. Se la ve encantadora. Cualquier cosa que necesite, no tiene más que decírmelo. —Tras lo cual, se despidió y dejó a Eleanor unos minutos para que pudiera hacer los últimos retoques.

Al haber estado hablando con Susan, no pudo menos que acordarse de Emily, su doncella, que era una coqueta empedernida y que siempre tenía un rumor que contar. Y cómo no de Gail, de la que nunca se había separado. Gail, que siempre cuidaba de ella como una segunda madre.

La verdad era que ambas, Gail y Emily eran el motor y alma de su hogar. Por eso había preferido que se quedaran en Londres, donde su madre y, sobre todo Henry, tanto las necesitaban.

Después de mirarse por última vez en el espejo, salió de la habitación y cruzó el ancho pasillo. A ambos lados, estaban las habitaciones que albergarían a parte de los invitados de lady Jane. Bajó por las escaleras cubiertas por una alfombra roja que destilaba solemnidad hasta que alcanzó el vestíbulo. Ellie contempló, esa vez sin ningún recato, la maravillosa entrada. Por lo que había visto, era una casa preciosa. El suelo de mármol parecía de cristal y las velas sobre él creaban una inmensa acuarela, donde destellos de distintos blancos se entrelazaban como amantes nocturnos.

Se fijó en las hermosas esculturas que permanecían a los lados, las cuales parecían susurrarle los secretos ocultos entre aquellas paredes; la guiaron hasta el salón donde una enorme puerta blanca, con adornos dorados le dieron la bienvenida y la invitaron a pasar sin más tardanza.

Ya había invitados en el salón, la mayoría de ellos hablaban entre sí, mientras tomaban algún refrigerio previo a la cena.

Los grandes espejos que revestían dos de sus paredes conferían amplitud a la estancia, y las rosas rojas y blancas, dispuestas en torno a ella en hermosos jarrones pintados, impregnaban el aire como si fuera de nuevo primavera.

— Eleanor, estás adorable —le dijo lady Jane con una sonrisa en los labios, mientras posaba la mano en su brazo en un gesto cariñoso.

— Gracias, lady Picrins, es usted muy amable. Quería agradecerle de nuevo que

me invitara este fin de semana.

—Al contrario, la verdad es que es un placer teneros a Mary Beth y a ti aquí. Lo que espero es que disfrutéis de estos dos días. Desde este momento, puedo decirte, sin lugar a equivocación, que vais a causar sensación. Ven, voy a presentarte a alguno de los invitados.

Eleanor pasó los siguientes minutos entre presentaciones. Algunos de los invitados procedían de Londres, pero la mayoría de ellos vivían en las cercanías, como el coronel Hendrins, retirado del ejército, que había ido acompañado por su esposa, una mujer algo seria y mohína, y sus dos hijos, Anthony y Sara, con los que congenió de inmediato.

Sara era casi de su edad, mientras que su hermano había traspasado la treintena. Eran personas sencillas, cuya falta de superficialidad agradó a Eleanor.

Después, le presentaron a la señora Jennins, una dama viuda con una nariz de gancho y una voz que envidiaría cualquier tenor, y a sus tres hijas; todas, como no tardó en comentarle su bienamada madre, en edad casadera y con unas perspectivas inmejorables de hacer un buen matrimonio.

Así, se fueron sucediendo una serie de presentaciones en las que, en ningún momento, pudo quitarse de encima la sensación de que estaba siendo observada. Sentía como si un par de ojos estuvieran clavados en su nuca, lo que la hacía estar incómoda y algo vulnerable. Y cuando la sensación fue tan intensa como para no poder permanecer indiferente a ella, no quiso siquiera pasear la vista por el salón, temerosa de lo que pudiera encontrar. Sin embargo, una fuerza mayor a esa inquietud, la curiosidad, tomó la decisión por ella y la conminó a mirar a su alrededor en busca del objeto de su desazón.

En una esquina del salón, estaba lord Nicholas Brame; la miraba fijamente, como si quisiera con ello llamar su atención. Eleanor no pudo evitar hacer un mohín nada elegante con la boca, para darle a entender que le fastidiaba su asedio. En verdad, lord Nicholas, aunque en todo momento caballeroso, era una persona a todas luces insistente. Cuando él notó que ella lo miraba, sonrió de manera descarada, mientras inclinaba la cabeza a modo de saludo.

En ese momento, Ellie supo que sería una cena muy, muy larga.

* * *

Nicholas sonreía sin poder evitarlo. Desde que había conocido a la señorita Bradford, lo había hecho más que en los últimos diez años.

La había visto entrar momentos antes y, luego, aguantar de forma estoica la serie de presentaciones a las que la había arrastrado lady Jane; el mismo ritual irritante

que había ejecutado la tía de Charles con ellos, al inicio de la velada.

Había disfrutado mientras la observaba. En su cara, se podían leer hasta las últimas de sus emociones, y lo que despuntaba como una velada anodina se había convertido en toda una promesa.

No le hizo para nada gracia ver cómo la habían mirado el resto de los hombres presentes; eso había hecho que sintiese la necesidad de ponerle el ojo morado a más de uno. En ese momento ya no sonreía, se dijo mentalmente y frunció el ceño.

Charles y él llegaron a la mansión después de que la señorita Bradford y Mary Beth habían arribado; sin embargo, se había asegurado de bajar al salón antes de que ellas lo hicieran.

La espera había merecido la pena. Estaba realmente hermosa esa noche. Aquella mujer hacía que su deseo se desbocara como si fuera un jovenzuelo sin experiencia, y estaba provocando estragos en su, cada vez más debilitado, autocontrol. La verdad: lo estaba volviendo loco y habría apostado todo lo que tenía a que ella ni siquiera se daba cuenta de ello.

—Vosotros dos, granujas, ¿lo estáis pasando bien? —preguntó lady Jane mientras seguía la mirada de Nicholas.

—Sí, tía Jane, aunque algunos más que otros —contestó divertido Charles.

Nicholas lo miró con cara de pocos amigos. Sin duda, tendría que hablar después con él acerca de lo que la gente solía llamar "discreción".

—Ya veo —asintió lady Jane—, esto es una revelación interesante —comentó mientras una extraña expresión cruzaba su rostro.

—No sé a qué se refiere —sentenció Nicholas—, pero si tiene que ver con el entrometido de su sobrino, he de decir que no debe preocuparse por nada.

—Me alegra saberlo, porque os quiero mucho a los dos, sin embargo, un escándalo amoroso para este fin de semana no estaba en mi agenda. Aunque creáis que sois hombres hechos y derechos, no vayáis a pensar, por un sólo momento, que eso me va a impedir que os pegue un buen tirón de orejas. Ahora bien, si fuera algo serio, tendría que admitir que es una fabulosa elección; yo diría que la mejor.

Lady Jane dejó en el aire las últimas palabras mientras miraba directamente a los ojos de Nicholas. Después, dio media vuelta y se alejó para seguir atendiendo al resto de los invitados.

—Juro que tu familia está cada vez peor de la cabeza —dijo Nicholas con los dientes apretados mientras veía alejarse a la tía de Charles.

—No, amigo, lo que pasa es que mi tía te conoce desde que tenías la tierna edad de diez años, y la verdad, no se le escapa ni una. Sólo le ha hecho falta ver cómo mirabas a Eleanor Bradford para saber lo que sucede en tu cabeza.

A Nicholas no se le pasó por alto la mirada chispeante de humor de Charles, que

parecía hacer esfuerzos por no reírse de él en ese mismo instante.

—Por lo que tú me dijiste una vez, creía que era un experto ocultando lo que pensaba —dijo Nicholas, a medida que se iba enfureciendo.

Charles apenas podía contener la carcajada al ver cómo se había instalado un sospechoso temblor en el ojo izquierdo de su amigo.

—Exactamente, dije que eras un genio para enmascarar tus sentimientos, y aún lo sigo creyendo, pero, estamos hablando de lady Jane y de mí. Hemos estado contigo mucho tiempo y te conocemos demasiado bien, aunque para tu tranquilidad, todavía hay cosas de ti que se me escapan —le contestó Charles, con una sonrisita irónica que hizo que a Nicholas le dieran ganas de borrársela de un plumazo.

—¿Charles?

—¿Sí?

—¡Cállate!

Charles soltó una carcajada que hizo que varios de los invitados miraran curiosos en su dirección, mientras Nicholas estaba furioso porque, al parecer, a la señorita Eleanor Bradford le habían salido ángeles de la guarda hasta en la sopa. Iba a ser difícil pasar un rato a solas con la mujer que parecía amenazar su autocontrol, conseguido a base de disciplina a lo largo de los años. Asombrado de sí mismo, tuvo que admitir que, por primera vez en su vida, estaba planteándose seducir a una dama inocente. Quizás, después de todo, había sido un error haber aceptado la invitación para ese fin de semana, aun a sabiendas de que no se habría perdonado no haberlo hecho.

* * *

La cena transcurrió entre los comentarios sobre las nuevas formas de cultivo que, con exactitud, describió el coronel Hendrins y las descripciones de las técnicas de caza, de la que muchos de los invitados parecían estar enamorados; sin olvidar, por supuesto, dentro del ámbito femenino, lo último en moda que hacía estragos en Londres.

Puesto que muchas de las damas allí presentes vivían a kilómetros de la ciudad y sus visitas a Londres eran escasas, estaban deseosas por saber qué era lo que más furor causaba entre las damas de la alta sociedad. Así que, tanto Mary Beth como ella fueron sepultadas bajo un millón de preguntas. Aún no habían servido el postre, y Eleanor tenía la cabeza como una caja de grillos y el estómago revuelto.

Esto último se lo debía a lord Brame, que la acechaba desde el otro lado de la mesa. Para ser más exactos, desde el asiento ubicado frente a ella.

Nada al principio de la noche le habría hecho suponer que acabaría de esa manera. Después de que terminaron de bajar los invitados, entre ellos Mary Beth, todos habían sido conducidos al comedor; Eleanor había hecho todo lo posible por intentar sentarse lejos de lord Brame, pero aquel presuntuoso se las había ingeniado para estar cerca suyo.

A causa de la desatinada disposición de los comensales, toda la noche había estado contemplando la cara del pescado que tenía en el plato y se había limitado a contestar las preguntas sobre moda, que las hijas de la señora Jennins y la señora Thompson le hacían sin darle respiro.

Se dijo a sí misma que, si hubiera tenido una botella de coñac a mano, se habría emborrachado; pero luego se censuró de sólo pensarlo: no era una idea digna de una dama.

Mientras tanto, la mirada de Nicholas seguía fija en ella. Habría hecho cualquier cosa por quitarle del rostro esa sonrisa maliciosa. Desde luego, era el diablo en persona; ni siquiera habían hablado desde su llegada a la casa, sólo un breve y cortés saludo, y ella ya estaba suspirando por él. Tendría que poner remedio a eso, pensó mientras le daba vueltas al postre; y debería hacerlo cuanto antes.

Sí, eso haría. Hablaría con él y le dejaría bien en claro que no tenía nada que hacer con ella, ni en ese momento, ni nunca. Sólo le faltaba encontrar el momento oportuno.

* * *

Al día siguiente, Eleanor pensaba que, a ese paso, el momento oportuno sería el día del juicio final.

La noche anterior, poco después de la cena, varios de los invitados, entre ellos Eleanor, se habían excusado pronto. Estaba rendida sólo por la tensión que había estado aguantando. No había podido descansar luego del viaje, expectante por lo que sucedería, y en aquel momento, toda esa agitación le estaba pasando factura.

Esa noche, durmió acosada por inquietantes sueños: un hombre la hacía arder de calor con sólo mirarla, la fundía por dentro y le provocaba una fiebre nunca conocida por su cuerpo. Ella sabía, con toda certeza, que la cura para esa enfermedad que la consumía estaba en manos de ese hombre, de un hombre al que no podía ver, aunque sí sentir. Su aliento, su aroma, su voz. Entonces, supo de quién se trataba y, en contra de su voluntad, susurró su nombre sedienta de él: Nicholas.

La mañana llegó demasiado pronto y, sin ningún tipo de piedad, la despertó de su letargo. Estaba más cansada que cuando se había acostado. Sin duda, el sueño le había perturbado los sentidos, porque su ropa había quedado empapada de sudor.

Los primeros rayos de luz hacía rato que habían expirado, por lo que deberían de ser al menos las diez. ¡Maldita sea! Seguramente pensarían que era una perezosa, cuando la verdad era que estaba más que acostumbrada a madrugar.

En su casa, era la primera en estar en pie y, a las siete, ya tenía dispuestos con Gail los quehaceres del día.

Salió de un salto de la cama y, después de asearse y ponerse un sencillo vestido de muselina, bajó a desayunar.

El comedor era una habitación exquisitamente decorada con grandes cortinas de seda de damasco color beige con motivos florales verdes; allí aún quedaban algunos invitados que no habían terminado de desayunar.

Se alegró de no ser la única rezagada, aunque la alegría le duró sólo el instante que tardó en reconocer a las personas sentadas en torno a la mesa: la señora Jennins y sus hijas que no paraban de hablar ni siquiera para probar bocado. Y lo peor era que Mary Beth no estaba para ayudar. La doncella le había dicho que hacía rato que había terminado de desayunar. También le había comentado que algunos de los invitados habían salido a caballo a disfrutar de los alrededores y, conociendo a Mary Beth y cómo le gustaba montar, seguro que no había perdido la oportunidad de sumarse a la comitiva.

Después de todo, pensó, no tenía tanta hambre, pero ya era demasiado tarde: la señora Jennins estaba haciéndole señas con la servilleta en la mano para que se sentara a su lado. Podía fingir que se había quedado muda y sorda durante la noche, pero, francamente, no esperaba que le creyeran, aunque el coeficiente intelectual de esas señoritas fuera digno de estudio.

No hacía falta ser muy perspicaz para adivinar que estaba de mal humor. Le habría gustado pasear con Mary Beth y hablar de todo lo que había pasado la noche anterior mientras disfrutaban de los hermosos alrededores; pero no, no podían salir las cosas bien. Mary Beth se había ido a montar con parte de los invitados, mientras ella se hundía por centésima vez, en menos de doce horas, en el maravilloso mundo de la moda londinense y los matrimonios a la vista. Por lo menos, había que reconocer que, tanto la madre como las hijas, eran persistentes. ¡Pobre hombre el que acabara siendo el blanco de sus enredos!

Después de tomar un té con una tostada, se escabulló para dar un paseo. Si la señora Jennins la hubiese seguido, seguramente se habría inventado cualquier excusa para hacerla regresar con sus hijas y sus conversaciones anodinas.

Necesitaba caminar, estirar las piernas y estar en contacto con la naturaleza. En Londres, las oportunidades de disfrutar del aire puro y de la magnificencia de todo aquel follaje eran casi nulas. En realidad, el paisaje de Crossover Manor era precioso.

Siguió con sus pensamientos, rodeó el lago y subió hasta una colina cercana.

El aire todavía no era frío, pero lo suficiente como para que sus mejillas reflejaran

el cambio de temperatura. En ese momento, se alegró de haber subido a su habitación, antes de salir, para ponerse el chal color beige en el que se acurrucó un poco más en ese momento. No había podido resistir la tentación de correr el último tramo en su ascenso, por las ganas de sentirse totalmente libre; y cuando se detuvo, sintió un escalofrío.

El nudo que, en los últimos años, le presionaba el pecho en forma constante, se desvanecía. Era como si no hubiera nada por lo que preocuparse y, sin saber por qué, se sintió algo culpable, aunque extrañamente liberada. Movió la cabeza a ambos lados como si así pudiera desechar sus últimos pensamientos; se dijo para sí que no había nada de malo en disfrutar unos momentos de esa quimera. Ya habría tiempo, a la vuelta, de retomar sus responsabilidades.

Respiró hondo y contempló todo lo que alcanzaba su vista con una satisfacción pecaminosa. Si entrecerraba los ojos, podía imaginarse que esa enorme extensión verde era una enorme alfombra persa, igual que aquellas que adornaban los salones de la casa de su abuela Louisa.

Capítulo 4

Nicholas sujetó las riendas de su caballo. Aquella mañana había salido a cabalgar como parte de la comitiva de invitados. Necesitaba hacer algo de ejercicio después de la noche anterior, después de que sus hormonas fueran zarandeadas de manera tan contundente. Algo en su interior, la esencia del cazador siempre alerta, le había hecho recorrer los alrededores con un ansia insultante, pero no había encontrado a Eleanor por ningún lado. El notar que, mentalmente, la llamaba por su nombre de pila le hizo esbozar una mueca de disgusto.

Ahora que lo pensaba, quizás el hecho de que esa mañana no se hubiese reunido con ellos suponía que la dama lo estaba rehuyendo. Si era así, no iba a conseguirlo por mucho tiempo, a no ser que pasara el fin de semana encerrada en la habitación y, por lo poco que la conocía, no creía que fuera cobarde. Quizás tímida, pero no cobarde.

Desde la velada en casa de los Norfolk, en la que bailó con ella el vals, no había podido quitarse de la cabeza la idea de que, con el estímulo debido, esa timidez, que era pura fachada, caería como un castillo de naipes y daría paso a una faceta nueva en ella; algo que había podido atisbar en su persona y que le fascinaba mucho más: ese fuego que tanto se esforzaba por esconder.

Sin duda, era una mujer apasionada, y Nicholas no podía dejar de pensar cómo sería embriagarse con su cuerpo aterciopelado y beber de sus labios carnosos. Estaba hambriento de ella de una manera que nunca habría imaginado. Su autocontrol se desmoronaba a pasos agigantados por una jovencita inexperta, y él apenas podía creerlo.

Tomó de nuevo las riendas con más fuerza y se propuso seguir al resto que ya se alejaba cuando divisó, a lo lejos, la figura de una mujer. Aunque pensó que no sería tan fácil tener tanta suerte, el destino estuvo, ese día, de su parte. No había duda: su figura, su andar, la forma de ladear la cabeza, el color del pelo; todo le indicaba que no se equivocaba, y que la mujer que veía no era otra que la mismísima señorita Eleanor Bradford.

Eleanor sabía que tenía que volver. Ya llevaba varias horas fuera, y el momento del almuerzo debía de estar cercano. Se había sentado debajo de un maravilloso árbol

que le daba la quietud suficiente para no reparar en el paso del tiempo y al poco rato se levantó con ímpetu renovado dispuesta a regresar a la casa cuando, surgido de la nada, apareció un gran semental negro, tan hermoso como amenazante, cuyas riendas eran sujetadas por Nicholas Brame en una bravuconada de poder.

Estaba observándola con una sonrisa en los labios. Ella se puso nerviosa; estaba segura de que él sabía que, cuando le sonreía de esa manera, le ponía la piel de gallina.

—Buenos días, señorita Bradford. Es un verdadero placer volver a verla.

Eleanor sintió que se le contraía el estómago y no sabía si era porque había abusado de la mermelada en el desayuno o si era la voz de aquel hombre, ronca y sensual, que parecía acariciarla.

Apretó los puños en un intento por reprocharse su falta de control ante ese presumido, pero se recordó mentalmente que se había propuesto hablar con él en la primera ocasión que se le presentara. Pues bien, ese era un momento tan bueno como cualquier otro.

—Buenos días, lord Brame —le dijo mientras pensaba cómo encauzar la conversación.

—¿Se dirige a la casa? Porque en ese caso, puede montar conmigo. De esa forma, llegará antes.

Eleanor sintió cómo el miedo se instalaba en su interior. Hacía tiempo que no se sentía así.

—No, gracias; prefiero volver a pie —le dijo, como si esa fuera la idea más tonta que le hubiesen propuesto en su vida.

Nicholas enarcó una ceja.

Ella sabía que si montaba en esa cosa enorme, devolvería hasta la cena del día anterior.

No podía evitarlo, pero, aunque le daba una rabia inmensa tener tan poco control sobre sí misma, no podía hacer otra cosa. A los siete años, mientras daba un paseo con su padre, se había caído de *Andrómeda,* la yegua que le habían regalado por su cumpleaños y se había roto dos costillas y un brazo.

Todavía podía recordar la cara de su padre. Aquella había sido la única vez que lo había visto verdaderamente asustado.

Le llevó un tiempo recuperarse, pero cuando estuvo completamente repuesta, su padre la animó a intentarlo otra vez; le dijo que había que enfrentarse a los miedos, porque, si no, al final, ellos terminaban venciendo. Sin embargo, no tuvo éxito, porque ella ya había decidido que los caballos no eran su compañía preferida.

Con el tiempo y debido a su insistencia, cedió; pero la muerte inesperada de su padre, a lomos de uno de esos sementales, sentenció su suerte, y no volvió a montar

desde aquel momento. Así que, por mucho que le dijera aquel bruto, no se subiría, y no había nada más que hablar.

—Vamos, señorita Bradford, hay un buen trecho hasta la casa y, dentro de poco, será la hora de la comida; no sea terca y deme la mano —le dijo como si estuviera tratando de razonar con un niño.

Eso hizo que el enfado que sentía Eleanor hacia él subiera varios puntos. Estaba haciendo méritos el caballero.

—No me voy a subir con usted a ese caballo —dijo mientras señalaba al animal—, si quiere, siga y no se preocupe por mí; ya llegaré.

Eleanor no pudo terminar la frase. Mientras le estaba diciendo lo que pensaba, se vio en el aire como si fuera un saco de zanahorias. Antes de poder reaccionar, se encontraba sobre el semental, sentada delante de Nicholas con los ojos cerrados y el corazón atronándole en el pecho.

Poco a poco, empezó a sentir cómo el pánico se extendía por todo su cuerpo. Le faltaba el aire, le temblaban las piernas y sentía como si por sus extremidades estuviese corriendo todo un regimiento de hormigas.

—Por la expresión de su cara y su tez pálida, yo diría que teme a los caballos, ¿no es así?

¡Dios! A ese hombre habría que darle un premio por su perspicacia, pensó para sus adentros.

—Vaya, y yo que creía que a usted no la asustaba nada —le dijo con un leve aire de burla.

Nicholas sabía que no era justo lo que estaba diciendo, pero quería sacarla de ese estado. Sabía que, al hacerla enfadar, muy probablemente olvidaría su miedo.

Eleanor no podía dejar de temblar como una hoja en medio de una tormenta. ¿Cómo se atrevía a ridiculizarla cuando estaba de verdad tan asustada? Aquello ya era suficiente humillación. Por nada en el mundo, quería que alguien la viera así, y menos aún, él. No se consideraba una cobarde, pero en ese asunto era como si su mente no atendiera razones.

Casi sin saber cómo, abrió los ojos y giró para poder hablarle.

—Es usted un pedazo de patán y, para su información, a lo único que le temo es a los caballos. Si eso no me hace perfecta a sus ojos, me importa un rábano.

Nicholas intentó, sin éxito, reprimir una sonrisa.

—"Pedazo de patán" y "rábano" en una misma frase. Señorita Bradford, me deja usted anonadado. Su vocabulario es de lo más colorido —le dijo mientras la observaba reaccionar, ya no acuciada por el miedo, sino por el enfado. Así le gustaba más, echando chispas por esos fascinantes ojos verdes. Qué fácil era provocarla, pensó, y qué excitante el resultado. A decir verdad, le encantaba esa transformación.

Eleanor sentía algo de remordimiento. No por lo que le había dicho, sino por cómo se lo había dicho. Se había extralimitado, ese carácter y esa lengua suya la habían traicionado otra vez.

—Bueno, quizás en lo de patán...

—Para ser más correcto, pedazo de patán, señorita Bradford.

Eleanor se irguió aún más entre las piernas de Nicholas, lo que hizo que él maldijera por lo bajo y la sujetara para que se mantuviera quieta.

—Si no deja de moverse —dijo, mientras miraba a una parte concreta de su propia anatomía—, no soy responsable de mis actos.

Eleanor entendió, al instante, a qué se refería. La dureza que sentía en su pierna no dejaba lugar a duda alguna. Se sonrojó hasta las cejas y se acordó de lo que Gail le había explicado acerca de la excitación en los hombres. Quiso que la tierra se la tragara en esos momentos e intentó seguir con lo que estaba diciendo.

—Sí, eh, quizás con lo de "pedazo de patán" y "rábano" me excedí —se le atragantaron las disculpas en la garganta.

Nicholas vio cómo bajaba la cabeza mientras pronunciaba esas palabras y no pudo evitar sonreír. Seguro que le había costado un gran esfuerzo pedir disculpas, pero, al final, lo había logrado hacer. Esa mujer no dejaba nunca de sorprenderlo.

—¿Qué hacía tan lejos de la casa? —preguntó por el bien de los dos. Esperaba que, al hablar de otra cosa, la erección que le habían provocado sus constantes movimientos empezara a ceder. ¡Dios! Cada vez la deseaba más, y lo que le había pasado era prueba de ello.

Comprobó cómo Eleanor se había ruborizado al darse cuenta de lo excitado que estaba, pero no vio miedo en sus ojos. Eso significaba muchas cosas, y una de ellas era que parecía confiar en él. Eso hizo que algo dentro de él se tornara cálido, suave como una caricia.

—Me apetecía pasear, y todo es tan bonito por aquí que no me di cuenta de cuánto me alejaba —dijo Eleanor, con la misma emoción de una niña que ve por primera vez algo hermoso. Toda la pasión que había sentido momentos antes se tornó en un sentimiento distinto, que lo tomó desprevenido y lo hizo pensar, un extraño sentimiento de protección que lo asombró.

Era encantadora, pensó para sí Nicholas. Tan dulce y a la vez tan rebelde, que lo confundía. Una confusión de la que, por el momento, no quería salir.

—Lord Brame, ahora que estamos solos, quería comentarle algo.

—¿De qué se trata? —le preguntó al ver que Eleanor dudaba.

Estaba intrigado. Eleanor intentaba mirar a todos lados menos a su cara. ¿Qué era lo que estaría tramando esa cabecita? Pensarlo le dio escalofríos.

—Verá, quería decirle —empezó Eleanor algo dudosa— que he oído rumores acerca de usted y su relación con las mujeres y...

—¿Qué? —preguntó Nicholas y enarcó una ceja—. Esto sí que es interesante —continuó, mientras acercaba su cara un poco más a la de Eleanor y fijaba su enigmática mirada en sus ojos.

Eleanor observó que a Nicholas no parecía hacerle gracia lo de los rumores; pero ya que había empezado, tenía que decirlo todo.

—Sí —dijo con voz firme, resuelta a soltarlo todo antes de que se arrepintiera—. Quiero decirle que yo no soy susceptible a esa clase de cosas.

—¿Qué *cosas* son esas, si puede saberse?

Nicholas se estaba divirtiendo de lo lindo al ver lo nerviosa que se ponía. Eleanor había empezado a sudar; a ese paso, se iba a evaporar delante de sus narices.

Su inocencia lo dejó pasmado.

—Pues las cosas que pasan entre hombres y mujeres —le dijo y volvió a irritarse.

—¿Y qué es lo que pasa entre ellos, señorita Bradford? Porque verá, estoy siendo paciente, pero ese acertijo suyo me está cansando.

—¡Pues debe de ser usted estúpido! —alzó la voz Eleanor. Otra vez su lengua había vuelto a soltarse. Y lo peor, ¡ahora tenía las dos cejas levantadas!

Desde luego, él sabía cómo poner una expresión intimidatoria. Detuvo un momento la marcha del caballo.

— Señorita Bradford, si sigue así, tendré que llegar a la conclusión de que está perdidamente enamorada de mí.

— Es usted un arrogante, presumido y...

Nicholas no la dejó continuar, no pudo. Sólo sabía que necesitaba probar esos labios rojos y carnosos que lo llamaban. Siguió su impulso y, con un sólo movimiento, la tomó por la cintura y rozó sus labios con los de ella en una suave caricia. Con un gemido ahogado, ahondó el beso.

Era néctar puro, la más deliciosa de las ambrosías. La sintió debatirse, durante unos breves segundos, antes de acariciarle el cuello y enredarle los dedos en su pelo.

Esa inocente entrega, esa respuesta con una pasión similar a la suya, hacía insignificante cualquier experiencia previa que pudiera haber tenido. Sin poder evitarlo, lo acometió una oleada de posesión que amenazó con derribarlo.

Eleanor pensó que estaba soñando. Jamás imaginó que podría sentir todo lo que estaba experimentando: una necesidad cada vez más grande, más acuciante, que se extendía por todo su cuerpo y que no sabía cómo saciar. Al principio, quiso detenerlo, pero en ese momento, si tenía que ser fiel a sí misma, mataría a quien pusiese fin a aquello.

El beso se estaba volviendo cada vez más íntimo. Nicholas, con los dedos, instó a que Eleanor abriera más la boca, para tomar completa posesión de su lengua. Al principio, sintió cómo la inexperiencia de Eleanor la hizo dudar, para después imitar sus movimientos y hacerle perder, prácticamente, la razón.

¡Dios! Si aquello no paraba en ese mismo instante, sin dudar, la tumbaría en el suelo y le haría el amor. La penetraría tan profundamente que no cabría duda de que era suya, se perdería en esa húmeda cueva de placer hasta que volviera a recobrar la razón.

Así que, recurriendo a toda su voluntad, Nicholas la separó poco a poco de él.

—Imagino que se estaba refiriendo a esto cuando dijo lo que pasa entre hombres y mujeres —le dijo Nicholas, como si el beso no lo hubiera afectado en nada.

Eleanor todavía estaba aturdida por lo que había pasado. Se llevó los dedos a los labios como si así pudiese borrar lo que había hecho. La furia se abrió paso en su interior.

—Sí, me refería exactamente a esto, y quiero que sepa que no estoy dispuesta a dejar que juegue conmigo, y que jamás permitiré que vuelva a besarme. Hay muchas damas invitadas este fin de semana que verían con buenos ojos que usted le brindase sus atenciones —dijo, como si le asquearan—, pero yo, desde luego, no soy una de ellas. ¿Me ha entendido, lord Brame?

Nicholas pensó que la habrían oído hasta los guardias que custodiaban la Muralla China. Un mechón de pelo se le había soltado del recogido y caía, seductoramente, encima de su pecho. En ese momento, tuvo que contenerse para no tomarlo entre sus dedos. Los mechones parecían de seda pura, y su aroma, una mezcla de flores silvestres y un toque de canela, que hacía casi irresistible la tentación de perderse en ellos.

Ahora comprendía cómo los marineros eran capaces de ir gustosos a su fin, seducidos por el canto de las sirenas, porque él estaba contemplando a la más hermosa de ellas.

—Sí, señorita Bradford, la he entendido de maravilla y, no se preocupe, que no la importunaré más; por lo menos, hasta esta noche en la cena, así tendrá tiempo para aceptar que, aunque no quiera, se siente sumamente atraída por mí. Bueno, casi tanto como yo la deseo a usted, pequeña.

Eleanor iba a replicarle cuando Nicholas puso al trote al semental negro. Después de eso, toda idea de decirle lo que podía hacer con su deseo se esfumó, diluida en una marea de pánico que no la dejaba pensar. Sólo pudo volverse hacia adelante y apretarse bien contra su pecho para no caer. Presentía con absoluta certeza, aun sin saber cómo, que él no la dejaría sufrir ningún daño; pero el miedo, después de tantos años instalado en su mente, atenazaba todos sus sentidos y hacía que la razón quedara relegada a un segundo plano.

Cuando, por fin, llegaron a las caballerizas de la casa, Nicholas la ayudó a desmontar. Sus piernas parecían de gelatina y se negaban rotundamente a responder. Todo su cuerpo temblaba de forma incontrolable. Si no hubiese sido por él, de seguro se habría caído al suelo.

Nicholas la tomó entre sus brazos, preocupado. Sabía que Eleanor tenía miedo a los caballos; eso había quedado patente en su rostro cuando la había subido a él; pero no imaginó que ese miedo estaba tan arraigado como para afectarla de esa manera. Se sentía culpable por no haber dado la suficiente importancia a sus protestas. Había sido un presuntuoso por no haber estado atento a todas las señales. El precio era la tristeza que sus ojos no podían disimular. El ser el principal causante de ese estado le desagradó en demasía.

Sintió ganas de abrazarla más fuerte y alejar de su mente el recuerdo que le había producido aquella reacción.

—¿Está bien? —le preguntó sin soltarla.

—Podía haber preguntado eso antes —exclamó Eleanor.

Nicholas asintió y le dio toda la razón.

—¿De dónde viene ese miedo a los caballos? —le preguntó mientras le acariciaba el mentón con la mano y la obligaba a levantar la cabeza para mirarlo.

Era la primera vez que la veía vulnerable, y el hecho de ver así a una mujer como ella, fuerte y con carácter, lo afectaba aún más.

Observó cómo se mordió el labio inferior, como si estuviera tomando una importante decisión. Cuando creyó que ya no respondería a su pregunta, Eleanor volvió a sorprenderlo.

—Me caí de un caballo cuando era pequeña. ¿Está contento ya?

—¿Y no volvió a montar?

Eleanor lo miró molesta.

—Mi padre lo intentó pasado un tiempo; pero cuando uno se rompe varias costillas y un brazo, además de tener una contusión, se vuelve algo testarudo.

—Ya veo —dijo Nicholas—. De todas maneras, debería volver a intentarlo. Mucha gente tiene accidentes, y no por eso tiene que dejar de disfrutar. Su padre debería haberle insistido con más vehemencia.

Eleanor se separó de él para mirarlo bien a los ojos.

—No tuvo tiempo, milord, porque él mismo murió a lomos de su semental.

Dicho esto, se alejó en dirección a la casa, y lord Brame quedó sin saber qué decir, por primera vez desde que la había conocido.

* * *

Nicholas no pudo dejar de darle vueltas a las palabras de Eleanor durante toda la tarde. Le debía una disculpa y lo sabía. Se había tomado su miedo a la ligera, y eso no era propio de él. Tenía que haberse dado cuenta de que aquella reacción se debía a algo más profundo que un temor sin fundamento.

Cuando la tomó de la cintura para ayudarla a desmontar, fue consciente de la verdadera magnitud de la situación. La sintió temblar entre sus manos, como si fuera una niña asustada. Se maldijo mentalmente, una y otra vez, por no haberlo comprendido antes. Ella no era como esas tontas damiselas que se desmayaban por cualquier nimiedad. Por el contrario, era una mujer fuerte, con carácter, dulce, quizás demasiado para su propio bien, y sincera, como tantas veces había demostrado.

Sólo se mentía en su deseo hacia él. Lo había visto en sus ojos, los mismos que no podían esconder nada debido a su inocencia. También lo había sentido en el cuerpo de Eleanor: el deseo, la pasión, la entrega con la que le había devuelto los besos no se podían fingir.

Debería haberlo notado, se reprendió de nuevo; sobre todo, después de conocer sus circunstancias, historia que lady Jane le contó después de que él insistiera en que le comentara algo acerca de ella.

Una chiquilla que, tres años atrás, con sólo dieciséis años, asume la responsabilidad de la cabeza de la familia y tiene que vivir con la pena de su pérdida, y a la vez, proteger celosamente a su hermano y ayudar a una madre afectada por su viudez, no puede tener miedos por capricho.

Al pensar en ello, un atisbo de admiración se instaló en su interior. Tenía que reconocer su valía porque, a pesar del pánico, en ningún momento le había pedido que la dejara bajar; por el contrario, se aferró a él con todas sus fuerzas *y* depositó en sus manos una confianza desmerecida.

Había estado tan absorto en su deseo que recién al volver sobre sus pasos, se daba cuenta del miedo que debió de haber pasado. En verdad, la confianza que había pretendido obtener de ella ya estaba hecha trizas por su falta de autocontrol. Le pediría perdón, aunque eso fuera una insignificante compensación por el desasosiego que le había provocado. Su comportamiento había sido inexcusable, a pesar de no haber sido intencionado.

Durante la comida, no pudo hacerlo. Eleanor se sentó junto a Mary Beth y los hijos del coronel Hendrins, por lo que no pudo dejar de observar que ese mequetrefe de Anthony no dejaba de devorarla con la mirada.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó lady Jane, que estaba sentada a su lado.

—Tía Jane —contestó Charles antes de que Nicholas pudiera abrir la boca—, está

claro que Nicholas sufre de indigestión amorosa.

Nicholas miró a su amigo con cara de "o te callas o te callo", situación que no pasó desapercibida para lady Jane.

—Así que, por lo que veo, el tema no es algo pasajero —afirmó lady Jane mientras lo miraba con aire de madre que pone en su lugar a un hijo descarnado.

—No debe preocuparse —le contestó Nicholas mientras se alisaba el cabello con sus largos dedos—. Su sobrino hace conjeturas sin saber y, si él sigue por ese camino, puede que usted se encuentre con un sobrino que se quede lelo de golpe —amenazó Nicholas mientras sonreía entre dientes a Charles.

—Pues vaya, como sigáis así, espero que no sea antes de que yo os deje tontos a los dos —replicó algo contrariada lady Jane, mientras unía sus cejas con enfado. Así que ten mucho cuidado, Nicholas Brame. Y tú —dijo y señaló a su sobrino— deja de incordiarlo, ¿me has entendido?

Cuando lady Jane dejó de prestarles atención para hablar con la señora Jennins, que estaba a su izquierda, Nicholas no pudo aguantar más.

—Charles, me estás irritando sobremanera con tus inapropiados comentarios. Francamente, estás sacando a tu tía de sus casillas, y no quiero que, a mis treinta años, me dé un tirón de orejas. No me gustaría herir sus sentimientos.

Charles intentó disimular una sonrisa de oreja a oreja.

—Amigo, estás exagerando. Sólo lo dice porque está preocupada por Eleanor, pero sabe que no somos unos niños.

—Pues yo no estaría tan seguro. Tu tía es una mujer de armas tomar y, a pesar de nuestra edad y posición, no te quepa duda de que es capaz de hacérnosla pagar.

—Parece como si le tuvieras miedo.

—Sin duda alguna. Wellington hizo un cursillo acelerado a su lado. Prefiero, mil veces, el frente a una ceja arqueada de tu tía.

Nicholas pensó en lo mucho que la tía de Charles había hecho por él, y una sonrisa asomó a sus labios. Le encantaba que aún intentara ponerlo en su sitio cada vez que hacía una trastada, como si fuese todavía un muchacho. Era una de las pocas personas que se preocupaban por él y lo querían. Por eso, no podía herir sus sentimientos y decirle que ya no era un niño para darle los sermones que le prodigaba. A cualquier otra persona, no se lo habría permitido; pero a ella sí. No quería que cambiara, porque la adoraba tal cual era; en su corazón, ocupaba el lugar más parecido al de una madre.

Capítulo 5

Eleanor estaba preparándose para la cena. Llevaba todo el día sin poder dejar de pensar en lo que había pasado esa mañana.

No había sido justa con Nicholas, y eso le pesaba un poco en la conciencia. Era verdad que él había desoído su negativa de volver a caballo, pero ella tampoco le había comentado nada acerca de sus temores. En parte por orgullo, porque no quería que pensara que era una cobarde, y en parte por vergüenza de sentirse dominada por sus miedos.

Últimamente, no sabía el por qué, pero parecía resultarle importante la concepción que él tuviera de ella. No sabía desde cuándo ese hecho había adquirido tanta relevancia, pero no quería que la viera como a una de esas tontas mujeres que iban detrás de él y languidecían a cada paso suyo.

Pese a todo, tenía que reconocer que, cuando estuvo entre sus brazos, se sintió a salvo. Su cuerpo inexperto había reaccionado como si reconociese, en el de él, un puerto seguro. A pesar del pánico, sintió que nada malo podría pasarle. Esa confianza había calado en su mente y había menguado los antiguos temores.

Tenía que reconocer que parte de su enfado, sino su totalidad, se debía al despertar de otros sentimientos, cuyo único culpable era Nicholas. Había sido como mantequilla entre sus brazos. Ella no habría sido capaz de detenerse, si él no lo hubiese hecho.

Sin duda, era más peligroso de lo que había pensado en un principio. Después de aquello, sabía, a ciencia cierta y con todos sus sentidos, que podría volverse adicta a sus besos.

Su fama de seductor no era un gran secreto, pero nunca habría imaginado que podría sentirse así con alguien. Una persona capaz de inflamar sus sentidos de esa manera acabaría con su voluntad; y si había algo que no soportaba, era perder el control de sus emociones. Quizás se debía a todos los años que había tenido que mantenerlas sujetas con mano fuerte; pero, la verdad, odiaba sentirse vulnerable; los sentimientos que le provocaba eran nuevos, excitantes, aunque a la vez, la perturbaban; y eso no le gustaba.

Cuando llegó a su habitación después de dejarlo en las caballerizas, sintió como si

una extraña fiebre se hubiera adueñado de ella. Jamás se había sentido tan viva y tan desesperada.

Contra toda lógica y, a pesar de su férrea voluntad, no era inmune a sus caricias ni a sus palabras. Y, ¡por Dios!, tampoco lo era a sus tiernos y exigentes besos. Sabía que se estaba enamorando de un libertino.

La situación era peor de lo que había creído en un principio. Sólo significaba una cosa: sufriría sin remedio. Por el contrario, para él, sería una más que añadir a su larga nómina de conquistas.

Tendría que evitarlo como fuera; nunca compartiría con él un amor sincero. Aunque de sólo pensarlo, ya sentía una extraña sensación de vacío en su interior. Por esa razón, el resto del día lo había pasado de un lugar a otro, en un intento por estar ocupada y evitar aquellos sitios donde pensaba que él estaría.

Sí, era cierto; lo había estado esquivando, aunque con hombres como él, era la mejor medicina.

En su intento por escapar de su presencia, había aceptado acompañar a las hijas de lady Jennins y a lady Thompson al pueblo. Se les había antojado comprar unas cintas de colores para el pelo que hicieran juego con el vestido que lucirían esa noche. A último momento, convenció a Mary Beth para que las acompañara en la excursión, porque ir al pueblo, sin dudas, lo era.

Ya había anochecido y estaba frente al espejo, preparándose para la cena y para encontrarse con lord Brame. Esas horas transcurridas, desde que se había visto por última vez, no le sirvieron para acallar sus deseos.

Gracias a Dios, Mary Beth no se había dado cuenta de nada, pese a que la miraba con cara de "¿qué te pasa a ti?". Estaba muy atareada ayudando a su tía con los invitados y coqueteando con los caballeros que revoloteaban en torno a ella.

Esa noche, Susan volvió a peinarla con esa magia que tenía en las manos, que hacía que cada pequeño bucle pareciese destinado a estar exactamente ahí.

En esa ocasión, le hizo un recogido bajo y, con unas tenacillas, había dado forma a varios mechones que resaltaban las facciones ovaladas de su cara y atraían la mirada hacia allí de quienes habitualmente observaban sus senos, donde un furtivo rizo se había acomodado de manera natural. Se miró de cuerpo entero en el espejo y contempló su imagen. El vestido de seda color azul con lazos más oscuros en las mangas, que había elegido esa noche, le quedaba bien, a su modesto entender.

Durante todo el rato que la estuvo peinando, Susan, con su entusiasmo natural, la llenó de piropos y hasta aplaudió el resultado final. Eleanor soltó una carcajada que contagió a la doncella. Ambas rieron amigablemente.

Demoró todo lo que pudo en bajar y, cuando lo hizo, los invitados ya estaban pasando al comedor.

Por suerte, esa noche lord Brame no quedó situado cerca de ella a la mesa, cosa que la tranquilizó de manera momentánea.

A su lado, se sentó Anthony Hendrins. La verdad era que se trataba de un caballero muy amable y simpático, y ella agradeció entregarse a la animada charla que compartieron.

La cena estaba exquisita. Entre el faisán, las verduras estofadas con mantequilla, los distintos pescados y los deliciosos postres, así también como la tarta de nueces, Eleanor acabó completamente satisfecha.

Se sabía que una dama nunca debía comer demasiado, pero esa noche, no estaba para normas sociales. Además, era más seguro atender a la comida que mirar el rostro enjuto de lord Brame.

De todas formas, tenía que reconocer que, a pesar de todos sus esfuerzos y promesas, no había podido evitar mirar, de manera furtiva, en su dirección más de una vez. En una de esas ocasiones, lo vio reírse, de manera efusiva, con la señora Oakham, una viuda de muy buen aspecto que, constantemente, le hacía ojitos de forma descarada. Era evidente el mensaje. Se le estaba insinuando, y lord Brame no parecía hacerle asco a sus esfuerzos. Era, sin duda, un donjuán de pacotilla.

Dejo el tenedor encima del plato, respiró hondo y se pidió a sí misma algo de calma. Observó su mano, la misma que antes había sostenido el cubierto, y se dio cuenta de que había estado sujetándolo con demasiada fuerza, ya que tenía la palma roja y con unas leves marcas; lo peor era reconocer que podía ser a causa de un ligero ataque de celos. ¡Ligero! ¿A quién quería engañar? Eso era la humillación final. Le habría retorcido el cuello a aquella viuda. ¿Y él? ¿Tan poco habían significado sus besos, que ya se lanzaba en busca de una nueva presa?

Si él se diera cuenta, en ese instante, de todo lo que ella sentía, no podría volver a mirarlo. Se reiría de ella y diría que era una chiquilla inocente, que todo lo magnificaba; y habría que darle la razón, porque, si era sincera consigo misma, se estaba comportando como una niñita.

Cuando finalizó la cena, los hombres se retiraron a tomar una copa, mientras las damas se quedaron charlando un rato en el salón, a la espera de que los caballeros se unieran de nuevo a ellas.

Antes de que pudiera seguir atormentándose más con el único tema del día, Mary Beth se sentó junto a ella.

—Me dijeron que te vieron llegar a caballo, esta mañana, con lord Brame, y por poco le pego a la que me lo ha dicho, por ser una mentirosa amante de los chismes —le dijo Mary Beth con aire interrogativo.

Eleanor tuvo que reprimir una sonrisa. Su amiga era tan impulsiva que bien podía ser cierto lo que le había dicho, y haberse ido a las manos con la chismosa.

—Sí, bueno, salí a dar un paseo y me encontré con él y, como se hacía tarde, y los

dos veníamos hacia acá, se ofreció a traerme.

—Ya —dijo Mary Beth—, y diciéndome eso te quedas tan tranquila, ¿verdad? Pero, verás, eso sonaría convincente si no fuera porque te da pánico montar, Eleanor.

Sabía que su amiga no pararía hasta sonsacarle la verdad. Mary Beth era peor que un detective de Scotland Yard. Ni por un momento, conociéndola como la conocía, iba a creer la estúpida explicación que acababa de darle. Peor aún, en esos momentos, estaría pensando qué la habría llevado a contarle tan absurda excusa. Sumaría dos y dos, y sabría que algo había pasado.

—Oh, está bien, Mary Beth; me obligó a subir con él y me puso furiosa. Había estado coqueteando conmigo desde el baile que ofrecieron tus padres; así que le dije que, si pensaba sumarme a la lista de tantas jovencitas que caían rendidas a sus pies, no perdiera su tiempo.

Eleanor se dio cuenta de que Mary Beth la miraba atónita.

—Y ¿puede saberse por qué no me dijiste que lord Brame estaba interesado en ti? —preguntó Mary Beth cuando por fin reaccionó.

—Oh, Mary Beth, ¡no me mires con esa cara! Si no te dije nada, fue porque creí que se le pasaría y se fijaría en otra; pero hoy me ha dejado claro que soy un posible objetivo.

—Eleanor, no estás hablando de tácticas militares —le dijo mientras movía la cabeza en señal de desaprobación—. Sin embargo, todo lo que me has contado es maravilloso. —Una gran sonrisa se instaló, de repente, en sus labios.

Eleanor estaba atontada, porque ¿estaban hablando las dos de lo mismo, o su amiga estaba en otro planeta?

—¡Maravilloso, Mary Beth, maravilloso! ¿Estás loca? ¿O te has dado un golpe en la cabeza? Tú sabes, tan bien como yo, lo que se dice de él. Tiene más amigas que pelos tenemos nosotras en la cabeza. Y cuando hablo de amigas, no lo digo en el sentido fraternal de la palabra.

—¿Y qué? —dijo con entusiasmo desbordante—. Además, según mi primo, tiene una regla en cuanto a las damas sin experiencia. Parece ser que nunca se acerca a ellas. Así que, si va detrás de ti y rompe, por primera vez, una de sus normas, significará algo, ¿no crees?

—Sí, significa que es un mujeriego sin escrúpulos.

Eleanor estaba que echaba chispas. No podía creer que su amiga estuviera contra ella y defendiéndolo a él. Decididamente, el mundo se había vuelto del revés.

—Pues ese libertino viene hacia aquí en este instante, y yo debo ir a ver si mi tía necesita que la ayude con la señora Hendrins y su marido; ya sabes que hablan por los codos.

—Ni se te ocurra, Mary Beth. ¡Mary Beth! —susurró y apretó los dientes, mientras

su amiga ya se alejaba y le guiñaba un ojo.

Cuando quiso darse cuenta, y antes de que pudiera reaccionar, lord Brame estaba casi a su lado.

Había que reconocer que esa noche estaba guapísimo. Vestido de negro, con una camisa blanca y un nudo sencillo y a la vez elegante, era, sin duda, el hombre más atractivo del salón.

—Buenas noches, señorita Bradford. Veo que la han dejado sola.

—Si ha venido...

Eleanor no pudo seguir, porque Nicholas levantó una mano en son de paz para detener la diatriba de ella.

—Por favor, Eleanor, déjeme terminar.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre, y en sus labios, le sonó hermoso. Era como si lo hubiera escuchado por primera vez, y actuó como un bálsamo para sus nervios.

—Le pido mis más sinceras disculpas. Jamás pensé que su miedo proviniera de tan desgraciadas circunstancias, y fui un estúpido al no darme cuenta de la profundidad de su desasosiego. Debe creerme cuando le digo que me cortaría un brazo antes que hacerla sufrir de nuevo.

Eleanor comprobó que había pesar en sus ojos, y también ternura, la misma que había creído ver esa misma mañana. Sintió que se le aflojaba el nudo que tenía formado en el estómago, mientras se le hacía otro en la garganta. Como pudo, le dio las gracias.

Se quedaron allí, mirándose el uno al otro, en un momento mágico, sin atreverse a efectuar ningún movimiento por temor a que se pudiese romper el hechizo.

Esa fue la ocasión elegida por lord Farnsworth para hacer notar su presencia.

—Vaya, señorita Bradford; si me permite decirlo, esta noche está encantadora. Me recuerda usted mucho a su madre. No sé si sabrá que fui uno de sus admiradores, antes de conocer a mi esposa, claro está.

—Es usted muy amable, lord Farnsworth —le respondió Eleanor mientras, en su interior, deseaba que no hubiese aparecido. Habría querido un poco más de tiempo para seguir experimentando esa sensación casi mágica que se había creado, momentos antes, entre ella y lord Brame y que, todavía, la tenía en una nube.

—Lord Brame —dijo lord Farnsworth y dirigió su atención a Nicholas, mientras fruncía la nariz como si hubiese olido algo en mal estado. Saltaba a la vista que le disgustaba su presencia.

—Lord Farnsworth —respondió Nicholas y usó el mismo tono que había utilizado con él. Su semblante carecía de emociones, como si nada de aquello, la velada, los

invitados y la actitud de lord Farnsworth, que rayaba en el insulto, le importara en absoluto. Sin embargo, para alguien observador, no pasaría inadvertida la repentina rigidez que parecía haberse apoderado de su cuerpo, y la fuerza con que apretaba su puño izquierdo, que desmentía esa pose de indiferencia.

El muro, que hacía unos segundos se había derribado, había vuelto a levantarse. Por lo menos, no había sido ella la responsable, sino ese hombre con mirada penetrante, que a Eleanor le recordaba a un ave de rapiña.

Aunque no hubiese sido un prepotente pomposo, le habría caído mal sólo por haber interrumpido ese momento mágico. Las dos papadas, que pretendía disimular con el lazo, le caían de manera uniforme sobre el nudo, que resaltaba, aún más, su flácida barbilla. El traje, a la última moda, no hacía nada por estilizar su figura y le restaba elegancia a la alta confección.

—¿Sabe, lord Brame? Yo conocí a su padre; éramos socios del mismo club. Un gran hombre, sin duda —dijo lord Farnsworth, mientras se llevaba un pañuelo a la comisura del labio.

—Sí, sin duda —afirmó Nicholas con frialdad en los ojos.

—Su padre me habló de usted, y me alegra comprobar que se ha enderezado, muchacho. Verdaderamente, fue una lástima lo de su hermano. Todos teníamos muchas esperanzas depositadas en él. Habría sido un hombre de categoría. De todas formas, reconforta saber que la decepción que usted reportó a su padre durante todos estos años, al final, ha terminado; aunque claro, era lo menos que cabía esperar, después de todo el sufrimiento y la humillación que le hizo soportar.

Eleanor observó cómo la mandíbula de Nicholas se endurecía. Estaba claro que Farnsworth se estaba jugando su seguridad física.

—Mi padre estaba equivocado en muchos aspectos, y yo era el mayor de sus errores. De todos modos, él ya está muerto, y le aconsejaría que, de ahora en adelante, se abstuviera de dirigirme la palabra. Y, ahora, si me disculpan.

Eleanor lo siguió con la mirada mientras Nicholas se dirigía a la terraza, atravesaba las puertas y desaparecía en el jardín. Jamás lo había visto así. Aun cuando ella lo había insultado, se había comportado con un control inusitado. En sus ojos, en los que alguna vez había encontrado emociones, pese a que él trataba de disfrazarlas con indiferencia, había podido ver, en ese instante, un profundo dolor que ensombrecía su mirada.

De una cosa estaba segura, y era que lo que hubiese pasado entre Nicholas y su padre había sido importante y doloroso, hasta tal punto de no poder dominar la furia que lo consumía. Sin duda, Farnsworth había tenido suerte de no terminar con los dientes en el suelo.

—¡Vaya grosería la de ese muchacho! —exclamó lord Farnsworth—. Cuando su padre decía que era una maldición que hubiera nacido, tenía razón.

Eleanor ya no podía contener por más tiempo el enfado que había ido creciendo en su interior, por la desfachatez de ese insolente con aires de superioridad al denigrar a Nicholas. El que alguien intentara hacerle daño, la ponía furiosa. De buen grado habría rodeado las dos barbillas de ese hombre y lo hubiera estrangulado.

—Grosería la de usted, lord Farnsworth. Debería pensar antes de hablar; aunque, claro, eso requeriría un gran esfuerzo de su parte además de necesitar una pequeña porción de inteligencia de la que carece por completo. Y, ahora, si me disculpa a mí también —le dijo mientras se daba vuelta para irse, no sin antes ver cómo los ojos saltones del caballero se abrían de par en par.

Sin pensarlo y por instinto, se encaminó a la terraza. No sabía qué iba a decirle, pero sentía una necesidad imperiosa de estar junto a él.

Cuando salió fuera, no lo vio de inmediato. Pero cuando se acercó a la barandilla, desde donde se podía observar la magnitud de los jardines, lo distinguió abajo, junto a un árbol, apoyado de espaldas a ella.

Bajó por las escaleras y pisó el césped; podía sentir su frescor a través de sus zapatillas de satén. Se acercó silenciosamente, aunque no lo suficiente, porque Nicholas notó su presencia. Cuando estaba a escasos pasos de él, giró y le ofreció su mirada más gélida.

Nicholas no sabía todavía cómo no había podido controlar sus impulsos. Cuando Farnsworth le había hablado, con tanta familiaridad, de un tema que ni siquiera Charles se atrevía a insinuar, algo en su interior se había removido. Todos los recuerdos, los cuchicheos de la sociedad que lo consideraba de la peor calaña, la mirada de los contemporáneos de su padre que lo juzgaban y le daban la espalda con desprecio, la muerte de su hermano y cuánto le había costado armar una coraza que lo protegiera de todo aquello. Todo ello ante lo que se creía ya indiferente, lo había golpeado con fuerza en un sólo instante.

Después de tanto tiempo, no pensaba que unas pocas palabras pudieran hacerlo sentir, otra vez, como un muchacho. Hacía mucho tiempo, se había jurado que jamás bajaría la guardia, que nadie provocaría ni la más mínima reacción en él; todo lo que se había propuesto y conseguido hasta ese momento se había desplomado en dos segundos.

Había estado tan concentrado en su deseo por Eleanor que había bajado de una manera infantil sus defensas, y Farnsworth lo había tomado por sorpresa, algo a lo que, hacía mucho tiempo, no estaba acostumbrado.

Maldecía ese momento. Todo aquello había quedado atrás, enterrado en lo más profundo de su ser. Desde que era un adolescente, no volvía sobre esos recuerdos; sin embargo, esa noche, lo habían impactado de una manera inaudita, sin darle tiempo a evitar que Eleanor fuera testigo de ello.

La brisa de la noche removió sus cabellos con timidez, y le dio una sensación de

paz que no sentía realmente. Había salido del salón en busca de un momento de soledad, de intimidad para calmarse y volver a sujetar las riendas de su carácter. No esperaba que ella lo siguiera después de lo que había pasado, pero el dulce aroma a flores silvestres y canela que llegaba desde su espalda le era inconfundible.

Le pediría que volviese al salón, le diría que allí no tenía nada que hacer. Cuanto antes se deshiciera de ella, antes podría volver a sus pensamientos.

Con la rabia que aún quedaba en su interior, giró para mirarla.

—Señorita Bradford, debería volver ahí dentro —le dijo y señaló, con un leve movimiento de cabeza, la puerta que daba al salón, por las que momentos antes había salido—. No estoy ahora para juegos verbales, de esos con los que usted tanto disfruta.

Eleanor sabía que Nicholas quería estar solo, pero se resistía a marcharse.

—Le aseguro que no vengo con esa intención, sólo quiero saber cómo está —le respondió Eleanor, y dio un paso más hacia él.

—¿Y ese interés repentino por mi salud, señorita Bradford?

Para malestar de Eleanor, volvía a ser de nuevo "señorita Bradford".

—Sabe de qué estoy hablando. —Lo miró fijo.

—Si se refiere a Farnsworth, debo desilusionarla; no tiene la mayor importancia —le respondió Nicholas, aunque su semblante reflejara todo lo contrario.

—Eso no se lo cree ni usted, lord Brame. Además, imagino que usted no le retira la palabra a ningún caballero por una simple nimiedad. ¿Sabe lo que creo?

—No, pero no sé por qué me parece que va a decírmelo de todas formas —le contestó Nicholas, con un tono de voz que no dejaba duda alguna de lo irritante que le estaba resultando la conversación.

—Pues creo —siguió Eleanor, como si las reservas de Nicholas y su mal genio no fueran más que un capricho de niño malcriado— que Farnsworth ha mandado todo su autocontrol, del que he de decir que merece toda mi admiración, al mismísimo demonio; y para hacer eso, sin duda, debe de haberlo afectado profundamente, y no porque las haya dicho un estúpido pomposo, que sin duda lo es, sino porque le ha hecho recordar algo amargo. No pretendo inmiscuirme, pero no me haga creer que lo que ha pasado no tiene importancia, porque he visto su cara, y le aseguro que lo delataba —dijo Eleanor con un gesto teatral—. Sé que, de haber podido, habría golpeado a Farnsworth allí mismo.

—¡Qué perspicaz! Me ha dejado anonadado, pero, a pesar de ello, debo aconsejarle que se vaya a hacer conjeturas a otro lado —sentenció Nicholas, con un susurro que erizaba los cabellos.

—No —dijo con obstinación Eleanor.

—¿No?

—No —volvió a contestar e intentó dar más seguridad a sus palabras de la que verdaderamente sentía por dentro. Era como si sus pies hubiesen echado raíces en el suelo e impidieran su retirada.

—Está jugando con fuego, Eleanor. Se lo diré por última vez: márchese de aquí, porque si se queda, créame, no será para hablar.

Eleanor sintió deseos de huir, pero no podía dejarlo solo; algo dentro de ella le gritaba que se quedara; que, a pesar de su obstinación, era un hombre que sufría.

—No —volvió a decir a Eleanor—. No pienso moverme de aquí.

—¡Mujer entrometida, insensata, cabeza dura!

Nicholas pensó que esa muchacha se lo había buscado. Se lo había advertido y había hecho caso omiso de sus palabras. Se había metido en sus asuntos como si hubiera tenido algún derecho a ello.

Salvando, de dos zancadas, la distancia que los separaba, la tomó con algo de brusquedad entre sus brazos y la besó. No con un beso tierno, sino con uno exigente que pedía una total rendición.

Devoró su boca con el ansia del sediento que busca agua después de cruzar el desierto.

Con el dedo la obligó a separar sus labios para poder penetrar en su boca y hacerla totalmente suya. Exploró con su lengua cada rincón de su exquisita oquedad.

Lo quería todo y no se conformaría con menos, pensó, mientras su necesidad de ella, lejos de saciarse, era cada vez mayor y le producía una dolorosa erección que anunciaba sus más oscuros deseos.

Entre la confusión de su ardor, sintió los gemidos de Eleanor que, lejos de estar luchando o parecer asustada, se hallaba totalmente entregada a él, a cada sensación, a cada acometida de su lengua. Sus delicados brazos le rodeaban el cuello, mientras se apretaba sensual e inocente contra él. Le devoraba la boca con un ansia que igualaba la suya, y cuando Nicholas tomó conciencia de ello, también gimió entre sus labios.

Sabía que, con poco esfuerzo, podía hacerla suya allí mismo; pero debía parar, porque Eleanor no se merecía aquello. No allí y de esa forma. Ella se merecía toda la ternura del mundo y no el deseo salvaje, producto de su rabia.

—Eleanor, váyase —le dijo, mientras intentaba separarse de ella—. Por favor, váyase. —Ya no fue una orden, sino una súplica.

Eleanor lo miraba fijo a los ojos y leyó, por primera vez, lo que le decían: claramente, contradecían sus palabras.

—No —dijo Eleanor mientras le tocaba con suavidad la mejilla con sus dedos—. No lo dejaré solo, porque sé, en mi interior, que está sufriendo.

Nicholas sintió como si lo hubieran abofeteado. Nadie, jamás en su vida, había sido capaz de ver en él lo que Eleanor había descubierto. Charles y lady Jane habían atisbado algo, pero siempre había sabido mantenerlos a distancia.

Sin embargo, allí estaba una muchacha, a la que apenas conocía, pero capaz de entrar en su interior para mostrarle sus sentimientos con ingenua claridad, para dejarlo completamente desnudo; y él no podía permitirse eso.

—No sé de qué habla.

Eleanor hizo un gesto con la cara en señal de que esa respuesta la había decepcionado. Sin embargo, sus ojos estaban llenos de obstinación, y le decían, a las claras, que no podía engañarla y que no se daría por vencida tan fácilmente.

—No hace falta que me lo cuente, pero ¿sabe? Yo sé algo acerca del dolor y sé que es traicionero. Aprendí que cuando cree que se ha ido para siempre de su vida, lo ataca por sorpresa y vuelve a golpearlo sin ningún tipo de escrúpulo. No puedo hacer que desaparezca, pero sí puedo permanecer con usted un rato, quizás el suficiente para que esconda su compungida expresión. Déjeme, aunque sea en silencio, que comparta su pena.

Eleanor no había apartado la mano de su mejilla, y sus ojos estaban cargados de lágrimas sin derramar.

Algo se rompió dentro de Nicholas, algo que ni siquiera podía identificar, pero que hizo que sintiera la necesidad imperiosa de abrazarla fuertemente contra él, como si fuera su salvación.

No era justo cargarla con todo eso, pero él tampoco lo había elegido; no había querido mostrar sus sentimientos, su rabia; y menos aún, habría querido experimentar que necesitaba a alguien de la manera que la necesitaba a ella en ese momento.

Sin saber cómo ni por qué, como un espectador más, empezó a escuchar sus propias palabras que brotaron. Al principio, titubeantes, escasas, tímidas; pero luego, como un torrente, comenzaron a contarle, a grandes rasgos, la razón de su pesar. Le habló de su niñez, de cómo su madre había sufrido a manos de su padre, sin que él pudiese hacer nada por detenerlo. Le contó que había perdido a su hermano en un estúpido duelo y cómo había dejado atrás a su padre por todo lo que le había hecho sentir.

Mientras él hablaba, Eleanor intuyó que, detrás de sus palabras, aún se ocultaban muchas más que él callaba, y que debían de ser sumamente dolorosas. Podía imaginarse a un dulce niño de cabellos negros y ojos brillantes, expectante a lo que su padre dijera, mendigando un poco de su cariño. Sólo podía sentir indiferencia por aquel hombre orgulloso y pagado de sí mismo, que no se había dado cuenta de la clase de hijo que había tenido.

También sentía rabia en su interior. Nicholas había defendido a su hermano con

vehemencia; y sin embargo, su padre afirmaba que el único que habría merecido la muerte era Nicholas. Pero la realidad era que el hermano lo había utilizado. Se había resguardado detrás de él para seguir con su vida disoluta, mientras Nicholas sufría las humillaciones públicas y el desprecio de su padre. Pese a todo, jamás lo había delatado.

Nicholas miró a Eleanor, por primera vez desde que había comenzado a hablar. Pensó que ella confirmaría su sensación de culpabilidad, que sus ojos expresarían lo que él ya sabía: cuan lamentables habían sido sus esfuerzos por salvar a las personas a las que había amado. Sin embargo, y para su asombro, fue todo lo contrario.

En sus ojos, sólo encontró calor. Sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas derramadas, y su mano estaba fuertemente enlazada a la suya. En ese momento, tomó conciencia de que, durante todo ese tiempo, ella no lo había soltado.

Eleanor lo comprendía sin que hicieran falta palabras, y eso no le había ocurrido nunca. Era algo nuevo para él, que lo hacía sentirse diferente, como si un gran peso hubiera dejado de aprisionarlo.

Eleanor se acercó lentamente a él y, con una dulzura casi hiriente, lo besó. Ella no lo sabía; pero con ese pequeño gesto, con ese acto, había sellado el destino de ambos. Porque tarde o temprano sería suya.

* * *

En la intimidad de la habitación, Eleanor pensaba cómo había cambiado todo, en unos pocos días.

Se había retirado sólo unos minutos antes y en ese momento, tumbada en la gran cama con dosel, miraba fijamente las figuras que tejía, en los rincones, la luz de la luna llena que coronaba el cielo esa noche con su hermosura etérea.

No podía cerrar los ojos; el recuerdo de sus besos y el tacto de sus manos sobre su piel eran tan intensos que le faltaba el aire. Jamás pensó que lord Nicholas Brame sería el hombre que le robaría el corazón. Ya no podía seguir negándolo por más tiempo. Estaba enamorada de él.

Todavía resonaba, en sus oídos, todo lo que él le había contado esa noche; y no podía dejar de sentir una opresión en el pecho. Era incapaz de dejar de llorar por su niñez; realmente amaba al hombre en que se había convertido, sin poder precisar cuándo sus sentimientos habían alcanzado tal magnitud.

Era una tonta por dejarse llevar así, pero no podía evitarlo. Sin saberlo, se había sentido unida a ese hombre desde la primera vez. Desde que lo conoció, mucho antes de saber su historia, había algo dentro de ella que le decía que no era la clase de hombre que se rumoreaba. Aunque, de igual manera, había sabido con certeza que

tampoco era de los que se comprometían. Eso la llevó a deducir que era sumamente difícil que albergara algún sentimiento serio hacia ella.

Además, si debía ser sincera consigo misma, ella no era una mujer sofisticada ni deslumbrante, y menos aún, divertida. Ese hombre había visto el mundo, y ella, en cambio, no había salido de su hogar y su rutina. Estaba claro que para él sería una aventura más y, por muy tentador que resultara dejarse llevar por todo lo que le hacía sentir, no podía olvidar adonde la conduciría aquella lujuria.

Perdería su virginidad, algo en lo que venía pensando desde el momento en que lo había conocido. Y ese sería el menor de los problemas; porque lo peor vendría después, cuando todo acabara. Ella no era libre para decidir, también debía pensar en su familia.

No, decididamente debía acallar todo lo que su mente y su cuerpo le repetían, a viva voz, a cada instante. Tendría que disfrazarlo y debería comportarse, desde ese momento, con la normalidad exigida. Sería muy difícil, lo reconocía, pero también necesario.

Juró en silencio que siempre estaría cerca por si la necesitaba, como amiga. Arriesgarse más de lo que ya lo había hecho, y exponerse a un sufrimiento que, con seguridad, sería inevitable, era una auténtica locura.

Había tomado una decisión y sólo esperaba ser lo suficientemente fuerte como para ser fiel a ella.

A pesar de eso, no sintió el alivio que había imaginado y le quedó un regusto amargo, con la convicción de que tendría una noche muy larga por delante.

* * *

Nicholas estaba sentado en su despacho y repasaba las cifras que arrojaba la contabilidad de sus propiedades. Los cambios a efectuar eran mínimos.

Su padre podría haber sido un necio, además de un dictador, pero nunca un estúpido. Había que reconocer que había protegido con mano férrea el patrimonio familiar.

—¡Mierda! —gritó. Había manchado con tinta una columna que acababa de repasar. Tenía que dejar de pensar en Eleanor de una vez por todas.

Después de aquella noche, que ni siquiera él podía aún explicar, no había vuelto a verla.

A la mañana siguiente de su encuentro en el jardín, los invitados empezaron a dejar Crossover Manor. Eleanor había partido al alba con la señorita Benning, para poder llegar pronto a Londres, según le comentó lady Jane.

Tenía que reconocer que, por un lado, aquella información le quitó un peso de encima; la noche anterior, se había sentido vulnerable a su lado, y odiaba esa sensación. Sin embargo, no podía de dejar de recrear en su mente, una y otra vez, a Eleanor frente a él, con su pequeña mano enlazada a la suya, mientras le daba consuelo y lo escuchaba sin reservas.

Tampoco podía olvidar su boca, tan dulce como la miel; ni su cuerpo apretado contra el suyo, que le ofrecía el momento de calma que, durante tantos años, de forma infructuosa, había buscado.

Sabía que debía volver a verla, y pronto, porque necesitaba estar con ella. No entendía qué le había hecho, pero estaba convencido de que sólo ella tenía el remedio para cicatrizar sus heridas y calmar su deseo.

Capítulo 6

Había transcurrido sólo un día desde que había vuelto a su casa, y aún no podía creer los cambios que se habían producido en ella.

Después de dejar Crossover Manor y haber tomado su decisión con respecto a Nicholas, sólo había pensado en llegar a su casa y retomar su rutina.

Esperaba que sus obligaciones le devolvieran la tan ansiada tranquilidad que buscaba; de forma inesperada, Brame había trastocado toda su vida. Sin embargo, al llegar a su casa, esa calma le fue negada y fue sustituida por el más absoluto desasosiego.

Recordaba cómo su madre y su prometido la habían recibido en la biblioteca a su llegada. Apenas había entrado, supo que algo pasaba.

Su madre había tratado de disimular la ansiedad que, tanto sus ojos como sus manos, que no dejaban de retorcer un pequeño pañuelo, delataban.

Jacques Cousen, marqués de Lavillée, había, sin embargo, esbozado una de esas sonrisas que a Eleanor siempre le habían parecido falsas hasta la saciedad. Recordaba con nitidez cómo se había levantado hacia ella y, con fingido entusiasmo, la había besado en la mejilla; eso le había provocado escalofríos que aún la recorrían cuando pensaba en ello.

Si cerraba los ojos podía reproducir cada paso de lo acontecido el día anterior, y resonaban aún en su cabeza, las palabras que parecían haberse grabado a fuego en su mente.

—Querida Eleanor, ¿qué tal tu fin de semana con Mary Beth en Crossover Manor?

—Muy bien, lord Lavillée —contestó Eleanor mientras intentaba poner un gesto agradable en el rostro.

—Eleanor, ¿cuántas veces tengo que decirte que me llames Jacques? Al fin y al cabo, dentro de unos días, voy a pasar a ser parte de la familia.

Aquello disgustaba sobremanera a Eleanor; pero, al ver el rostro de su madre, aún más congestionado, intentó pensar que debía hacer un esfuerzo, ya que ese hombre suponía la felicidad para ella.

—Si ese es su deseo, que así sea, Jacques.

—Así está mejor —contestó Lavillée, como un sabueso que por fin consigue a su presa.

Su madre suspiró largamente, lo que hizo que Eleanor recelase sobre su estado de salud.

—Madre, ¿qué tal estás? —le preguntó mientras se acercaba a ella para besarla y darle un pequeño abrazo.

—Muy bien, hija —le contestó y, aunque trató de sonreír, la voz le había sonado tensa como las cuerdas de un arpa.

Eleanor estaba ya más que nerviosa. Sabía que algo pasaba y, cada minuto que se prolongaba la conversación sin que le dijeran el motivo del evidente desasosiego de su madre, más se crispaban sus nervios. Quizás, pensó para tranquilizarse, fuera por algún preparativo de la boda, o por una riña de enamorados. Quizás no debía darle tanta importancia; debía intentar no ver fantasmas donde no los había.

—Pues pareces preocupada, madre —le confirmó más que preguntó.

De pronto, una súbita inquietud, la misma que había desechado segundos antes, la inundó. En ese mismo instante, se dio cuenta de que alguien faltaba en aquel cuadro familiar. Había estado tan absorta observando a su madre que no había preguntado por su hermano; en realidad, era muy extraño que no hubiese entrado corriendo a abrazarla, como solía hacer siempre que llegaba luego de estar ausente, aunque fuese apenas por un par de horas.

Eso era algo que nunca faltaba. Su madre le había recriminado, una y otra vez, que no alentara a Henry en ese comportamiento nada decoroso; pero a ella le encantaba y, aunque parecía increpar a su hermano, siempre le guiñaba un ojo mientras lo hacía, lo que provocaba su sonrisa. Quizás lo que pasaba era que Henry estaba enfermo, y por eso su madre estaba preocupada

—¿Ha pasado algo con Henry? —preguntó cada vez más intranquila.

Su madre bajó la mirada a sus manos, que otra vez se retorcían ansiosas, a la vez que miraba al Marqués como pidiendo ayuda.

—Verás, querida —dijo el Marqués, con una calma que no le hacía presagiar nada bueno—. Tu madre y yo hemos pensado mucho estos meses sobre la situación de Henry y hemos llegado a la conclusión de que lo mejor para él, hoy en día, es un internado.

— ¡¿Un internado?! Eso es imposible —afirmó Eleanor y miró a su madre que parecía evitar su mirada—. Henry es un niño muy especial que necesita mucho cariño, y no un internado lejos de su familia.

— Sé que esto es difícil, tanto para ti como para tu madre, pues os habéis dedicado a tu hermano con una actitud encomiable; pero habéis tenido que pagar un

alto precio por ello. Mi dulce Amy, el precio de aceptar que su hijo nunca llegará a ser normal; y tú, querida, el de renunciar a la vida habitual de una joven de tu edad y posición social. Henry necesita muchos cuidados y, aunque vosotras os habéis dedicado en cuerpo y alma a él, no creo que haya sido de la forma adecuada. Considero que lo habéis mimado en exceso y, en vuestro celo por protegerlo, lo habéis condenado a ser una persona aún más indefensa de lo que ya es por su enfermedad. Así que, tanto tu madre como yo hemos llegado a la conclusión de que en un internado para jóvenes especiales, no sólo le dispensarán los cuidados necesarios, sino que también lo ayudarán a que se forme como persona y aprenda a defenderse por sí mismo.

Eleanor no podía creer lo que estaba escuchando. Sentía que la rabia y la impotencia la carcomían por dentro.

—Señor Lavillée, no sé qué puede usted haber hablado con mi madre, pero lo que es cierto es que he sido yo la que he estado cuidando de Henry estos tres últimos años, y en ningún caso, ha sido una carga para mí. Desde pequeño ha sido un ser especial, lleno de amor y de inocencia, y necesita de todo nuestro cariño. El cariño que su familia puede ofrecerle y no el de un grupo de extraños. Jamás se podrá defender por sí mismo, porque carece de la maldad de la que muchos otros rebosan. Quiero que quede claro que, para mí, no es una obligación, sino un placer cuidar de él, y el hecho de que estuviera con nosotras, de ningún modo ha entorpecido nuestra vida, la misma que tan encarnizadamente usted está intentando destruir.

—¡Eleanor! —exclamó su madre con seriedad, y la miró por primera vez desde que comenzó la conversación.

—No puedo creer que tú estés de acuerdo con esto, madre. Sé que ha sido idea del señor Lavillée.

Miró a su madre desesperada; quería confirmar en su rostro sus sospechas; en el fondo, se negaba a creer que ella hubiese tomado parte de aquella decisión.

Pero para su decepción, Amy Bradford no dijo nada. Siguió callada, mirando fijamente a su hija, con una determinación que no recordaba haber visto nunca en ella. El Marqués escogió ese momento para tomar la mano de su madre entre las suyas con un gesto de asentimiento. A Eleanor se le revolvió el estómago y, sin poder contenerse, hizo salir toda su frustración.

—¿Qué pasa? ¿Es que en vuestra vida juntos Henry no encaja? ¡¿O es que os avergonzáis de él?! —gritó sin control.

—Es una decisión de los dos, y no está abierta a discusión —sentenció su madre mientras miraba duramente a Eleanor.

—Pues no pienso dejar que os lo llevéis. Yo puedo seguir cuidando de él. Os aseguro que, de ningún modo, interferirá en vuestros planes —replicó, entre la obstinación y la desesperación.

Su madre volvió a mirar al Marqués; pero esta vez, para que Lavillée diera el golpe de gracia.

—Hicimos las gestiones necesarias para que tu hermano ingresara en el internado hace tiempo, pero quisimos ahorrarte el disgusto de la despedida; salió después de que te fueras a Crossover Manor.

Eleanor sintió que el mundo se desmoronaba, de a poco, a su alrededor. Tuvo que inspirar varias veces, lentamente, para que la creciente angustia que estaba experimentando disminuyera lo suficiente como para evitar un desmayo.

Las palabras del que pronto sería su padrastro le hacían eco en la cabeza sin parar: "Para evitarte el dolor de la despedida". Lo habían hecho todo a sus espaldas para que no pudiera poner objeción alguna, y la privaron de la oportunidad de hacerlos cambiar de opinión y, en última instancia, de despedirse de su hermano antes de que se fuera.

Era increíble, pero tenían la desfachatez de insinuar que lo único que les había preocupado eran los sentimientos de Henry y los suyos propios. De todos modos, al final de cuentas, sabía que no habría tenido ni voz, ni voto en la decisión. La tutela de su hermano, que ahora recaía en su madre, pronto la ostentaría Lavillée; y con ello, se ponía fin a toda posible discusión para hacerles comprender el error que habían cometido.

Estaba claro que el Marqués era un factor más que determinante en las decisiones que tomaba su madre, pues nunca antes le había comentado la posibilidad de hacer algo parecido.

Si hubiera seguido con vida su padre, habría desatado la furia del infierno ante tal injusticia.

Como se había demostrado con creces, Lavillée tenía el don de influir sobre su madre, aunque, hasta ese momento, Eleanor no había sospechado hasta qué extremo.

Inspiró hondo y, poco a poco, fue recuperando la compostura que, durante tantos años de continuo ejercicio, había aprendido a exhibir, aunque a una persona observadora no se le podía escapar la expresión de dolor y traición que contenían sus ojos y cómo luchaba por no derramar las lágrimas que pugnaban por abrirse paso sobre sus mejillas.

—Si esa es vuestra decisión —dijo, lo más serena posible—, yo no puedo hacer nada, pero iré a verlo en cuanto tenga ocasión, y si por alguna razón sospecho que no es feliz o que no lo tratan como es debido, haré todo lo que esté en mi mano para traerlo de vuelta. Espero, madre, que tu boda bien merezca el sacrificio de tu hijo.

—¡No hables así a tu madre! —bramó Lavillée —. Esperamos que te comportes como una buena hija y que asumas nuestras decisiones como las correctas para el beneficio de todos, así como tu deber de encontrar esta temporada un marido adecuado —dijo ya más calmado.

Eleanor lo fulminó con la mirada.

—Sí, señor Lavillée, asumiré mi deber a su debido tiempo, y no en su propio provecho, que es el de echar de esta casa a todos aquellos que puedan representar un estorbo para usted.

Dicho eso, reunió las fuerzas que le quedaban, se puso en pie y se dirigió a la puerta, sin siquiera mirar hacia atrás, con la cabeza bien alta y el corazón roto.

* * *

Los sollozos que intentaba ahogar contra la almohada evitaron que escuchara entrar a Gail en la habitación. Sólo cuando ella la instó a echarse en su regazo para poder consolarla fue consciente de su presencia.

Sin pensar, se arrojó a sus brazos y buscó aliviar el sentimiento de pérdida que le era imposible menguar. El cariño que su queridísima ama de llaves le prodigaba era siempre un regalo y un consuelo para ella, sobre todo, cuando su corazón sangraba como en ese momento.

Gail le acariciaba el pelo y la estrechaba fuertemente como tantas otras veces; algo que su madre nunca había hecho, y que ella siempre había deseado que hiciera.

— Mi niña, tranquilízate, por favor; si continúas así caerás enferma —le dijo, a la vez que se apartaba de ella para poder enjugar las lágrimas de la hermosa joven que había llegado a querer como si fuese su propia hija.

— Gail, se han llevado a Henry a un internado —sollozó Eleanor—. Tú sabes que necesita muchos cuidados y especial cariño. Dime, Gail, ¿cómo van a saber un puñado de extraños lo que él precisa? ¿Cómo se sentirá entre tantos desconocidos?

Gail sabía lo que estaba sufriendo, porque ella misma se había sentido morir por dentro cuando se lo llevaron. Sin embargo, ese no era el momento de lamentarse; tenía que ayudar a su pequeña.

—Ellie, mírame.

Eleanor levantó la vista y fijó sus hermosos ojos verdes en ella. Gail pudo ver la desolación en ellos, además de una herida que, sin duda, tardaría en cicatrizar.

—Pequeña, sabes que Henry es más fuerte de lo que parece y, gracias a tus cuidados y atenciones, es todo un hombrecito ahora. Quizás un internado no sea tan malo, piénsalo; aquí estaba muy bien, pero privado de las experiencias propias que debe vivir un chico de su edad, como es el simple hecho de estar con otros compañeros con los que pueda entablar una amistad. Le vendrá bien valerse por sí mismo, ya verás.

—¿Tú también, Gail? —la censuró Eleanor.

—No es justo, Ellie. Ya sé que no es perfecto, pero siempre he creído con firmeza que hay que ver el lado positivo de las cosas. En esto no puedes hacer nada. No contaron contigo, porque era una decisión que ya habían tomado. Sólo te queda aceptarlo y esperar que de ello salgan cosas buenas.

Eleanor sabía que Gail tenía razón. Aunque ella hubiese estado allí, nada habría podido hacer. Pero en su interior, le pesaba el no haberse despedido de él; aparte de considerar despreciable que su madre y el Marqués hubieran actuado a sus espaldas, sin consultarla. Se sentía traicionada.

—Ha sido él, Gail, lo sé. Antes de que entrara en nuestras vidas, mi madre nunca se había planteado enviar lejos a Henry.

La anciana hizo una mueca con la cara, en señal de que no estaba totalmente de acuerdo con lo que estaba diciendo.

—Eleanor, tu madre ni siquiera quería ver a tu hermano. No digo que no lo quiera, porque es su hijo, pero nunca lo ha aceptado. Hace mucho tiempo que se dio cuenta de que no sería un hombre normal, y el verlo era un recuerdo constante de su fracaso en el intento de darle un heredero a tu padre. Creo que, para ella, ha sido un alivio que se fuera a ese internado, mal que nos pese. Aunque no te voy a negar que ese hombre debe de haber contribuido a que la idea germinara en la mente de tu madre.

Eleanor ya no podía negar más la verdad que se escondía detrás de las palabras de Gail. Durante mucho tiempo, no había aceptado ese hecho, pero en el fondo, siempre había sabido que su madre rechazaba a su hermano.

—Sé que tienes razón; mi madre cambió con la muerte de mi padre y, aunque por años no he querido reconocerlo, también sé lo que ella siente respecto de mi hermano. No estoy ciega, Gail, aunque a veces hubiese preferido estarlo. Por eso —dijo y tomó aire—, hacía todo lo que estaba en mi mano para que ella no tuviese que hacerse cargo de él. Intentaba cuidarlo y podía haber seguido haciéndolo, de veras. Él no habría sido un estorbo para ellos.

»—Sin embargo —dijo mientras la miraba fijo a los ojos—, sigo pensando que es él el que ha metido esa idea en la cabeza de mi madre. Sé que, por sí sola, nunca habría tenido el valor de hacerlo —continuó Eleanor más calmada.

— Querida, para ellos, este es el momento más inconveniente, ¿no te das cuenta? —le preguntó Gail.

— Sé a qué te refieres. El Marqués me dejó claro cuál era mi deber. Imagino que habrán pensado que, difícilmente, podría encontrar un marido aceptable si me quedaba aquí en casa y me hacía cargo de mi hermano.

—Exacto. El otro día, los escuché discutiendo acerca de ti. Parece ser que ya han pensado en un candidato.

Eleanor sintió que se le congelaba la sangre en las venas.

—¡Pues no me impondrán un marido! ¡No pueden obligarme! No pienso ir como un cordero al matadero, no voy a ser moneda de cambio en los planes financieros de nadie. Lo siento, pero sólo me casaré con alguien a quien pueda respetar y llegar a querer y, desde luego, seré yo quien elija a esa persona.

—Bueno, bueno, no te preocupes ahora. Intenta dormir un poco. Esta semana será muy larga con eso de la boda —le dijo Gail mientras se levantaba para dejar descansar a Eleanor.

—¿Qué boda? —preguntó Eleanor y pensó que, quizás, con todo lo que había pasado se le había olvidado algún compromiso.

—No te lo han dicho, ¿verdad? No, claro que no. Me imagino que, con lo de tu hermano, no te han comentado nada acerca del cambio de planes.

Eleanor se puso alerta de nuevo.

—¿Qué cambio de planes? —preguntó recelosa.

—Verás —empezó Gail e intentó matizar la situación de tal manera que Ellie no se alterara de nuevo—. El Marqués y tu madre han adelantado la boda para este sábado. Ya está todo dispuesto. Incluso, estamos esperando la llegada de un sobrino de Lavillée que viene desde Francia expresamente al evento. Recibimos un telegrama suyo en el que avisaba su llegada. Pasado mañana, si no me equivoco.

—Ya veo —atinó a decir—. Entonces, entiendo la premura por la partida de mi hermano. Parece ser que no les convenía su presencia en un acontecimiento de esa magnitud, con la sociedad en pleno presente.

Eleanor se dijo que ya no podía seguir disculpando a su madre por más tiempo. Abajo le había dicho algo horrible, fruto de la conmoción que le supuso saber lo que habían tramado a sus espaldas; pero ahora sabía que sus palabras habían sido acertadas. La madre había sacrificado a su hijo por su boda y por su nueva vida. Esperaba que mereciera la pena, porque con ello, no sólo había perdido a Henry, sino también a ella. Tendría que continuar con la farsa de una familia bien avenida, por el bien de todos; pero no podría olvidar lo que había hecho.

Sintió que sus ojos volvían a humedecerse, otra vez, por lágrimas que no querían ser derramadas. No, no lloraría más, no se lo merecían. A pesar de su determinación, cuando, sin querer, se tocó las mejillas con los dedos, notó que estaban húmedas.

Capítulo 7

La boda se celebró en una vorágine de preparativos. La semana había pasado volando y Eleanor, tras su vuelta de Crossover Manor, había retomado su vida normal.

Su hermano ya no estaba allí con ellos, y su madre, que parecía permanentemente perdida en una nube, se había alejado de todos, salvo de su futuro prometido, que nunca la dejaba sola. Su madre estaba tan pendiente de que todo fuera perfecto el sábado que sólo cruzaba palabra cuando la conversación estaba relacionada, en forma directa, con los preparativos.

El sobrino del Marqués, que llegó según lo anunciado, es decir, un día antes de la boda, se sentó a su lado en la iglesia. De pelo castaño, rasgos afilados y cuerpo esbelto, las había visitado en dos ocasiones junto a su tío antes de la celebración. Al parecer, después del evento, se quedaría unos días con ellos.

A ella le asqueaba la idea de estar bajo el mismo techo que ese hombre, porque Andreu, así era como se llamaba, le producía escalofríos. Su mirada, que se había posado con demasiada frecuencia en ella durante sus visitas, estaba cargada de claras insinuaciones. Más allá de contener deseo o admiración era, abiertamente, lasciva.

Más de una vez, había pasado su lengua por los labios mientras demoraba la mirada en sus pechos, y había retenido su mano más tiempo de lo adecuado cuando presentaba sus respetos; incluso, había dejado un rastro de saliva en ella, hecho que a Eleanor había asqueado sobremanera.

Siempre hacía ese tipo de acciones con el mayor de los disimulos. Parecía que sabía cómo estirar el juego sin llegar a sobrepasar el límite, sin permitir que fuera visible para el resto.

El saber que tendría que tolerarlo durante unos días más la enfurecía. Y a pesar de que había hecho todo lo que estaba a su mano para desalentarlo en sus atenciones y dejar en claro su desinterés, él parecía que ignoraba esa desaprobación de manera consciente.

Eleanor había hecho lo que se esperaba de ella. Había ayudado con los preparativos y se había comportado como la hija perfecta el día de la boda.

Una vez terminada la ceremonia, debía arreglarse para la fiesta que, esa misma noche, ofrecía lady Whitlock, una vieja amiga de su madre, en honor a los recién casados. A esa reunión acudiría la flor y nata de la sociedad, por lo que, sólo por unos momentos, en la intimidad de su habitación, se permitió revelar ante el espejo su verdadero estado de ánimo.

Había sido una semana muy difícil. Ni siquiera había vuelto a ver a Nicholas desde aquella noche en los jardines de Crossover Manor ¡Cómo anhelaba sus besos, sus caricias! Entre sus brazos, había sentido una seguridad y una alegría que, en aquel momento, necesitaba más que nunca.

Sabía que esa misma noche lo vería. Mary Beth se lo había dicho al salir de la iglesia. Al parecer, los condes de Norfolk, junto con sus hijos, su sobrino Charles y lord Nicholas Brame habían confirmado su presencia.

La posibilidad de tenerlo cerca, tan sólo unas horas después, le daba las fuerzas necesarias para no derrumbarse y ponerse a llorar como una niña pequeña. No podía esperar nada de él y tampoco lo pedía; pero quería verlo, experimentar que algo en su vida tenía sentido, como el amor y la pasión que ardían en su interior.

* * *

Nicholas había acudido a varias fiestas durante la semana anterior con la esperanza de volver a verla. Quería comprobar su reacción al tenerla delante. Saber si ella estaba tan afectada como él porque, a pesar de repetirse mentalmente que todo había sido un espejismo, lo que había pasado entre ellos la última vez lo había dejado, para su asombro, aturdido.

Había llegado a la conclusión de que todo había sido producto de su deseo y de su enojo por el cruce de palabras con lord Farnsworth, que le habían provocado sentimientos que creía enterrados para siempre.

A pesar de ello, quería comprobar su teoría. Después de una semana desde que la había visto por última vez, estaba seguro de que al estar en su presencia nuevamente, se daría cuenta de que lo sucedido había sido producto de sus instintos más básicos, y que ya, por fortuna, todo había vuelto a su cauce y no se sentiría como un tonto enamorado frente a ella.

Para ser sinceros, el hecho de que asistiera a la boda no había sido casual. Se había enterado por Charles del inminente enlace de lady Bradford con un marqués francés; enlace esperado por todos, al parecer, para dos meses después. Sin embargo, la premura de la celebración, en vez de suscitar comentarios maliciosos por el cambio apresurado de fecha, había producido expectación, por entenderla como una maravillosa excentricidad provocada, sin duda, por su intenso amor.

En ese momento, comprendió la ausencia de Eleanor en las veladas previas a la boda. Hizo todo lo posible y se aseguró una invitación a la fiesta que daría lady Whitlock en honor a los recién casados. Notificó su presencia a la fiesta decidido a sacar de sus pensamientos, de una vez, a esa pequeña de ojos verdes. Esa mujer lo hacía sentir, y eso era demasiado peligroso.

* * *

El salón estaba lleno de gente, todos pendientes de la pareja de recién casados. Agobiada por la vorágine de invitados que querían ofrecer su felicitación a la feliz pareja, Eleanor se escabulló como pudo y escapó de toda la atención acaparada por los homenajeados.

Buscó a Mary Beth por toda la sala sin resultado. Debía de estar en el otro extremo del salón, pensó, o quizás, todavía no había llegado.

Ansiando un poco de aire fresco, rodeó a las parejas y demás invitados que colmaban el salón y salió a la terraza. Aún era temprano, pero se sentía cansada, quizás por el personaje que había tenido que interpretar esa semana, muy a pesar suyo. Aunque no quería ni pensarlo: todavía le quedaba una larga velada antes de poder meterse entre las suaves y níveas sábanas de su cama.

—¿Te he dicho ya lo hermosa que estás hoy? —le dijo Andreu mientras salía furtivamente de entre las sombras con un cigarrillo entre sus delgados dedos.

Eleanor se sobresaltó. Había ido hacia allí, porque deseaba estar a solas un rato. Sin Mary Beth con la que poder hablar, y sin rastros de Nicholas, su necesidad de intimidad se había incrementado. Al pensarlo en ese instante, llegó a la conclusión de que, sin duda, habría sido mejor haber permanecido en el salón. No podía imaginar algo que deseara menos que encontrarse a solas con el sobrino de su padrastro.

—Sí, monsieur Danvers, me lo ha dicho repetidas veces. De todas formas, le agradezco el cumplido, aunque no lo merezca.

Eleanor intentó ser amable, aun cuando eso requería de todo su esfuerzo.

—Por favor, Eleanor —dijo Danvers en un murmullo meloso—, usted me decepciona. Sabe muy bien que es hermosa. Muchos hombres desearían su compañía, no lo dude; pero he de reconocer que usted es de las que saben jugar muy bien sus cartas. La inocencia es un afrodisíaco para los sentidos de un hombre y lo inducen a tener todo tipo de ideas acerca de las formas en que podría introducirla en el mundo de la seducción —terminó Andreu, mientras se humedecía los labios con la lengua como si se estuviera preparado para devorar un manjar y saboreara, con antelación, el momento en que lo haría suyo.

—Yo no juego, monsieur y, menos, a seducir a nadie. Si doy esa sensación, crea

que es totalmente fortuita y de manera inconsciente, y el hecho de que usted me refiera tales observaciones es del todo inapropiado en un caballero —contestó Eleanor que estaba harta de sus insinuaciones y sólo esperaba que lo dicho sirviera para frenar sus indeseados avances.

Danvers dio un paso más hacia ella con un peligroso brillo en los ojos.

—No hace usted más que darme la razón, *petit. ¡Mon Dieu!* Ese carácter suyo. Finge muy bien estar ofendida, porque, sin duda, sabe que con ello acrecienta aún más el deseo en el hombre.

Ya estaba a un sólo paso de ella. Eleanor sabía que las pretensiones de Andreu iban más allá de una mera conversación. Sus ojos se lo decían y también su instinto que, desde el principio, le había dicho que ese hombre era peligroso.

Si llegaba a besarla, no creía que fuera capaz de soportarlo. Intentó volver al salón, pero él no se lo permitió. Con su brazo, hizo imposible su retirada y cubrió el frente con su cuerpo.

—Monsieur Danvers, déjeme pasar —le dijo con tono autoritario e intentó parecer más segura y calmada de lo que realmente estaba.

—La dejaré pasar cuando obtenga lo que he venido a buscar. —Mientras ya descendía sobre ella para besarla.

Eleanor lo evitó como pudo y le dio un fuerte pisotón. Él ni siquiera se inmutó.

Luego, intentó empujarlo y consiguió que quitara el brazo que la tomaba de la cabeza. Pero no fue lo suficientemente rápida, y Danvers la tomó de los brazos con firmeza y la hizo estremecer de dolor por la cruel presión que ejercía sobre ellos.

Cuando creía que ya no tendría escapatoria, una voz profunda y conocida llegó desde la puerta de la terraza.

—Suéltela, si no quiere acabar con todos los huesos rotos —dijo Nicholas con una calma alarmante, mientras se acercaba, muy despacio, hacia ellos.

Nicholas la había visto deambular por el salón sin rumbo fijo. Había estado un buen rato esperando a que llegara, y cuando por fin lo hizo, el deseo de los invitados por felicitar a los recién casados, le impidió acercarse hasta ella rápidamente, y la perdió por unos minutos entre la multitud que se agolpaba alrededor de los flamantes esposos.

No tardó mucho en localizarla de nuevo, y tampoco en comprobar que lo que sentía por ella era aún más intenso de lo que recordaba. Le costaba respirar, como un adolescente cuando le pide un baile a la mujer que es objeto de su devoción.

Esa noche estaba bellísima. Ese vestido verde esmeralda realzaba sus dones naturales y hacía que su piel pareciera de seda. Se maldijo en silencio por estar recitando como uno de esos cursis poetas, que tan de moda estaban entre las damas de la sociedad; sin duda estaba peor de lo que creía.

Habría seguido maldiciendo si en ese momento esos ojos verdes no hubiesen llamado su atención. Su mirada parecía perdida y desprovista de toda viveza. Se la veía abatida.

Todo su fastidio por considerarse tan débil frente a sus encantos dejó de tener importancia y pasó a un segundo plano. Se sentía extrañamente irritado por el estado en el que parecía encontrarse Eleanor y, en ese mismo momento, tomó la determinación de averiguar qué le había causado esa aparente amargura; fuera lo que fuese, él aliviaría esa pena.

Con un impulso casi primitivo, se juró no dejar que nada ni nadie le hiciera daño. Él encontraría la solución al problema que le estaba causando esa tristeza; y si era una persona, que Dios se apiadara de ella, porque él no tendría compasión.

Con esos pensamientos en su cabeza, la siguió con la mirada, hasta que la perdió de vista cuando Eleanor salió por las puertas que daban a la terraza.

Tuvo que atravesar parte del salón para seguirla hasta allí, y fue varias veces interceptado por viejos conocidos que querían saludarlo y hablar con él. Se deshizo de ellos de la manera más rápida y educada que pudo.

Al llegar a la puerta de la terraza, vio que no estaba sola como esperaba, y un ramalazo de celos le hizo apretar la mandíbula. Se sintió un estúpido. ¿Qué esperaba? ¿Que Eleanor también anhelara verlo? ¿Que ella tampoco pudiera borrar el sabor de su boca, como él no había podido hacerlo?

Estaba obsesionado con aquella mujer, la que, por lo visto, estaba teniendo un encuentro con otro hombre; y él no se quedaría allí para verlo.

Ya estaba dispuesto a volver sobre sus pasos cuando algo llamó su atención. Si no hubiera estado tan obnubilado por los celos, se habría percatado antes de que allí algo andaba mal. Eleanor no estaba alentando a ese malnacido; por el contrario, estaba forcejeando con él.

Su primer impulso fue abalanzarse sobre aquel tipo y darle su merecido con sus propias manos. Pero se detuvo, aunque le costó mucho controlarse. Consideró la cantidad de gente reunida en el salón, a tan sólo unos metros de ellos, y desistió. Habría sido un verdadero escándalo para Eleanor.

Con la mayor frialdad posible, se encaminó hacia ellos. A medida que avanzaba y veía que ese bastardo la tenía atrapada fuertemente del brazo hasta lastimarla, su autocontrol se iba desvaneciendo. De todos modos, su voz salió demasiado suave en comparación con la furia que hervía en su interior.

El alivio que detectó en los ojos de Eleanor cuando lo vio fue tan evidente que, por un momento, estuvo a punto de perder su compostura.

El hombre que estaba junto a ella se apresuró a soltarla. Eleanor aprovechó la ocasión, se alejó de él de inmediato y se acercó a Nicholas hasta colocarse a su lado.

—Lord Brame, qué placer volver a verlo —le dijo mientras intentaba sonreírle sin conseguirlo. Sentía que sus piernas casi no la sostenían, como si fuesen de mantequilla.

Tan sólo unos segundos antes había estado aterrada, pero en ese momento, con Nicholas a su lado, se sentía segura.

Había pasado todo tan rápido que ni siquiera se había detenido a pensar. Miró a Nicholas y se dio cuenta de que el peligro no había desaparecido por completo. Tenía una mirada asesina que iba dirigida, exclusivamente, a monsieur Danvers. Parecía querer matarlo, y su expresión no dejaba lugar a dudas.

Eleanor no quería ser la causa de una desgracia, que alguien sufriera algún daño por su culpa; así que intentó parecer lo más tranquila posible, como si lo que acababa de ocurrir no hubiese tenido la mayor importancia.

—Lord Brame, permítame que le presente al sobrino de mi padrastro, monsieur Andreu Danvers.

Nicholas seguía sin reaccionar, con la mandíbula tensa. Eleanor, ya más nerviosa, intentó de nuevo imprimir algo de normalidad a la escena que estaban protagonizando.

—El señor Danvers y yo estábamos discutiendo un tema en el que tenemos distintos puntos de vista; pero ya volvía al salón, ¿verdad, Danvers?

Eleanor sólo esperaba que el hombre fuera lo suficientemente inteligente como para aprovechar la salida que le estaba proporcionando.

—Sí, claro —contestó Danvers, con voz apenas audible.

Ya no se lo veía tan seguro con Nicholas delante de él. Más bien parecía aterrado; su frente se había perlado de sudor en sólo unos instantes, a pesar de que la noche estaba fresca.

Nicholas tardó dos segundos en catalogar a aquel bastardo. Había conocido a hombres como él, hombres que disfrutaban ejerciendo su fuerza contra una mujer; pero que, a la primera señal de una confrontación igualada, echaban a correr como cobardes. Nicholas odiaba a esa clase de hombre. Su padre había sido uno de ellos.

De repente sintió cómo Eleanor deslizaba su pequeña mano en la suya. Estaba seguro de que ella ni siquiera se había dado cuenta del gesto que había realizado. Esa espontánea reacción tuvo el efecto de aplacar parte de su rabia; porque sólo significaba una cosa, y era que ella confiaba en él, se sentía segura a su lado.

Sabía, con certeza, que, con esa absurda explicación de antes, ella había intentado evitar un enfrentamiento; pero el temblor que sentía en sus dedos y el titubeo en su voz al hablar eran pruebas suficientes del esfuerzo que aquello le estaba suponiendo.

Y esto sólo hizo que deseara, con más ahínco, aplastar a esa rata.

—Si vuelve a acercarse a Eleanor, se atreve a tocarla o tan siquiera a mirarla con

algún tipo de intención que no sea puramente fraternal, juro que no vivirá otro día para contarlo.

Eleanor jamás comprendió cómo el hombre pudo desaparecer tan rápido.

Capítulo 8

Nicholas tenía puesta toda su atención en ella. La escudriñaba con la mirada como si quisiera leerle el pensamiento.

Cuando Eleanor se dio cuenta de que su mano estaba aferrada a la de Nicholas intentó retirarla, pero él se lo impidió, la apretó aún más fuerte e hizo imposible que la soltara.

—¿Está bien? —le preguntó, a las claras contrariado.

Eleanor no quería que se preocupara por ella más de lo que ya lo había hecho. El enfrentamiento de Nicholas con Danvers podía haber sido peor, y temía que, si le contaba todo lo que había pasado, el francés no tuviera tanta buena suerte la próxima vez. En verdad, no sentía la más mínima inclinación a hacerle un favor a Danvers, pero tampoco quería involucrar en sus problemas a Nicholas. Él ya había hecho más que suficiente.

—Sí, estoy bien, no debe preocuparse. No ha pasado nada.

—Eso no se lo cree ni usted, señorita Bradford —le dijo Nicholas mientras daba un paso hacia ella.

Eleanor tuvo que sonreír al escuchar lo que decía. Aquel bribón le había devuelto sus propias palabras. Las mismas que ella había usado aquella noche, en el jardín de Crossover Manor, cuando estaba preocupada por él.

—En realidad, lord Brame, no hace falta ser tan impertinente —contestó con aire burlón.

—Bien —respondió Nicholas con una sonora carcajada—. Es exactamente lo que pienso yo de usted.

Eleanor también rió, y Nicholas pensó que era un auténtico placer oírla. Sin embargo, a pesar de esa momentánea alegría, persistía en su mirada una tristeza que no podía definir, y que él quería conocer. Se acercó un paso más y quedó sólo a unos centímetros de ella; le levantó apenas la barbilla con sus dedos para que lo mirara directamente a los ojos.

—¿Es por ese hombre que está tan abatida?

Eleanor sintió que un cosquilleo cruzaba su cuerpo de punta a punta cuando él la tocó y la obligó a que lo mirara a los ojos. Nicholas tenía el don de hacer que quisiera contarle todos sus secretos y compartir con él todas sus dudas. Tenía la facultad de provocar todos sus sentidos y hacer que lo que parecía a todas luces una locura, junto a él, fuese una necesidad. La hacía sentirse mujer, deseable, hermosa y, lo más peligroso, importante para él.

Sin embargo, por más que lo pensaba, no podía dejarse llevar por ese mar de sentimientos que la hacían vulnerable y la convertían en un ser irracional.

Al mirarlo a los ojos, veía cómo él la observaba con los suyos, como si ya conociera cada fibra de su ser, cada recodo de su mente.

—No, no es por eso. A decir verdad, no sé de dónde saca usted esa idea de que estoy triste. Es absurdo, lord Brame. No me pasa nada.

—¿Sabe, Eleanor? Miente usted muy mal —le dijo con suavidad, mientras no dejaba de acariciarle la mejilla con la otra mano.

Aquellas palabras, dichas con tanta ternura y embargadas de tanta preocupación, fueron la punta de la lanza que terminó por atravesar su fachada. Esa que tanto esfuerzo le había costado construir los días previos al enlace y que, en ese instante, con unas simples palabras, la sentía derrumbarse a sus pies. Notó cómo se le humedecían los ojos, los mismos que habían parpadeado varias veces, en un intento desesperado por ocultarle la magnitud de sus preocupaciones.

—No estoy abatida —repitió, en un intento por acallar las preguntas de él. Pero Nicholas, paciente e inamovible, siguió allí, mirándola fijo, mientras veía cómo, poco a poco, se derrumbaba.

No dispuesta a dejar que aquello continuara, se recogió el vestido con una mano para retirarse de allí, para alejarse de él. Nicholas no se lo permitió. La tomó suavemente de la cintura y apoyó su mejilla en la de ella para susurrarle al oído.

—Dígame qué le pasa, Eleanor; por favor. Le advierto que soy aún más tenaz que usted en lo que me propongo, y no me marcharé hasta saber qué la tiene mal.

Eleanor ya no pudo aguantar más. Quizás, la tensión de los últimos días, o las tiernas atenciones y caricias de Nicholas eran las causantes de ello; pero la única realidad era que deseaba arrojarse en sus brazos y contarle todo lo que había ocurrido desde la última vez que se habían visto; necesitaba decirle todo lo que sentía y confesarle sus preocupaciones.

Sin más impedimentos que su propia voz, de la que no parecía ser dueña por su ligero temblor, no calló por más tiempo.

—Es... es mi hermano Henry —le dijo y lo miró a los ojos, sin importarle ya que las lágrimas, que había atado con mano férrea la semana atrás, hubieran tomado el control de sus emociones.

—¿Le ha pasado algo a su hermano?

Nicholas intentaba ser paciente, pero verla llorar lo conmovía. Estaba claro que, para ella, la situación no era fácil; así que se obligó a esperar el tiempo que hiciera falta.

—Bueno —dijo Eleanor con un suspiro—, no es que le haya pasado nada malo, si es a eso a lo que se refiere; pero cuando llegué de pasar el fin de semana en Crossover Manor, me enteré de que lo habían enviado a un internado durante mi ausencia. Eso significa que, durante estos últimos meses, me estuvieron ocultando sus intenciones, porque sabían que yo no estaría de acuerdo. No querían objeciones de ningún tipo y, por esa razón, eligieron ese fin de semana que yo no estaba para que se fuera; y cuando llegué, ya se había ido. ¡Oh, Nicholas! —siguió Eleanor con voz temblorosa—, es sólo un niño. Tiene catorce años, pero es como si tuviese ocho. No puedo dejar de pensar en cómo se sentirá allí que no conoce a nadie; si alguien hablará con él de las cosas que lo inquieten, y si alguien lo abrazará cuando algo lo asuste.

Eleanor ya estaba llorando con sollozos incontrolables. Nicholas la estrechó entre sus brazos y la apretó fuerte contra su pecho, como si pudiera, así, aliviar su pena.

Ellie se aferró a él y hundió la cara en su chaqueta sin poder dejar de llorar. Sabía que se estaba comportando como una niña, pero no podía dejar de abrazarlo mientras daba rienda suelta a todo lo que la oprimía en su interior. Escuchaba cómo Nicholas le susurraba palabras de consuelo mientras le acariciaba la espalda y el pelo, y la estrechaba contra su pecho.

—Está bien, amor, llora tranquila —le dijo mientras la besaba en el pelo y la reconfortaba de una manera que, con seguridad, nadie más podría hacer.

Cuando pasados unos minutos se calmó lo suficiente como para hablar, Nicholas aflojó el abrazo para poder mirarla a los ojos.

—Creerás que soy una tonta —le dijo Eleanor en medio de unos tenues hipidos.

—De eso, nada —le aseguró—. Sé lo que es estar lejos de alguien a quien se ama, y puedo decirte que no es ninguna tontería.

Eleanor se estremeció cuando Nicholas le colocó, detrás de la oreja, uno de sus rizos que, furtivamente, parecía rebelarse contra la masa de pelo que formaba su peinado, y lo retuvo en la mano más tiempo del necesario.

Él sentía la imperiosa necesidad de abrazarla, de besarla, de mimarla hasta hacerla sonreír de nuevo. No quería verla llorar jamás y, si estaba en sus manos, sería la última vez que lo haría.

La promesa que le hizo a continuación lo dejó sorprendido incluso a él.

—Averiguaré qué clase de sitio es ese internado y, si sospechamos que no es adecuado, te prometo que hablaré con quien haga falta para sacarlo de allí.

—¿Harías eso por mí? —le preguntó asombrada.

— Sí, pequeña; lo haría una y mil veces si con eso consigo que esa tristeza abandone esos hermosos ojos.

— Gracias —le dijo, ya más calmada.

—De todas formas —reflexionó Nicholas—, si el sitio es bueno, quizás el cambio no sea tan negativo. Después de todo, tus cuidados y la forma en que te has ocupado de él han debido de hacerlo un chico fuerte y, si lo piensas bien, tarde o temprano tenía que llegar el día en que empezara a valerse por sí mismo.

Eleanor asintió a su pesar. Era lo mismo que le había dicho Gail.

—Sé que tienes razón, pero no puedo dejar de pensar que, aún así, era demasiado pronto.

—¿Pronto para él o para ti? —preguntó Nicholas, como si de pronto comprendiera algo.

Eleanor pensó que ese hombre tenía dotes adivinatorias. Lo que a ella le había costado admitir para sí misma, él lo había puesto en evidencia con una simple pregunta.

—Tienes razón —le contestó—, pero ¿qué voy a hacer ahora? He sido hermana y he hecho de madre estos últimos años; de repente, Henry no está, ya no me necesita. He llevado la casa mientras mi madre estaba desolada por la muerte de mi padre, y ahora, va a comenzar una nueva vida, y tampoco me necesita. Me siento totalmente inútil —dijo, mientras dejaba escapar un pequeño sollozo.

—Eleanor, mírame y escúchame bien. Tú eres una mujer maravillosa, no por lo útil o necesaria que puedas llegar a ser, sino porque eres la persona más dulce, íntegra, leal y fuerte que he conocido en mi vida; y créeme cuando te digo que mi fe en la humanidad resucitó cuando te encontré. Das tanto amor sin pedir nada a cambio que es difícil de aceptar. A mí me costó creer que hubiera alguien capaz de tal hazaña en un mundo donde casi todo tiene un precio. Te preocupas por todos y dejas la piel intentando ayudarlos. Eso, Eleanor, te hace especial. Si ellos no son capaces de darse cuenta sin que tengas que nacer algo, como encargarte de todas sus necesidades, entonces, no merecen ni besar el dobladillo de tu vestido.

Eleanor seguía llorando emocionada. Lo que Nicholas le había dicho era lo más hermoso que había escuchado jamás. Se sintió conmovida hasta el último resquicio de su ser. Pensaba que eran tan inmerecidas sus palabras, pero sin embargo, la habían hecho la mujer más feliz del mundo; única, especial, valorada por lo que era. Nunca sabría él lo importante que había sido para ella todo lo dicho: el regalo más hermoso que le habían hecho en la vida.

Sin ninguna clase de timidez o pudor se arrojó a sus brazos para besarlo. Nicholas la apretó contra su pecho con ternura, como si estuviera acunando a un niño.

Cómo un hombre tan fuerte e inteligente, y a la vez arrogante y gruñón, podía ser la fuente de tanta ternura y comprensión. Era algo que la sorprendía y la fascinaba por igual.

A medida que lo conocía, se iba dando cuenta de que una parte de él era pura fachada. Había vislumbrado al hombre que llevaba en su interior, por mucho que él había intentado ocultarlo; y ese hombre la había atrapado, se había enamorado de él, no como una colegiala, sino como una mujer que siente, en su interior, que su vida ya no volverá a ser la misma.

Le gustaba todo de él; desde la manera en que enarcaba una ceja hasta su sonrisa de medio lado, que hacía que sus ojos brillaran con una luz pícara. La forma en que la miraba y los sentimientos que despertaba en ella cuando lo hacía. Estaba fascinada por lo que le producía cuando sus manos rozaban su piel y quemaban cada centímetro de su cuerpo; y cómo sus labios, de los que bebía ávida, le hacían desear algo más que no podía entender, pero de lo que necesitaba saciarse.

Los labios de Nicholas volvieron a posarse en los suyos y devoraron con ferocidad su boca: hicieron que olvidara todo pensamiento coherente y que soñara, aunque sólo fuera por ese breve instante, que él también la amaba.

* * *

Hacía varias horas que Eleanor había vuelto de la fiesta de lady Whitlock.

Se había ido directamente a la cama, extenuada y extraordinariamente feliz. Y todo eso, porque había dado rienda suelta a sus sentimientos, había encontrado a alguien en quien poder depositar todo lo que llevaba dentro, alguien que se había despedido de ella, tan sólo unas horas antes, con un beso abrasador, causa de que perdiera la cabeza, de que sus rodillas fallaran y de que el mundo le pareciera diferente.

No podía olvidar cuando la había llamado "amor" al intentar consolarla; esa palabra resonaba una y otra vez en sus oídos. De seguro, lo había dicho en un intento por mitigar su tremenda zozobra, pero, ¡Dios mío!, ¡qué bien había sonado! Más dulce y embriagadora que cualquier tipo de música.

A pesar de su cansancio, la euforia le impedía dormir y, después de dar varias vueltas en la cama en un intento por encontrar la postura adecuada para conciliar el sueño, decidió bajar a la biblioteca a tomar un libro. Si leía un rato, quizás acallaría los latidos de su corazón que, como un caballo de carreras, se desbocaba cada vez que pensaba en Nicholas.

Se puso la bata y las zapatillas y bajó, con sumo cuidado, para no hacer ruidos que pudieran despertar a alguien. Sobre todo, no tenía ningún deseo de encontrarse con

el sobrino del Marqués, que ese mismo día, antes de la boda, había trasladado sus cosas allí, donde disfrutarían de su compañía durante una semana.

Se dirigió con paso lento a la biblioteca, perdida en sus pensamientos y, cuando estaba a punto de tomar el picaporte de la puerta para abrirla, unas voces procedentes del interior llamaron su atención.

La puerta no estaba cerrada como en un principio creyó ver, sino ligeramente entreabierta, y por ella se colaba, furtivamente, un haz de luz que procedía del interior de la habitación. Esa pequeña abertura había sido la causa de que pudiera oír las voces de las personas que estaban dentro, y a las que, una vez que estuvo cerca, identificó con claridad como las de su padrastro y su sobrino.

¿Qué hacían levantados a esa hora de la madrugada? Aunque, si lo pensaba bien, si la descubrían a ella, también podrían hacerle la misma pregunta.

Iba a dar media vuelta, resuelta a dejarlos solos con sus asuntos, cuando el nombre de su madre en la conversación le llamó la atención.

Su abuela Louisa siempre decía que una mujer precavida valía por dos; y ella, que siempre hacía caso de los consejos de sus mayores, pensó que no podía haber nada de malo en saber qué decían de ella.

—¿No crees que deberías, al menos, subir en tu noche de bodas, tío?

—No te preocupes. Mi querida esposa ha tomado tanto láudano, que dormirá profundamente hasta mañana.

A Eleanor no se le escapó el tono irónico con el que el Marqués había dicho "mi querida esposa". Presa de curiosidad por saber qué tramaban, se acercó aún más a la puerta.

—Podría decirle que pasamos una noche inolvidable, y no podría negarlo, porque no se acordará de nada. Es uno de los maravillosos efectos del láudano.

Andreu soltó una carcajada que resonó en toda la habitación.

—Eres un maldito genio, tío. Así que tu plan es mantenerla drogada todo el tiempo —dijo Danvers y fue más una afirmación que una suposición.

—Es una mala costumbre que ya tenía —informó Lavillée—. Lo único que he hecho ha sido utilizar la oportunidad que tan gentilmente se me presenta. Si está ida, me será más fácil manejarla.

—Es un escollo que tengas que cargar con ella, ahora que tienes parte de la fortuna —sentenció Andreu con aire despectivo.

— Sí, es una lástima; pero no sería prudente que mi esposa sufriera un accidente tan pronto después de la boda.

— Pues es lo que se merece. Esa pérfida te engañó. No te dijo que la otra mitad de la fortuna estaba en fideicomiso a nombre de su hija.

— Sí, un inconveniente en el plan inicial, pero nada que no pueda solucionarse. Al casarme con Amy, he pasado a controlar la herencia de Henry; lo malo es que esa herencia conforma sólo la mitad de la fortuna. Lord Bradford, en su día, hizo gala de una idea por demás extravagante, que nos perjudica sobremanera, al dejarle la otra mitad a su hija. De todas formas, como te he dicho antes, es sólo un inconveniente en el plan inicial, pero totalmente salvable —dijo con una sonrisa especulativa. En sus ojos había el brillo malicioso de aquellos que ven su victoria segura.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Danvers muy interesado, mientras se inclinaba hacia adelante para dejar la copa de coñac con la que se había estado deleitando, encima de la mesa.

Andreu era como un buitre. Cuando olía a carroña era el primero en querer su parte.

—Verás, el padre de nuestra queridísima Eleanor era un hombre inteligente, pero no lo suficiente. En el testamento de lord Bradford se estipula que su hija podrá acceder a su parte de la fortuna al cumplir los veinticinco años, a no ser que se case antes con alguien elegido por ella, en cuyo caso, también accedería al dinero. El único problema es que para que pueda llevarse a cabo esta segunda opción, Eleanor tiene que tener cumplidos los veintiún años. Ahora mi adorada hijastra tiene diecinueve, pero cumplirá los veinte dentro de poco, por lo que, como ves, el tiempo que nos separa de todo ese dinero es poco más de un año. Esa será nuestra opción.

—¿Pero cómo?

—Muy fácil —contestó Lavillée y estiró, con cuidado, la punta de sus mangas—. Tú, mi único sobrino, te casarás con ella.

Una desdeñosa sonrisa fue extendiéndose por la cara de Andreu hasta convertirse en una escalofriante carcajada.

— Es magnífico, pero esa perra me rehúye, y esta noche la vi con un tal Brame. Estoy casi seguro de que ya la ha desflorado. Tenías que ver la forma en que me miró ese malnacido, como si quisiera matarme, como si esa zorra fuera posesión suya.

— No te preocupes por eso, lo tengo todo pensado.

Eleanor se mordía el labio inferior para no proferir el grito que pugnaba por salir de su garganta. Había oído cada una de las escalofriantes y horrorosas palabras que se habían dicho en esa habitación, y sólo quería despertar de aquella pesadilla. Ahora debía ordenar a sus pies, que parecían haber quedado anclados al suelo, que empezaran a moverse para desaparecer cuanto antes de allí. Se encerraría en su cuarto y pensaría qué hacer hasta que se le ocurriera alguna solución, porque lo que no podía consentir era que aquellos dos malhechores destrozaran a su familia. ¡Dios! Si incluso habían hablado de asesinato. Sintió que una bocanada de bilis le subía desde el estómago y le producía violentas arcadas.

Respiró hondo y, sin perder más tiempo, dio media vuelta, pero, cuando aún no

había dado el primer paso, alguien la tomó del brazo y la obligó a entrar a la biblioteca, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

* * *

Nicholas estaba sentado en un sillón del club con una sonrisa en los labios y una copa de coñac entre sus dedos.

—¿Puede saberse por qué demonios sonríes de esa manera? Me estás asustando —le espetó Charles, a las claras preocupado.

—¿Es que un hombre no puede estar contento, viejo amigo? —le preguntó Nicholas mientras ensanchaba aún más su sonrisa.

—Un hombre cualquiera, sí. Tú, decididamente, no. La última vez que sonreíste estuvimos metidos en una mina abandonada durante dos días. ¡Dos malditos días en los que creí que nunca más volvería a ver salir el sol! Así que, permíteme si, cuando te veo sonreír, siento que alguna catástrofe está a punto de suceder. Bueno —dijo, después de ver que Nicholas no hacía ningún amago de responder a su pregunta—. ¿Puede saberse cuál es el motivo que ha causado tan espectacular efecto?

—Pues... el motivo es que, por primera vez en mi vida, me he rendido.

—¿Rendido a qué? —preguntó Charles con su curiosidad al límite.

—A lo inevitable —contestó Nicholas.

Su expresión daba a entender que no iba a hacer más comentarios para a esclarecer los interrogantes que ya se estaban formando en la cabeza de su amigo. Sin embargo, Charles no era de la misma opinión: quería saber, y quería saberlo en ese mismo momento.

—¿Y qué es eso "inevitable"?

Nicholas hizo una pausa hasta soltar su respuesta, lo que hizo que la expectativa de su amigo por lo que iba a decir fuese extrema.

—Casarme.

Charles maldijo en tres idiomas diferentes. ¿Cómo se atrevía a soltarle una noticia así sin preparación alguna?

—Charles, deberías intentar respirar —le dijo Nicholas cuando vio que su amigo estaba del color de las berenjenas.

Pasada la conmoción inicial y, en vista de la expresión de Nicholas, quien parecía divertirse mucho con la expresión de tonto que de seguro tendría en su cara, Charles preguntó con una especie de graznido.

— ¡¿Casarte?!

— Sí, Charles, has oído bien. Y, ahora, tómate el resto del coñac, anda: sólo Dios sabe las vueltas que le he estado dando a este asunto durante las últimas noches, hasta que, por fin, entendí.

—Me da miedo preguntarte, pero ¿entender que tienes que casarte, o que has perdido el juicio? Aunque me inclino más por lo segundo —dijo Charles, mientras su pierna izquierda no dejaba de temblar.

—No, ninguna de las dos cosas. Entender que me he enamorado como un colegial de Eleanor y que, cuanto más intentaba convencerme de que no era así, más desgraciado me sentía. Sólo cuando me rendí a lo inevitable de mis sentimientos, comprendí que no puedo apartarme de ella.

Charles alucinaba por momentos. No reconocía, en la persona que estaba hablando con él, al hombre con el que había servido en el Departamento de Inteligencia, conocido por su frialdad, su control y, en ocasiones, su fiereza. Aunque sí vislumbraba al niño con el que había crecido, hambriento de curar sus heridas con el amor que encontrara. A ese niño lo había dejado de ver hacía muchos años; en ninguna otra ocasión lo había visto confiar ciegamente en alguien.

Era una verdadera sorpresa, y sólo esperaba que Eleanor fuera la clase de mujer que amara y cuidara el corazón de su amigo, porque Dios sabía que se lo merecía.

—Es así que, después de aceptar que no puedo estar sin tenerla cerca, la única solución que encontré fue proponerle casamiento. Eleanor no se merece menos. Es más, quizás sea ella la que tenga motivos para arrepentirse —sugirió Nicholas con una sonrisa de medio lado.

—Eso ni siquiera lo digas —dijo Charles exasperado—. Eleanor me gusta, y creo que debe de ser una mujer excepcional para que tú albergues tales sentimientos por ella; tú eres uno de los mejores hombres que conozco. Testarudo y gruñón, eso no voy a negártelo; pero el mejor amigo que jamás nadie podría tener. Ella no se arrepentirá nunca.

Nicholas agradeció más de lo que podían expresar sus palabras. Eran muchos años de leal amistad. La vehemencia con la que lo había defendido de sus propias dudas lo hizo sentir como nuevo. Desde hacía muchos años, Charles había sido su mejor amigo y su única familia y, aunque disfrutaban lanzándose pullas con irónicas palabras, siempre sabía que podía contar con él, como en ese momento. Había expresado su temor en alto, y Charles no lo había defraudado. Con unas pocas palabras, había menguado su preocupación y la había transformado en una mera tontería.

—¿Cuándo vas a pedírselo? —Charles lo sacó de sus pensamientos.

—Mañana por la tarde.

—Y ¿sabes si ella te corresponde en tus afectos?

—Mi instinto me dice que sí, o eso espero, porque si no, voy a tener que ayudarla

a comprender.

—¿Comprender qué?

—Que también está enamorada de mí.

Cuando Nicholas pronunció esas palabras Charles supo que, sin duda, eran toda una promesa.

Capítulo 9

Nicholas había pasado toda la mañana hecho un manojo de nervios. Era increíble. Años de enfrentarse cara a cara con el peligro, e incluso con la muerte, no habían conseguido ponerlo de esa manera. Y una mujercita, de grandes ojos verdes y deslumbrante sonrisa, la mujer que pronto esperaba que fuese su esposa, lograba perturbarlo descontroladamente. Esa dulce hechicera lo estaba volviendo loco con su candor, su inocencia y su sensualidad.

Jamás había conocido un alma más pura. Sabía que, seguramente, no la merecía; pero no podía dejar que se le escapara. Ella había calmado su rabia y calentado su interior, como nada ni nadie jamás lo había hecho antes.

Que Dios lo ayudara, porque la necesitaba, la deseaba y la amaba. Intentaría ser digno de ella. Sólo esperaba que le diera el sí cuando se lo pidiera.

* * *

Llevaba guardado el anillo en su chaqueta desde que se había levantado. El anillo que había pertenecido a su madre. Todavía podía acordarse vívidamente del día en que se lo había dado, sólo unas semanas antes de su muerte. Si se concentraba, aún podía evocar sus palabras.

—Ven, hijo, quiero darte algo.

Nicholas, que estaba sentado junto a la ventana de la habitación de su madre e intentaba capturar los escasos rayos de sol que agonizaban en el horizonte, se volvió lentamente hacia la cama.

Su madre estaba enferma, y él trataba de pasar todo el tiempo que podía allí. Le leía *Los viajes de Gulliver,* que tanto le gustaba escuchar a ella. Se reía cuando Nicholas intentaba dar énfasis a las escenas más inquietantes.

Él, con su intuición de niño de ocho años, sabía que se iba apagando poco a poco. Cada vez había menos vida en sus hermosos ojos.

Se sentó con cuidado en un lado de la cama, mientras su madre tomaba el joyero

que siempre tenía encima de la mesilla y que custodiaba como un tesoro.

—Toma, cariño —le dijo mientras sacaba de la caja un anillo. Era una joya preciosa, con una esmeralda en el centro rodeada de diminutos diamantes. Tras mirarlo unos breves instantes, su madre, con nostalgia, se lo tendió para que lo tomara.

—¿Para qué me das este anillo, madre?

—Este anillo perteneció a mi abuela, y a mi madre después de ella. Es el anillo de compromiso de la familia Frayne. El que han llevado, durante toda su vida, como muestra del amor que ha reinado en sus matrimonios. Mi madre me lo dio cuando me casé con tu padre, porque pensaba que, al igual que ellas, mi matrimonio tendría como base el afecto y el respeto que debe haber en cualquier relación entre un hombre y una mujer que juntos van a formar una familia, pero, en mi caso, eso nunca fue así, por lo que, durante estos años, lo he estado guardando para ti.

Su madre le acarició la mejilla con ternura mientras lo miraba con todo su cariño.

— Cuando te cases, Nicholas, hazlo con el corazón; así no te equivocarás. Sabrás cuál es la mujer adecuada, porque él te lo dirá; y entonces, podrás darle este anillo. En él deposito parte de mi amor y de mis esperanzas.

— Lo haré, madre —le dijo Nicholas con una férrea determinación, impropia de su corta edad.

—Lo sé, hijo. Tú serás feliz, lo puedo sentir —dijo su madre mientras cerraba los ojos.

Últimamente, estaba siempre muy cansada y, con frecuencia, terminaban una conversación o dejaban la lectura a mitad de un capítulo por la fatiga que la embargaba.

Él intentaba mostrarse alegre cuando compartían esos ratos, cada vez más escasos, a pesar de la opresión que sentía en el pecho cada vez más fuerte y más difícil de ignorar.

Cuando salía de la habitación, no podía hacer nada por detener alguna lágrima furtiva que osaba desafiar su voluntad de ser fuerte. Por eso, se juró a sí mismo que, en eso, no fallaría a su madre.

* * *

Eleanor estaba delante de la puerta de la biblioteca y sintió que la vida se le escapaba de entre los dedos. Sabía lo que tenía que hacer para salvar a dos personas a las que amaba, pero eso era un escaso y amargo consuelo.

Esa mañana había recibido una nota de Nicholas en la que le decía que esa misma

tarde le haría una visita para hablar con ella de algo importante. No imaginaba cuál sería el motivo de su visita, pero sabía, con certeza, cuál sería el final del encuentro.

Con un último esfuerzo, reunió las fuerzas suficientes para abrir la puerta e interpretar su papel. Un papel que, a todas luces, sería el más difícil y doloroso de su vida.

Nicholas estaba vuelto de espaldas, de cara a la ventana hasta que la escuchó entrar, y entonces, una sonrisa que podría derretir hasta los hielos del polo cruzó su rostro, el rostro del hombre al que amaba.

¡Por Dios! ¿Cómo iba a poder hacerlo? Estaba tentada de salir corriendo y dejar que la pesadilla en que se había convertido su vida la devorara por completo, para evitar, así, hacer daño a las personas que quería; pero aquello era la vida real, y ella ya no era una niña. Lo había aprendido años atrás y no debía olvidarlo.

—Eleanor, ¿estás bien? —preguntó Nicholas preocupado al observar los surcos violáceos debajo de sus ojos.

—Sí, estoy bien. Sólo es que apenas he dormido esta noche —le contestó mientras retiraba su mano de la de él, para lo que tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad —. ¿A qué ha venido?

Nicholas sintió que algo no andaba bien. ¿A qué venía ese recibimiento tan frío?

Sin duda, se debía a que Eleanor estaba inquieta por su hermano. Todavía no había podido mandar a Halford, su abogado, al internado, ya que el letrado continuaba en el norte del país, en donde estaba realizando la compra de una mina importante.

Nicholas intentó calmar su desasosiego y se acercó un poco a ella.

—Si estás preocupada por lo de tu hermano, mandaré a mi abogado en cuanto vuelva de su viaje a comprobar las condiciones del internado en el que se encuentra.

Eleanor levantó la mirada, y Nicholas vio, por un segundo, un brillo de esperanza en ellos; pero casi podía apostar que había sido sólo un espejismo, porque ese brillo desapareció en un instante y dejó un vacío que nunca había visto antes en sus ojos.

Realmente aquel no era el escenario en el que había imaginado pedir su mano; pero ya que había aceptado que, contra todo pronóstico, se había enamorado con locura de ella, nada le impediría zanjar el tema esa misma noche.

Necesitaba escuchar de sus labios que ella también lo amaba, que era suya, porque esa posición tan vulnerable lo estaba volviendo loco. Metió la mano en el bolsillo y cerró del anillo de su madre, como si de esa manera supiera que todo iba a salir bien.

Estaba claro que Eleanor se caía de cansancio, aunque intentara disimularlo; así que no andaría con rodeos, no la entretendría más tiempo. Se comprometerían, y luego la mandaría a descansar. Ya que iba a ser su esposa, cuidaría de ella.

Apretó nuevamente el anillo entre sus dedos y, justo cuando estaba decidido a

sacarlo, las palabras de Eleanor lo detuvieron en seco.

—Lord Brame, agradezco las molestias que se ha tomado con respecto a lo de mi hermano, pero me temo que eso ya no será necesario.

—¿Qué quieres decir?

Nicholas formuló la pregunta con una calma que, en realidad, no sentía. Estaba furioso: la persona que tenía delante parecía una auténtica desconocida. No por lo que le había dicho, sino por el tono que había utilizado al hablarle, un tono impersonal, gélido, con el que había matizado cada una de sus palabras.

— Lo que quiero decirle es que creo que exageré cuando le hablé de Henry. He tenido tiempo para pensar y me he dado cuenta de que mi estado se debía a una serie de situaciones que, sin duda, ha alterado mis nervios. Ello fue determinante en mi comportamiento, y por eso, siento mucho haberlo molestado de esa manera.

— Eleanor, no me molesta ayudarte con Henry. Lo que realmente me molesta es tu evidente frialdad, que no sé a qué se debe. ¿Qué te pasa, pequeña?

Eleanor se alejó de él cuando Nicholas intentó acercarse más a ella.

—No me pasa nada. Simplemente es que la familiaridad con la que nos hemos venido tratando ya no es posible. Mi prometido no la vería con buenos ojos.

Nicholas apretó los puños clavándose en la palma de su mano derecha el anillo que con tanta ilusión deseaba entregarle.

—¿Prometido? ¿De qué demonios estás hablando? —Su furia era ahora una realidad más que visible.

—Estoy hablando de monsieur Danvers. Nos hemos prometido, aunque no queremos hacerlo público por ahora. Nos casaremos dentro de unos meses.

Nicholas la tomó fuertemente de los brazos y la obligó a mirarlo.

—No puedes estar hablando en serio. La otra noche vi cómo intentaba...

—Eso sólo fue una pelea de enamorados —dijo Eleanor y se atragantó con la falsedad de sus últimas palabras.

—Eso es mentira.

—No —contestó Eleanor, mientras lo miraba directamente a los ojos.

—Entonces, si lo que dices es cierto, y estáis tan enamorados, ¿cómo me explicas lo que ocurrió entre nosotros? ¡Responde! —bramó mientras la zarandeaba un poco.

Con un empujón, Eleanor se libró de sus brazos.

—Muy fácil; estaba jugando con usted y creí que usted también hacía lo mismo. Lo elegí, por eso mismo, por su reputación con las mujeres. Sólo quería divertirme un rato, coquetear con otro hombre antes de entrar en el matrimonio para toda la vida.

La mandíbula de Nicholas estaba tan tensa que parecía a punto de romperse.

¡Maldita sea! ¡Cómo lo había engañado! Toda esa dulzura e ingenuidad y la preocupación que con tanta ternura le había prodigado eran una sarta de mentiras, y él, como un estúpido, le había creído. ¡No! Eso tenía que ser un error.

—Si lo que dices es verdad, ¿por qué el otro día en el jardín, cuando estabas con él, tenías miedo? ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho, nos peleamos. Me había visto coquetear con usted. Yo lo hice para ponerlo celoso, y funcionó. Esta mañana me pidió matrimonio. ¿No habrá pensado que mis atenciones hacia usted eran sinceras, verdad? Jamás podría estar con alguien inferior a mí, con un hombre que sólo arrojaría vergüenza a mi apellido. Alguien que dejó morir a aquellos a quienes más amaba, sin hacer nada por impedirlo.

Nicholas sintió que el corazón se le detenía. Aquello era totalmente irreal. El vacío que se iba extendiendo por su interior ya no tenía remedio, a la vez que una ira incontrolable se iba adueñando de cada poro de su piel.

¡Aquella mujer se había reído de él! Jamás, nadie, ni siquiera el bastardo que lo engendró, le había hecho tanto daño como lo había hecho ella con sus palabras. "Inferior", "vergüenza", "no hizo nada para salvarlos"; esas palabras no dejaban de retumbar en su cabeza.

En aquel momento, la odió más que a nada en el mundo; incluso más que a sí mismo, por haberla amado, por haberle contado su pasado y hacerla partícipe de su dolor. Ella había utilizado aquello con la frialdad de una serpiente y había arrojado veneno sin piedad.

Dio media vuelta, antes de que la ira que sentía le hiciera hacer algo de lo que después se pudiese arrepentir; por instantes, sentía que ya no era dueño de sus actos.

Sólo le quedaba el consuelo de que no le había pedido que se casara con él, que no le había dicho que la había amado más que a la vida misma.

* * *

Eleanor apenas escuchó el sonido de la puerta al cerrarse tras él. Ya que se había ido para siempre de su vida, podía dar rienda suelta a su dolor, que la estaba desgarrando por dentro.

Cruzó los brazos sobre su cintura mientras se doblaba en dos. Veía borroso por las lágrimas que no paraban de brotar, mientras se mordía el labio inferior con tal fuerza que pequeñas gotas de sangre brotaron de él, en un intento por sujetar el grito de angustia que se aferraba a su garganta.

No había tenido elección, se decía una y otra vez. Aunque ese era un endeble consuelo para el dolor que había visto en los ojos de Nicholas, y del que era la única

responsable.

Cuando la noche anterior, Higgins, el ayuda de cámara de su padrastro, la descubrió, la arrastró, prácticamente, al interior de la biblioteca donde su destino quedó sellado sin remedio.

Le habían ordenado, bajo las peores amenazas, que debía alejar a cualquier hombre que tuviera alguna pretensión con ella, y en especial a Nicholas. Ya estaba comprometida, le dijeron, con una sonrisa de esas que hacen temblar; y hasta el día de la boda, su nuevo hogar sería la mansión que el marqués de Lavillée tenía en las afueras de París.

Al principio, ella se había negado a convertirse en la esposa de ese degenerado de Danvers, pero como el Marqués le señaló, no podía elegir. Si no hacía lo que ellos querían, su hermano terminaría pudriéndose en Bedlam. Por si le cabía alguna duda, le aclararon lo sencillo que sería para ellos conseguir la colaboración de algún médico con pocos escrúpulos que concluyera que Henry debía su inmadurez a un trastorno mental.

Eleanor no creía que fuera cierto todo lo que le decían; aunque era verdad que otros, antes de él, habían encerrado a una esposa o a un pariente molesto en el manicomio, pese a ser totalmente cuerdos. Era muy simple: había que sobornar a alguien con la suficiente autoridad.

¿Qué no serían capaces de hacer esos dos ladrones si ella los había escuchado hablar, con claridad de cómo deshacerse de su madre por medio de algún accidente?

Estaba claro que harían cualquier cosa para quedarse con la totalidad de la herencia.

Así fue que, después de una noche de sollozos incontrolables y de negarse a sí misma lo que estaba sucediendo, tuvo que aceptar hacer lo que ellos querían; de esa forma, protegería a su familia.

Sabía que, dos días después, partirían hacia París. Diría a todo el mundo que acompañaba a los recién casados en la luna de miel, para conocer, así, el hogar del Marqués, y después de unos meses, escribiría a determinados amigos suyos y anunciaría su compromiso y su deseo de permanecer en Francia hasta la fecha del enlace.

Lo tenían todo planeado al detalle. Le habían dado a Eleanor el guión que debía seguir, sin ninguna posibilidad de interponer pregunta alguna. Si se le ocurría la idea de pedir ayuda a alguien, su madre, su hermano, e incluso Nicholas, lo pagarían.

Sí, ellos habían adivinado también eso; como si hubiesen leído su pensamiento. Sabían que lo amaba, y por ello la habían amenazado. Si Nicholas sospechaba algo, se encargarían de que un asaltante lo matara en una oscura calle de Londres.

La conversación mantenida con Nicholas había sido la más difícil de su vida. Al verlo entrar, de lo único que había tenido ganas había sido de echarse en sus brazos y

contárselo todo; pero la amenaza hecha por Danvers había calado hondo en su interior; no podía arriesgarse en ese punto. Si le pasaba algo por su culpa a alguno de sus seres queridos, no se lo podría perdonar nunca. Había sacado fuerzas de donde no tenía y había hecho todo lo posible por alejarlo para siempre de su lado.

No tenía duda de que lo había conseguido. La forma en que lo había hecho había sido detestable; pero había tenido que recurrir a aquello, había tenido que decirle aquellas palabras; sabía que si no lo detenía y hacía que la odiara, al final, se derrumbaría ante sus ojos y lo descubriría todo.

A pesar de eso, no podía dejar de pensar que él había confiado en ella y ¿cómo se lo había pagado? El precio había sido demasiado alto, aunque necesario. Sólo esperaba que Nicholas fuera feliz y estuviera a salvo, porque sabía, con seguridad, que él nunca la perdonaría.

* * *

Charles llamó a la puerta de la casa que su amigo Nicholas tenía en Marlborough Square. Varias manzanas más arriba, vivía Eleanor Bradford.

Quizás, en esos momentos, los tortolitos estuvieran juntos, porque habían pasado dos días desde que le hiciera aquel anuncio inesperado sobre su intención de casarse y, desde entonces, no había vuelto a saber nada de él. Eso no era normal; aunque, de todos modos, últimamente su amigo no hacía nada acorde a lo que esperaba de él.

Sin embargo, estaba intranquilo. Nicholas había faltado a una cita prevista para hablar de una posible inversión en un proyecto sobre casas de baja renta para trabajadores; ni siquiera le había enviado una nota para cancelarla; y eso, eso sí que lo hacía dudar acerca de que todo marchara bien.

Mientras estaba esperando a que abrieran la puerta, la mala sensación que había estado esquivando durante horas tomó el control.

Booton, el mayordomo de Nicholas, asomó la cabeza por el vano de la puerta y, al comprobar que era él, lo hizo pasar de inmediato. El viejo mayordomo, un hombre mayor cuyos dolores de espalda hacían que anduviera ligeramente encorvado, había trabajado para la familia de Nicholas durante los últimos cuarenta y cinco años; había visto, con sus propios ojos, a tres generaciones de Brame. Fue uno de los pocos sirvientes, junto con la señora Hobbs y Lilly, la cocinera, a quienes Nicholas mantuvo a su lado cuando heredó el título.

—Buenas noches, lord Benning.

—Hola, Booton, ¿está lord Brame en casa? —preguntó mientras observaba cómo el mayordomo enarcaba una de sus canosas y peludas cejas.

—Sí y no —le contestó Booton enigmático.

—Eso es un poco extraño, ¿no?

—Pues sí, señor, pero... verá usted, hace día y medio que se encerró en su estudio y, desde entonces, no ha salido. Me dejó el recado de que despidiera a todo aquel que preguntara por él, que no quería ver a nadie. Lilly quiso llevarle algo de comer, y la echó a ladridos. No sé lo que ha pasado, pero nunca lo había visto así. Lilly nos dijo que olía a coñac, señor, aunque sé que nunca habría debido decir esto, y que la habitación está en penumbras. Yo no sé qué hacer, pero lo que si sé es que a usted lo quiere como a un hermano. Si pudiera ver qué le pasa, señor, todos se lo agradeceríamos mucho.

Charles se preocupaba cada vez más, a medida que Booton le iba relatando la situación. La sensación de desagrado que había tenido se hizo más fuerte. Ya no le cabía duda de que algo con Eleanor había salido mal.

—No te preocupes, Booton; veré qué puedo hacer —le dijo Charles al ver la cara del mayordomo más cansada que de costumbre.

—Gracias, señor. —Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Sin más dilación, se dirigió al estudio y abrió la puerta. Lilly había dicho la verdad. El aire estaba viciado, impregnado con el olor del coñac francés, y las ventanas estaban cerradas herméticamente. Todo estaba en penumbras. Sólo una vela encendida, encima de la repisa del hogar, hacía posible distinguir la silueta de Nicholas.

—¡He dicho que no quiero ver a nadie! —bramó.

—¿Ni siquiera a mí? —le contestó Charles mientras se acercaba a él y se sentaba en el sillón de enfrente.

Nicholas lo miró con la expresión más fría y vacía que él podía recordar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó y temió la respuesta.

—Nada que no me merezca, por confiar en una mujer.

—Así que es por Eleanor, ¿no?

Nicholas no le contestó, pero tampoco hacía falta. ¿Qué le habría hecho esa bruja? Sabía que él no estaría así por cualquier cosa.

—¿Le pediste que se casara contigo?

Algo parecido a la furia más letal brilló en los ojos de su amigo. Tenía el pelo revuelto como si se lo hubiera estado despeinando durante las últimas horas. Sólo llevaba una camisa remangada y los pantalones con las botas de montar. Seguramente estaba así vestido desde el día que vio a Eleanor.

Cuando ya se estaba recostando en el sillón dispuesto a esperar, Nicholas le contestó.

—No, no me dio tiempo, y doy gracias a Dios por ello. La inocente y dulce Eleanor

estaba ya comprometida, y parece ser que, para conseguirlo, me utilizó a mí como cebo.

—¿Qué hizo qué? —preguntó Charles.

—No merece la pena. Sólo quiero no hablar más de ello y no volver a escuchar jamás su nombre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —afirmó Charles.

Se quedaron allí, en silencio, durante un largo rato. Nicholas, intentando encontrar un momento de paz en las densas tinieblas que, con fuerza, habían vuelto a él; y Charles, alimentando su odio por Eleanor, la mujer que había conseguido destrozar a su amigo.

Capítulo 10

Costa de Inglaterra. Marzo de 1835.

Eleanor miraba la ribera desde la cubierta del barco que la devolvía a su ciudad natal y a la cordura. Llevaba un año y medio de infierno. Aún le temblaba todo el cuerpo al recordar la habitación que había sido su cárcel. Le costaba creer que la pesadilla había llegado a su fin, que ya no volvería a escuchar los pasos acercándose a su puerta, y que los recuerdos, que atormentaban sus noches, habían muerto en aquella mansión cerca de París.

Aún intuía sobre ella los ojos de aquellos que la habían despojado de su libertad, de sus esperanzas y de su vida. Percibió unas lágrimas que rodaban por sus mejillas, y se asombró de que pudiera todavía sentir: porque para sobrevivir, había tenido que enterrar su corazón, había tenido que hacerse de piedra.

Londres. Unos días después.

Nicholas miraba con ojos inquisidores a su mejor amigo, mientras descruzaba sus largas piernas, se acercaba más a él y dejaba la copa de coñac a medio camino de la boca.

—¿Cómo has dicho?

—Que la señorita Bradford ha vuelto a Londres.

Nicholas apretó, ligeramente, la copa entre sus manos. Se repitió que lo que ella hiciera le daba igual, y que su vuelta a la ciudad no lo afectaba para nada; pero eso no era cierto, y él lo sabía. La última vez que la había visto, había querido matarla.

—Creí que te interesaría saber que está en Londres; más que nada, por la forma desafortunada en la que acabó vuestra relación.

Charles sabía, a grandes rasgos, lo que había pasado entre ellos dos.

Eleanor había utilizado a Nicholas para conseguir sus propósitos, lo que la convertía en una ambiciosa, sin corazón y sin escrúpulos.

—¿Qué relación, Charles? —preguntó Nicholas y lo sacó de sus pensamientos—. Para tener una relación es necesario tener corazón, algo de lo que ella carece por completo. En el pecho tiene un bloque de hielo, y te aseguro que lleva el teatro en la sangre. Sería capaz de dar lecciones al mismísimo Shakespeare.

Charles miró a su amigo. Parecía impasible frente a la noticia de la vuelta de Eleanor a Londres; aunque, después de conocerlo durante tantos años, sabía, a ciencia cierta, que esa indiferencia no era tan absoluta como quería hacer ver.

—De todas formas, Nicholas, no creo que vayas a encontrártela. Según Percival Young, su abogado y socio en la firma que lleva los asuntos de mi familia, la señorita Bradford va a estar en Londres sólo el tiempo necesario para arreglar los documentos de su herencia, para luego marcharse a Escocia.

—¿Y cómo es que el dechado de virtudes de ese abogado ha contado alegremente los planes de su cliente?

—Porque mi abogado le comunicó mi interés por la propiedad de Bath que colinda con la casa que pertenece a la familia de mi madre, y que es parte de la herencia de Eleanor. Sabes que mi abuelo siempre quiso hacerse de esa casa, y a mí me gustaría regalársela. Nunca me he llevado demasiado bien con él, y creo que esto limaría asperezas. Al parecer, la señorita Bradford está de acuerdo con la venta, así que sólo queda fijar un precio. Al principio, cuando mi abogado me lo comunicó, pensé que habría que tratar con su marido, pero al parecer sigue soltera.

Nicholas sintió el eco de las últimas palabras de Charles en su cabeza, a la vez que la copa tembló entre sus manos. Había estado seguro, hasta ese momento, de que Eleanor era una mujer casada. Esa era su intención, y así se lo había dicho la última vez que se habían visto; sin embargo, si se había casado o no, eso no era ya asunto suyo. Él la había alejado de su vida y nada quería saber de ella; sólo esperaba, por su propio bien, que no se cruzase en su camino.

—Ten cuidado, amigo mío —le advirtió Nicholas—. Porque si vas a hacer negocios con ella, debes saber que lo harás con el mismísimo diablo. Cuídate bien de que, en el contrato, no te exija además tu alma.

* * *

Eleanor se despertó de pronto. El corazón le latía de forma desenfrenada, y tenía el camisón pegado al cuerpo empapado de sudor.

Otra noche más en la que apenas había podido dormir unas horas antes de que las pesadillas se adueñaran de sus sueños y la apartaran de las manos de Morfeo. La luz de la mañana empezaba a filtrarse por los cristales de su habitación y marcaba el momento de levantarse para encarar un nuevo día.

Eligió un vestido de color azul marino de formas sencillas. Esa mañana, entre otras cosas, quería subir al desván para separar aquellas pertenencias que quería llevarse con ella a Escocia.

Hacía mucho que no subía allí, tanto que apenas se acordaba de cómo era. Su madre, que había sido práctica en extremo, siempre la había reprendido al respecto y le decía que aquellas tareas no eran propias de una dama y que, dado que lo que se almacenaba allí no eran más que trastos inservibles, debía mandar a un criado que se encargara de tirarlos, sin excepciones de ningún tipo.

Sin embargo, ella nunca se había decidido a hacerlo; era una sentimental y siempre se había sentido unida a esos trastos. Cada uno de ellos era como la pieza de un rompecabezas que representaba un momento de su vida, y le hacía recordar lo que la memoria había olvidado. De esa forma, una cuna, una muñeca con cara de porcelana, un poni de madera, un vestido o un traje de niño la hacían revivir pasajes de su vida.

—Milady —le dijo Emily mientras introducía su cabeza por el vano de la puerta.

—Sí, Emily. Entra —le contestó, a la vez que salía de sus ensoñaciones.

—Tiene una visita. La he hecho pasar a la salita del té.

—¿Una visita?

—Sí, es la señorita Benning.

Eleanor retuvo, por un momento, la respiración cuando escuchó de los labios de su doncella el nombre de su amiga. Había sabido, desde un principio, que era demasiado pretencioso esperar que nadie se enterara de su presencia en Londres antes de partir a Trossachs: región de montes, arroyos, bosques y lagos, sede del clan MacGregor.

Había sido una ingenua al imaginar que arreglaría sus asuntos y que desaparecería de allí, sin que alguno de sus antiguos conocidos quisiera saber de ella.

No era que no quisiera ver a Mary Beth; sabía Dios que era la mejor amiga que había tenido nunca, por no decir la única, pero era demasiado duro para ella, era demasiado pronto para enfrentarse a una persona que la conocía tan bien.

Mary Beth siempre había estado a su lado con esa sonrisa traviesa y esa vena atrevida que tanto admiraba, y por eso mismo estaba aterrada, porque Mary Beth la conocía demasiado bien y vería en sus ojos todo aquello que deseaba fervientemente olvidar.

— Está bien, Emily, ahora mismo bajo. Dile a Gail que, por favor, prepare un poco de té.

— De acuerdo, milady.

Eleanor respiró hondo y, con la mayor calma, bajó a ver a su antigua amiga.

Mary Beth Benning estaba sentada en el pequeño sillón torneado, de color beige, situado en el centro de la estancia. Mientras esperaba, tuvo tiempo de observar todo a su alrededor, y pudo comprobar que nada había cambiado desde que había estado allí por última vez, hacía ya más de un año.

La decoración seguía siendo la misma, acogedora y señorial. Una gran alfombra cubría casi todo el piso. El mueble que ocupaba la pared central de la habitación era una verdadera reliquia; parte de la herencia que le había dejado a Eleanor su abuela Louisa. Sin embargo, si se detenía un momento a contemplar todo aquello, a pesar de estar igual que siempre, la sensación no era la misma.

Antes de que Eleanor se fuera a París, las dos habían estado allí mismo, riéndose como dos colegialas. Se acordaba como si hubiera sucedido apenas hacía unos días. Mary Beth había ido a contarle a Eleanor cómo madame Château, una condesa francesa muy estirada y ya entrada en años, había aterrizado, estrepitosamente, sobre su trasero en la tienda de la modista. Si cerraba los ojos, todavía podía ver a Eleanor esforzándose por no reírse. Sin embargo, luego, cuando le describió, con todo lujo de detalles, cómo la pobre mujer se había despatarrado, sin ninguna elegancia, al ceder la silla debido a su abundante peso, Eleanor había reído a carcajadas por largo rato.

Parecía mentira que esa misma amiga hubiera desaparecido de un día para otro, sin siquiera despedirse, con sólo una carta fría e impersonal como respuesta a las muchas demandas de Mary Beth por contactarse con ella.

Por aquel entonces, muchas veces había estado tentada de ir, en persona, a París, en busca de una respuesta; pero todos la desanimaban y le decían que veía fantasmas donde no los había y que, simplemente, las personas cambiaban.

Mary Beth, sin embargo, se negaba a pensar así de su amiga. Sobre todo cuando su primo hablaba despectivamente de ella, fruto del desprecio que Eleanor le había hecho a su amigo. Nada sabía de lo que había pasado entre ellos. Pero desde la marcha de Eleanor, su primo Charles y Brame se habían convertido en sus mayores detractores. Nunca hablaban del tema, pero sus reacciones eran suficientes como para pensar que su amiga había declarado una guerra mundial, o había sido la culpable del hambre en el mundo.

De todas maneras, no podía negar que estaba dolida por la forma en que había procedido durante ese último año y medio. Muchas veces se preguntaba si su amistad no había significado nada para ella, o si había significado tan poco como para no molestarse, siquiera, en contestar a las numerosas cartas que le había enviado durante su ausencia.

Por esa razón, cuando se enteró de su vuelta, se dispuso a verla. Tenía que enfrentarse con ella; necesitaba respuestas, quería la verdad.

—¿Mary Beth?

Con paso titubeante, Eleanor se dirigió hacia su amiga, que ya se levantaba del

sillón para acercarse a ella.

Seguía igual que la recordaba, pensó Mary Beth en un primer momento, sin embargo, cuanto más la miraba, más se daba cuenta de lo equivocada que había sido su primera impresión. Su amiga estaba mucho más delgada, y los surcos violáceos debajo de sus ojos delataban un cansancio desmedido.

Le tomó las manos entre las suyas y le dio un beso en la mejilla. Entonces, Eleanor se arrojó a sus brazos y la abrazó calurosamente, como si de verdad no hubiese pasado el tiempo y ambas se hubiesen visto sólo unas horas antes. Mary Beth sintió que sus recelos iniciales desaparecían poco a poco.

A pesar de lo que hubiese pasado entre ellas, esa era su amiga, y era claro que no estaba bien. Eleanor había perdido a todos sus seres queridos en sólo unos meses, y eso representaba algo muy difícil de superar. Por eso mismo, había estado más enojada con ella, porque no entendía cómo, en esos momentos tan delicados, no había querido su consuelo o su ayuda.

—Mary Beth, estás preciosa —le dijo Eleanor y retrocedió unos pasos para observar con detenimiento a su amiga—. Siéntate, por favor; le he dicho a Emily que nos traiga un poco de té.

—Ha pasado mucho tiempo —le contestó Mary Beth mientras volvía a sentarse en el sillón beige de brocado verde y Eleanor ocupaba el asiento de enfrente.

—Sí, así es; un año y medio para ser exactos —dijo Eleanor con una tranquilidad que hizo que Mary Beth perdiera parte de su compostura.

—Y, ¡por amor de Dios!, ¿por qué sólo me mandaste una carta en todo ese tiempo? ¿Por qué? ¿Sabes? Yo te mande un sinfín de cartas y no obtuve respuesta. Créeme cuando te digo que estuve tentada, más de una vez, de ir a París y zarandearte.

Eleanor sonrió con nostalgia. La había echado tanto de menos. Esa era la Mary Beth que conocía, impetuosa hasta el fin. No había tardado ni dos minutos en ir directamente al grano; y eso era, exactamente, lo que había temido. Sin embargo, si tenía que ser sincera con ella misma, debía reconocer que, a pesar de temer ese momento, una parte de ella lo deseaba. Cada día desde su vuelta, había ansiado contarle todo lo que le había pasado durante su estancia en París. Necesitaba que su amiga, con su alegría innata y sus respuestas para todo, aliviara su angustia.

De pronto, se sintió como un espectador en una función de teatro. Escuchaba las palabras que salían de su boca como si tuvieran voluntad propia; palabras que ni siquiera un ciclón hubiese podido acallar. Sólo sabía que necesitaba contar más y más, y que, a cada paso, su necesidad crecía, al igual que el nudo que tenía en el pecho y que pesaba demasiado. Cuando acabó de contarle todo lo sucedido, se encontró sollozando sin control, mientras su amiga la abrazaba y la consolaba.

Se sentía estúpida por derrumbarse de esa manera; pero había ocultado sus sentimientos y silenciado sus inquietudes demasiado. Durante el tiempo que pasó

encerrada en la casa de Lavillée, se había autoconvencido de que, si lo enterraba todo profundamente, el dolor sería soportable, y eso la ayudaría a sobrevivir, aunque no fuera de la mejor manera. Pero en ese momento, entendía que todo ese autodominio había sido ficticio y que, desde su vuelta a tierra inglesa, sus sentimientos la sacudían y la envolvían sin ningún pudor. Y ante eso, no sabía si alegrarse por ser capaz de volver a sentir, o enfurecerse por no poder contenerse.

— Por favor, Eleanor, lo siento. No debí hablarte así, pero es que he estado muy preocupada —le dijo Mary Beth, desolada por lo que acababa de escuchar. Nunca en su vida habría imaginado todo por lo que había tenido que pasar su amiga.

— No, Mary Beth, no tienes que disculparte; soy yo quien debe pedir perdón por cómo me he comportado, pero es que...

—¿Qué, Eleanor?

—No tuve otra opción.

Mary Beth se quedó aún más desconcertada al escuchar **esas** palabras.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que me obligaron, me amenazaron —respondió Eleanor, ya resuelta a contarle hasta los últimos detalles a su amiga. Le había dicho todo lo que había pasado en París, pero no la razón de su ida, el por qué de su proceder.

—¿Quién? ¿Quién te obligó?

—El Marqués y su sobrino Andreu.

—Pero ¿por qué? ¿Qué razón tenían para hacer eso?

Eleanor la miró con la furia contenida que corría por sus venas. Era tan mezquina la razón, y tan graves las consecuencias que el sólo recuerdo hacía que todo su cuerpo ardiera de rabia.

—Por dinero, Mary Beth. El que mi padre me dejó. ¿Te acuerdas del baile que dio la señora Whitlock en honor de mi madre y del Marqués después de su boda?

—Sí, claro —contestó Mary Beth, totalmente perpleja.

—Pues bien; después de volver a casa, sobre la medianoche y cansada de dar vueltas en mi cama sin poder dormir, decidí levantarme para buscar un libro en la biblioteca. Pensaba que, después de leer un poco, podría conciliar el sueño. Cuando me acerqué a la puerta, escuché varias voces procedentes del interior. Eran el Marqués y su sobrino que hablaban sin tapujos de los planes que tenían para nosotras. Te aseguro, Mary Beth, que cuando escuché lo que tenían pensado hacer, sin escrúpulo alguno, no pude creerlo. Lo tenían todo calculado desde hacía tiempo. —Eleanor inspiró hondo, en un intento por calmar la sensación que le había provocado recordar aquello—. Cuando me recobré lo suficiente como para irme, me sorprendieron —continuó, con la mirada fija en Mary Beth—. A partir de entonces, mi vida cambió. Me amenazaron y me advirtieron que mi madre podría sufrir un

trágico accidente en plena luna de miel. También me dijeron que, con el soborno adecuado, sería muy fácil que un chico como Henry acabara en Bedlam.

—¡Dios mío, Eleanor! —le dijo Mary Beth, mientras la tomaba de las manos y la animaba a continuar.

—Tuve que irme con ellos a París. No hubo otra opción. Tuve que simular ir con ellos para conocer el hogar del Marqués. Después de un tiempo prudencial, debí escribir una carta a determinadas personas, amigas de la familia, en la que relaté que había decidido permanecer más tiempo en Francia. Más tarde comuniqué a mis amigos mi compromiso con Andreu y mi deseo de permanecer allí hasta la boda. Esas cartas fueron redactadas por el Marqués, al igual que la primera que recibiste tú. Sabían lo que mi padre me había dejado en herencia, y que no lo obtendría hasta cumplir los veinticinco, a no ser que me casara; en cuyo caso, podría acceder al dinero y a las propiedades no ligadas al título en mi vigésimo primer cumpleaños. Eso era lo que querían. Al parecer, no les era suficiente el dinero de mi madre.

—¿Y tu madre? ¿No se dio cuenta?

—Estaba drogada, bajo los efectos del láudano. Casi no se enteraba de nada; y a mí, apenas me dejaban hablar con ella, y menos a solas. Yo estaba encerrada todo el día entre las cuatro paredes de mi habitación. Ni siquiera me permitían estar con ella; hasta que finalmente, un día, desapareció.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Mary Beth, cautelosa y con temor a la respuesta.

—El ama de llaves de los Lavillée, luego de pagar una enorme suma, accedió a darme un poco de información. Mi madre murió en un hospital en Lille; no sé cuál, no sé por qué motivos. Más tarde, supimos que Henry había muerto en Bedlam, el manicomio al que finalmente lo habían confinado.

—Tranquilízate, Eleanor —intentó calmarla Mary Beth, mientras ella misma hacía enormes esfuerzos por serenarse. Ni por un momento podía siquiera imaginar el horror que había tenido que vivir su amiga y, en el fondo de su corazón, sentía deseos de matar a alguien por todo el daño que le habían causado.

— Cuando por fin me vi libre de ellos, regresé a Londres lo más rápido que pude.

— Sí, me enteré del naufragio. Salió en todos los diarios. Y, ahora, que sé todo lo que me has contado, sólo puedo decir que lo que les ocurrió fue demasiado poco para esos malnacidos. Yo les hubiera azotado sus partes blandas.

—¿Sus partes blandas? —preguntó Eleanor y reprimió una sonrisa por la vena sanguinaria que estaba mostrando Mary Beth.

—Sí, me has escuchado bien. Un día leí un libro de anatomía masculina, y debes confiar en mi palabra.

Eleanor ya no pudo reprimir una carcajada, que provocó que su amiga alzara una

ceja. Poco después, se reía con ella, contenta de ver que su atrevimiento había servido para poner una sonrisa en la cara de Eleanor.

—Dios mío, Mary Beth, eres única —seguía riendo.

—Bueno, eso dicen todos, en especial mi madre, a la que provoco más de un dolor de cabeza.

Una vez recuperadas las dos, y con la sonrisa aún en sus labios, Mary Beth quiso saber los planes de Eleanor, después de haber dejado todo aquello atrás y haber vuelto a Inglaterra.

—Me han dicho que te vas a Escocia. —Fue una afirmación un tanto vacilante.

—Sí, así es —le dijo Eleanor con seriedad.

Mary Beth hizo una mueca en señal de desagrado por lo que le acababa de decir.

—Pero ¿por qué? Ahora que todo ha acabado, debes quedarte aquí, con quienes te quieren.

Eleanor suspiró ante la vehemencia de su amiga. Sabía que Mary Beth hablaba de todo corazón, pero ella necesitaba irse de allí, poner distancia con sus recuerdos.

—Mary Beth, agradezco mucho que me digas eso; pero, de verdad, necesito marcharme. No es que aquí no esté bien, es que es demasiado pronto. Todas las habitaciones, todos los rincones, toda la ciudad está cargada de recuerdos. Necesito alejarme por un tiempo. Lo comprendes, ¿verdad?

— Sí, lo entiendo; aunque sigo pensando que deberías quedarte y no encerrarte en un viejo castillo escocés. De todas maneras, ¿cuándo tenías pensado marcharte?

— Cuando arregle todos los asuntos legales del testamento. Seguramente, me llevarán un par de semanas, o algo más.

—Pues entonces, no hay más que hablar. No podré evitar que abandones Londres, pero de ninguna manera vas a quedarte estas dos semanas escondida en tu casa; así que prepárate para incendiar la ciudad.

—Mary Beth, ¡se supone que acabo de dejar el luto!

—Has estado de luto todo este tiempo. Es más, me atrevo a decir que el viaje a Francia, todo, ha sido un negro luto del que debes salir. Es hora de que te repongas, y nadie ha dicho que no puedas ir de oscuro, ¿verdad? —le dijo Mary Beth mientras en su cara se formaba una expresión que Eleanor conocía y que no presagiaba nada bueno—. Y ¿sabes qué vamos a hacer primero? Vamos ir a lo de Madame Lorraine. Ha de hacerte nuevos vestidos.

Mary Beth levantó una mano para detener lo que iban a ser, sin dudas, las protestas de Eleanor. Ellie rememoró su último año y medio en tierras francesas. Nada de lo que había ocurrido allí había sido bueno, todo le había dejado profundas heridas, marcas que todavía laceraban su alma y su cuerpo. Cicatrices que le habían

quedado en su espalda y que la avergonzaban al extremo de no querer contemplarlas ni siquiera ella misma en un espejo.

—No me pongas más excusas. Mañana pasaré a recogerte temprano, ¡y que tiemble madame Lorraine!

—Mary Beth, ahora comprendo lo del dolor de cabeza de tu madre; siempre has sido implacable.

—No seas tonta, Eleanor. Cuanto antes, mejor, porque tu primera aparición será dentro de tres días, en mi casa. Damos una fiesta por la presentación en sociedad de mi hermana Rose; será perfecto.

—Creo que es demasiado pronto. Lo estás haciendo a propósito.

Mary Beth le guiñó un ojo mientras se levantaba lentamente de su asiento.

—Por supuesto, querida. No esperarías menos de mí, ¿verdad?

Capítulo 11

Nicholas se dirigía al club después de haber pasado unas horas con su amante ocasional, lady Constance Penrose, una de las mujeres más hermosas de Londres. Nunca antes había estado más de dos noches seguidas con la misma mujer hasta que la conoció.

Constance había aceptado todas sus condiciones, hasta ese momento. Por eso él hizo una excepción con ella, y no se arrepentía. Sin embargo, la aventura estaba llegando a su fin. Cada vez era más posesiva y, aunque era una compañera de cama excelente, complaciente e imaginativa, tenía que dejarla. A pesar de que Nicholas había dejado bien en claro la naturaleza de su relación desde un principio: "placer sin compromisos y sin reproches", Constance parecía haber cambiado de opinión.

De todas maneras, esa noche su humor era sombrío, más que de costumbre. Además de las maquinaciones de Constance, con la que ni siquiera se había acostado desde hacía una semana, estaba esa bruja de ojos verdes que había vuelto a Londres.

Sabía que no se había casado. Al parecer, su prometido había muerto en un naufragio, lo que era realmente una pena, porque pensaba que esos dos se merecían el uno al otro.

En ese momento, Eleanor era extremadamente rica, y eso significaba que acudirían a ella tantos pretendientes como moscas a un tarro de miel. ¡Que Dios se apiadara del imbécil que se cruzara en su camino!

Charles le había dicho que Eleanor se iría a Escocia en unas cuantas semanas, así que sólo esperaba que esas semanas pasaran pronto, ya que, sin saber por qué, su vida amorosa, desde su vuelta, había sido prácticamente nula. No podía sacársela de la cabeza. Había pasado un año y medio sin permitirse tener ni un sólo pensamiento acerca de ella. Más de media docena de mujeres tenía en su haber; entre ellas, Constance. Y cuando creyó que lo había conseguido, aparecía otra vez. ¡Maldita fuera esa mujer!

Entró al club, se acercó al sillón en el que se encontraba Charles y dejó sus pensamientos a un lado.

—¿Nicholas? No esperaba verte tan pronto esta noche. ¡Qué diablos! Ni siquiera te esperaba. Creía que me habías dicho que hoy pasarías la velada con lady Penrose

—le dijo Charles mientras movía suavemente el coñac de su copa.

—Sí, es cierto. Yo tampoco esperaba encontrarme aquí, pero ya ves.

—¿La noche no ha sido como tú esperabas?

—No, digamos más bien que la compañía empieza a ser demasiado exigente.

—¡Vaya! Eso puede ser un problema. ¿Qué vas a hacer?

—Terminar con ella.

Charles sonrió, lo que hizo que Nicholas alzara una ceja.

—Sí, decididamente creo que eso terminará con tus problemas.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Nicholas con evidente exasperación.

—Pues que llevas gruñendo desde que te enteraste..., desde que te dije que Eleanor estaba en la ciudad.

Nicholas tomó la copa que le había traído el camarero, dio un trago generoso al brandy de quince años y se atragantó cuando escuchó el nombre de aquella bruja.

—¡Maldita sea! Te dije que no quería volver a hablar de ella.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Charles y levantó las manos en señal de rendición.

—Sólo quería comentarte que firmé los papeles de la compraventa de la propiedad que me interesaba. No la vi, nuestros abogados arreglaron todo.

—¡Enhorabuena! —le contestó Nicholas con un matiz sarcástico, que provocó que Charles sonriera de medio lado.

—Bueno, cambiando de tema; mi tía, la madre de Mary Beth, nos espera a los dos, pasado mañana, en la presentación de mi prima Rose.

—De acuerdo, allí estaré —contestó Nicholas.

—¿No vas a discutir?

—No, tu tía es una de las pocas personas que me gustan, aparte de lady Jane; así que iré.

—¿Irás con lady Penrose?

Nicholas lo miró como si fuera a fulminarlo. Sin duda, la presentación de Rose iba a ser muy interesante.

* * *

Mary Beth pasó a buscarla a las nueve, tal y como había prometido. Tenía los pies

como si hubieran caminado sobre brasas ardientes, debido al trajín de haber visitado todas las tiendas de Bond Street para realizar un sinfín de compras. Luego de esa hazaña, llegaron a la boutique de madame Lorraine.

La tienda era exquisita. Decorada con evidente toque francés, seguía siendo la más visitada por las damas que deseaban renovar su vestuario.

—¡Hola, lady Benning! ¿Lady Bradford? —dijo madame Lorraine con absoluta sorpresa cuando posó sus ojos en ella—. ¡Qué placer volver a verla!

—Gracias, madame.

—Colette, querida, llámeme Colette.

Madame Lorraine era una mujer de edad indeterminada. Nadie podía decir si tenía veinticinco o cuarenta y cinco años. Las arruguitas que se formaban en el contorno de los ojos delataban su madurez, pero su cara siempre juvenil y su impresionante figura lo desmentían. La expresión de madame Lorraine se tornó más seria.

—Me enteré de la muerte de su madre y su hermano. No sabe cuánto lo siento, querida.

Eleanor asintió en señal de agradecimiento.

—Bueno —dijo madame Lorraine y dejó entrever una leve sonrisa—. Espero que lo que las traiga por aquí sea la adquisición de un vestuario nuevo.

—Sí, queremos que Eleanor vaya a la última moda, aunque me temo que la gama de colores se verá reducida a unos pocos. Todavía no se atreve a utilizar tonos más claros —explicó Mary Beth.

—No importa, *chérie*, la señorita Bradford quedará preciosa con los vestidos que le confeccione. Con esa figura, *¡mon Dieu!*, será una sirena. Ahora, si no les importa esperar unos minutos, termino con una clienta a la que le estoy haciendo una prueba, y enseguida estoy con vosotras.

—De acuerdo, madame. No se preocupe, mientras tanto, miraremos unos cuantos accesorios —dijo Eleanor.

—Perfecto —sonrió Colette—. En un instante, vuelvo.

Y con un andar enérgico, desapareció hacia el interior de la tienda.

Eleanor y Mary Beth se dedicaron a mirar algunos preciosos sombreros que adornaban la estantería mientras que, en la parte trasera de la tienda, madame Lorraine hablaba animadamente con su clienta. A pesar de no querer prestar atención a la conversación, las voces se oían con claridad y, a su pesar, la invitaba a aguzar sus sentidos para tratar de escuchar algo. Esto hizo que Eleanor aferrara el sombrero que estaba admirando en ese momento con más fuerza de la necesaria cuando ciertas palabras retumbaron en sus oídos.

—Oh, *chérie*, lord Brame estará encantado con este vestido. Estás maravillosa.

—¿Verdad que sí? —dijo una voz aterciopelada—. Últimamente, está muy atento conmigo. Creo, Colette, que no falta mucho para que me haga la proposición.

—¿De matrimonio?

—De qué si no. Ya han pasado tres años desde que murió mi marido y, desde hace seis meses, Nicholas y yo estamos más unidos que nunca. Vamos juntos a todas las reuniones, a los bailes y a los eventos relevantes en Londres. Antes, me conformaba con ser amigos íntimos; ya sabes por qué. Ese hombre es un volcán y, además, rico. Pero ahora, creo que sería, sin duda, una condesa perfecta para él.

—Sin duda —escuchó decir a madame Lorraine.

—¿Te pasa algo, Eleanor? Estás blanca, y parece que fueras a desmayarte.

Las palabras de Mary Beth y su expresión preocupada la hicieron volver a la realidad y dejó a un lado la conversación que acababa de escuchar.

—No, no, estoy bien. ¿Qué te hace pensar lo contrario? —le contestó Eleanor e intentó parecer despreocupada.

—¿Pues el hecho de que estás temblando, por ejemplo? Ven, siéntate. Ya no estás acostumbrada a todo este ajetreo. Soy una desconsiderada, porque debí haber pensado en ti; pero es que estoy tan entusiasmada con esto de estar otra vez juntas, que he sido una bruta. Y para completar la mañana, tenemos que estar aquí escuchando a esa viuda prepotente de lady Penrose, que alardea ser la amante de lord Brame. ¡Como si todo el mundo no lo supiera! Y además, tiene la desfachatez de asegurar que se casará con él. Es increíble.

Eleanor había vuelto a palidecer. Desde aquella fatídica noche en la que le había arrojado a Nicholas aquellas horribles palabras a la cara, había sabido, con certeza, que lo había perdido para siempre. Se había autoconvencido de que lo más importante era que, de aquella manera, Nicholas estaría a salvo y que, con el tiempo, llegaría a conocer a alguien que lo haría sonreír de nuevo y de quien se enamoraría. Aquella certeza se le había clavado en el corazón como un puñal. No había imaginado, hasta ese momento, que dolería tanto.

—Eleanor, realmente no estás bien. Creo que es mejor que nos vayamos y volvamos en otro momento.

—No, no seas tonta. Ya que estamos aquí, veremos esos vestidos.

Mary Beth tenía una ceja levantada, y Eleanor sabía que, cuando hacía eso, era porque estaba atando cabos.

—¿Es por lord Brame, verdad?

Su amiga era demasiado observadora.

—No digas tonterías, Mary Beth —le dijo Eleanor, aunque sus palabras sonaran

faltas de convicción hasta para ella misma.

— ¡Eleanor Bradford, sé cuando mientes! —le dijo Mary Beth mientras la amenazaba con un dedo.

— ¡Mary Beth Benning, no me señales con ese dedo, si no quieres que te lo rompa!

—Ahora sí estoy segura de que tiene que ver con lord Brame. Esa vena agresiva te delata, así que, dime: es por lo que ha dicho esa víbora de Constance Penrose, ¿verdad?

Eleanor suspiró. Su amiga era peor que un perro de caza.

— ¡Vamos, Eleanor! Sé que algo pasó entre vosotros dos. Desde que te fuiste, mi primo te tomó aversión; y eso sólo puede significar una cosa, y es que Charles piensa que le hiciste algo a su amigo.

— De acuerdo, señorita Radcliffe. Antes de irme me... me enamoré de él. Y creo que Nicholas también de mí —dijo mientras movía la mano en un gesto que daba a entender que era obvio lo que estaba diciendo.

Mary Beth la miraba sin pestañear, ansiosa por conocer el resto de la historia.

—¿Y qué pasó?

Eleanor rehuyó su mirada, consciente de que lo que iba a contarle, no iba a hacerla sentir orgullosa, precisamente.

—Pues lo que pasó es que vino a verme al día siguiente de que el Marqués y Andreu me sorprendieron. Me habían visto con él en varias ocasiones y, alertados sobre el hecho de que Nicholas pudiera tener algún interés en mí que, tal vez, interferiría con sus planes, me ordenaron que lo desalentara, que hiciera que no quisiera volver a verme. Me dijeron que podían hacerlo asesinar, incluso, si yo no colaboraba. Y créeme, Mary Beth, que representé bien mi papel de pérfida. Le dije unas cosas tan horribles que sé, con seguridad, que nunca me perdonará.

— Sí, lo hará. Lo hará si se lo cuentas.

— ¡No! Prefiero su odio a su lástima. Prométeme que nunca le dirás a nadie todo lo que te he contado. ¡Prométemelo!

Mary Beth cedió a su ruego al ver la angustia que marcaban las facciones de Eleanor.

—De acuerdo, te lo prometo.

—Ahora entiendo por qué mi abogado me comentó que tu primo había estado excesivamente frío cuando realizó la oferta para la compraventa de la propiedad de Bath. Debe de odiarme también.

—Esto no es justo, y si piensas que puedo quedarme cruzada de brazos mientras ellos creen que tú eres...

—Me lo prometiste, Mary Beth —la cortó Eleanor—. Además, así es mejor. Dentro de poco me iré, y todo esto ya no tendrá importancia.

Mary Beth no pudo evitar pensar que su amiga estaba completamente equivocada. Le había prometido que no "diría" nada, pero no que no "haría" nada. Con esa idea rondando sus pensamientos, sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Mary Beth, ¿en qué estás pensando? —le preguntó Eleanor con recelo—. Estás sonriendo, y eso significa sólo una cosa, y yo te digo que, sea lo que sea lo que tengas en mente, ¡olvídalo!

En ese mismo instante, una hermosa mujer de largos cabellos plateados y enormes ojos azules salió del vestidor. Pasó por delante de ellas y les deseó buenos días antes de abrir la puerta y salir por ella con una gracia natural.

Eleanor sabía que acababa de conocer a la amante de Nicholas, lady Penrose.

* * *

— Gail, date prisa.

—Ya voy, ya voy. ¡Dios mío! Nadie tiene consideración hacia una pobre anciana.

—¿Anciana? Gail, tienes cuarenta y ocho años —sonrió Eleanor.

—¿Y qué? Podré tener esa edad, pero con los disgustos, es como si tuviera ochenta.

—¿Has encontrado el adorno?

— Sí, aquí está, muchacha inquieta —le contestó mientras se lo mostraba.

— Es que estoy nerviosa.

Gail alzó una ceja como si lo que le había dicho hubiese sido una sorpresa. Eleanor pensó que, sin duda, era una exagerada.

—¿De veras? No me había dado cuenta —le dijo Gail con un toque irónico en su voz.

Gail vio por el espejo frente al que estaba sentada Eleanor cómo hacía una mueca, en protesta por su evidente sarcasmo.

— Hace mucho tiempo que no voy a un evento, y menos a un baile.

— Lo sé, Ellie —le dijo Gail mientras entrelazaba las perlas que había estado buscando, momentos antes, en el pelo de Eleanor—. Sin embargo, creo que te hará muy bien. Este último año y medio ya ha quedado atrás, para siempre, y tienes que continuar con tu vida. Esta es la forma de hacerlo. Cuando vuelvas, tendré preparadas unas rosquillas de chocolate y un pastel de ciruelas: daremos cuenta de

ellos mientras tú me relatas qué tal ha ido todo.

Mientras Gail acababa con el tocado, Eleanor sólo podía pensar en cómo se había podido dejar enredar por el diablillo de Mary Beth. El motivo de su llegada a Londres había sido sólo para arreglar los papeles de la herencia. Su idea era irse, cuanto antes, a Escocia, donde podría descansar y olvidar. Sin embargo, estaba arreglándose para ir a una fiesta, en donde se cruzaría con un montón de conocidos que preguntarían sobre los últimos acontecimientos de su vida y a los que no sabría cómo contestarles. Su abuela le había dicho una vez: "Si tiene solución, dásela; sino, ¿para qué te vas a preocupar?". Guardó ese consejo en un bolsillo de su memoria, reunió toda la determinación con la que podía contar, se miró al espejo y se juró que ya no volvería a quitarle el sueño. Lo que no sabía era cuan equivocada estaba al afirmar eso.

* * *

La calle estaba atestada de carruajes que esperaban su turno para detenerse delante de la puerta de Norfolk House.

Eleanor estaba a escasos metros de la fastuosa casa en la que, esa noche, se reencontraría con la sociedad londinense. Algunos serían viejos conocidos, y otros representarían las caras nuevas de la temporada, cuya aparición en la escena social sería el comentario de todos los invitados.

Le sudaban las manos dentro de sus elegantes guantes de raso. Se alisó, por décima vez, los pliegues del vestido azul zafiro elegido para esa noche. Unas cuantas perlas adornaban su grácil cuello y sus pequeñas orejas, y hacían juego con las que Gail había entrelazado en su cabello; producían el mismo efecto que las estrellas sobre el firmamento.

Cuando llegó, por fin, a la entrada, el lacayo abrió la puerta de su carruaje y le ofreció la mano para ayudarla a bajar. Sin más dilación, se unió a la cola de invitados que esperaban su turno para ofrecer sus respetos a los anfitriones, quienes, con una sonrisa en los labios, soportaban estoicamente los comentarios y agradecimientos sin fin que les prodigaban.

Por cómo había sido la última vez que había asistido a una fiesta de los Condes, sabía que estos no hacían nada a medias. No recordaba la cantidad de gente que acudía a sus invitaciones, siempre deseosas de congraciarse con alguien de la nobleza con claras influencias sobre el Rey. Por lo visto, pensó Eleanor, no todo había cambiado.

—Buenas noches, lord y lady Norfolk.

Ambos sonrieron abiertamente cuando la tuvieron frente a sí.

—Hola, Eleanor, ¡qué alegría para nosotros volver a verte! —le dijo la madre de Mary Beth, mientras tomaba su mano entre las suyas. Un gesto cariñoso y poco usual, que la emocionó.

—Estoy muy contento de que estés de nuevo entre nosotros. Sentimos mucho lo de tu hermano y lo de tu querida madre. Sé que ha debido de ser muy difícil para ti. Han sido demasiadas tragedias en tan poco tiempo. Sólo puedo decirte que aquí nos tienes a los dos, a tu disposición para lo que te haga falta —le dijo el conde de Norfolk, algo emocionado también.

— Gracias, milord, sus palabras significan mucho para mí —le contestó Eleanor con un brillo acuoso en la mirada.

— Lo sé —dijo el Conde—. Y ahora, pequeña, ve y diviértete. Mary Beth no hace más que venir a cada rato para ver si has llegado. La verdad —le dijo y se acercó a ella como si la fuera a hacer confidente de un gran secreto— es que me está sacando de quicio, más de lo normal. Te aseguro que es más de lo que un padre puede soportar —dijo con una sonrisa en sus labios, que desmentía por completo su anterior reproche.

Eleanor sonrió mientras pasaba al interior del salón. Era muy amplio, tal y como lo recordaba, con grandes cortinas de brocado azul, elegantemente recogidas en los extremos para permitir que los invitados pudieran ver el jardín que, a través de las majestuosas puertas de cristal, evocaba el Edén. Un parque que tentaba con las suaves fragancias que la brisa nocturna deslizaba hacia el interior del salón: gardenias, rosas silvestres, y una planta exótica y rara que le había regalado el embajador de España, el jazmín, cuyo perfume hacía soñar con las estrechas calles de ventanales enrejados y noches embrujadas de Andalucía.

El salón estaba iluminado por la araña más majestuosa que había visto jamás y, en los extremos de la estancia, había bancos de seda azul con motivos florales, donde las viejas matronas buscaban un hueco desde donde poder contemplar a sus pupilas.

Cerca de las puertas que daban al balcón, había dispuesta una larga mesa con un mantel de bordado blanco que contenía la ponchera y una gran variedad de refrescos.

Se sentía pequeña ante tal esplendor. Haber estado encerrada durante tanto tiempo tenía sus consecuencias, como el hecho de que, todavía, le costaba estar en sitios con tanta gente alrededor.

— ¡Dios mío, Eleanor, estás preciosa! —le dijo Mary Beth y la sorprendió por la espalda.

— ¡Qué susto me has dado!

—Ya veo. ¿En qué estabas pensando? Llevo un rato haciéndote señas desde el otro lado del salón.

Eleanor sonrió a su amiga que tenía el entrecejo fruncido.

—No estaba pensando en nada en especial, sólo estaba intentando acostumbrarme a toda esta multitud. Estoy un poco nerviosa.

—Eleanor, no tienes nada que temer. Después de tus últimas experiencias, te mereces disfrutar; relájate y déjate llevar por la noche —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

—¿Dónde está Rose? —preguntó Eleanor para cambiar de tema.

—Allí la tienes —dijo Mary Beth, a la vez que señalaba con la cabeza un grupo de jóvenes reunidos en torno a alguien—. Luego nos acercamos a saludarla, porque ahora me temo que no podríamos, con todos esos pretendientes pululando a su alrededor. Comprobarás que mi pequeña hermana ha cambiado un poco. Es una hermosa muchacha que, como puedes ver, ha levantado pasiones.

—Ya veo —dijo Eleanor y se puso de puntillas para intentar ver a Rose entre ese enjambre de jóvenes enfervorizados.

Mary Beth entrecruzó su brazo con el de ella y la obligó a mezclarse entre los invitados. No habían dado ni dos pasos cuando un hombre, increíblemente apuesto, apareció frente a ellas.

—Buenas noches, señorita Benning.

—Buenas noches, lord Drake —dijo Mary Beth, demasiado deprisa según el parecer de Eleanor.

—Se la ve preciosa esta noche, si me permite decírselo.

Eleanor notó cómo Mary Beth le apretaba el brazo en demasía y, al parecer, sin darse cuenta.

—Gracias, es usted muy amable; aunque en todos estos meses, apenas me ha dirigido una mirada; así que, discúlpeme si pienso que realmente no se ha acercado con el ánimo de halagarme, sino con alguna oculta intención.

—Vaya, señorita Benning, eso ha dolido —dijo lord Drake y puso una mano en el corazón simulando haber recibido una herida mortal.

—No creo, y si es así —dijo Mary Beth mientras empezaba a esgrimir una irónica sonrisa— sé que usted lo superará con rapidez.

Lord Drake no se quedó atrás y, exhibiendo parte de sus dientes, las deleitó con una sonrisa que hubiese hecho temblar a más de una fémina presente.

—¿Sabe? Es usted tremendamente perspicaz, pero, a riesgo de que no me crea, también es en extremo hermosa.

—De acuerdo, lo perdono —dijo Mary Beth con un tono más displicente—. Y, ahora, si me lo permite, quisiera presentarle a mi mejor amiga, lady Eleanor Bradford, que, sospecho, es el motivo secreto por el que usted se ha acercado a nosotras.

En ese momento, Eleanor estaba alucinando con los dos, pero ¿dónde había quedado la sutileza?

—Encantado de conocerla, milady —le dijo lord Drake mientras le besaba la mano con un gesto muy caballeroso.

De un metro noventa, por lo menos, ancho de hombros y ojos de color avellana, aquel adonis de cabellos rubios tenía un aire de pilluelo por demás encantador y también, en exceso peligroso.

Lord Drake le ofreció su mano y sacó a Eleanor de sus pensamientos.

—¿Me concedería este baile? Por favor —dijo al ver que Eleanor dudaba—. No creo que pueda soportar que otra hermosa dama me infrinja otra herida esta noche. Tenga piedad de este humilde servidor y acepte.

—¿A este punto hemos llegado, lord Drake? —preguntó Mary Beth con una sonrisa irónica—. ¿Debe recurrir a la piedad de una dama para conseguir un baile?

Lord Drake miró a Mary Beth con una ceja apenas enarcada, visiblemente divertido.

—Sí; como ve, usted me ha reducido, con su indiferencia, a este lamentable estado. Su efecto sobre mí no tiene límites.

—Será adulador —dijo Mary Beth, y convirtió, con su gracia natural, las irónicas palabras de lord Drake en todo un cumplido.

Lord Drake volvió a posar de nuevo sus ojos en Eleanor.

—¿Vamos?

—Será un placer, milord.

Eleanor colocó su mano en el brazo de Drake mientras se encaminaban al centro del salón, donde parejas llenas de vitalidad giraban al son de las notas de un vals. Sin perder ni un instante más, se unieron a ese torbellino de color producido por los majestuosos vestidos de las damas que, al girar, formaban un hermoso caleidoscopio.

Al encontrarse entre los brazos de lord Drake, se acordó de otro baile y de otros brazos, aquellos que la habían hecho despertar a sensaciones que, por aquel entonces, ni siquiera había sabido que existiesen.

—Baila usted maravillosamente bien —le dijo Drake y la rescató de sus recuerdos.

—Gracias. En este caso, es fácil, porque sólo tengo que dejarme llevar por todo un maestro.

Drake sonrió con franqueza, y esto le confirió un aspecto casi infantil.

—Y la señorita Benning dice que soy yo quien adula; sin embargo, tengo que reconocer que estoy encantado de oírla decir eso.

—Los que me conocen, saben bien que no soy dada a conceder elogios. Está claro

que es usted un gran bailarín, y lo sabe. No he hecho más que subrayar una evidencia.

La cara de lord Drake denotaba asombro.

—Es usted muy directa, señorita Bradford.

Eleanor reconoció para sí que se había excedido, pero no quería que pensara que lo había elogiado con el fin de coquetear con él. Después de ese último año, lo último que quería eran juegos de esa índole.

—Lamento que eso lo incomode, y siento si mis palabras han sido demasiado bruscas.

—El que lo lamenta soy yo —le dijo Drake mientras la hacía dar una vuelta con gran energía. Si seguía así, pensaba Eleanor, cuando acabara, tendría que sentarse. Se sentía como si tuviera noventa años, totalmente oxidada. ¿Se estaría pareciendo a Gail acaso?

—Verá —continuó su compañero de baile—, temo que mi sangre italiana me traiciona muy a menudo; a veces soy demasiado impulsivo. A la señorita Benning le encanta ponerme en mi sitio cuando cree que he cruzado los límites de la caballerosidad; así que, si me perdona por mi estupidez, le estaré eternamente agradecido.

Eleanor no tuvo otro remedio que sonreír. Ese hombre habría sido capaz de engatusar hasta a una babosa.

—¿Así que es italiano? —le preguntó cuando terminó el vals y se dirigieron a la mesa para tomar un ponche.

—La mitad. Mi madre era italiana, y mi padre, el hijo de un marqués inglés. Se enamoraron perdidamente y, cuando mi abuelo materno le dio la posibilidad a mi padre de manejar su compañía naviera, no lo pensó. Se fue a Génova donde se casaron y vivieron felices durante más de veinte años.

—Eso suena muy bien. Tuvo que tener una infancia llena de felicidad.

—En eso acierta. He sido sumamente afortunado. Por desgracia mis padres murieron hace poco tiempo, y con pocos días de diferencia; mi madre no pudo soportar la ausencia de mi padre.

— Lo lamento mucho —le dijo Eleanor que sentía cómo su corazón reconocía la pena de él.

— Sí, bueno —dijo mientras la miraba fijo—, ellos siempre decían que cuando se fueran de este mundo, querían hacerlo juntos. Creo que fue mejor así. Ninguno de ellos habría sabido vivir sin el otro.

Eleanor pensó que eso era muy hermoso. Que dos personas pudiesen amarse hasta tal punto, de no concebir su existencia sin la compañía del otro. Una punzada la recorrió en su interior. Ella sabía que eso nunca le pasaría, porque su corazón ya

tenía dueño; un hombre que, sin duda, no querría volver a verla jamás.

—Espero no haberla perturbado con mis recuerdos, *signorina.* Se la ve algo pálida.

—No, no es nada, no se preocupe. La verdad es que no estoy acostumbrada a bailar el vals con tanto ímpetu. Estoy un poco acalorada, eso es todo.

—¡Señor Drake! ¡Qué placer volver a verlo! —exclamó un caballero de cara rubicunda mientras se acercaba a ellos.

—Yo también me alegro. Hace mucho tiempo de la última vez; Roma, ¿verdad?

Eleanor se disculpó y se encaminó a la terraza mientras lord Drake seguía hablando con el que parecía un antiguo conocido. Quería tomar un poco de aire fresco para contrarrestar el aire viciado y cargado que se respiraba en el salón. Cuando salió fuera, anduvo los pocos pasos que la separaban de la balaustrada, se apoyó en ella y sintió la frialdad del mármol bajo sus dedos. Había luna llena que, con su pálido resplandor, creaba misteriosas sombras sobre la hierba del jardín.

Quizás fuera por la conversación que había mantenido con lord Drake, pero estaba inquieta. Sus sentimientos le estaban jugando malas pasadas; como en ese momento, en el que, en la intimidad de la noche, sin más compañía que sus pensamientos, un escalofrío jugueteaba con sus emociones y hacía que se abrazara a sí misma en un acto reflejo de protegerse de un frío que no existía. No sabía si era producto de su imaginación o de vagar por sus pensamientos, pero tenía una extraña sensación que aumentaba a cada instante. El escalofrío se intensificó y le cruzó la nuca como un relámpago en el cielo nocturno. Un presentimiento empezó a rondarla, la sensación de que no estaba sola y de que era observada. Dispuesta a confrontar sus dudas, miró alrededor en busca de ese fantasma y lo vio. Ahí estaba. Un hombre entre las sombras, casi imperceptible al ojo humano si no hubiera sido porque un punto de luz perteneciente al extremo de un cigarrillo, delataba su presencia.

Su corazón empezó a latir desbocadamente porque, a pesar de la oscuridad, lo reconoció antes de que su voz retumbara en su cabeza.

—Buenas noches, lady Bradford.

Lord Nicholas Brame salió de las sombras y se acercó, con sigilo, a ella.

Capítulo 12

Nicholas había llegado temprano al baile y no pensaba quedarse mucho tiempo. Sus planes hacían que le fuera imposible permanecer durante toda la velada en casa de los Norfolk. Una de las cosas que iba a hacer esa noche era poner fin a su relación con Constance. Después de haberla recogido unas horas antes, y haber permanecido en el baile, sin que nada durante la velada hubiese delatado su intención, tenía planeado que aquella vez fuera la última que habrían de pasar juntos.

Con un vestido dorado y un escote que dejaba poco a la imaginación, su amante estaba realmente magnífica. Lástima que su ambición hubiese sido mayor que su deseo de disfrutar de su mutuo acuerdo.

La presentación de Rose había reunido a los más grandes baluartes de la aristocracia, atraídos más por la influencia del Conde que por la presentación en sí; aunque para ser justos, los encantos de Rose tampoco eran escasos. La había visto rodeada de numerosos pretendientes, deseosos de ser los destinatarios de una de sus sonrisas. Estaba preciosa y, sin duda, iba a ser el objeto de los quebraderos de cabeza de más de uno.

Tras haber bailado con varias damas, había buscado una copa de champán, se había retirado a un rincón y se había apoyado en una de las columnas que apuntalaban los extremos del fastuoso salón.

Desde allí podía observar a Constance, que reía y bailaba con el joven Kenyon. El pobre estaba embelesado y era, en las manos de su amante, tan maleable como la mantequilla.

—Buenas noches, amigo. Ya pensé que te habías arrepentido de asistir a la presentación de la mocosa.

Nicholas miró a Charles con sonrisa burlona.

—Y yo que pensaba que eras una persona puntual. Llevo aquí más de una hora.

—¿Y la estás pasando bien?

—Oh, sí, no está nada mal —dijo Nicholas con un dejo irónico que hizo que Charles alzara su ceja izquierda—. Dos caballeros, que ni siquiera conozco, me han pedido opinión sobre sus inversiones; cuatro madres me han perseguido para

presentarme a sus bienamadas hijas; he bailado dos valses y cuatro contradanzas con amigas de tu abuela; y estoy esperando ansioso el momento en que salga de aquí y rompa la relación con mi amante. Como ves, todo lo que un caballero puede desear: juerga y perversión a mares.

—¿Así que estamos irónicos esta noche, eh?

—No lo suficiente —dijo Nicholas y tomó un sorbo de champán.

Sintió que las burbujas de esa exquisita bebida se le atragantaban y le obstruían las vías respiratorias porque, junto a las parejas que danzaban las notas de un vals de Strauss, se encontraba Eleanor. Podría haberla reconocido entre un millón de personas.

Estaba aún más hermosa de lo que recordaba, con un vestido azul zafiro, cuyo escote se destacaba como la corona en un rey y dejaba entrever el nacimiento de sus pechos.

Estaba sonriendo lo suficiente para iluminar la habitación, y esa sonrisa, llena de todo su candor, iba dirigida a un sólo hombre: lord Drake. ¡Pobre diablo!, no sabía que quien tenía entre sus brazos no era un ángel, sino una mujer fría y calculadora, que se divertía jugando con los simples mortales. Seguramente, la naturaleza le había concedido tan exquisita belleza para compensar el bloque de hielo que portaba en su interior.

—Ya la has visto, ¿verdad?

No hacía falta que le dijera a quién se estaba refiriendo.

—Sí, la he visto —le dijo, en un tono que denotaba cuánto le disgustaba el hecho.

—No sabía que iba a venir, Nicholas; pero debí de haberlo adivinado. Mary Beth y ella han vuelto a hacerse inseparables.

—Tu prima debería tener más cuidado a la hora de retomar viejas amistades.

—Lo sé, y no creas que me hace gracia que esté en su compañía; pero cualquiera que conozca a Mary Beth sabe que, cuando toma una decisión, nadie la hace cambiar de idea. Y en este caso, se ha propuesto, con firmeza, disfrutar de la compañía de Eleanor hasta que se vaya. Siempre he pensado que mi prima era inteligente y sensible, pero creo que esas cualidades desaparecen en lo que conciernen a su amistad con ella.

—¿Le has comentado tu parecer? —le preguntó Nicholas.

—Se lo he insinuado en alguna ocasión y, cada vez que lo he hecho, me ha dicho que me calle, que no entiendo nada, que no conozco ni la mitad, y luego, cortésmente, me manda al infierno.

—¡Vaya! Qué elegancia en sus formas.

—Ni que lo digas. La última vez me sentí como si me clavara un cuchillo, así que

he desistido. Sólo espero que se dé cuenta por sí sola.

—¿Y qué es eso de que no sabes ni la mitad?

—No lo sé, amigo; aunque, seguramente, es alguna estúpida historia que le habrá contado Eleanor.

Nicholas miró de nuevo a la pareja que se deslizaba por las baldosas de color crema como si fueran humo. Sintió que la mano en que sostenía la copa se contraía tanto que temió quebrar el cristal.

Por lo visto y, muy a pesar suyo, después de un año y medio, Eleanor no lo dejaba tan indiferente como hubiese querido.

De pronto, sintió que el ambiente se estaba volviendo sofocante; se disculpó ante Charles y salió a la terraza en busca de aire fresco. Sacó un cigarro de su pitillera y lo encendió, en un intento por retomar las riendas de su traicionero cuerpo que había respondido, a pesar de su renuencia, a la esplendorosa sensualidad de Eleanor.

¡Maldita sea! Ninguna mujer había tenido nunca poder sobre él, excepto aquella. Se negaba a ver esa verdad que clamaba a gritos: que todavía la deseaba; y la deseaba más que nunca.

Un leve sonido de pasos lo rescató de sus pensamientos. Parecía que alguien no estaba dispuesto a dejarlo disfrutar de ese momento de soledad. Era una mujer, y no una mujer cualquiera, sino el objeto de su rencor, la destinataria de su deseo. Ella se había detenido cerca de la balaustrada y había levantado su cabeza hacia el firmamento para mirar las estrellas. Un extraño sentimiento le hizo permanecer unos instantes entre las sombras, mientras la observaba. Por lo que podía ver, todavía tenía, quizás más que nunca, ese aire angelical y dulce que la hacía parecer un ser etéreo. Sus formas, a pesar de estar más delgada de lo que recordaba, habían adquirido una mayor madurez y le conferían una plenitud exquisita. Su grácil cuello, en el que se acunaban un par de rizos dispuestos al azar, se movió hacia la izquierda, a la vez que fruncía levemente la frente. Era como si hubiese sentido su presencia en mitad de aquel edén ficticio.

Ya no pudo permanecer allí y, guiado por un imperioso impulso, salió a la luz para enfrentar la vulnerabilidad que parecía apoderarse de él cada vez que posaba sus ojos en ella. Quería sentir la rabia en sus venas cuando hablaran y ver la mentira en su rostro, para desterrarla, de una vez por todas, de su vida.

Tiró el cigarrillo a un lado y, con una calma extrema, dijo las palabras que parecían quemarlo por dentro: "Buenas noches, lady Bradford".

* * *

Eleanor sentía su pulso palpitar en la garganta. Tenía a Nicholas a sólo dos metros,

y estaba tal y como lo recordaba. Vestido todo de negro, salvo por la camisa y el pañuelo blanco de la más fina seda, parecía una estatua de Miguel Ángel.

Instintivamente avanzó hacia él, pero algo en su mirada la dejó clavada en su sitio cuando sólo había alcanzado a dar un paso. Una vez que la sorpresa desapareció y su mente puso en contexto lo que le había dicho, notó que esa mirada era fría como el mármol, al igual que lo había sido el tono de sus palabras. Se había dirigido a ella como si fuese una desconocida. Su voz estaba desprovista de todo tipo de emoción y retumbaba, en sus oídos como un látigo en el silencio de la noche.

—Buenas noches, milord —respondió Eleanor cuando se calmó lo suficiente como para que su voz sonara clara y alta.

—Veo que ha decidido honrarnos con su presencia después de tanto tiempo.

—Sí, pero sólo será por unas pocas semanas. Después, tengo la intención de dejar Londres por una larga temporada.

Nicholas apoyó su cadera en la balaustrada mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—¿No encuentra suficiente atractivo en esta decadente ciudad? —preguntó y le confirió un matiz inequívocamente irónico a sus palabras.

Eleanor, que sentía un nudo cada vez más fuerte en el estómago, frunció el ceño. Al mirarlo tan de cerca, podía ver, tras la indiferencia, un sentimiento mucho más fuerte, más peligroso, que le produjo escalofríos que recorrieron su espalda.

—¿A qué se refiere?

Nicholas sonrió a desgano.

—Me refiero a que sé, por experiencia, que le gusta pujar fuerte. Aquí en Londres es donde están el dinero y los hombres con poder e influencias, y me parece muy sospechoso que haya decidido irse a otro sitio con las manos vacías. ¿Sabe? Pensé que la próxima vez que la vería, estaría casada con ese francés estirado; pero, al parecer, él también resultó ser demasiado poco para usted. ¿Qué descubrió? ¿Que no podía llenarla de joyas y pieles? ¿O que quizá su posición en la sociedad no era lo suficientemente relevante para sus elevadas expectativas? Bueno, sea como fuese, es una pena, porque sinceramente creo que erais tal para cual.

Eleanor apretó un pliegue del vestido entre sus dedos. Sabía que todavía le guardaba rencor, e incluso odio por lo que le había hecho. Desde el punto de vista de Nicholas, era lo que se merecía; pero estar allí, de pie, enfrentada a su desdén y a su rechazo, era más de lo que podía soportar.

—¿Le ha comido la lengua el gato, Eleanor? Creo recordar que nunca antes tuvo problemas para decir lo que pensaba o, por lo menos, lo que le convenía —le dijo mientras giraba hacia ella para mirarla más de cerca.

Eleanor estaba extrañamente cansada, como si hubiese llevado, durante mucho

tiempo, un lastre sobre sus espaldas.

—No —le dijo con un tono de voz tan calmado que hasta ella se asombró.

—¿No, qué? —le preguntó Nicholas mientras se acercaba aún más y enarcaba una ceja.

— Que no encuentro el suficiente aliciente en Londres, y que si usted es lo máximo que esta decadente sociedad me puede ofrecer, creo, con sinceridad, que las próximas semanas hasta que me vaya, serán un auténtico desperdicio —le espetó Eleanor y levantó bien la cabeza, orgullosa y desafiante.

Nicholas contrajo un músculo de su mejilla con una expresión que no hacía presagiar nada bueno. Antes de que Eleanor pudiera reaccionar, él salvó la escasa distancia que los separaba, la tomó de los brazos y la besó. No era un beso tierno sino carnal. Quería castigarla y humillarla por volverlo loco de deseo, una y otra vez, incluso en ese instante que estaba lleno de rabia por su descaro.

Eleanor se tensó entre sus brazos, para sólo un instante después, posar su pequeña y delicada mano en su nuca y enredar sus dedos entre su pelo, mientras acercaba su cuerpo más a él, y abría sus labios para recibir la totalidad de la pasión que le exigía. ¡Esa mujer acabaría con él! Su lengua rozaba la suya en una danza carente de pudor, y su exquisita calidez lo estaba desarmando.

Eleanor estaba viviendo un sueño. Lo que la había mantenido viva durante el último año y medio, la tonta esperanza de volver a estar entre sus brazos, se estaba haciendo realidad en ese mismo instante. Se encontraba en una nube, se sentía feliz por primera vez en mucho tiempo. Sin embargo, ese sueño era efímero, y se esfumó con la misma rapidez con la que había comenzado.

Nicholas terminó el beso de forma tan abrupta que Eleanor perdió un poco el equilibrio. Su mirada, más letal que antes, se posó de nuevo en ella y provocó que diera un paso hacia atrás.

Nicholas sonrió irónicamente y dejó entrever sus blancos dientes.

—Vaya, enhorabuena, ha mejorado de manera espectacular. Vaticino que tendrá éxito en sus planes. Con ese despliegue de encantos, seguro que llegará a duquesa.

Aquellas palabras fueron como un cubo de agua fría para Eleanor. Había intentado, con su beso, transmitirle toda su pasión, todo lo que sentía por él. Quería hacerle entender que sus sentimientos, a pesar de las apariencias, nunca habían sido falsos; pero era demasiado tarde. La frialdad de aquel hombre al que amaba, a pesar de la embriaguez en la que la sumía cuando la besaba, estaba esculpida con el más profundo desprecio.

Lo leía en sus ojos, como si se tratase de un libro abierto. Se sintió una tonta; por un momento, se había dejado llevar por una ilusión, una quimera, ansiosa de creer que era verdad. Quiso haber visto, en el brillo de sus ojos y en el ardor de sus caricias, algo más que una profunda aversión y una voluntad intensa de castigarla.

Había deseado que la besara más que nada en el mundo, pero la indiferencia de sus palabras, teñidas del más letal desprecio, habían dejado clara la imposibilidad de arrojar la más mínima luz a sus infantiles esperanzas.

Con una tranquilidad mayor de la que sentía, lo miró directamente a los ojos.

—Lamento, de veras, lord Brame, que piense así de mí; pero de ninguna manera voy a permitir que siga castigándome por algo que ocurrió hace mucho tiempo. ¿Sabe? Las personas no se definen por una sola acción, milord. Hay veces que la vida no les otorga otra salida.

Nicholas mantuvo su mirada inquisidora en la de ella, casi como un insulto.

—Siempre hay otra salida, aunque uno tenga que fabricarla y, en contra de lo que usted piensa, hay ocasiones en que una sola acción es suficiente para descubrir la naturaleza de una persona. Su caso es un ejemplo de ello. Pero descuide, no sufra, porque eso sería llevar una carga demasiado pesada. No me ha producido ningún daño, ni siquiera llegó a perturbar mis sueños; digamos que sólo fue una gran decepción. Creí que era alguien especial, pero descubrí que resultó igual a muchas de las damas que hay ahí dentro. Mujeres que se contonean en los bailes, con fingido aire de vulnerabilidad, y hacen creer al tonto de turno que es el destinatario de sus afectos, cuando la verdad es que, en su calculadora alma, sólo están estableciendo a cuánto asciende su fortuna.

Eleanor sabía que tenía que salir de allí. El hecho de que a él no lo perturbara su presencia ni sintiera nada por ella, sólo aquella especie de repulsión, no significaba que ella no sufriera cada uno de sus hirientes ataques verbales. Con un control que superaba al del más extraordinario actor, Nicholas proclamaba la repugnancia que sentía por el género femenino, en el que incluía a su persona; y cada vez que sus mortíferas palabras hacían eco en su cabeza, el vacío que, minutos antes, se había saciado con su ardor, se volvía frío y oscuro. Ya nada le quedaba de él, sólo los recuerdos.

Todo había sido culpa de ella; sus palabras habían marcado el fin de sus anhelos más profundos. Nicholas le había dicho, sin ningún tipo de diplomacia, parte de lo que sentía por ella; y su respuesta no había sido la que esperaba.

Había reaccionado, ofendida ante sus reproches, y en su rostro se habían dibujado los signos de una tristeza fingida, que en nada parecía ficticia. Eso lo había puesto furioso como a un gato salvaje. ¿Cómo se atrevía a negar que era una víbora calculadora? Por eso la había besado, se dijo a sí mismo, para cerrar esos malditos labios que querían volver a mentir. La habría respetado más si se hubiera quitado la máscara, pero el haber montado esa escena y el haber negado lo que era evidente, le habían hecho sentir pena por ella. Como en ese momento, que estaba con la cabeza baja, callada, como si en verdad sus palabras la hubieran afectado. Era, sin lugar a dudas, una actriz consumada.

Eleanor sintió que el silencio le hacía daño a los oídos, así que, sin detenerse ni un

momento más, lo miró a los ojos y se acercó a él.

En respuesta, Nicholas endureció su mirada como un aviso, sin que eso sirviera para detenerla. Era la última vez que le pediría perdón, era la última vez que se permitiría sentirse vulnerable frente a él. Salvando el poco espacio que se interponía entre los dos, apoyó su mano sobre su mejilla. Nicholas no estaba dispuesto a permitírselo, le impidió ese último gesto y le apartó la mano sin ninguna ceremonia.

Con las lágrimas a punto de devorar su garganta y con el corazón en un puño, le susurró "lo siento" antes de volver al salón sin echar la vista atrás.

Capítulo 13

—Eleanor, ¿qué pasa? —le preguntó Mary Beth—. ¿Te encuentras bien? Estás pálida. He estado buscándote. ¿Dónde...?

—Mary Beth, por favor, estoy bien, no me hagas más preguntas. Creo que es mejor que me vaya a casa.

La mirada de Mary Beth se endureció cuando vio a Nicholas Brame aparecer por el mismo sitio que Eleanor lo había hecho momentos antes, y acercarse a esa desvergonzada de Constance con una sonrisa en los labios. Sus sospechas se reforzaron cuando vio que Eleanor, después de haber observado la descarada actitud de Nicholas, trataba de contener las lágrimas que sus hermosos ojos pugnaban por derramar.

—¿Qué te ha dicho ese bastardo?

—¡Mary Beth!

—No me digas "Mary Beth" como si fueras mi madre, porque si te ha hecho algo, voy a buscar las pistolas de duelo de mi padre y le voy a hacer un par de agujeros más de los que actualmente tiene en su cuerpo.

Sin poder resistirlo, Eleanor tuvo que sonreír ante la idea de su amiga, en mitad de aquel baile, con una pistola en la mano defendiendo su honor y señalándole a lord Brame dónde iban a estar sus nuevos orificios corporales. La idea tenía su mérito.

—No me ha hecho nada.

Mary Beth levantó una ceja.

—De verdad, Mary Beth, ya está. Sólo necesito descansar un poco.

—De acuerdo, pero entonces espera un momento, porque me voy contigo.

—¿Que vas a hacer qué? No puedes, es la presentación de tu hermana Rose en sociedad, y yo no soy una niña de dos años. Puedo llegar a casa perfectamente.

Mary Beth frunció el ceño en un gesto de determinación.

—Me da lo mismo, mi hermana Rose está bien arropada. Tiene a mis padres y a mi primo Charles que la vigila como un águila. La fiesta está a la mitad y, aunque lo

niegues, me necesitas; así que me voy contigo y me quedo a dormir en tu casa. No creas que me has engañado; aunque tenga que insistirte toda la noche, voy a saber qué te ha pasado con ese...

Eleanor le puso una mano en la boca para que no dijera lo que, a ciencia cierta, iba a ser una palabra poco digna de una señorita, aunque sí de un tabernero.

—Mary Beth, escúchame —le dijo mientras le tomaba las manos calurosamente. Estoy bien de verdad, sólo necesito descansar un poco; eso es todo. Mañana, si quieres, puedes venir a primera hora, y juro que te lo contaré todo.

Reticente, Mary Beth asintió, y cuando Eleanor pensó que la había convencido, tomó a lord Drake que pasaba por allí.

—Lord Drake, ya que usted también se va, ¿le importaría llevar a Eleanor a casa? No se encuentra demasiado bien.

Eleanor nunca había comprendido el significado de "tierra trágame" hasta ese momento.

Lord Drake miraba a Mary Beth con una ceja levantada, mientras ella ponía una mano en la cadera y daba toquecitos con el pie al suelo, como si quisiera mostrase impaciente. Drake no tenía opción de contradecirla. Repuesto de su sorpresa, sonrió pícaro. Después, miró a Eleanor con preocupación y se ofreció a acompañarla.

—Lord Drake, de verdad, no hace falta...

— Insisto —dijo el hombre con un tono que no dejaba resquicio alguno para una discusión.

— De acuerdo, es usted muy amable.

Mary Beth los acompañó hasta la puerta, le dio un beso a Eleanor en la mejilla y después un gran abrazo, no sin antes recordarle que, al día siguiente, estaría a primera hora de la mañana en su casa. Después, se despidió de lord Drake que la miraba con una renovada calidez en los ojos.

Pero ¿qué pasaba con esos dos?, se preguntó Eleanor. Decididamente era demasiado complicado para pensarlo esa noche.

* * *

Nicholas se sentó en la silla junto a la ventana del cuarto de la que, hasta esa noche, sería su amante.

—Querido, ¿quieres una copa de brandy? —le preguntó Constance mientras se acercaba y se colocaba delante de Nicholas para que le desabrochara el vestido. Un instante después, cuando sintió que se desprendía su último botón, giró la cabeza

para mirarlo y le prodigó una de sus más sensuales sonrisas, que prometía una noche de placer.

Nicholas no sabía por qué, pero nada de lo que su amante le ofrecía le era suficientemente tentador. Sus encuentros, cada vez más mecánicos, le dejaban un vacío difícil de describir. La naturalidad que había fluido en las primeras noches se había desvanecido, al igual que la atracción.

Constance se había vuelto más exigente, más posesiva y, aunque desde un principio supo qué clase de mujer escondía esa fachada angelical, creyó que ella sería lo suficientemente inteligente como para entender las condiciones de su relación. Sin embargo, al parecer, sus expectativas habían sido demasiado optimistas, porque después de todo, ella quería algo más de él, una relación más seria, un compromiso, una vida en común. Algo que él no estaba dispuesto a dar.

El movimiento que hizo Constance al ponerse el camisón lo devolvió al presente.

—Nicholas, amor mío, estás muy callado. Bueno, no importa —le dijo mientras le tendía una mano—. Ven conmigo a la cama.

Nicholas sabía que había llegado el momento de poner las cosas en su sitio y dejarlo todo claro.

—Lo siento, pero debo rehusar tu invitación.

Constance hizo un mohín con los labios que, si bien en otro tiempo le hubiese parecido tentador y sensual, en ese momento le resultaba infantil y simplón.

—¿Tienes algo mejor que hacer que compartir conmigo esta noche? —le preguntó.

Nicholas se levantó del sillón y se le acercó con lentitud.

—No, no tengo nada mejor que hacer, pero deberé encontrar algo de ahora en adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Que debemos poner punto final a nuestro acuerdo.

La cara de asombro de Constance no tenía parangón. Sus ojos abiertos de par en par parecían querer salírsele de sus órbitas.

—Pero ¿de qué estás hablando? No pretenderás decirme que deseas acabar nuestra relación, ¿verdad?

—Es exactamente lo que he dicho. Te he comprado esto como despedida. —Nicholas sacó de su chaqueta una pulsera de brillantes.

Los ojos de Constance brillaron de codicia al ver la estupenda joya que le tendía.

—Y ¿crees que con esto me conformo?

—No, sé que ambicionabas más, pero lo que tú deseas no podré dártelo nunca.

—Pero ¿por qué? —le preguntó ya más calmada—. ¿Es por esa mujer del baile?

La mandíbula de Nicholas se endureció como el granito al escuchar esa pregunta.

—No sé de quién hablas.

—Sí que lo sabes. De esa mujer con la que estabas en la terraza.

—¿Me espiabas, Constance?

— No... Yo...

—Creo que sería muy estúpido de tu parte pensar que tengo que darte explicaciones. Sabías, desde un principio, cómo iba a ser nuestro acuerdo. En eso fui totalmente claro. No tengo culpa de las ilusiones que después te hayas creado; además, sé que has ido regalando los oídos con conclusiones erróneas sobre nuestro futuro. Créeme cuando te digo que soy más que civilizado al terminar así, milady. Las habladurías me disgustan sobremanera —dijo Nicholas con un tono sombrío que la hizo estremecer.

Constance sabía que había jugado con fuego al utilizar su última carta; él había sido su mejor amante, además de un generoso protector. Por eso se había arriesgado, aun a sabiendas de que él sólo quería de ella una relación sin compromiso. ¡Qué tonta había sido! Se había autoconvencido de que, con sus encantos, lo haría cambiar de opinión. Consideraba que, si todo el mundo daba por hecha su consolidación como pareja, Nicholas cedería. Sin embargo, se había engañado a sí misma, porque, en su interior, sabía que nada podría influir sobre ese hombre.

Ni siquiera cuando se acostaban juntos había podido ejercer algún tipo de poder sobre él. Siempre la llevaba al clímax sin que él pareciera perder, en ningún momento, el control sobre su cuerpo. Era algo que la había perturbado sobremanera. Una experta como ella, vencida por las dotes amatorias de un hombre.

Con ese pensamiento, vio cómo Nicholas recogía su abrigo de la silla y se dirigía después, con paso firme, hacia la puerta de su habitación. Sólo una frase salió de sus labios, un triste consuelo para lo que ella había pensado que sería su futuro.

—Buenas noches, Constance —le dijo mientras se alejaba de su lado y de su vida.

* * *

A las nueve de la mañana, Mary Beth se presentó en su casa, tal y como había prometido a Eleanor la noche anterior.

—Hola, Gail, ¿está levantada Eleanor?

—Sí, milady; la está esperando en la sala del desayuno.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que me llames Mary Beth? Por favor, Gail, prácticamente me has visto en pañales; sé que a Eleanor la tuteas, y me encantaría

que también lo hicieras conmigo.

Gail sonrió y esto hizo que pareciera mucho más joven.

— De acuerdo, pequeña.

— Gracias —le dijo Mary Beth y le dio un beso en la mejilla que hizo que el ama de llaves se sonrojara como una debutante.

Sin esperar más, se encaminó a la salita y entró como un remolino en la habitación.

—Buenos días, Ellie —dijo Mary Beth mientras se sentaba a su lado, se servía una taza de té y colocaba, en su plato, una tostada; y todo antes de que Eleanor pudiera parpadear dos veces.

A Eleanor siempre le había asombrado cómo su amiga parecía impregnarlo todo y a todos con esa energía que desprendía.

—Buenos días, Mary Beth.

—¡Dios mío, esta mañana estoy hambrienta! Anoche apenas comí con todos los preparativos de la presentación de Rose; pero ahora, que tengo mi taza de té, estoy preparada para que me cuentes qué pasó con lord Brame —le dijo mientras le daba un mordisco a la tostada con mermelada de ciruelas y se volvía para mirarla de frente—. Muy bien, Eleanor, soy toda oídos.

Eleanor sonrió ante el entusiasmo de su amiga.

—Me he levantado sin apenas haber dormido para venir a ver cómo estabas, y para que me cuentes qué te dijo ese pusilánime que te afectó de esa manera y... Ni te atrevas a intentar salirte por la tangente, porque no me voy a mover ni un centímetro de aquí.

—De acuerdo —le dijo Eleanor con una sonrisa.

A continuación, le contó todo lo que había pasado la noche anterior. Fue interrumpida repetidas veces por las exclamaciones de enojo que Mary Beth iba soltando, cada vez más fuertes. Cuando al fin terminó, la cara de su amiga era digna de verse.

—Ese mequetrefe, impertinente, presuntuoso, insolente, y...

—¡Mary Beth!

—¿Qué?

—Si sigues así, a lord Brame le van a estar zumbando los oídos mientras viva —le dijo sonriente ante el magnífico despliegue de improperios de su amiga.

—¡Pues que le zumben! Eso es demasiado poco en comparación a lo que yo le haría.

—De todas formas, no estás siendo justa; él no tiene ni idea de por qué le dije esas cosas antes de irme a París.

—Y de eso ¿quién tiene la culpa? Te dije que se lo contaras.

—No puedo y, la verdad, si lo hiciera, tampoco sé si cambiarían las cosas. Traicioné su confianza, y no creo que me lo perdone nunca.

—Pues no lo sabrás hasta que lo compruebes. Yo prometí no decir nada, pero tú debes prometerme a mí que, por lo menos, pensarás en lo que te he dicho.

Eleanor sabía que Mary Beth estaba preocupada por ella; se lo decía de corazón, pero no podía seguir ese consejo.

—Puedo decirte que lo pensaré, pero la respuesta seguirá siendo la misma.

—Pero ¿por qué? Eres la persona más cabeza dura que conozco —continuó Mary Beth, que deseaba comprender la decisión de su amiga.

—Porque no te conté todo lo que me ocurrió allí; hay heridas que deseo que nadie vea jamás. Sé que Nicholas no me perdonará, pero, aun en el caso de que lo hiciera, no podría ser la mujer que él desea. Ya no. Y peor que su odio sería su lástima. Creo que eso sí que no podría soportarlo.

Mary Beth quería saber cuáles eran, exactamente, esas heridas que tanto habían marcado a Eleanor. Había visto el dolor en sus ojos al nombrarlas y no deseaba que esos recuerdos volvieran a empañar la alegría de su amiga. A pesar de que pensaba que se equivocaba, respetaría su decisión y la ayudaría en todo lo que pudiera. En un intento por cambiar de tema, preguntó:

—¿Qué tal lord Drake anoche?

Ellie levantó la mirada, ya totalmente recuperada, y frunció el ceño.

—Tendrías que estar avergonzada.

—¿Y eso por qué? —le preguntó, toda inocencia.

—No disimules conmigo. Lo obligaste a acompañarme.

—Tonterías.

—¿Sí? Entonces también fue una tontería lo que hablamos de ti después, cuando me acompañó a casa.

Mary Beth se puso seria de golpe.

—¿Qué te dijo? ¿Era malo o bueno? No me importa, pero ¿cómo se atreve a decirte algo sobre mí? Un caballero no habla de una dama a sus espaldas.

Eleanor se estaba divirtiendo de lo lindo. Había intuido, desde la primera vez que los había visto juntos, que tras esas peleas verbales ardía algo más que el desdén, aunque su amiga y el propio lord Drake no lo reconocieran.

—Sólo me dijo que eras una caja de sorpresas y que tenías un carácter muy apasionado.

—¡Me llamó "mandona"! —exclamó Mary Beth con los ojos a punto de salírsele de

las órbitas.

Eleanor soltó una carcajada.

—De verdad, Mary Beth, te encanta tergiversarlo todo. ¿Por qué te afecta tanto lo que diga lord Drake?

—¿Afectarme? Para nada, ¡mira! Estoy de lo más tranquila —le dijo, mientras el párpado izquierdo comenzaba a temblarle.

—Sí, bueno, de todas formas es un hombre encantador.

—¡Bah! —exclamó Mary Beth—. Quiero decir que sí —se corrigió al instante, mientras untaba, por tercera vez, la misma tostada con mermelada.

* * *

Nicholas miró a su hombre de confianza con el ceño fruncido.

—¿Cómo es que falta parte de la mercancía?

—Pues el último cargamento procedente de Oriente no estaba completo; en la misma ruta, milord, ya había notado pequeñas faltas, insignificantes al principio, pero que, paulatinamente, se fueron tornando más osadas. De todas formas, son mínimas, lo suficiente para pasar inadvertidas sin un control férreo.

—¿Quién hace esa ruta?

—El capitán Thornton, señor.

—De acuerdo, no digas nada por ahora. Yo me encargaré. Conozco a Thornton y sé que es un hombre honrado, pero quizás haya alguien en su tripulación que quiera ganar dinero demasiado rápido.

—Sí, señor. ¿Va a necesitarme para algún otro asunto?

—Sí, quiero que investigues a un tal Raphael Drake.

—¿Algo en particular?

—Lo quiero saber todo.

—Comprendo. Me ocuparé de eso ahora mismo. Buenas tardes, milord —dijo Hendrins mientras se levantaba del sillón con aire taciturno y se dirigía a la puerta.

Nicholas se maldijo interiormente. Desde que había visto a Eleanor marcharse con Drake del baile de los condes de Norfolk, no podía dejar de pensar en ello. En realidad, le daba igual lo que hiciera esa mujer, y, si Drake era lo bastante incauto como para caer en sus redes, allá él. Entonces ¿por qué le había encomendado a Hendrins la tarea de investigar a aquel hombre?

— ¡Booton!

— Sí, señor —dijo el mayordomo y asomó su canosa cabeza por la puerta.

—¿Se ha ido ya el señor Hendrins?

—No, señor. Está en la puerta.

— Dígale que venga.

— Sí, señor.

Nicholas oyó los pasos de su hombre de confianza que se acercaba de nuevo a la biblioteca.

—¿Desea algo más, milord? —le preguntó cuando ya hubo entrado en la estancia.

—Sí: olvide lo de Drake.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—De acuerdo, milord.

Si a Hendrins le pareció raro el cambio de opinión de lord Brame, no lo expresó. Asintió con la cabeza y se marchó de nuevo para seguir con sus obligaciones.

Capítulo 14

John Mackenzie estaba sentado en una de las mesas de la taberna del Tuerto. Era una de las muchas cercanas a los muelles.

La clase de individuos que albergaba iba desde los componentes más indeseables, pertenecientes a las tripulaciones de los numerosos barcos que atracaban en el puerto de Londres, hasta criminales de todo tipo. Era bien conocida la reputación del sitio, y pocos se atrevían a poner un pie allí.

Al dueño, cuyo apodo había dado nombre a la taberna, le faltaba el ojo derecho, y había pasado años en la cárcel por asesinato. Incluso, Mackenzie mismo no tenía escrúpulos en hacer cualquier tipo de trabajo. Sus orígenes humildes y su temprana orfandad lo habían obligado a buscarse la vida de una manera poco ortodoxa. Era conocido por su profesionalismo, ya que nunca había fallado en ninguno de sus encargos. Su tarifa era alta, pero su trabajo bien lo valía, y así lo entendían quienes lo contrataban.

Esa fría noche, había quedado allí con un cliente. No lo conocía. Se había puesto en contacto con él por medio de Michael el Calvo, un ratero de poca monta, que conocía de sus orígenes en la calle. Michael le había comentado que un tipo buscaba a alguien para un trabajo de envergadura. También le había dicho que, por su aspecto, aquel hombre parecía un caballero y que, por lo tanto, sería más que posible sacarle una buena tajada por sus servicios. Esa forma de que lo contactaran no era la habitual; siempre había sido mucho más precavido a la hora de escoger un trabajo, pero, en ese momento, le hacían falta fondos.

Ya pasaban quince minutos de la hora fijada para el encuentro, y no había aparecido nadie. Puede que, al final, el caballero se hubiese echado atrás. No sería el primero que había jugueteado con el lado oscuro y se había arrepentido después.

Terminó el dedo de whisky que le quedaba en el vaso, se lo llevó a sus resecos labios y, de un solo trago, lo vació. Era hora de marcharse.

—¿Es usted Mackenzie?

—¿Quién lo busca? —le dijo mientras posaba, lentamente, el vaso en la vieja mesa de madera.

—Michael el Calvo me dijo que era usted el mejor.

Mackenzie observó al hombre que tenía delante. Era un caballero, de eso no cabía duda, aunque su apariencia fuera la de alguien que había conocido tiempos mejores. Con una cicatriz en la mejilla izquierda y una mano oculta bajo un guante de piel negra, la mirada de aquel tipo no tenía nada que envidiar a la de cualquier criminal que Mackenzie hubiese conocido.

—Así es. Soy el mejor.

—Perfecto —dijo complacido—. Porque no me gusta que me defrauden.

—Tenga por seguro que, si acepto el trabajo, este se llevará a cabo.

—De acuerdo.

—Antes de nada, ¿está seguro de que puede pagar mis honorarios?

—No se preocupe —le dijo el hombre con una sonrisa que le produjo escalofríos en la columna—. Usted haga lo que yo le diga y tendrá su recompensa. Se lo aseguro.

—¿Qué tengo que hacer?

—Quiero que una persona desee no haber nacido, que sienta tanto miedo por lo que le pueda ocurrir, que ni siquiera consiga respirar. Quiero convertirla en un despojo antes de acabar con ella.

—Un poco diabólico, ¿no cree?

El caballero enarcó divertido su ceja izquierda.

—¿Escrúpulos, señor Mackenzie?

—No, sólo es que no entiendo por qué jugar con alguien antes de matarlo. Creo que el hecho de asesinarlo es ya suficientemente cruel.

—Pero es que no vamos a matar a esa persona. Primero, vamos a aterrorizarla. Luego, la llevaremos a Francia. Allí me ocuparé yo de reciba su merecido. Y para eso, la necesito vivita y coleando.

Mackenzie conocía a individuos como aquel. Eran seres perturbados, cuyas acciones respondían a un propósito, su propia satisfacción, una enfermiza excitación que provenía del sufrimiento de otro ser humano.

Él no cometía crímenes por placer, sólo por dinero. Su conciencia había muerto hacía ya mucho tiempo, pero, de todas formas, tenía que reconocer que los tipos como aquel le repugnaban; sin embargo, él vivía de trabajos como ese y, en aquel momento, lo necesitaba.

—Bien, ¿de quién se trata?

Los ojos del hombre centellearon de odio antes de pronunciar el nombre.

—Lady Eleanor Bradford.

* * *

Dos días después, Eleanor fue a ver a su abogado. Quería saber cómo avanzaban los trámites de su herencia que, no vinculada al título de su padre, le pertenecía.

Además de la pequeña fortuna que su padre había establecido para ella en su testamento, le correspondía la casa de Bath, una propiedad en Brighton, su residencia en Escocia y el lugar en donde en ese momento residía en Londres.

Las demás propiedades, inherentes al vizcondado, irían a manos de un primo segundo de Bristol. Ni siquiera lo conocía y tampoco deseaba hacerlo. Todo aquello debería de haber pertenecido a su hermano, pensó con una tristeza que no la abandonaba.

Después de permanecer no más de quince minutos en su despacho, el enjuto abogado le comunicó, satisfecho, que en unos diez días todos sus asuntos quedarían resueltos. Eleanor suspiró con alivio porque, a pesar de que una parte de ella no quería alejarse de nuevo de sus amigos, otra parte sentía que Escocia sería su refugio, un lugar donde curar sus heridas. Desde su arribo desde París, se había ido fortaleciendo día a día. Su intención de no dejarse devorar por la angustia que le habían causado esos meses en el exilio se hacía más enérgica; pero, a pesar de ello, necesitaba tiempo y tranquilidad para aplacar, de una forma soportable, a los fantasmas del pasado.

Allí en Londres, su calma era perturbada con demasiada frecuencia, y se lo debía a una sola persona: a Nicholas Brame. Su mera presencia era capaz de hacerla estremecer de los pies a la cabeza.

La otra noche, cuando la había besado, por primera vez en mucho tiempo, había sido capaz de olvidarse de todo. Nicholas tenía el poder de hacer que se olvidara hasta de sí misma. De todas formas, no debía pensar más en ello; sus palabras teñidas de odio y su fría indiferencia habían sido lo suficientemente claras hasta para un niño de pecho. Él la creía desprovista de cualquier sentimiento noble y, con sinceridad, no podía culparlo por ello. Sin embargo, la indignación por lo injusto de la situación, a veces, calaba demasiado hondo y la incitaba a intentar cambiar las cosas, como la noche del baile, en que había sido tan tonta como para pensar que todo podía volver a ser como antes.

No, no debía pensar más en ello. Se iría en pocos días, y todo quedaría atrás; aunque tenía la certeza de que esa era una tonta excusa. Por más kilómetros de distancia que pusiera entre los dos, él siempre viajaría en su corazón; tendría que aprender a vivir con ello, como había hecho con todo lo demás.

Con determinación, caminó deprisa hasta la librería del señor Nightingale, un anciano de setenta y nueve años, cuya vida había estado signada por los libros. Era

un verdadero erudito, y su tienda, la más visitada por todo tipo de lectores. En ella, se podían encontrar desde las nuevas publicaciones hasta los ejemplares más raros, dignos de excéntricos coleccionistas.

Eleanor siempre había tenido un afecto especial por el señor Nightingale. Era una lectora compulsiva y, en parte, se lo debía a él. Desde la primera vez que había entrado con su padre en la librería, ya no pudo dejar de leer. Edgar Nightingale le puso un cuento de origen escandinavo entre las manos, y con eso, selló su destino. Después de ese, vendrían leyendas medievales sobre caballeros que rescataban a bellas princesas, y luego los clásicos, como Homero, Platón y Virgilio.

Sentía una gratitud enorme por ese hombre que le había mostrado todo un mundo de conocimiento y ensueño. Con sus libros, podía conocer y llegar a sitios con los que sólo podía soñar.

Esa mañana, su intención era comprar un libro para Mary Beth. Para ser más exactos, la nueva novela de la señora Ann Radcliffe. A Mary Beth le encantaba, se volvía loca por los misterios. Si hubiese sido hombre, seguramente habría sido detective.

Su cumpleaños se acercaba y, aparte de un camafeo que había encargado en la joyería de Straton, quería comprarle aquel libro. Cuando llegó a la entrada, abrió la puerta y un tintineo resonó por encima de su cabeza. El señor Nightingale y sus adornos orientales, pensó.

La librería estaba parcialmente llena, aunque la inmensa mayoría de sus ocupantes estaban hablando y formaban pequeños grupos que cuchicheaban, sin duda, sobre las más sabrosas comidillas.

—¡Pequeña, qué placer volver a verte!

Nightingale salió, con lentitud, de detrás del mostrador y se acercó a ella. Había envejecido desde la última vez. Su andar era más lento y titubeante, como si tuviera que afianzar cada paso antes de seguir. Sus ojos, llenos de cariño, con su habitual brillo pícaro, iluminaban una cara cansada y cuarteada por arrugas que habían perdido su batalla contra el tiempo.

—Hola, señor Nightingale.

Eleanor se acercó y lo besó en la mejilla.

—¡Por Dios, muchacha! Eres la única persona que me hace enrojecer a mis casi ochenta años.

—¿Ya son ochenta? Habría jurado que eran sesenta.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Edgar mientras su mirada cobraba más brillo.

—Siempre supiste levantarle el ánimo a este viejo.

—Usted nunca será viejo.

—Aquí dentro, no —dijo mientras se tocaba el pecho a la altura del corazón—. Pero mi cuerpo parece pensar de forma diferente. Este granuja no me hace caso.

La sonrisa se fue extinguiendo, de a poco, en su cara.

—Siento mucho lo de tu familia, niña. ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

El anciano arqueó una ceja, no muy seguro de la veracidad de su respuesta.

—De verdad, Nightingale —le dijo Eleanor e intentó sonreír.

—Está bien, está bien; no te enfades con este pobre viejo que se preocupa por ti, aunque lo haga por puro egoísmo. Me siento rejuvenecer cada vez que me piropeas.

Eleanor soltó una risita.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí, además de verme?

—Quería comprar a Mary Beth la nueva novela de la señora Radcliffe.

—¿Ese diablillo de muchacha todavía sigue buscando misterios?

—Sí, le siguen gustando mucho. Ya sabe lo intrépida que ha sido siempre.

—¡Qué Dios nos libre!

Nightingale todavía se acordaba de la vez que la amiga de Eleanor, con apenas diez años, había puesto su librería patas arriba para encontrar unas facturas perdidas. Lo había escuchado quejarse de su desaparición y, loca por las novelas de misterio, había hecho de aquel, su primer caso como detective. El resultado fue dos meses de recolocación del material de la tienda, y una repisa hecha añicos. Por supuesto, las facturas siguieron sin aparecer. Después de aquello, le dio libros que no pudieran alentarla a cometer destrozos en su tienda.

—Bueno. ¡Qué le vamos a hacer! Dile a John que te lo dé. Se han vendido como rosquillas, pero he guardado unos pocos para los clientes habituales.

—Gracias, Nightingale.

—De nada, pequeña. Vuelve a verme, ¿quieres?

—Por supuesto.

El señor Nightingale le tocó con cariño la mejilla mientras asentía con la cabeza. Lentamente, Eleanor echó un vistazo por toda la tienda, que estaba tal como la recordaba. Con pequeños pasos, se dirigió al extremo del mostrador en el que John, un muchacho de diecinueve años y sobrino de Edgar, estaba terminando de atender a un cliente. En cuanto se marchó con un montón de libros, John dirigió la mirada hacia ella.

—Lady Bradford. ¡Cuánto tiempo!

—Hola, John. Has crecido desde la última vez que te vi.

—Gracias, milady. ¿Ha visto ya a mi tío? Siempre se anima cuando usted viene.

—Sí, lo he visto. No sólo él se alegra al verme, yo también le tengo un gran afecto.

—Lo sé, milady.

El joven esbozó una leve sonrisa que se extendió hasta sus ojos de color gris humo.

—Tu tío me ha dicho que podrías venderme uno de esos ejemplares del nuevo libro de la señora Radcliffe que tiene reservados.

—Enseguida, milady. Ahora mismo vuelvo.

Eleanor se dispuso a hojear uno de los libros que se apilaban sobre una mesa, mientras esperaba al joven John.

—Maquiavelo. Muy acertado en su caso.

Eleanor dio un respingo al oír su voz. Esa voz profunda, magnética, que no la dejaba dormir. Maldijo su suerte. No quería que él se diera cuenta de cómo la afectaba su presencia; así que adoptó una pose que denotaba indiferencia y giró para mirarlo de frente.

—¿Está usted diciéndome que Maquiavelo no es adecuado para las mujeres, pero lo es para mí?

—¿Malinterpreta siempre mis palabras?

—Creo, lord Brame, que sus palabras dejan poco margen al error. No crea que desconozco que, según los hombres, El príncipe no se considera adecuado para el sexo femenino, dada su connotación política. A las mujeres, se nos considera incapaces de entender más allá del punto de cruz y la cría de niños.

Nicholas enarcó una ceja.

—En ese caso, mis palabras no deberían haberla enfadado, sino todo lo contrario.

—Pero es ahí donde reside el mayor insulto. Al decir que era acertado para mí no estaba, precisamente, elogiando mi inteligencia, sino que me estaba tildando de fría y calculadora. Los dos, lord Brame, sabemos las teorías que desarrollaba Maquiavelo y la opinión general sobre ellas.

—*Touché* —dijo Nicholas con una sonrisa helada en sus labios—. Pero ¿acaso no es verdad?

—Para usted parece que no hay lugar a dudas, así que no voy a perder mi tiempo intentando que vea la luz.

—Milady —dijo John y se materializó a su lado con el libro que esperaba.

—Gracias.

Eleanor tomó el libro envuelto de manos del muchacho.

—¿Cuánto te debo?

—El señor Nightingale me cortaría en pedazos si le cobrara. "Es un regalo para ese diablillo", ha dicho mi tío.

—Pero... —protestó Eleanor.

—Lo siento, señorita Bradford, pero es una orden de mi tío —dijo el muchacho que, en sus ojos tenía una expresión que parecía decir: "le suplico que no me diga que no".

Eleanor asintió con un gesto, giró para salir e ignoró por completo a Nicholas, quien, no dispuesto a que se saliera con la suya, le impidió la salida y la acorraló contra una estantería.

—Y ahora, ¿quién es grosera? —le preguntó con un dejo irónico.

Eleanor irguió la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—No pensaba que a usted le importara que no me despidiera.

—Oh, no, claro; es más correcto hacerme un desplante delante de toda la librería. Eso daría bastante de qué hablar, ¿no cree?

—Yo no quería hacer una escena —respondió Eleanor y abrió más los ojos, como si se hubiese dado cuenta, en ese momento, de las consecuencias de su gesto.

Nicholas creyó detectar una nota de arrepentimiento y sinceridad en sus palabras. Verdaderamente estaba más hermosa que nunca. Sus ojos eran los de una hechicera. Tenía que tener cuidado, ya que se había dejado atrapar una vez en su red, y no se permitiría volver a cometer ese error.

—De acuerdo, le creo —dijo con una sonrisa en los labios—. Imagino que habrá sido un lapsus —continuó con tono burlón, aun sabiendo que le estaba dando la oportunidad de escudarse en esa estúpida disculpa.

—Ningún lapsus, lord Brame —le dijo Eleanor con un mohín que, muy a su pesar, le pareció encantador.

—Pues enhorabuena, milady. Y ahora, si no quiere que mañana los rumores alcancen límites insospechados, le sugiero que me sonría como si de verdad me apreciara, y después, me deje acompañarla hasta su coche.

—No veo la necesidad —dijo Eleanor e hizo un gesto con la mano que le daba a entender que veía absurda su sugerencia.

—Considero que sí. Nos están mirando y, si usted después de ese desplante, sale de aquí sin mí, pensarán, y estarán en lo cierto, que hemos tenido una discusión; y créame que no pensarán que ha sido por Maquiavelo.

Eleanor miró, con disimulo, hacia los lados y descubrió que, como Nicholas le había señalado, varios de los presentes tenían puesta toda su atención en ellos. Esbozó una sonrisa, que rezó para que fuese creíble, se tomó de su brazo y caminó hacia la puerta.

—Intente no estar tan tensa; y si no puede sonreír sin que parezca que se ha atragantado con una bola de pelo, deje la boca normal; lo prefiero, de verdad —le susurró Nicholas al oído.

Eleanor apretó más la mano a su brazo, lo que provocó que Nicholas soltara una carcajada.

Ya fuera de la librería, Eleanor se soltó rápidamente de su brazo y puso distancia entre ambos, como si el brazo de Nicholas quemara.

—¿Dónde está su carruaje?

—He venido a pie —le dijo Eleanor sin mirarlo, ocupada en acomodar el libro que había comprado a Mary Beth debajo de su brazo.

—¿Sola? —le preguntó Nicholas con un tono de voz censurador.

—Sí, sola. Esta parte de la ciudad es bastante segura, y el hecho de que sea mujer...

—Si vuelve a empezar con discursos sobre los derechos de las mujeres, juro que tomaré medidas al respecto.

Eleanor sintió que empezaba a irritarse.

—Es usted un patán arrogante.

—Puede ser, pero este patán no va a dejar que se vaya caminando sola. Debería haber salido acompañada, aunque fuera por una doncella.

—¡Dios, lo que me faltaba: un sermón! Lo siento, lord Brame, pero es exactamente lo que pienso hacer —le dijo y lo dejó con la palabra en la boca, ya que, antes de que la última sílaba saliera de sus labios, ya se había dado vuelta y había comenzado a moverse a un paso más que ligero.

Nicholas casi no tuvo tiempo a reaccionar. Era el segundo desplante en menos de diez minutos. Esa mujer buscaba marcar un récord a su costa, pero, por su honor que no iba a salirse con la suya.

Ya estaba a escasos pasos de ella cuando vio cómo un hombre la empujaba y la tiraba al medio de la calle. En ese momento, la sangre se le heló en las venas. Un carruaje que había dado la vuelta a la esquina estaba casi encima de ella.

—¡Eleanor! —gritó desesperado Nicholas.

Eleanor estaba tan aturdida por el golpe que no sabía cómo había acabado en el suelo. Sentía que le dolía el brazo izquierdo, sobre el que se había apoyado al caer. Intentaba levantarse, el grito angustiado de Nicholas le hizo levantar la cabeza. Lo que vio la dejó sin respiración, porque pensó que, sin remedio, había llegado su hora.

Un carruaje tirado por cuatro enormes caballos iba directamente en su dirección. Sin tiempo para reaccionar, cerró los ojos y esperó el golpe final, cuando sintió que alguien la agarraba y tiraba ferozmente de ella.

—¡Maldita sea, mujer! ¡No vuelva a hacerme nunca más una cosa así! ¿Me oye? —le dijo Nicholas totalmente fuera de sí. A continuación la tomó entre sus brazos con toda la ternura del mundo.

Eleanor dio un quejido de dolor al sentir cómo le rozaba el brazo.

—¿Está bien? ¿Le duele algo? —preguntó preocupado.

—Me duele el brazo —contestó Eleanor todavía aturdida.

Nicholas se dijo a sí mismo que tenía que sacarla cuanto antes de allí. La gente se estaba arremolinando a su alrededor, curiosa por saber qué había ocurrido.

—Venga —le dijo y la tomó del brazo que no le molestaba—, tenemos que irnos de aquí.

—¿A dónde vamos?

—La llevaré a su casa, como había sido mi intención en un principio. Sawdon, mi cochero, me espera a la vuelta de la esquina.

Con lentitud se dirigieron al carruaje, mientras los curiosos se iban diluyendo entre la gente que caminaba por la calle. Por fin estuvieron sentados en el interior del coche, en dirección a Bradford House. Nicholas no paraba de mirar a Eleanor con el ceño fruncido.

—No tiene nada roto —le dijo, mientras le inspeccionaba el brazo, suavemente, al ver la mueca de dolor en su cara.

— ¡Dios! Pensé que...

— Lo sé —le dijo Nicholas, que aún intentaba suavizar el nudo que sentía en el estómago. Cuando la vio allí tirada, con el carruaje casi encima, sintió pánico. No vio bien al hombre que la había empujado, pero estaba claro que había sido adrede.

—Podría haber muerto por un desafortunado accidente.

Las palabras de Eleanor lo hicieron concentrarse de nuevo en ella. Al parecer, la muchacha creía que había sido fortuito; y él no le diría lo que pensaba. No quería preocuparla sin necesidad. El motivo no estaba claro. No sabía si habían querido hacerle daño, o si sólo se había tratado de un ladrón que, queriendo hacerse del bolso de Eleanor, había utilizado el truco del tropezón, y luego había huido, asustado al ver el tumulto provocado por la caída de la joven.

—Gracias —tartamudeó Eleanor, que temblaba visiblemente.

Nicholas sabía que aquella imagen de niña desvalida era una cortina de humo, tras la cual se encontraba la verdadera Eleanor. Pero no podía verla así, tan pequeña y vulnerable. Prefería, mil veces, a la mujer que le hacía frente, porque con ella, sabía a qué atenerse.

En unos segundos, Eleanor se vio transportada de su sillón al regazo de Nicholas.

—¿Qué hace?

—Intento que deje de balancear el carruaje más de lo necesario con sus incontrolables temblores.

Eleanor quiso protestar, pero después del susto que había pasado, sentirse tan cerca de él, rodeada por sus brazos, era mejor que cualquier calmante. Recostó su cara contra su pecho y acompasó su respiración a los latidos de él, que sonaban fuertes y seguros.

Llegaron a su casa demasiado pronto. Después de ayudarla a bajar, la acompañó hasta la puerta, que se abrió al instante de llamar. Judson, el mayordomo contratado por Gail después de su llegada a Londres, los dejó pasar con cara de asombro. Sin duda, su blusa desgarrada y su falda manchada hacían de aquello una escena bastante peculiar.

Capítulo 15

—¡Dios mío, pequeña! ¿Qué te ha pasado? —preguntó Gail y se acercó a grandes pasos.

—¡Eleanor! —exclamó Mary Beth, que había ido a visitarla de sorpresa, y le pisó los talones a Gail.

Al parecer, el incidente no iba a pasar tan desapercibido, como hubiese sido su deseo.

—No es nada, de verdad —intentó tranquilizarlas.

Mary Beth y Gail ya se habían percatado de la presencia de Nicholas, que estaba detrás de ella. Lo sabía por sus expresiones. La primera lo miraba como si quisiera gratinarlo al horno, y la segunda, como si el rey Guillermo hubiese irrumpido en su salón.

—Si me permiten —dijo Nicholas—. Lady Bradford debería sentarse antes de responder a sus preguntas. ¿Cómo se llama? —le preguntó al mayordomo.

—Judson, milord —respondió con prontitud.

—Muy bien, Judson, vaya a buscar al doctor Merrick. A esta hora, debe de estar en su consulta, en St. James.

—Inmediatamente, milord.

—No hace falta que... —Eleanor no pudo terminar la frase. Nicholas le apretó más el brazo sano mientras la miraba con cara decidida. Estaba claro que no admitiría discusiones, y ella estaba demasiado cansada como para ponerse a reñir con él. De todas formas, era increíble que se permitiera dar órdenes en su propia casa, pero tampoco quería hacer una escena delante de Mary Beth y Gail.

Pasaron a la sala y se sentó en el sillón. Gail fue a buscar una taza de té y algo más que Nicholas le solicitó en un susurro cuando pasó por su lado, mientras Mary Beth se paseaba de un lado a otro con cara de pocos amigos.

En ese mismo momento, se paró delante de ella y dio pequeños golpecitos en el suelo con la puntera de su zapato, en un claro signo de impaciencia.

—Está bien, ¿qué es lo que te ha pasado? Y no me digas que nada, porque cuando

llegué, Gail me dijo que habías ido a ver a tu abogado; y, que yo sepa, uno no vuelve en ese estado cuando sale a hacer una diligencia de esa clase.

Eleanor alargó una mano para alcanzar la de su amiga.

—Mary Beth, siéntate, por favor. Verás —le explicó, mientras Mary Beth tomaba asiento frente a ella—, cuando salí del abogado, fui a la librería del señor Nightingale. Allí me encontré con lord Brame —dijo e intentó no mirarlo— . Cuando salimos, me adelanté, alguien tropezó conmigo y caí en medio de la calle con tan mala fortuna que casi me atropella un carruaje. Si no hubiese sido por lord Brame que me sacó de allí, creo que ahora no estaría aquí.

— ¡Por Dios, Eleanor! ¡Podrías haber muerto!

— Sí, pero como ves, al final no ha pasado nada. Sólo me molesta el brazo. Temo que lo apoyé mal al caer.

— Gracias, milord, por salvarla —le dijo Mary Beth a Nicholas, con una expresión ya más suavizada.

— De nada, señorita Benning.

—Aquí está el té con un chorrito de coñac —dijo Gail al entrar con una taza en sus manos.

—¿Coñac? —preguntó Eleanor.

—Sí, se lo indiqué yo —dijo Nicholas con un tono que no admitía discusión—. Ahora, bébaselo entero. Eso hará que deje de temblar —agregó mientras tomaba la taza y se la tendía a Eleanor.

El médico llegó rápidamente junto con Judson. Saludó a Nicholas como si fueran viejos amigos y después revisó el brazo de Eleanor.

Le vendó la muñeca, aunque, según su opinión, sólo se había producido una pequeña lesión. En verdad había tenido suerte. Quiso recetarle un poco de láudano, pero Eleanor se negó rotundamente; después de lo de su madre, no quería saber nada de esa sustancia.

—Merrick, espera, me voy contigo —acotó Nicholas cuando el médico ya se despedía—. Lady Bradford, espero que se recupere pronto —le dijo, y retomó el tono de frialdad con el que se había estado refiriendo a ella antes de que sucediera lo del accidente.

La expresión de preocupación que Eleanor creyó detectar en su rostro y la cortesía, llena de ternura, con la que la había tratado después de recogerla del suelo, se habían esfumado y dejaron paso al hombre frío y altanero con el que se había encontrado desde su regreso a Londres.

—Gracias de nuevo, lord Brame.

—No hay de qué; pero la próxima vez, no se le ocurra volver a salir sola.

Con una inclinación de cabeza, se despidió de ellas y salió de la casa junto con el doctor Merrick.

—Bueno, Eleanor, ahora ve a descansar. Ya vendré a verte más tarde, y me lo contarás todo otra vez. Tengo la sensación de que te has saltado algún que otro detalle por la presencia de lord Brame.

—Mary Beth, eres una mandona.

—Lo... lo siento. Es que me preocupo por ti —le dijo Mary Beth casi en un susurro.

Eleanor no pretendía herir sus sentimientos. Sabía que su amiga era como el refrán: "perro ladrador, poco mordedor". Parecía tener mucha determinación, pero después, tenía un corazón de oro del que muchos podrían aprovecharse. Era muy protectora con aquellos a los que quería y, en parte, eso la sacaba de quicio a la hora de defenderlos; aunque, en el fondo, saber que se preocupaba así por ella le entibiaba el corazón a Ellie y la conmovía. En todos esos años en los que había sido ella la que se había preocupado por los demás, Mary Beth había actuado como contrapunto, y le había ofrecido el consuelo de una amiga y los sermones de una madre. La volvía loca, pero también la mantenía cuerda, con los pies en la tierra y la sonrisa en los labios.

—Yo también lo siento, pero no hay mucho más que contar. —Eleanor frunció el ceño—. ¿No tendrías que estar en la tienda de madame Lorraine?

El día anterior, Mary Beth le había dicho que pasaría a verla esa mañana, porque tenía que ir a recoger unos encargos.

—Sí —dijo Mary Beth, furiosa—. Pero el pesado de Taylor me siguió hasta allí. Así que le dije a madame Lorraine que volvería esta tarde. Me escabullí por su puerta trasera y vine a verte.

—¿Quién es Taylor?

—Es un barón del norte del país. Su madre y él llegaron hace unas semanas y, desde entonces, no hace más que perseguirme. Realmente, creo que es el hombre más exasperante que conozco.

—Bueno, y ¿por qué no te deshaces de él cortésmente?

—Lo he intentado, créeme; pero ese hombre es estúpido o demasiado testarudo. Es como un pulpo. El otro día, intentó besarme en la terraza, y tuve que ponerlo en su sitio.

—Ten cuidado, Mary Beth.

—No te preocupes, es inofensivo. Anda, ve y descansa.

Gail entró otra vez en la salita.

—¿Qué es eso de que un hombre te empujó?

—¿Gail?

—Perdón, no debí haberlo hecho; pero estuve escuchando, porque no pretenderás que esta vieja, que no hace más que preocuparse por ti, espere para enterarse de lo que te ha pasado.

—Sólo ha sido un accidente y, además, estoy bien.

Gail no estaba muy convencida de su declaración.

—Está bien. Haz lo que te dice Mary Beth y descansa. Después, me contarás todo con más detalle.

Mary Beth la miró con una deslumbrante sonrisa, como tratando de insinuar que ella no era la única mandona en ese lugar. Eleanor lanzó un suspiro y se levantó para ir a su habitación. Habría que resignarse. Esto de tener a dos entrometidas a su lado provocaba más dolores de cabeza que todos los accidentes juntos, pero no tenía otra opción. Eran su única familia, y las quería más que a nada en el mundo.

Los dos días siguientes pasaron rápidamente, aunque no exentos de actividad. Mary Beth la visitó la misma tarde del accidente y, a diferencia de lo que esperaba, no la interrogó más sobre el suceso. Sin embargo, la convenció, entre súplicas y amenazas, de que fuera al baile anual de su tía, lady Jane Picrins. La tía de Mary Beth dejaba el campo por unas semanas para poder disfrutar de la temporada y de su familia.

Su baile era uno de los más esperados, y sus invitaciones, de las más cotizadas.

Eleanor no quería ir a ningún evento más, y menos a ese baile. Sin duda, Nicholas iba a estar allí. Su amistad con la familia de Mary Beth y, en especial, con lady Jane, prometía su presencia.

Al final, los constantes gimoteos de Mary Beth la convencieron de aceptar. Amenazaba con no asistir ella tampoco si, según sus propios dichos, su mejor amiga, su amiga del alma, no la acompañaba. Eso era chantaje emocional al más puro estilo, pero, cuando la miró con esos ojos implorantes y le dijo que la iba a echar mucho de menos cuando se fuera, irremediablemente, perdió la batalla.

Fue a la casa de madame Lorraine, que le hizo un vestido exquisito para la ocasión. De color verde oscuro, ribeteado en plata y con un escote pronunciado, dejaba sus hombros parcialmente desnudos. Sin lugar a dudas, haría las delicias de muchas de las damas de la sociedad. Por lo menos, eso era lo que decía madame Lorraine que, ante la negativa de Eleanor a lucir colores más claros, le hizo un vestido imposible de ignorar.

Aunque reticente al principio, cuando se contempló en el espejo, tuvo que claudicar ante la evidencia de que la modista había hecho una bellísima creación. Ni siquiera se reconocía. Parecía otra mujer y, en verdad, ansiaba en su interior, quizás más que nunca, sentirse diferente, aunque sólo fuera por una noche.

Abrazó a madame Lorraine quien, con su sonrisa más radiante, le dijo que estaba *magnifique* y que, a más de uno, se le saldrían los ojos de las órbitas cuando la vieran.

El baile llegó antes de que pudiera pensar en ello.

Picrins House era una casa majestuosa de dos plantas. De ladrillo rojo, con grandes ventanales, tenía una elegancia clásica. A través de los cristales iluminados por las lámparas que descendían de los altos techos pintados con frescos de estilo francés, se podían ver las figuras de los invitados.

La flor y nata de la aristocracia estaba allí reunida. Con los primeros acordes de la majestuosa orquesta, Eleanor había hecho su entrada junto a Mary Beth, Rose y los padres de ellas. Cuando pasaron a recogerla esa noche, la hicieron sentir como una princesa. Alabaron su belleza con la sinceridad que desprende una vieja amistad y un afecto mutuo.

Después de saludar a la anfitriona, que las recibió con su habitual calidez y su inagotable energía, comenzó a deambular por el salón principal a la espera de Mary Beth, que había ido al cuarto de baño.

—Buenas noches, lady Bradford.

Eleanor giró al escuchar aquella voz grave y sinuosa como el ronroneo de un gato.

—Buenas noches, lord Drake —le dijo mientras le obsequiaba una espontánea sonrisa. Ese hombre desprendía una fuerza innata que le hacía recordar a otra persona. La sutil ironía que destilaba su mirada camuflaba una dulce calidez. La había visto en sus ojos cuando se posaban en Mary Beth, ¿sabrían esos dos lo que sucedía entre ellos?

—¿Espera a alguien? Me ha parecido que rebuscaba entre la multitud.

—Sí, estoy esperando a Mary Beth.

—¡Ah!, lady Benning.

Otra vez esa mirada, se regocijó Eleanor, aunque la forma en que había dicho el apellido de Mary Beth dejaba entrever cierto aire burlón.

—¿No le cae bien mi amiga, lord Drake?

Una sonrisa traviesa brilló en la cara de Raphael Drake e hizo que unas tenues arruguitas se dibujaran en el extremo de sus ojos que refulgían con una viveza especial.

—¿Qué le hace pensar eso, milady?

—Quizás la forma en que ha pronunciado su nombre o, quizás, que, cuando ustedes dos están juntos, parecen llevarse como perro y gato.

Drake soltó una carcajada.

—Ya se lo dije una vez, es usted muy directa, *signorina.* —Hizo una pausa—. Si quiere saber la verdad, Mary Beth Benning no me disgusta, aunque lo lamento mucho por el pobre incauto que caiga rendido a sus pies. Su amiga tiene un carácter demasiado impulsivo que, le auguro, le traerá complicaciones. Por lo demás, nada

más lejos de caerme mal: me parece una mujer fascinante, aunque, en la misma medida, sumamente irritante.

—Vaya, lord Drake; veo que no soy yo sola la que habla con total franqueza.

—Usted me pidió mi opinión, y yo no soy hombre de medias tintas.

— La verdad, lord Drake, es que Mary Beth, como usted bien ha dicho, es impulsiva, pero también tremendamente generosa y, cuando digo esto, me refiero a todos los ámbitos de la vida. Es leal al extremo, cariñosa de una manera altruista, y su corazón es igual de grande que esta isla. Si alguien fuera lo suficientemente listo como para enamorarse de ella, le aseguro que no sería ningún incauto, sino un hombre muy afortunado, quizás el que más —le espetó Eleanor, ya que no le había gustado mucho la descripción que había hecho de Mary Beth.

— Lady Bradford —le dijo Drake muy serio—, mis palabras no han sido muy acertadas, pero, en su mayoría, no iban dirigidas a usted, sino a mí mismo.

—¿Qué quiere decir?

—Verá. Una vez conocí a una mujer. Era bella como Mary Beth, impulsiva y testaruda. Me robó el corazón antes de que pudiera darme cuenta. En una de sus alocadas ideas, le pareció muy romántico que nos encontráramos de madrugada cerca del Ponte Vecchio para, desde allí, dirigirnos a Santa María del Fiore. Lo había arreglado todo para que un cura amigo suyo nos casara. Estábamos prometidos —dijo lord Drake apenas en un susurro—, pero ella no quería esperar. Cuando recibí la nota, salí de inmediato, pero ya era demasiado tarde. En su inocente osadía, sólo se había hecho acompañar por un sirviente. Cuando llegué, ambos estaban muertos. La encontré semidesnuda, con un lazo atado a su garganta. La habían estrangulado.

Eleanor sufrió cada palabra de su relato como si fuera un retazo de su propia vida. Los ojos se le humedecieron, incapaces de expresar el profundo sentir por la historia de lord Drake. De manera inconsciente, apoyó una mano en su brazo. Su mirada, obnubilada por los recuerdos, estaba cargada de rabia y dolor. Sin embargo, al sentir la mano de Eleanor, sus ojos giraron hacia ella mucho más calmos.

—Lo siento mucho. No sabe cuánto lamento lo que le ocurrió —le dijo Eleanor.

Drake relajó aún más sus facciones.

—Gracias, pero eso fue hace ya mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Siete años, dos meses y cinco días.

¡Cuánto debió de amarla!, pensó Eleanor.

—¿Apresaron a los que le hicieron eso? —preguntó casi con timidez.

—Sí, los encontré —sentenció Drake, como si con esas tres palabras hubiese derribado al mismísimo diablo.

—Entiendo —le contestó Eleanor, que sabía, mejor que nadie, lo que era anhelar que se hiciera justicia.

—De todas maneras, lord Drake, Mary Beth no es su prometida.

—Es usted muy perceptiva. Ya sé que Mary Beth no es Amalia. Créame, lo sé demasiado bien; sin embargo, su carácter es parecido. Ya sufrí una vez, milady, y no podría soportarlo de nuevo.

Eleanor abrió más los ojos. Ahora todo estaba claro: los sentimientos de Drake hacia Mary Beth y su reticencia a admitirlos.

—Alguna vez deberá dejar entrar a alguien, ¿no cree?

—Yo podría preguntarle lo mismo —le dijo y la miró directamente a los ojos. Ese hombre era más intuitivo de lo que imaginaba—. De todas formas, lady Bradford, por ahora, prefiero que mi corazón siga intacto.

Eleanor deseaba replicar, decirle que no debía cerrar las puertas al amor. Ella intuía que, lord Drake tampoco le era indiferente a Mary Beth. La conocía demasiado bien como para dudar de su interés por aquel hombre. Sin embargo, entendía a Drake, así que dejó que sus palabras murieran, mucho antes de formarse en sus labios.

— Le agradezco la confianza que ha depositado en mí. Le aseguro que guardaré su secreto.

— Eso nunca lo he dudado —le dijo lord Drake con una firmeza que la conmovió.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Mary Beth, que se acercó e interrumpió la mirada de complicidad que se había forjado entre ellos dos.

— Estaba esperándote; y muy bien acompañada, por cierto.

— ¡Ah! Buenas noches, milord —dijo Mary Beth a Drake, algo contrariada por su tartamudeo. Ese hombre la afectaba más de lo que deseaba reconocer.

—Lady Benning —le contestó con cortesía—, debo decirle que esta noche está sumamente hermosa.

Mary Beth entrecerró los ojos e intentó dilucidar la veracidad del cumplido.

Lord Drake se acercó a ella y le susurró algo al oído:

—No lo piense y acepte el cumplido.

La cara de sorpresa de su amiga era digna de verse, pensó Eleanor, mientras sonreía para sus adentros. Quizás, Drake quisiera mantener su corazón intacto, pero algo le decía que no sería por mucho tiempo.

—Espero que me reserven un baile cada una esta noche —dijo Drake con su pícara pose ya recuperada—. Y ahora, ¿me permiten que les traiga una limonada? Creo que

a la señorita Benning se le ha quedado la boca seca. —Guiñó un ojo a Eleanor, que tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír.

—¡Si será pomposo, arrogante y patán! —dijo Mary Beth cuando lo vio alejarse hacia la mesa en la que se encontraba el buffet.

—Mary Beth, controla esa lengua.

—Pero ¿has visto eso, Eleanor? —le preguntó enojada—. Eleanor Bradford, ¿te estás riendo?

—No, para nada —le contestó con una risilla.

—A ti te parecerá muy gracioso que ese...

—¿Hombre encantador? —sugirió Eleanor.

—No, que ese casanova de pacotilla se burle de mí.

—Yo no he visto que lord Drake haya hecho tal cosa. Más bien creo que te ha hecho un hermoso cumplido.

—Eleanor, parece que no has apreciado el doble sentido de sus palabras.

—Mary Beth, creo que no eres objetiva. Estás demasiado interesada en un hombre por primera vez en tu vida, y no sabes cómo aceptarlo.

—¿Que yo qué?

—Ya me has oído.

—Eleanor, el accidente del otro día te ha dejado lela.

—Ya —le contestó con una sonrisa mientras enarcaba apenas una ceja. Si su amiga no estaba preparada para aceptar que Drake significaba algo para ella, lo respetaba. Aunque, sin duda, al igual que él, se llevaría una sorpresa.

—Lo siento, Eleanor, pero esta noche estoy de mal humor. El señor Taylor me ha estado persiguiendo sin cesar y, para colmo, me ha hecho llegar una nota para que me encuentre con él en la biblioteca a medianoche. Para justificar tal atrevimiento, adujo la necesidad de tratar un tema urgente, de vida o muerte.

—¿No irás, verdad? —le preguntó dudosa, porque conocía la impetuosidad de Mary Beth.

—Sí que voy a ir. Voy a ponerlo en su sitio.

—Creí que habías hecho eso el otro día.

—También yo, pero parece que no me expresé con total claridad. Te aseguro, sin embargo, que esta noche al señor Taylor no le va a quedar ningún resquicio de duda acerca de los sentimientos que despierta en mí.

—Como sé que va a ser imposible convencerte de lo contrario, iré contigo.

—No hace falta, Ellie. Sé cuidarme sola. Y el señor Taylor no es más que un

arrogante pomposo. No te preocupes.

Eleanor no quedó convencida de la idea de Mary Beth, pero, antes de que pudiera replicar algo, Drake estaba de nuevo junto a ellas.

Capítulo 16

Luego de media hora de agitados valses, Ellie tenía la respiración entrecortada y las piernas como gelatina. Después de tanto tiempo sin más ejercicio que deambular entre cuatro paredes y una escasa hora de paseos diarios por el jardín, su cuerpo reclamaba que se tomara las cosas con más calma.

Con ese fin, se excusó de varias invitaciones más y se sentó en una de las sillas dispuestas alrededor del salón.

Si tenía que ser sincera, su falta de aliento no se debía sólo a los valses, sino también a la presencia de Nicholas. Había notado que estaba allí antes de que hubiese posado sus ojos en él. Estaba magnífico.

Mientras bailaba con Philippe Martre, un caballero de la Borgoña, lo divisó al lado de lady Jane y de Charles Benning.

Vestido de negro, como era habitual en él, desprendía una fuerza y una vitalidad tales que eran, a su vez, excitantes y peligrosas; por ese motivo, se obligó a no pensar más en él y a concentrarse en el baile, aunque, después de pisar dos veces seguidas al pobre Philippe, asumió la imposibilidad de realizar esa tarea.

Sentada entre matronas de la alta sociedad, intentaba respirar el suficiente aire como para controlar todas sus emociones.

—¡Qué desfachatez!

—¿De qué hablas?

—De ese hombre.

—¿Cuál, querida?

—Ese de allí, de la chaqueta azul.

—¿El señor Anthony Taylor?

Eleanor odiaba ser curiosa, pero no tuvo más remedio que prestar atención a la conversación de lady Beck con una dama que desconocía. Había escuchado el tono airado de aquella mujer, algo regordeta y con un tocado del que salía una enorme pluma azul que le hacía recordar a un pavo real, al referirse al señor Taylor. Si pasaba algo con él, quería saber de qué se trataba. Quizás, eso pudiese ayudar a

Mary Beth.

—No sé cómo se llama, querida —siguió la mujer del pavo real—, pero estoy casi segura de que es el mismo.

—¿A qué te refieres, Clarice? —preguntó la señora Beck—. ¿A un escándalo?

— ¡Peor! Si es quien yo creo, es un hombre sin escrúpulos, un cazafortunas.

—¿Qué me dices? —le dijo lady Beck y se llevó una mano a la garganta—. Cuéntamelo todo.

—Verás; hace unos meses estuve en la región de los lagos, en casa de mi prima Dotty. Allí asistimos a diversas fiestas y *soirées.* En una de ellas, el hombre del que te hablo, el mismo que están viendo mis ojos, preparó una trampa para cazar a una joven inocente con el fin de hacerse de su cuantiosa dote. Al parecer, es un barón venido a menos, cuyos acreedores pugnan por ser los primeros en el cobro de sus deudas. Por lo visto, su madre, una viuda amargada, participó también en el plan.

—Pero ¿qué tenían pensado?

—Muy fácil. Mi prima Dotty se enteró por lady Maxwell, una querida amiga suya e íntima de la familia de la muchacha, que ese caradura le había mandado una nota en la que la invitaba a encontrarse a solas con él. Después de eso, en un momento determinado previamente acordado, su madre llegaría con unas amigas suyas hasta ellos con la excusa de sentirse indispuesta; y así los descubriría en una situación embarazosa. La única solución para no enturbiar la reputación de la muchacha sería aceptar un compromiso acelerado.

—¿Y cómo lo descubrieron?

—Parece ser que la chica no era tan tonta. Se lo contó todo a su madre, y fue ella la que se presentó a la cita. Su hija ya había sido presa de hombres de esa calaña. No por nada tenía una dote que hasta una princesa envidiaría. No tengo que decirte que madre e hijo dejaron la región de los lagos esa misma noche.

—¿Y dices que ese es el mismo hombre?

—Yo diría que sí, aunque no puedo asegurarlo. De todos modos, si yo fuera tú, mantendría a Regina a distancia de él.

—Por supuesto, querida; ahora mismo le digo que ni se le acerque. Mi Reg tiene una dote demasiado jugosa para que pase desapercibida.

A Eleanor la cabeza le daba vueltas. No sabía por qué, pero no tenía dudas de que el hombre al que se habían referido era, en verdad, el señor Taylor. Había tenido un mal presentimiento desde que Mary Beth le había contado lo de la nota, y, de repente, todo encajaba. Mary Beth le había dicho que era un barón, y que había llegado a Londres junto a su madre proveniente del Norte del país. Le había mandado una nota para que se reuniera con él, al igual que lo que había escuchado, y no quería pensar en la consecuencias que esa cita podría causar.

Los condes de Norfolk tenían una gran fortuna; y Mary Beth, una gran dote. Ese era el motivo del señor Taylor y de su interés desmedido. Sin duda, sería su próxima presa. Eran cerca de las doce, y esa era la hora en que habían quedado. Buscó a Mary Beth entre todos los invitados y la encontró hablando con lord Drake. Esperaba que él la entretuviera un rato, el suficiente para evitar el desastre. No podía dejar que Taylor se saliera con la suya. Si pensaba dañar a su amiga, tendría que pasar, primero, por encima suyo. Tenía tan sólo unos minutos, y debían ser suficientes para llegar a la biblioteca, esperar que aquel bastardo estuviera allí y desenmascararlo. Con eso, sería suficiente, pensó decidida.

Cuando le dijera a la cara que sabía cuáles eran sus planes, no tendría más remedio que abandonar el baile y olvidar a Mary Beth. Después, se encargaría de que no pudiera hacerle eso a ninguna otra mujer.

No se había dado cuenta, pero mientras todos esos pensamientos cruzaban por su cabeza, su mirada había estado clavada en Nicholas. En ese momento, al salir de su estupor y ponerse en marcha, vio que él la estaba mirando, con una clara interrogación en los ojos.

Sin perder ni un segundo más, bajó la mirada y se encaminó a la biblioteca; no dejaría que utilizaran a su mejor amiga.

* * *

—Lady Bradford, ¿qué hace aquí?

Eleanor observó la cara de sorpresa del señor Anthony Taylor. Estaba bien claro que era otra persona a la que esperaba ver entrar por la puerta.

—He venido a hablar con usted.

—¿Y de qué quiere hablar? —le preguntó ansioso—. Verá, milady, tengo que encontrarme aquí con otra persona dentro de unos minutos, y por esa razón, le pediría que dejara la conversación para otro momento. Le estaría eternamente agradecido.

Eleanor se acercó un poco a él.

—Quien espera no va a venir, señor Taylor.

—¿Cómo dice?

Eleanor sabía que se estaba metiendo en problemas, pero tenía que desarmar totalmente a ese hombre. Mientras que pensara que Mary Beth no iba a ir, la escucharía; no tendría más remedio que prestarle atención. Sin embargo, pudo ver que sus conclusiones no habían sido del todo correctas. Taylor la estaba mirando de una forma que no le gustaba nada.

La expresión totalmente dulcificada que había exhibido Taylor durante la velada había quedado sepultada bajo una mirada inquebrantable que reflejaba, a las claras, su creciente exasperación. Resultaba evidente que se estaba impacientando.

—Creo que me ha oído a la perfección. He dicho que la persona que usted espera no vendrá. Me he encargado de que así sea.

—¿Sabe usted lo que ha hecho? —preguntó entre dientes. Lejos de amedrentarse, Eleanor dio otro paso al frente.

—He evitado que usted se aproveche de Mary Beth. Sé quién es y lo que pensaba hacer.

—¿De verdad?

—Sí, de veras.

—Vaya, es usted muy inteligente, lady Bradford; pero no tiene forma de demostrar lo que está diciendo.

—Señor Taylor, para su sorpresa, hay una dama ahí fuera que lo conoce de la región de los lagos, así como los desagradables hechos que tuvieron lugar allí y de los que usted es culpable. De hecho, esa dama ya está informando a otras de su reputación como cazafortunas. Yo sólo le estoy ofreciendo la posibilidad de marcharse antes de que ese rumor se convierta en el tema principal de esta fiesta. Es mucho más de lo que usted se merece. Sin duda, una humillación pública y la retirada de la palabra de la buena sociedad estarían más a la altura de las circunstancias, pero creo que un escándalo no favorece a nadie. Esta casa es de la tía de Mary Beth, y en ella se encuentran el padre y el primo de mi amiga. No creo necesario mencionarle lo que esos caballeros harían con usted si llegaran a enterarse de sus planes para con mi amiga.

Después de terminar el discurso con el que, creía, quedarían destruidas todas las maquinaciones del señor Taylor, Eleanor se quedó asombrada ante la reacción de él, que se rió con una fuerte carcajada y la aplaudió, como si aquello hubiese sido una representación del Teatro Real de Drury Lane, y ella, la primera actriz.

—Querida, es usted verdaderamente deliciosa. Por un momento, he de confesar, que me tenía acorralado, pero ¿sabe? No ha pensado en todo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Eleanor mientras daba un paso atrás.

La expresión de ese hombre era la de una fiera enjaulada que, de pronto, ve una salida y se relame por el placer que prevé.

—Lo que quiero decir, señorita Bradford, es que tiene usted razón; la señorita Benning era una presa apetecible, pero demasiado complicada y... ¿por qué hacerlo difícil cuando tengo a mi alcance algo mucho más apetitoso, si cabe, una heredera por ejemplo?

Las implicaciones de aquellas palabras estaban claras, pero se dio cuenta

demasiado tarde. Antes de llegar a dar siquiera un paso, el señor Taylor la tomó por el brazo, se lo retorció hacia atrás en la espalda y la inmovilizó contra la mesa de caoba que había en un extremo de la habitación.

—¡Suélteme!

—Todavía no, preciosa —le susurró al oído mientras trazaba con su lengua un dibujo sobre su cuello.

Los viejos temores se apoderaron de ella que, fuera de sí, luchó con todas sus fuerzas contra ese canalla. Con la mano que tenía libre, lo arañó en la cara y le dejó amplios surcos ensangrentados sobre la mejilla izquierda.

—¡Zorra! —exclamó Taylor a la vez que le daba un bofetón que le hizo volver la cara.

Eleanor se quedó atontada. Sentía que le estaba manoseando el vestido, y que el aire fresco rozaba sus pezones ya desnudos.

—¡Preciosos! Pequeña, creo que voy a disfrutar mucho más contigo de lo que creía. Cuando estemos casados, aprenderás a obedecerme. Te abrirás de piernas todas las veces que quiera disfrutar de ti y, si eres buena chica, quizás, después de eso, te deje algunas monedas para comprarte alguna chuchería.

Una fuerza interior cercana al odio se apoderó de ella. La energía que le quedaba la canalizó en luchar hasta quedar sin aliento.

—¡Maldito canalla!

De repente, Eleanor sintió que el peso, que momentos antes la aplastaba contra la mesa, ya no estaba. Nicholas estaba ante sus ojos y tomaba a Taylor por el cuello, mientras soltaba un rugido que hizo estremecer las paredes.

Claramente sorprendido, Taylor no logró, siquiera, parpadear, antes de que Nicholas le asestara dos puñetazos que mandaron su cuerpo inconsciente al suelo, como si fuera un muñeco de trapo.

Como pudo, Eleanor trató de incorporarse, mientras intentaba, con desesperación, colocarse el vestido.

—Déjeme a mí —le dijo Nicholas mientras, con manos diestras, recomponía su vestuario.

Estaba muy furioso. Habría matado a ese bastardo, pero, al ver a Eleanor visiblemente perturbada, se detuvo.

Cuando la había visto esa noche, en mitad del salón, bailando en brazos de diferentes hombres, había sentido el sabor amargo de los celos. En su interior, había creído que ya no formaba parte de su vida, que se había librado de los efectos que producía en él. Sin embargo, esa noche comprendió que estaba lejos de conseguir esa meta; su odio por ella crecía en la misma medida que su deseo, porque la realidad era que la deseaba más que nunca.

Con sus hombros a la luz de las velas y su cabellera negra, que desafiaba a las más preciadas sedas, era, por lejos, la mujer más hermosa y sensual que había visto nunca. Estaba quebrantando su voluntad a pasos agigantados. Negándole la victoria, había intentado eludirla; había ignorado su presencia aun cuando, a cada paso que daba, creía oler su perfume. De todas formas, la decisión estaba tomada y, costase lo que costase, vencería. La desterraría de su mente, aunque fuese lo último que hiciera. Entonces, la vio sentada en un rincón; lo estaba mirando directamente a los ojos, como si estuviera hipnotizada. Era tan patente su angustia que parecía un animalillo acorralado que no sabe qué hacer. Cuando Nicholas comprobó que ella se había dado cuenta de lo que estaba haciendo, desvió su mirada rápidamente, pero, sin quererlo, ella le había revelado algo que ocultaba.

A pesar de ser una taimada mentirosa, Nicholas observó que sus reacciones, en esos momentos, habían sido espontáneas y sinceras, y por eso la siguió. Quería saber qué le había producido tal estado de agitación. Después del accidente de días atrás, tenía una mala sensación que, en esos momentos, se había incrementado. Cuando entró en la biblioteca, hasta donde la había seguido, y la vio luchando con ese canalla que intentaba aprovecharse de ella, todo pensamiento racional abandonó su mente. Lo único que quería era hacer sufrir a ese bastardo.

¡Dios! Si no la hubiese seguido, ese malnacido podría...; no, no debía pensar en ello; en ese momento, que veía a Taylor fuera de combate en el suelo, Eleanor era su mayor preocupación.

Ella parecía no escucharlo. Estaba mirando a un punto fijo y sólo intentaba ponerse, de nuevo, el destrozado corsé de su vestido. Sus manos temblaban descontroladamente y le impedían esa tarea. Nicholas se apresuró a hacerlo por ella.

—¡Eleanor, míreme! ¡Eleanor!, ¡maldita sea, míreme ahora mismo! —le espetó y consiguió que ella enfocara su vista en él.

—Nicholas —dijo en un susurro mientras una sola lágrima caía por su mejilla.

Nicholas hubiese preferido escucharla llorar o que se hubiese puesto histérica; al ver caer esa lágrima, quedó conmovido como nadie lo habría imaginado.

—¿Está bien? ¿La ha...?

—No, no lo ha conseguido, ha llegado a tiempo, yo... no sé qué...

En ese momento, Nicholas reparó en el moretón que se le estaba formando a Eleanor en el pómulo, y las ganas de acabar con Taylor fueron devastadoras.

—Ahora debemos irnos, después me contará.

Nicholas no pudo terminar la frase; los pasos y las voces de varios invitados que se acercaban a la puerta eran ya inminentes. Miró a Eleanor y, en un segundo, tomó una decisión. Escondió el cuerpo de Taylor detrás del escritorio, se acercó de nuevo a ella, la estrechó entre sus brazos y la besó, justo en el mismo instante en que se abría la puerta y daba paso a la señora Taylor y lady Jane.

—¿Brame? —preguntó lady Jane.

— ¡Dios mío! —exclamó otra mujer que había venido detrás de ellas, hasta que se puso al lado de la señora Taylor, que parecía haber visto un fantasma.

— Lady Jane —dijo Nicholas y esbozó una deliciosa sonrisa mientras tomaba a Eleanor por la cintura y dejaba así su maltrecha mejilla lejos de la vista de las señoras.

—¿Qué... qué está pasando aquí?

Nicholas miró, detenidamente, al grupo de mujeres que se había congregado frente a él, y posó por último su mirada en la tía de Mary Beth.

—Antes de que me reproche nada, lady Jane, he de reconocer que he hecho mal en traer a lady Bradford a la biblioteca; pero tenía que hacerle una pregunta que mi impaciencia me ha impedido postergar. Estaba ansioso por saber si ella aceptaría ser mi esposa y, en mi impulsivo proceder, temo haberme saltado las convenciones sociales. De todas formas, nada de lo que me diga podrá hacerme sentir mal, porque lady Bradford me ha dado su consentimiento y ha aceptado casarse conmigo.

La expresión de las tres mujeres era idéntica: tenían la sorpresa reflejada en el rostro. La desconocida, a quien Nicholas reconoció en aquel instante como madame Vanneste, era una condesa francesa dada al melodrama y al romanticismo y, por esa razón, su cara había sido sumamente comprensible ante la explicación. La de la señora Taylor, no tenía precio. En verdad, parecía estar al borde de una apoplejía; y lady Jane, que lo conocía como a la palma de su mano, arqueó una ceja en señal de escepticismo. Para completar el cuadro, Mary Beth apareció en el vano de la puerta con lord Drake pegado a sus talones.

—Bueno, señoras, creo que será mejor que vengan conmigo hasta el saloncito verde. Allí podrá descansar tranquila, señora Taylor.

—Enhorabuena, muchacho; ya era hora —dijo madame de Vanneste con una pícara sonrisa.

Lady Jane salió de la habitación y se llevó con ella a todas las damas; pero antes de irse, miró a Nicholas y dibujó, con los labios, la palabra "después", que, inconfundiblemente, se refería a que no se iría de allí sin explicarle lo que había pasado.

Mary Beth esperó a que saliera su tía, cerró la puerta tras ella y, de paso, le dio en las narices a lord Drake quien, actuando con rapidez, entró segundos después con una mueca en la cara.

—Esto no le incumbe —le soltó Mary Beth.

—Oh, yo creo que sí. Usted me dejó plantado en mitad del salón de baile, delante de todo el mundo. Créame, después de eso, esto es asunto mío.

Ajenos a esa discusión entre Drake y Mary Beth, Eleanor, ya recuperada, miraba con furia a Nicholas.

—Pero ¿cómo se atreve a decir que vamos a casarnos? ¡Está loco por completo!

—¡Ja! —dijo exasperado Nicholas, mientras apretaba los dientes y daba un paso hacia ella—. ¿Qué pretendía que hiciera? ¿Arrojarla a los leones? Sabe, de sobra, lo que habría pasado. Aunque quizás hubiera preferido que su nombre acabara en el fango.

—Mi nombre no es de su incumbencia. Me da igual lo que piensen; de todas formas, me voy dentro de una semana.

—Creo que todavía está afectada, y por eso no piensa con claridad; no hay otra explicación razonable para su estupidez.

—¡¿Mi qué?!

—Me ha oído bien.

—¡Oiga, no insulte a Eleanor! —exclamó indignada Mary Beth, que se había vuelto hacia él al escuchar esas palabras.

Nicholas la miró como si se acabara de darse cuenta de su presencia en la habitación.

—Lady Benning, no dudo de que su preocupación por Eleanor sea genuina, pero esto es una conversación privada, así que haga el favor de mantenerse al margen.

—Antes volarán los cerdos —dijo lord Drake por lo bajo, comentario que le valió tres miradas fulminantes. Luego, levantó las manos en señal de rendición.

Mary Beth se acercó a Eleanor. La conocía demasiado bien y percibía que estaba muy alterada. Temblaba como una hoja. No sabía cómo las cosas habían terminado con la proclamación, por parte de lord Brame, de un compromiso entre ambos; pero se proponía averiguarlo. Todas sus intenciones se esfumaron cuando vio la mejilla lacerada de Eleanor.

—¡Dios mío! —gritó mientras corría los escasos pasos que la separaban de su amiga para poder verle la cara con mayor claridad.

—¿Cómo...? —preguntó y se quedó en silencio cuando vio un pie que sobresalía por el borde de la enorme mesa que servía de escritorio. Con rapidez la bordeó y descubrió el cuerpo del señor Taylor, inconsciente, tirado encima de la alfombra preferida de su tía Jane.

—¿Eleanor? —le preguntó confundida.

—Mary Beth, después te cuento.

—No, Ellie, dímelo ahora, por favor.

Resignada, Eleanor la miró.

—No me preguntes cómo, pero me enteré de que el señor Taylor quería ponerte una trampa para que os encontraran en una posición comprometida y que tuvieses,

así, que casarte con él. Iba detrás de tu dinero, porque está arruinado. Por lo visto, esta no es la primera vez que intenta hacer algo así. En cuanto tuve conocimiento de su plan, como sabía que él te había citado a las doce aquí, en la biblioteca, decidí adelantarme a ti, desenmascararlo y obligarlo a que se marchara. Pero mi plan no resultó como yo esperaba. Cuando vio que no podía tenerte a ti, yo le parecí una buena opción.

—¡Por Dios, Eleanor! —gimió Mary Beth.

—Parece que empiezan a encajar todas las piezas, pero ¿se puede saber por qué se le ocurrió venir aquí sola, sabiendo las intenciones de ese tipo? —preguntó Nicholas fuera de sí.

—Ni siquiera lo pensé. Sólo quería salvar a Mary Beth.

—Eso es evidente —le contestó entre dientes.

—¿Y fue Taylor quien te hizo eso? —preguntó, débilmente, Mary Beth, al señalar con su dedo la mejilla derecha de Eleanor. La mirada de su amiga fue respuesta suficiente.

— ¡Yo lo mato! —bramó Mary Beth, que se abalanzó como una fiera sobre el cuerpo inerte de Taylor para pegarle.

— ¡Basta, fierecilla! —saltó Drake que, en dos zancadas, la había alcanzado y la sujetaba con fuerza por la espalda en el mismo momento en que ella levantaba el pie para patearlo en sus partes nobles.

— ¡Déjeme ahora mismo! ¡Porque voy a patear a ese bastardo hasta que le salgan las tripas por las orejas!

Lord Drake no pudo evitar soltar una carcajada.

—No va a hacer nada de eso. Por esta noche, creo que ha sido más que suficiente. ¡Vamos! Salgamos a tomar un poco de aire fresco.

—¿Fresco? Como no me suelte, lo pateo también a usted. ¡Eleanor! —le gritó a su amiga, mientras Drake se la llevaba a rastras hacia la puerta de la biblioteca que conectaba con la terraza.

—Lord Brame, si necesita mi ayuda con el señor Taylor, será un placer para mí.

—Gracias, Drake. Lo tendré en cuenta.

—¡Eleanor! —gritó otra vez Mary Beth.

—Mary Beth, está bien. Quiero hablar con lord Brame en privado. Después nos vemos.

Aunque Mary Beth no parecía del todo convencida, acompañó a regañadientes, a lord Drake. Cuando se marcharon, Eleanor giró hacia Nicholas, más enfadada que nunca.

—Me parece increíble que se haya puesto en peligro, esta noche, de esa manera —le dijo Nicholas, otra vez furioso.

—Le he dicho que ni siquiera lo pensé. Sólo sabía que tenía que librar a Mary Beth de ese...

—¿Bastardo?

—Sí, exacto, de ese miserable bastardo.

—¿Cómo se enteró?

—¿Y eso qué importa?

—A mí me importa —le dijo con un tono de voz tan tajante que no admitió discusión alguna.

Eleanor titubeó, porque no quería dar el brazo a torcer, pero, dadas las circunstancias, daba lo mismo decírselo.

—Una mujer que estaba en el salón le comentó a lady Beck que creía conocer al señor Taylor de la región de los lagos. Luego, le relató los hechos, que eran muy reveladores. Por lo visto, había intentado comprometer a una dama allí, a una joven con una cuantiosa dote. Todo coincidía, así que no necesité más.

—Ya veo —dijo Nicholas con aire taciturno, mientras miraba el reloj de pared que había tras ella—. Después de lo que ha pasado, lo mejor es que la lleve a su casa.

—En absoluto. No me moveré de aquí hasta que no prometa disolver este ridículo compromiso.

—¿Ridículo? Señorita —dijo con un retintín que en nada gustó a Eleanor—, creo que todavía no ha entendido la magnitud de su situación.

—La he entendido perfectamente, milord; pero vuelvo a repetirle que me importa un bledo.

A Nicholas le tembló el párpado del ojo izquierdo cuando escuchó la "elegante" palabra con la que Eleanor había concluido su frase.

—Yo creo que no, que no lo ha entendido. ¿Qué piensa que va a pasar? ¿Piensa que porque pondrá tierra de por medio todos van a olvidar lo sucedido aquí hoy? No, Eleanor. Sabe lo frágil que es la reputación de una mujer, y lo que la sociedad hace con las que la pierden. Les da la espalda.

—Las personas que me importan, mis amigos, no harían eso.

—Claro que no, pero ¿cuánto les costaría a ellos defenderla?

Eleanor sabía que la estaba acorralando, y ni siquiera entendía por qué.

—¿Por qué hace esto?

—Llámelo caballerosidad; aunque mis motivos verdaderos sean más mundanos que todo eso. Tenía pensado buscar esposa desde hace un tiempo; y usted es

perfecta.

—¡Pero si me odia!

Nicholas sonrió de medio lado, lo que hizo que a Eleanor le corriera un frío por todo el cuerpo

—Creo que se sobrevalora, pequeña. Ese es un sentimiento demasiado fuerte. La deseo, eso no puedo negarlo; y además, necesito un heredero. Esas son buenas razones para un matrimonio. Sin tonterías románticas ni expectativas sentimentales. Usted tendrá su vida, y yo, la mía. La única condición es que deberá serme fiel; en eso me temo que debo ser inflexible.

Eleanor estaba ofendida. Sabía de sobra que la oferta de Nicholas no era inusual. Muchos de los matrimonios celebrados entre sus conocidos habían sido concertados bajo condiciones semejantes. No se hablaba de ese tema, pero todo el mundo lo sabía. A pesar de ello, no estaba dispuesta, no quería que el resto de su vida estuviese basado en una mentira.

—No puede pretender que acepte esa pantomima.

—No tiene otra opción, y yo no pienso retractarme. Vaya haciéndose a la idea.

La expresión de Nicholas se suavizó cuando vio la hinchazón cada vez más prominente, en la cara de Eleanor.

—Vamos, la acompaño a su casa. Mañana hablaremos de esto con más calma.

Eleanor asintió con la cabeza. Estaba exhausta. En ese estado no podía hacer frente a Nicholas. Debía descansar, recuperar fuerzas y pensar en cómo deshacer todo ese lío. Siguió a Nicholas hasta la entrada, donde él le dijo que lo esperara. Unos momentos después, regresó.

—Le he dicho a lady Jane que no se encontraba bien y que nos íbamos.

—¿Y no le ha preguntado nada?

—No, no le he dado tiempo.

—Nicholas...

—Mañana, hablaremos mañana.

Capítulo 17

Drake se paró en seco en medio del jardín. No estaba dispuesto a hacer un surco en mitad del camino que habían recorrido, cinco veces, en los últimos quince minutos.

—¿Por qué se detiene? —le preguntó Mary Beth.

—¿No cree que ya hemos caminado suficiente? Debería de haberse calmado ya.

—¿Calmado? ¿Calmado dice? ¿Cómo voy a calmarme después de lo que ha pasado? —preguntó y agitó las manos de forma exagerada.

Drake se acercó a ella.

—Créame, no se gana nada perdiendo los nervios. Lo hecho, hecho está; y debo reconocer que las cosas se han solucionado bastante bien.

—Pero ¿qué dice? Por si no se ha dado cuenta, podrían haber sorprendido a mi amiga y, como consecuencia, habría tenido que casarse con ese Taylor. ¡Dios, no encuentro ni calificativos! ¡Y todo por mi culpa!

—En eso, tengo que darle la razón. Si no hubiese sido tan temeraria, no habrían llegado las cosas a ese punto.

—Es usted pésimo para consolar, ¿lo sabía?

Drake sonrió ante la fierecilla de mujer que se había colado furtivamente en su vida y en su corazón.

Mary Beth se había dado vuelta y caminaba más deprisa. Drake la seguía a escasos pasos. Había creído detectar unas lágrimas en sus hermosos ojos, pero había girado demasiado rápido como para cerciorarse de ello. En dos zancadas, la alcanzó.

—Mary Beth —le dijo mientras ponía sus manos sobre los hombros de la hermosa dama, que temblaba un poco. Sin pensarlo más, la hizo volverse hacia él.

Mary Beth mantenía la mirada fija en el suelo. Jamás la había visto así.

—¡Por favor, Mary Beth, míreme!

Mary Beth sacudió la cabeza, mientras una especie de hipo estremecía su pecho. Antes de que Drake pudiera reaccionar, ella se arrojó a sus brazos y comenzó a

sollozar sin control. La abrazó y la estrechó con fuerza contra sí, en un intento por apagar su llanto. Esa escena le estaba partiendo el alma.

—Tranquila, tranquila.

—Eleanor tendrá que casarse ahora, y todo por mi culpa. ¿No ha sufrido ya lo suficiente como para tener que enfrentarse a Nicholas?

—¿Y es tan malo eso? —le preguntó Drake mientras enredaba la mano en el suave cabello de la joven—. Lord Brame me parece...

—¡Un cerdo! —espetó Mary Beth mientras sorbía las últimas lágrimas.

—Bueno, peor sería si tuviera que casarse con ese bastardo de Taylor, ¿no cree?

—Sí, eso es verdad.

Drake borró las huellas de su tristeza con la yema de sus dedos. Sin poder contenerse ante la dulzura de esa mujer, se rindió a sus deseos y la besó con un hambre imposible de saciar. Un sólo beso no bastaba para menguar su anhelo; sin embargo, tendría que ser suficiente, se dijo a sí mismo.

Bebió del néctar de sus labios y saboreó cada rincón de su boca. Mary Beth correspondió a su pasión, con un titubeo al principio, y luego, con el fervor de quien ha descubierto el placer y desea perderse en él. Pasó sus brazos alrededor del fuerte cuerpo de Drake, acomodó el suyo a cada duro músculo de él, con sus senos seductoramente aprisionados contra su pecho. Su boca, ávida de ese placer intenso al ritmo impuesto. Demasiado pronto acabó esa dulzura, y se sintió relajada y laxa entre sus brazos. Drake la miró a los ojos, oscurecidos por la pasión.

—Será mejor que entremos, o no respondo de mí —le dijo mientras le rozaba la mejilla.

Ella, muda, asintió apenas.

Ya de camino al salón, Mary Beth se detuvo a escasos metros de la puerta. Allí todavía no estaban a la vista de los invitados.

—¿Pasa algo? —le preguntó Drake.

—Sí —dijo Mary Beth en un susurro— ¿podría volver a besarme?

Con una sonrisa, Drake cumplió encantado su deseo.

* * *

Estaba en el callejón oscuro, agazapado en la oscuridad, como un depredador hambriento. Necesitaba saciar su sed de venganza, pero todavía no. Era demasiado pronto. Mackenzie ya había puesto en marcha el plan, y esa estúpida ni siquiera se lo imaginaba. Creía estar segura, pero eso sería por poco tiempo. El corazón le golpeaba

en el pecho como una locomotora descontrolada, cada vez que pensaba en la fortuna que obtendría si lograba sacarla del país y casarse, de una vez por todas, con ella en Francia.

Las manos le sudaban, y sentía la excitación en las venas cada vez que pensaba en el dinero y en cómo se vengaría de la afrenta a la que Eleanor lo había sometido: la encerraría en la finca de Lille como a un preso común. Pero no; tenía que ser paciente, debía esperar. Deseaba hacer las cosas bien, para culminar su obra, cuyo único artista sería él; el más grande.

Un suave traqueteo reclamó su atención. Allí estaba ella, y acompañada por lord Brame. "Bueno, disfrutad", pensó al verlos, "porque dentro de poco, se desatará la ira de los infiernos; y tú, Eleanor, estarás en ellos".

La niebla, tan densa que se podía masticar, se tragó su figura envuelta en una larga capa, y se internó en las tortuosas calles de la ciudad.

* * *

Eleanor, incrédula, miraba el periódico que tenía entre sus manos. Allí, impreso en letras negras, estaba el anuncio de su compromiso y futuro enlace. Creía que iba a tener más tiempo para escapar de esa situación absurda. ¿Casarse con Nicholas? Eso era inconcebible.

No quizás para su corazón, ya que, desde la primera vez, había anhelado ser su mujer, su compañera, su amiga y su amante. Pero, dadas las circunstancias en las que el destino se había encargado de quebrar esas ilusiones, ya no podía casarse con él. No era la misma mujer, y él tampoco era el mismo hombre.

Podía engañarse y pensar que, con el tiempo, podría hacerlo cambiar respecto de ella; hacer que se desvaneciera como por arte de magia el rencor que le guardaba, pero no era tan ingenua, y sabía que, peor que una vida sin él, era una vida a su lado llena de resentimientos y recuerdos sombríos. Jamás volvería a ser la marioneta de nadie.

—Veo que te has quedado muda por la emoción —le dijo Nicholas con un dejo irónico. Ahora que iba a convertirse en su esposa, no había razones para mantener las formalidades.

Estaba satisfecho. Esa misma mañana, había hecho publicar en el diario la noticia de su compromiso. No podía dejarle a Eleanor mucho tiempo para pensar. Había visto su reacción la noche anterior, ante la idea de casarse con él, y lo que vislumbró en sus ojos era lo mismo que reconocía en ese momento. Estaba analizando las vías de escape para eludir el compromiso. Por eso se le había adelantado. No dejaría que se escabullera de ese matrimonio. Iba a ser suya; así acabaría con su obsesión.

Necesitaba librarse de esa tortura que hacía de la imagen de Eleanor la más asidua en sus sueños. Incluso cuando estaba despierto, muchas veces, se sorprendía pensando en ella. Eso debía acabar, y esperaba ponerle fin, saciándose de su cuerpo.

Después de engendrar un hijo en su seno, llevarían vidas separadas. Ese hijo sería lo único que tendrían en común.

—¿Qué quieres que responda? Esto es una comedia barata —lo tuteó también Eleanor y tiró el diario encima de la mesa.

—¡Vaya! Eso no es lo que yo esperaba escuchar de labios de una novia feliz.

—Pero es que yo no soy una novia feliz. Sabes que no quería esto. Te lo dije anoche.

—Creía que anoche había quedado claro por qué debíamos casarnos. Es la única solución, y lo sabes.

—No, no lo sé. Ya te dije que no me importa mi reputación.

—Pero a mí sí —dijo Nicholas de manera terminante.

—¿Por qué?

—Porque vas a ser mi mujer, y mi futura condesa debe tener una reputación intachable.

—No entiendo por qué debo ser yo. Hay muchas mujeres que estarían más que dispuestas a ocupar ese lugar.

—Seguramente, pero las cartas se han dado así. Lo de anoche cambió las cosas. Además, es un matrimonio adecuado. Existe el deseo entre los dos, puedo verlo en tus ojos, y no hay necesidad de maquillarlo bajo las dulces notas del amor. Nosotros sabemos que eso es para los tontos y los jóvenes idealistas. Después de que me des un heredero, podrás llevar la vida que te plazca; siempre con discreción, por supuesto.

—¿Y si yo te dijera que soy una tonta o una joven idealista?

—Tendría que reírme ante tu estúpida excusa. Pareces olvidar que te conozco, y no tienes tan tiernos sentimientos. Tienes alma de comerciante. No das nada si no recibes, antes, algo a cambio. Somos almas gemelas, y por eso nos entenderemos.

—Ya veo que no hay nada que te pueda hacer cambiar de opinión.

—La decisión ya ha sido tomada.

—Tu decisión, no la mía. Lo siento Nicholas, pero...

Antes de poder pronunciar una sola palabra más, Nicholas la tomó de los brazos y la apretó contra sí.

—Mírame, Eleanor.

Ella lo miró y deseó no sentirse tan vulnerable bajo el tacto de sus dedos.

—Sabes que tu nombre te importa más de lo que dices. Querías mucho a tu padre, y sé que no deseas ver su apellido mancillado por el escándalo. Te importan tus amigos, por lo menos, Mary Beth; y no creo, tampoco, que quieras que mucha gente le vuelva la espalda cuando te defienda, como bien sabes que hará. No habrá palabras románticas entre nosotros, pero tenemos más de lo que muchos matrimonios llegarán a tener jamás. Tenemos la pasión, el deseo que arde entre los dos cada vez que nos tocamos. Es algo real, algo básico, esencial, que no está al alcance del disimulo. Te prometo que disfrutarás de ello, no habrá falsas promesas ni ilusiones rotas. Será un contrato provechoso para los dos. No puedes esconderte en Escocia para el resto de tu vida, pero, si no te casas conmigo, es exactamente lo que tendrás que hacer.

Eleanor sabía que tenía razón. No quería dar el brazo a torcer, porque jamás se había imaginado casada en esas circunstancias; pero, después de pensar que había estado a punto de tener que casarse con Andreu Danvers, la proposición de Nicholas casi parecía un cuento de hadas; aunque en verdad no lo era. En realidad, era una trampa, un contrato. Pero ¿un contrato en beneficio de quién? De ella desde luego que no, que lo quería más que a nada en el mundo. Sabía, a ciencia cierta, que si ese matrimonio se llevaba a cabo, sufriría; aunque quizás se lo mereciera, por no haber podido proteger a sus seres queridos. Por lo menos, de esta forma, podría salvaguardar el nombre de su padre, y a Mary Beth; pero, a cambio de eso, ¿cómo podía protegerse ella de ese matrimonio?

Tendría que vivir con él, aun sabiendo que nunca estaría, realmente, cerca de él. Nicholas había levantado un muro imposible de escalar. Le daría su cuerpo, se prometió a sí misma, pero nunca su alma. ¿Podría vivir así? La respuesta daba lo mismo; quizás su amor fuera suficiente para los dos. ¡Qué tontería! ¿A quién quería engañar? Él sólo la quería como figura decorativa, que le diera un heredero y nada de problemas. Sería un cero a la izquierda. ¡Pues estaba muy equivocado! Quizás no pudiese hacer nada para que la amara, ni qué hablar de que la perdonara; pero, por lo más sagrado, lograría que la respetara.

Por supuesto, tendría que levantar sus defensas. No podía demostrarle cuánto anhelaba al Nicholas que una vez había conocido. Tendría que protegerse, como había hecho en Francia.

—Está bien, me casaré contigo.

Al decir esas palabras, sintió que cada una de ellas pesaba como una losa de piedra de cien toneladas. Sólo esperaba que ese sentimiento no fuera el preludio de su vida conyugal.

* * *

Nicholas se sentía como si tuviera, otra vez, diez años. Le estaban dando un tirón de orejas al igual que, cuando pequeño, hacía alguna trastada.

Lady Jane siempre había sido una experta en hacerlo sentir culpable. En ese momento, lo estaba mirando con una expresión que quería decir: "a mí no me mientas, sé que escondes algo", que tanto le recordaba sus veranos en Crossover Manor.

Esa mujer lo conocía como si fuera su propia madre. Daba miedo su grado de intuición. Parecía una pitonisa a punto de revelarle sus secretos más oscuros.

—No sé de qué habla, lady Jane.

—Pues yo creo que sí. Anoche me dejaste sin palabras cuando te encontré con Eleanor en aquella situación; pero, esta mañana, casi me he caído de la silla cuando vi tu compromiso publicado en los diarios.

—Siempre dice que debemos sentar cabeza, lo único que he hecho ha sido seguir su sabio consejo. Pensé que se alegraría de que, por fin, dejara el estado de soltería a un lado.

—Y me alegraría si no intuyera problemas. Ha sido demasiado repentino.

—Las circunstancias en las que nos encontrasteis anoche han acelerado irremediablemente las cosas.

Lady Jane tenía el ceño fruncido. No creía ni una palabra de lo que Nicholas le explicaba.

—Sé que sentías algo por Eleanor. Lo pude ver con mis propios ojos cuando estuvisteis en mi casa; pero después de que ella se fue a Francia, algo cambió en ti. No soy tonta, sé que algo grave pasó entre ustedes dos. Algo que te dolió. Durante este último año, has estado igual de furioso y distante que cuando vivías con tu padre. Jamás pensé que volvería a verte así, pero sucedió, y no me he inmiscuido, hasta ahora. Eleanor me cae muy bien, y le tengo mucho aprecio. Se nota que ha sufrido mucho. En poco tiempo, ha perdido a toda su familia y, con sinceridad, no quiero que le hagan más daño.

—¿Y cree que yo le haría daño? —le preguntó Nicholas, enojado porque lady Jane pudiera, siquiera, pensar en esa posibilidad.

—Creo que quieres hacerle pagar por algo que te hizo; y no hay nada más cruel que quebrar el espíritu de una joven.

—No sabe lo que está diciendo. No tengo intención de quebrar nada, simplemente voy a casarme con ella.

—A eso me refiero, ¿por qué lo haces? Ella se merece amor y respeto y ¿tú vas a proporcionarle eso?

—No todos los matrimonios son como lo fue el suyo, lady Jane. Yo no busco tan tiernos sentimientos. Es mi deber asegurar el título y tener descendencia y para eso

necesito casarme. Eleanor será una buena condesa, por esa razón la elegí, y también, por qué no decirlo, porque existe una evidente atracción entre los dos.

—¿Crees que mi matrimonio fue un camino de rosas?

—¿No lo fue? —le preguntó Nicholas irónico.

—No, no siempre —le contestó lady Jane algo cohibida—. Hay algo que pasó mucho antes de conocerte, y que jamás he contado a nadie. No me enorgullezco de ello; pero, a veces, las personas hacemos cosas de las que, en circunstancias normales ni llegaríamos a imaginar ser capaces de hacer.

—Lady Jane, no tiene por qué contarme —le dijo Nicholas, preocupado al ver la tez pálida de lady Jane al pronunciar las últimas palabras.

—Nicholas, quiero hacerlo. Yo..., yo os he querido siempre a ti y a Charles como si fuerais mis hijos. Hicisteis más por mí que lo que yo pude hacer por vosotros. Ambos trajisteis luz y energía a mi casa, y me disteis un amor que nunca pensé en recibir. Por eso, os estaré eternamente agradecida, y voy a contarte, ahora, algo que he mantenido guardado durante los últimos treinta años.

Lady Jane suspiró con fuerza como si, así, se diera el impulso necesario para contar su secreto.

—Cuando nos casamos Auguste y yo, lo hicimos locamente enamorados. Nada parecía poder enturbiar nuestra relación. Pasábamos todo el tiempo que podíamos juntos; fantaseábamos sobre nuestro futuro, con los hijos que tendríamos, y lo que haríamos cuando estuviéramos viejos y achacosos. Las cosas no nos podían ir mejor, incluso nuestros problemas financieros se solucionaron, porque Auguste hizo una inversión que nos proporcionó toda la tranquilidad que podíamos desear. En esos días, también nos enteramos de que estábamos esperando nuestro primer hijo.

Nicholas se sentó en frente de ella y tomó su mano entre las suyas. Presentía que, lo que iba a escuchar, era demasiado doloroso para lady Jane, a pesar del tiempo transcurrido.

—En el momento del parto, Auguste estaba hecho un manojo de nervios. Yo intenté calmarlo y bromeaba acerca de sus futuras paternidades, y de las complicaciones que tendríamos si cada vez que tuviéramos un hijo él se pondría tan nervioso. Pero no pudimos reírnos más. El médico nos dijo que algo iba mal. Tras muchos dolores, nació el niño, pero estaba muerto. Fue horroroso, sobre todo cuando el médico nos comunicó que no podríamos volver a concebir. Después de aquello, fue como si todos nuestros sueños se vinieran abajo, como un castillo de naipes que se derrumba por un soplo de aire. Entonces, empezamos a distanciarnos. Yo me sentía culpable por haberle fallado, y él, por no haberme protegido lo suficiente, por no haber podido evitar todo lo que nos había pasado. A raíz de eso, Auguste empezó a pasar, cada vez, más tiempo en Londres. Poco después, me empezaron a llegar rumores de gente nada bien intencionada que se hacían llamar "amigos". Esos

rumores hablaban de mujeres, de alcohol y juego. Así que, como ves, tenía donde entretenerse. Entonces, apareció William. Había sido mi amigo desde la infancia y, distanciados por avatares de la vida, nos volvimos a encontrar y retomamos nuestra amistad al instante. Él me escuchaba y me apoyaba sin hacer preguntas ni enjuiciar la conducta de Auguste. Con él me escapaba de la pesadumbre que se había adueñado de mi vida, porque podía volver a respirar. Una noche nos hicimos amantes. Si te digo la verdad, me sirvió esa única noche para comprender que había cometido un error, porque seguía enamorada de mi marido. Así que le dije a William que no podía volver a verlo. Él hizo varios intentos para que cambiara de opinión, pero, cuando vio que no tenía nada que hacer, desapareció de mi vida. Destrozada, pero con las ideas más claras que nunca, fui a Londres. Allí me enfrenté a Auguste y comprendí la magnitud de mi estupidez. No había habido ninguna mujer porque, según sus propias palabras, no había podido. Me contó que había estado emborrachándose y culpándose por no poder hacerme feliz, por no poder preservar nuestros sueños intactos. Pensó que, si se alejaba de mí, no podría volver a fallarme.

Nos costó, pero volvimos a estar juntos y, con el tiempo, fuimos más felices que nunca.

—¿Y jamás le dijo lo de William?

—Sí, se lo conté, y fue el peor momento de mi vida, pero no podía dejar que nuestro matrimonio comenzara de nuevo desde una mentira. En aquel entonces, pensé que me dejaría, que me repudiaría, pero no hizo ninguna de esas cosas. Me perdonó. Me dijo que él me había sido infiel de otra manera, porque me había dejado sola cuando más lo necesitaba. ¿Lo comprendes ahora, Nicholas?

—¿Qué quiere que comprenda?

—Que si él no me hubiese perdonado, nos habríamos perdido los años más felices de nuestra vida.

Nicholas guardó silencio ante la mirada ansiosa de lady Jane. Entonces, ella se levantó, le dio un beso en la mejilla y lo dejó con sus últimas palabras revoleteando en su interior, como si comprendiera que debía dejarlo solo para meditar sobre todo lo que le había contado.

La idea era perturbadora. ¿Perdonar a Eleanor? ¿Sería capaz de hacerlo? Quizás, ya había empezado a perdonarla; quizás nunca había dejado de amarla, quizás...

Nicholas sacudió la cabeza a ambos lados, en un intento por deshacerse de esos pensamientos. Debía dejar las cosas como estaban, así podría controlarlas. Pero ¿controlar qué?, ¿a quién pretendía engañar? Estaba claro que a sí mismo, por supuesto.

Capítulo 18

Se casaron. Tan sólo después de dos semanas de haber hecho público el compromiso, sellaron sus votos frente a sus amigos más íntimos. Nicholas le había dicho que era mejor así, sin dejar tiempo a las especulaciones; y, dado que ambos conocían la naturaleza de su unión, la idea de un compromiso prolongado para llevar a cabo el cortejo requerido, era francamente absurda. Cuando Eleanor escuchó aquellas palabras de sus labios, deseó haber tenido las pistolas del padre de Mary Beth a mano. ¿Cómo podía ser tan insensible? Ella sabía que no se casaban por amor, pero tampoco creía que fuese necesario recordárselo cada vez que se veían.

La verdad era que poco se habían frecuentado en esas dos semanas previas a la boda. Una salida a la ópera y un paseo por Hyde Park habían sido todo, porque Nicholas había tenido que ausentarse durante unos días por problemas en su propiedad de Surrey, que no concedían demora.

Y ya estaban casados.

Se lo repetía mentalmente muchas veces, pero todavía le costaba creer que fuese cierto. Parecía irreal, como también lo había sido la ceremonia, que la había inmerso en un mar de confusión.

Cuando había dado el "sí" al hombre de su vida, al dueño de su alma, él parecía haber estado escuchando un aburrido discurso de la Cámara de los Lores. ¡Qué conmovedor! Y para terminar la escena, ninguno de sus parientes: ni su padre, ni su madre, ni su hermano ocuparon el lugar prioritario que habrían tenido que ocupar. Ya no estaban, y nunca más volvería a verlos. Siempre había soñado con aquel día, el de su boda, como un día de absoluta felicidad, rodeada por sus seres más queridos; y, en realidad, aquello no se le había parecido en nada. Lo único que la animaba era ver a Mary Beth y a su familia, que le sonreían con ternura. Ellos habían sido los únicos que, desde su vuelta, se habían preocupado por su bienestar.

Lord Drake también estaba allí, junto a su amiga. Se habían comprometido. Estaba enormemente feliz de poder constatar que no se había equivocado con ellos dos. Había visto que estaban hechos el uno para el otro y se alegraba de que ninguno hubiese cerrado la puerta al amor.

Mary Beth no se había despegado de ella en la última semana. La había ayudado

con los preparativos sin hacer preguntas, algo asombroso de por sí, sin hacer referencia alguna a aquella noche; aunque la tierna mirada que a veces le prodigaba decía, a las claras, que sabía cómo se sentía.

El tenerla cerca animaba a Eleanor porque, con su continuo parloteo y su energía viva, la distraía de lo que tendría que afrontar después de la boda.

Mary Beth irradiaba felicidad por todos los poros, y era evidente lo enamorada que estaba; le había contagiado su entusiasmo en esa semana en la que su ánimo llegaba al subsuelo. Entre las dos, habían escogido el atuendo que llevaría en la ceremonia. Como siempre, madame Lorraine no las decepcionó. Le hizo un vestido de color azul cielo con bordados en plata que adornaban el magnífico corsé y los bordes del vestido. Dejaba sus hombros al descubierto y se ajustaba a sus brazos, coquetamente, en una media manga. Llevaba su cabello recogido en un moño bajo, y unos pocos rizos caían, como por descuido, y enmarcaban su cara.

El único momento en el que creyó detectar algo más que indiferencia en la mirada de Nicholas fue cuando la vio llegar. Parecía que sus ojos expresaban admiración, aunque sólo hubiera sido por dos segundos.

Ella, desde luego, se había quedado sin respiración al verlo. Estaba increíblemente apuesto. Llevaba la camisa blanca ajustada con un nudo sencillo y elegante, y dejaba entrever, por las solapas de la chaqueta, un chaleco con bordados plateados. Parecía que la había elegido adrede para hacer conjunto con su vestido. El cabello, apenas despeinado, con mechones ondulados, enmarcaba sus varoniles facciones. Era el hombre más atractivo que había visto jamás.

Después de la ceremonia, se trasladarían a la casa que Nicholas tenía en Londres, que sería, desde entonces, su nuevo hogar.

Las únicas personas que seguirían con ella serían Susan y Gail. El resto del servicio sería nuevo, y no estaba segura de cómo la recibirían. Estaba hecha un manojo de nervios y no podía evitarlo. Además, esa noche se acostaría con su marido. ¡Dios! ¿Por qué sentía pánico ante esa idea? Todas las mujeres, desde tiempos inmemoriales, habían cumplido con su deber conyugal y, por lo que sabía, todas habían sobrevivido para contarlo. ¿Por qué tenía tanto miedo?

Gail le había explicado, de forma bastante gráfica, lo que ocurría entre un hombre y una mujer, y no parecía desagradable. Sin embargo, después de pensar en ello, la intimidad que debían compartir conllevaba mostrarle su pasado, una de las partes más dolorosas, que quería evitar poner en evidencia ante él. La humillación y la degradación que había sufrido en manos de Andreu Danvers no sólo le habían dejado marcas en su interior. Esas, al fin y al cabo, serían fáciles de maquillar, como llevaba haciendo desde que había vuelto; pero las de su espalda, desfigurada por líneas de carne lacerada, eran imposibles de disfrazar, y no podía explicarlas sin revivir aquello, sin volver a sentir la impotencia de la que había sido presa, del recuerdo de aquellas manos manoseándola y aquellos ojos deleitándose con su

miedo, un miedo que logró dominar para no satisfacer los bajos instintos de aquel monstruo. Si tenía que contarle todo eso a Nicholas, no creía que pudiera volver a mirarlo a la cara. Sabía que no podía retrasar ese momento por mucho tiempo, porque en su vida como marido y mujer ese secreto tendría una duración muy corta. Sin ir más lejos, si no pensaba en algo pronto, en pocos minutos, todo se descubriría. No podía evitar intentar buscar una salida, algo que retrasara aquel momento de confesión.

Gail la había ayudado a desvestirse y le había preparado un baño caliente para que relajara sus entumecidos músculos. Mientras disfrutaba de la caricia del agua, recordó la llegada a su nuevo hogar. Se había llevado una grata impresión. La casa era majestuosa; por lo menos, lo que había podido ver en el corto recorrido a su habitación.

La fiesta que lady Jane les había preparado había terminado muy tarde y, cuando llegaron a casa de Nicholas, ya era de madrugada; a pesar de ello, todo el servicio estaba levantado, y la recibieron con cálidas sonrisas y evidentes muestras de respeto.

El agua caliente surtió el efecto calmante que pretendía y, a pesar de tener un nudo en el estómago, se sintió mucho más relajada.

Cuando salió del baño, se tomó su tiempo para secar y peinar sus largos cabellos y ponerse el hermoso camisón de seda que Mary Beth le había regalado para su noche de bodas. Comenzó a deambular por la habitación como un gato enjaulado; se esforzaba por buscar una solución a sus problemas, pero no encontraba respuestas coherentes.

Podía decirle que se encontraba mal; ¿creería eso? Ni en mil años. Además, había habido una determinación férrea en sus palabras cuando, al acompañarla a su habitación, le había dicho al oído, con voz casi susurrante, que se reuniría más tarde con ella. ¿Más tarde, cuándo? ¿Cuánto tiempo le quedaba? Se maldijo en silencio. Parecía un condenado rumbo a su ejecución. De no haber sido por aquella situación, estaría más que ansiosa de compartir su lecho con él. Gail le había explicado que la primera vez solía provocar dolor, pero si había alguien con quien hubiese, alguna vez, deseado dar ese paso, ese era Nicholas, su marido.

* * *

Nicholas estaba sentado en el sillón que había junto a la ventana. Estaba tomando una copa de coñac, e intentaba relajar la tensión que mantenía en vilo sus sentidos.

Desde el momento en que la había visto entrar en la iglesia, no había podido dejar de pensar en Eleanor. Estaba fascinado con su mujer. "Su mujer", unas palabras que resonaban en su pecho con un matiz agridulce. Había intentado disimular su

reacción ante su esplendorosa belleza, pero no creía haberlo logrado. Sus ojos eran tan cálidos, y parecía tan inocente que, por un momento, durante la ceremonia, había fantaseado con estar frente a la Eleanor que una vez creyó conocer, la que ocupaba su corazón desde entonces, y a la que habría sido fiel hasta el final de sus días. Un libertino como él consumido por una mujer; parecía una broma, pero por Eleanor habría renunciado a su libertad sin mirar atrás. Sin embargo, habían pasado demasiadas cosas.

Ella lo había engañado, y él había caído como un tonto. De todos modos, no podía negar que la Eleanor que había vuelto no había dado muestras de ser la misma de aquella aciaga noche. Parecía, más bien, la muchacha dulce y valiente que había salido en su defensa cuando nadie más lo había hecho antes. Esa era la clase de mujer de la que se había enamorado. Sólo tenía que cerrar los ojos, borrar el último año y perdonarla, como le había dicho lady Jane, para poder ser felices. ¡Si eso fuera tan fácil! Pero no lo era. ¿Qué podía hacer? Porque ya no podía negar, por más tiempo, que estaba locamente enamorado de su esposa.

* * *

La puerta que conectaba las dos habitaciones se abrió como en un susurro, y Nicholas cruzó el umbral. Estaba guapísimo, con esa bata de seda negra anudada a la cintura, que dejaba entrever el vello oscuro y rizado de su musculoso pecho. Sus ojos resplandecían con luz propia que se intensificó, cuando posó su mirada en ella.

—Creí que te habías acostado.

—No, yo..., bueno, tú dijiste que vendrías más tarde a verme —le dijo Eleanor mientras apretaba la fina tela del camisón con sus pequeñas manos.

Estaba preciosa, pensó Nicholas. Se había quedado sin respiración al entrar y verla con ese camisón de seda que se ajustaba a sus curvas como un guante. Con su esplendorosa cabellera, que le caía hasta la cintura, parecía un ser etéreo, irreal; una ninfa. Tendría que controlarse para no abalanzarse encima suyo como un salvaje, como un muchacho inexperto y ansioso. Quería que ella gritara su nombre cuando la llevara al clímax. Deseaba que, sólo por esa noche, las emociones de ella fueran reales y auténticas, que su mente y su cuerpo quedaran tan ligados a él que tuviera que entregarse sin reservas, sin excusas.

— ¿Estás nerviosa? —le preguntó y se acercó un paso más a ella.

— No, no, para nada —le dijo mientras estrujaba, aún más, la suave seda que cubría sus piernas.

Nicholas enarcó una ceja.

—Bueno, sí, estoy nerviosa. ¿Tanto se me nota?

—Si tomamos en cuenta que vas a destrozarte el camisón de tanto retorcerlo, creo que sí. ¿Es la primera vez?

—Sí —le dijo Eleanor con voz firme, a pesar de lo nerviosa que se sentía.

Nicholas no sabía por qué ese monosílabo lo había hecho tan feliz; pero, en verdad, en su interior, había sentido una suave calidez al oír su respuesta.

—Iremos despacio —susurró—. Tenemos todo el tiempo del mundo. Ven, acércate.

Eleanor salvó la escasa distancia que había entre ambos. Temblaba un poco ante la expectativa de la noche que compartirían juntos, y de los secretos que se le revelarían en el transcurso de las horas.

—Eres la mujer más hermosa que jamás he visto —le dijo Nicholas, mientras le colocaba, lentamente, un mechón de pelo detrás de su hombro y rozaba, con la yema de los dedos, parte de su piel desnuda. Su tacto provocó a Eleanor un agradable hormigueo y desbocó su corazón en dos segundos.

—Tú también eres muy hermoso, quiero decir... atractivo.

Nicholas esbozó una suave sonrisa, que hizo que cien mariposas revolotearan en el estómago de Eleanor.

Muy despacio, le quitó el camisón; comenzó bajándoselo por los hombros, y luego dejó al descubierto sus preciosos pechos. Su mirada se clavó en ellos, ávido de deseo y admiración. Unos pechos plenos y firmes, cuyos pezones sonrosados eran como dos frutos maduros, se endurecieron bajo su tacto.

Eleanor reprimió un gemido. La mano de Nicholas le producía un sordo placer que hacía que sintiera una desesperada necesidad. Pero ¿de qué? Debía averiguarlo, necesitaba averiguarlo.

Le bajó el camisón por completo y quedó totalmente desnuda. La tomó en brazos, la llevó hasta la cama y la depositó, con suma delicadeza, sobre las blancas y frescas sábanas.

Eleanor miraba cómo su marido se desabrochaba la bata y la arrojaba al suelo. Su cuerpo parecía haber sido modelado por el más perfeccionista de los escultores. Era tan impresionante, ¡y eso tan grande! Era imposible que ellos pudieran hacer lo que Gail le había contado. Tenía que haber algún error.

Nicholas había seguido el recorrido de los ojos de su esposa por su cuerpo, y en ellos había visto un sinfín de emociones. Sorpresa, expectación, ¿temor quizás? Eso le había parecido al descubrir una parte de su anatomía que ya estaba dura y excitada por su mirada.

¡Paciencia!, se recordó de nuevo.

Se acostó a su lado y se regocijó al contemplarla. Lo estaba volviendo loco. Su vientre plano, sus esbeltas piernas y el edén que habitaba entre ellas: una mata de

rizos negros en el que anidaba el paraíso para cualquier hombre.

—Eres perfecta —le dijo con reverencia.

—No, no lo soy; además, tengo los pies grandes.

Eleanor se ruborizó hasta las cejas, y Nicholas no tuvo más remedio que soltar una carcajada por la mueca que había hecho al referirse a sus pies.

—Toda tú eres perfecta. No discutas conmigo en eso; créeme, me estás volviendo loco.

—¿Loco? —preguntó Eleanor preocupada.

—Loco de deseo, Eleanor, loco de deseo.

Sin poder contener más su ansia de ella, la besó con un beso cálido y suave, que se tornó rápidamente en húmedo y perturbador cuando sitió la mano de Eleanor explorando su torso. Jamás imaginó que su simple contacto, el simple roce de su piel, le hiciera perder el control de sus sentidos y lo enardeciera y consumiera sin remedio.

Eleanor enlazó su lengua con la de él, en una danza carente de pudor que hacía que Nicholas se alejara de su boca, sólo unos segundos, los suficientes para soltar un gemido desesperado, que hacía más difícil contener la sublime desesperación que lo impulsaba a seguir deleitándose con su hermoso cuerpo. Quería recorrerlo de principio a fin, hasta que cada poro de su piel estuviese rendido al deleite de la pasión.

Eleanor sentía que la cabeza le daba vueltas. Sentía a Nicholas por todas partes. Sus manos, su pecho, su lengua, sus piernas enlazadas a las suyas. El calor que manaba de su cuerpo la estaba asfixiando con una dulce tortura. Quería algo que ni siquiera sabía qué era, pero que, con absoluta certeza, desesperaba por alcanzar.

—Por favor...

Nicholas bajó por su cuello y la besó con una lentitud enloquecedora, hasta asaltar con sus labios un pezón. Eleanor gimió ante la dulce y excitante sensación que la recorrió entera, como un cosquilleo que, *in crescendo,* se apoderaba de su cuerpo con una furia salvaje. Nicholas le succionó el pezón: lo chupaba, lo lamía, lo mordisqueaba, hasta que ella se arqueó de placer, con un sollozo entre sus labios.

Le dedicó al otro pezón la misma atención, mientras su mano acariciaba el interior del muslo hasta encontrar la suave y aterciopelada entrada que ya se encontraba húmeda para él. La pronta respuesta de Eleanor a sus caricias casi le hizo perder el juicio.

—Por favor, por favor —le suplicó Eleanor, mientras sus caderas se apretaban contra su mano.

Nicholas introdujo un dedo en su interior, lo que la enardeció aún más, mientras que, con el pulgar, encontró e incitó el pequeño capullo rosado que la llevaría al

borde del éxtasis.

Eleanor sentía la respiración cada vez más agitada. ¡Dios mío, eso era hacer el amor!, pensó, ¡era lo más increíble y maravilloso que había experimentado jamás! ¡Y lo más desesperante! Al principio, había querido controlarse; pero, a los dos segundos, en cuanto Nicholas tomó posesión de su cuerpo con todo su ser, ya ni siquiera había sido capaz de pensar. Su cuerpo exigía, pedía a gritos que la liberara de la agonía, de esa maravillosa agonía en la que estaba sumida.

Rogó a Nicholas, una y otra vez, que acabara con su tormento, porque lo necesitaba. ¡Dios santo! ¡Cuánto lo necesitaba!

Nicholas sabía que Eleanor estaba más que preparada para recibirlo. Quería alargar esos instantes para darle el mayor placer posible, pero, al sentir sus manos sobre él, sus delicados dedos que se clavaban en su carne, sus labios en su cuello, sus gemidos carentes de inhibición y su cara expresando el más puro éxtasis, perdió el poco control que le quedaba. Se acomodó entre sus piernas, la penetró lentamente, hasta que sintió la prueba de su inocencia, su virginidad. Un suspiro de placer salió de sus labios: ella no le había mentido esa vez. Rogó para que el dolor, que sabía le provocaría, fuese el más leve posible. Por nada del mundo quería que ella sufriera, pero sabía que no había otra forma.

—Eleanor, rodéame con tus piernas.

Eleanor así lo hizo, mientras posaba sus propios ojos iluminados por la pasión en los de su esposo. ¡Su esposo! En unos instantes lo sería totalmente.

Nicholas la penetró con una fuerte embestida y arrancó un grito de sus labios. Ni siquiera podía moverse, por temor a derramarse dentro de ella como un colegial con su primera amante. Ese estrecho pasadizo, que lo envolvía como un guante, lo había dejado temblando. Nada, en toda su vida, lo había preparado para lo que estaba sintiendo.

Levantó la cabeza y miró a Eleanor a la cara. Tenía las mejillas húmedas por las lágrimas vertidas.

— Lo siento, Eleanor, pero la primera vez siempre es dolorosa para una mujer. Si hubiera habido alguna forma de evitarlo, lo habría hecho.

— Shh, lo sé —le dijo Eleanor, mientras con su pequeña mano le tocaba la mejilla y le acomodaba el pelo con ternura.

Nicholas pensó que nunca se había sentido tan vulnerable como en ese momento. Totalmente dentro en ella, su dulzura lo estremecía hasta la última fibra de su ser.

—Ámame, por favor, por favor —le suplicó Eleanor, desesperada.

Nicholas no necesitó más. Salió de ella hasta el extremo y volvió a hundirse, con lentitud, en el suave pasadizo. Eleanor abrió con exageración los ojos, al sentir el placer que ese movimiento le había provocado. Nicholas siguió embistiéndola, una y

otra vez. Al principio, lentamente, y luego, cuando Eleanor copió su movimiento y le arrancó gruñidos de placer, fue más deprisa, hasta casi perder la cordura.

—¿Qué me has hecho Eleanor? ¡Por Dios, me estás matando!

Eleanor ni siquiera podía hablar, se aferraba a Nicholas con todas sus fuerzas en un intento por salvarse de aquella vorágine. Se sentía perdida y, al mismo tiempo, en el lugar preciso. Se sentía mimada, asustada y amada, pero, por sobre todo, irremediablemente enamorada. El tumulto de emociones que la envolvían la estaba volviendo loca.

De repente, se estremeció, inmersa en un cielo de estrellas fugaces, deseosas todas de atravesar el firmamento con sus brillantes estelas. Pasaron ante sus ojos y la transportaron a un mundo irreal, donde sólo existían ellos dos. Cada poro de su piel agonizaba con un placer exquisito, que embriagó hasta el último resquicio de su existencia.

Nicholas sintió a Eleanor que se estremecía, alcanzaba el clímax y gritaba su nombre entre sollozos. En ese mismo instante, se unió a ella con un rugido de increíble satisfacción. Todo había terminado y Eleanor deseaba, con todas sus fuerzas, gritarle cuánto lo amaba. Sin embargo, se limitó a abrazarlo cuando Nicholas cayó, exhausto, entre sus brazos.

Cuando parecía que el tiempo se había detenido para los dos y que el silencio se había adueñado de sus sentidos, Nicholas la arrastró consigo, hasta colocarla a su lado con su cabeza apoyada bajo su barbilla.

Con un suspiro, admitió, para sí, que el sentimiento que tanto había esquivado en el pasado, se había instalado de nuevo en su interior. Le fue difícil reconocer esa euforia, esas ganas de sonreír y de ponerse a escribir sonetos como un tonto imberbe; le fue casi imposible aceptar ese sentimiento, tan antiguo como universal: la felicidad, porque no podía negar que, por primera vez durante mucho tiempo, era feliz. Eso se lo debía a su pequeña y hermosa esposa que yacía, confiada y dormida entre sus brazos. No quería cerrar los ojos, porque sabía que, a la luz del día, las dudas y los recuerdos asaltarían su interior como las raíces de un árbol, y se enredarían en su corazón para apartarlo de esa calidez y sumergirlo de nuevo en la fría y húmeda niebla que, durante un año, había habitado en su alma.

Estrechó a Eleanor con más fuerza e inhaló el aroma a canela y flores silvestres que desprendían sus cabellos. Ojalá las horas se durmieran también, se dijo, para poder disfrutar de aquel momento por más tiempo. Si pudieran desaparecer las dudas con las que aquella mujer, su mujer, enredaba sus pensamientos... Si tan sólo fuera posible que el último año hubiese sido un mal sueño...

* * *

Las luces del alba se filtraban por los cristales que sacaban de su mortecina palidez a la acogedora habitación que les daba cobijo y descanso a los esposos.

Nicholas pensó en la noche que habían compartido, y sus labios esgrimieron una amplia sonrisa. Quizás, pudiesen empezar el día de la misma forma. Se acercó a Eleanor, que durante algún momento de la noche, se había vuelto de espaldas a él y estrechaba su cadera a la suya.

Estaba profundamente dormida y en extremo hermosa. Hecha un pequeño ovillo, parecía una niña. Le rozó un mechón de pelo que se deslizó como la seda entre sus dedos. Luego, le apartó el resto de la cabellera para besarla en el cuello y, de pronto, se quedó frío como el hielo.

Al levantarle el cabello, había dejado al descubierto su espalda. Un ramalazo de violencia irracional circuló por sus venas al ritmo de su corazón, desbocado como un potro salvaje. Lo que vio, le enturbió los sentidos y paralizó sus extremidades. La piel lacerada de la espalda, sin duda, debido a un maltrato inhumano, le hizo perder los estribos. Había visto en su vida, como miembro del Cuerpo de Inteligencia, suficientes hombres marcados por la mano del látigo como para dudar de lo que veía. ¡Dios mío! ¿Qué le habían hecho? Tuvo que morderse la lengua para no proferir el rugido ensordecedor que contenía en su pecho con mano férrea. Cuanto más tiempo permanecía mirándola más se resquebrajaba su autodominio. Pensar en lo que habría tenido que soportar, le produjo un dolor sordo como si le clavasen mil puñales. Su respiración se volvió trabajosa, y sus manos se cerraron en dos puños, listos para asesinar al canalla que le había hecho daño. Necesitaba pensar, tranquilizarse. Si Eleanor despertaba y lo encontraba en tal estado, la asustaría, y sería incapaz de hablar con coherencia; hasta el último rincón de su ser clamaba venganza y sangre. La sangre del bastardo que había osado tocarla, maltratarla. Sin saber cómo, se levantó de la cama, se puso la bata y salió de la habitación.

* * *

Eleanor despertó, lentamente, del sueño más hermoso que jamás había tenido. Por supuesto, ese sueño tenía que ver con Nicholas, su marido. Había sido increíble la noche que habían pasado juntos. Gail no había llegado a contarle la parte de los fuegos artificiales y el tumulto de emociones que embargaban después. Con seguridad, pensaría que eso debía descubrirlo por sí sola. Y, ¡oh, Dios! Había sido maravilloso. Nunca había pensado que podría estar tan cerca de otra persona y sentirla de aquella manera. Al mirarlo a los ojos, fue como si hubiese podido ver su alma. Fue lo más conmovedor que había experimentado nunca. Todos sus cimientos se habían bamboleado bajo sus manos, sus caricias y sus besos; pero debía tener cuidado de no confundir aquello con el amor, porque sabía que Nicholas no la amaba. ¿Quizás con el tiempo? Todo podía suceder, se dijo, y se animó un poco al

pensarlo. Se dio vuelta para contemplarlo, pero su lado estaba vacío. ¿Adonde había ido tan temprano? Las preguntas expresadas en sus ojos le fueron devueltas por su propio reflejo en el espejo que había al otro lado de la habitación. De repente, una idea lo bastante aterradora como para congelar el infierno, cruzó su mente. Volvió a darse vuelta y giró sólo la cabeza para ver su espalda en el espejo. Un pánico exacerbado corrió por sus venas. ¡Maldita sea! ¿Por qué ahora? ¿Por qué después de aquella noche? Sabía que, antes o después, eso debía ocurrir; pero no estaba preparada para ello. Y Nicholas ¿cómo habría reaccionado? Quizás no la hubiese visto, quizás sólo se hubiese levantado demasiado temprano. No, ¿a quién quería engañar? Era imposible que no le hubiese visto la espalda. ¿Por eso se había ido? ¿Le había causado repulsión? ¿Asco? ¡Cómo odiaba todo aquello! Si él la miraba con lástima o rechazo, no creía poder soportarlo; pero, antes de sacar conclusiones, tenía que averiguar qué pensaba; y para ello, tenía que encontrarlo.

Se puso el camisón del que Nicholas la había despojado antes de su noche de pasión, tomó la bata y se la anudó, con firmeza, a la cintura. Descalza para no hacer ruido, entró en la habitación contigua, la del Conde, que se conectaba con la suya. Estaba vacía y fría, con la cama intacta e impoluta. No había estado allí.

Salió al pasillo y bajó por las escaleras que conducían al piso inferior. Una tenue luz procedente de la biblioteca la condujo hasta ella. La puerta estaba entreabierta y le dejaba ver, sin ser vista, y comprobar si realmente se hallaba allí. Se asomó apenas para no delatar su presencia y observó a Nicholas que se paseaba de un lado para el otro, como un gato enjaulado. El pelo revuelto de tanto mesárselo le confería un aire más fiero, y su puño apretado a un costado evidenciaba lo que el resto de su cuerpo expresaba: que estaba furioso. Sin esperarlo, levantó su mano derecha y estrelló la copa de coñac, de la que había estado bebiendo, contra el interior del hogar y maldijo a viva voz.

Eleanor dio un respingo al oír que el fino cristal se hacía añicos, y sintió cómo se desvanecían sus esperanzas cuando lo oyó maldecir. Una furtiva lágrima rodó por su mejilla al comprender lo que había sucedido.

Su marido no sólo la odiaba, sino también la rechazaba. Su humillación y su impotencia le dieron fuerzas para subir, con sigilo, a su habitación. Sin poder permanecer allí por más tiempo, y ante la posibilidad de encontrarse cara a cara con él, se vistió rápidamente, recogió sus pertenencias y abandonó el que, por sólo un día, había sido su hogar. Le ahorraría a Nicholas la incómoda situación de tener que pedirle que se marchase. Con todo el dolor de su corazón, dejó atrás todo lo que más amaba, para salvarlo de sí misma.

Capítulo 19

Nicholas subió los escalones que conducían a la planta superior de dos en dos. Después de pasar más de una hora intentando tranquilizarse para hablar con Eleanor, sólo había conseguido volverse loco imaginando qué le habría pasado. Abrió despacio la puerta y entró en el dormitorio. Tenía que hablar con ella sin demora. Intentaría contener su rabia lo más posible, pero no podía dejar pasar ni un momento más sin saber.

La cama estaba vacía. Un presentimiento le asaltó los sentidos y puso en alerta hasta el último músculo de su cuerpo. Sin darse cuenta, apretó el picaporte de la puerta, que aún sujetaba en su mano, e intentó detener la sensación de que algo no iba bien. No tuvo que esperar mucho para comprobar que su instinto no lo había engañado. En el extremo de la habitación, el armario que guardaba la ropa de Eleanor estaba abierto y prácticamente vacío. El pánico lo dominó y asfixió la maldición que brotaba de sus labios. Eleanor se había ido.

La vena de su sien izquierda empezó a palpitarle de manera visible. ¿Cómo había podido irse? ¿Se había vuelto loca? Andar sola por las calles de la ciudad, cuando sólo acababa de despuntar el alba, era una soberbia estupidez. La posibilidad de que le hubiera pasado algo le carcomía las entrañas y lo enfurecía, mientras se vestía a toda prisa. No tenía idea por dónde empezar a buscar. Quizás se hubiese ido con Mary Beth. ¿Quizás más lejos? Estaba muy equivocada al creer que, porque pusiera tierra de por medio, iba a alejarse de él; jamás dejaría que se fuera de su lado.

Bajó a toda prisa e intentó comprender por qué había huido. Concentrado en sus pensamientos, ni siquiera se percató de la presencia de Gail hasta que casi la derribó en su apuro. Logró tomarla por los hombros a tiempo para evitar que cayera al suelo por el impulso del choque y la ayudó a mantener el equilibrio.

—¿Estás bien? —le preguntó al instante.

—Sí, milord, desde luego.

—Gail, ¿sabes dónde está Eleanor?

—¿En su habitación, milord?

—No, no está, se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó el ama de llaves alarmada.

—Ven —le dijo a Gail mientras la instaba a seguirlo al interior de la biblioteca.

Gail entró en la habitación con paso seguro y cerró las puertas tras de sí.

—¿Qué le ha hecho?

—¿Qué? —preguntó Nicholas sorprendido y enojado por la acusación de Gail.

—Me ha oído bien, milord; le he preguntado qué le ha hecho. Yo sé bien que Eleanor no se habría ido, y menos sin decirme nada, a no ser que usted la forzara a ello.

Nicholas endureció la mandíbula en un intento por contenerse.

—Gail, te juro que no estoy en condiciones de aguantar tus absurdas acusaciones. Hace apenas unos minutos, he descubierto que mi mujer se ha escapado y se ha llevado parte de sus cosas con ella, y no sé por qué lo ha hecho ni adonde ha ido. Así que, si sabes algo, este es el momento de decírmelo —le dijo, con una calma que le erizó los pelos de la nuca.

—¿Jura que no le hizo nada?

—Si vuelves a insinuar que yo le haría daño, no respondo de mí —le dijo Nicholas entre dientes.

Gail sabía que había llevado su suerte al límite.

—Es que Eleanor no se marcharía de esa manera. Ella nunca ha huido de sus problemas. Algo ha tenido que provocar esto.

Gail tuvo una idea que, poco a poco, fue cobrando fuerza en su interior.

—Anoche fue su noche de bodas.

—Sí.

—¿Y la vio... ya sabe, como Dios la trajo al mundo?

—¿Adonde quieres llegar? —preguntó Nicholas, que de nuevo estaba perdiendo la calma.

—¿Le vio la espalda?

Al escuchar esas palabras, Nicholas levantó con brusquedad la cabeza y la miró directamente a los ojos.

—Sí, pero ella estaba dormida, no pudo saber que yo la había visto.

—Pues, milord, de alguna manera se lo imaginó.

—¿Y por qué tendría que irse por eso?

—Pues porque debió de haberse sentido avergonzada y humillada. Seguramente, tuvo miedo de que usted la rechazara por ello.

Nicholas no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Pero eso es absurdo!

—Créame, para ella no lo es —le dijo Gail con total convencimiento—. Además, sabía que usted le haría preguntas que no estaba dispuesta a responder.

—¿Por qué?

—Me dijo que si lo hacía, si descubría lo que le había pasado, no sería capaz de mirarlo a la cara. Prefiere su desdén a su lástima, milord.

Nicholas ya no pudo aguantar más. Salió de detrás de su escritorio y se acercó a Gail.

—¡Maldita sea! ¿Qué fue lo que le pasó? ¡Dímelo!

—No puedo.

—Si no lo haces...

—¿Qué hará, despedirme? ¿Echarme?

—¿Por qué crees que haría eso? Sé lo que significas para Eleanor. No sería capaz de alejarte de ella.

Gail vio la verdad en sus ojos negros.

—Usted la quiere, ¿no es cierto? ¡Dios mío! Ella cree que la odia.

—¿Odiarla?

—Sí, por lo que le dijo aquella noche.

La cara de Nicholas se endureció como el granito.

—No me contó el contenido de la conversación —se apresuró a aclararle Gail—, pero me contó que le había dicho cosas horribles para que usted se alejara, y que por ello, nunca la perdonaría.

Nicholas le dio la espalda y se acercó a la ventana.

Gail sabía que si no hablaba, algo importantísimo se perdería para siempre. Estaba claro que tanto el Conde como su Eleanor estaban a punto de echar su vida a perder por no aclarar los malentendidos que los mantenían separados. Sabía que, quizás, Ellie nunca la perdonaría por lo que estaba a punto de hacer, pero la quería como a una hija y sabía cuánto amaba ella a ese hombre; y también sabía que él la correspondía. La felicidad de Ellie estaba en juego, y ella haría lo posible para que su pequeña la alcanzara, aunque eso significara perderla para siempre.

—Ella le dijo aquellas cosas para salvar a su madre y a su hermano.

Nicholas giró hacia ella.

—¿De qué hablas?

—El duque de Lavillée y su sobrino... la amenazaron —dijo al fin Gail, le costaba

un mundo pronunciar cada palabra—. Lavillée se casó con la madre de Eleanor por el dinero. Lo tenían todo planeado, pero no contaban con que el padre de Ellie le había dejado a ella la mitad de la fortuna como herencia en fideicomiso; cuando lo averiguaron, pensaron que la solución era que Danvers se casara con ella. Sabían que Eleanor no accedería, así que la amenazaron.

—¿De qué manera? —preguntó Nicholas que sentía cómo su cuerpo se ponía más tenso a cada minuto.

—Le dijeron que su madre podría sufrir un accidente y que el pequeño Henry acabaría en un manicomio, con el soborno adecuado.

—¡Malditos hijos de perra! —exclamó el Conde sin poder contenerse.

—Y...

—¿Y? —preguntó Nicholas y temió la respuesta.

—También la amenazaron con hacerle daño a usted. Le explicaron lo fácil que sería que acabara muerto en algún callejón, como si lo hubiesen atacado un par de asaltantes. La obligaron a alejarlo de ella. Sabían lo que sentían el uno por el otro y tenían que deshacerse de usted, de una forma en que no hiciera preguntas.

—¿Por eso Eleanor hizo aquello?

—Sí, así es. Fui yo quien la recogió del suelo. Estaba sollozando como una niña cuando usted cruzó la puerta. Aquel día murió una parte de ella. No volvió a ser la misma.

Nicholas intentó controlar la furia ciega que sentía bullir en su interior por conocer toda la historia.

—Pero si consiguieron alejarla de mí, ¿por qué esa parodia de llevarla a París?

—Porque no podía casarse hasta cumplir los veintiuno. Era lo estipulado por su padre. La llevaron a París y la encerraron entre cuatro paredes como a un animal, hasta que pasara el año que los separaba de su codicioso dinero. Así la tenían controlada, para que nadie pudiera ayudarla, para que nadie pudiera hacer preguntas molestas.

—¿Qué pasó después?

Gail negó con la cabeza.

—Lo siento, pero ya he dicho más que suficiente.

Nicholas la tomó de los brazos.

—Gail, por favor, necesito conocer el resto.

Gail levantó la vista ante sus últimas palabras. Vio el dolor en sus ojos y supo que aquel hombre sufría en ese momento, como ella había sufrido por Eleanor. Se merecía saber, comprender. Con un suspiro, que pareció salir de su alma, continuó la

historia.

—Ellos mataron a su madre. La llevaron a Lille. Lavillée dijo que el aire del campo le haría bien. Luego, sorpresivamente la internaron en un hospital. Lo hicieron de tal manera que pareció un accidente. Láudano, ¿sabe? Tenía que haber visto a Eleanor ese día; no había nada ni nadie que pudiera consolarla, porque se sentía culpable por no haber podido protegerla. Creí que se derrumbaría, pero siguió aguantando por Henry.

Nicholas bajó las manos con lentitud y se aferró al borde de la mesa con fuerza. Sentía deseos de romperles el cuello a aquellos bastardos.

—Pero lo peor fue cuando descubrí un telegrama procedente de Londres. Decía que Henry había muerto de unas fiebres. Lo mandaba el director de Bedlam.

Eso último hizo que Nicholas sintiera cómo se le contraían las entrañas con un dolor sordo y agonizante.

Gail se acercó un poco más a él, como si fuera a susurrar sus próximas palabras.

—Pobrecita mi Eleanor, ¡Dios! Cuando se lo dije, pensé que se volvería loca, pero reaccionó de una forma tan calmada que me dio miedo. Era como si, al contarle aquello, la hubiese dejado vacía. Sus ojos vidriosos me miraron y, durante unas horas, nada la hizo reaccionar. Cuando, por fin, pareció volver en sí, me dijo que no nos quedaríamos allí por más tiempo, que ya nada importaba, que no dejaría que ellos se salieran con la suya. Nos ayudó alguien de dentro y escapamos. Por desgracia, a las pocas horas de partir, nos encontraron.

—¿Qué pasó entonces, Gail?

Esa parte era la más difícil de contar, y la doncella sabía que, después de hacerlo, no habría vuelta atrás. Sin embargo, ya había llegado demasiado lejos como para retirarse.

—Lavillée le dijo que le mostraría lo que les pasaba a quienes intentaban engañarlo. Mandó a Danvers al cuarto de Eleanor, y le pegó una paliza brutal. Cuando me dejaron entrar, casi no la reconocía. La había golpeado con una fusta de montar, también con los puños; le había propinado patadas y fracturado varias costillas.

Nicholas pensó que se volvería loco si escuchaba una palabra más, pero tenía que saberlo todo.

—Sigue.

—Aquella primera vez, Eleanor sufrió una infección por las heridas en la espalda. Yo no soy médica, pero hice lo que pude. Sin ninguna duda, fue Dios quien la salvó. Deliraba de fiebre, y yo sabía que no quería luchar. Entonces le grité y le dije que si me dejaba, jamás la perdonaría; le grité que era una egoísta. ¡Qué Dios me perdone! Y cuando creí que no había nada más que pudiera decirle, le susurré su nombre,

milord.

Nicholas sintió arder la garganta, al tiempo que un leve escozor se adueñaba de sus ojos.

—Yo sabía cuánto lo amaba y..., ella abrió los ojos y me miró. Entonces supe que lucharía, ¿comprende?

—Sí —contestó Nicholas en un susurro estrangulado. Se le había roto el alma al oír las últimas palabras de Gail y comprender que había sido el mayor estúpido del mundo. Los remordimientos por su comportamiento lo dominaron y lo hicieron sentir como una sabandija. Eleanor, su esposa, era la mujer más valiente, íntegra y generosa que había conocido jamás. No se merecía una mujer como aquella, de la que había desconfiado y a quien había acusado, como un imbécil. No merecía su perdón, y mucho menos su amor, el que seguro había matado con su comportamiento.

En ese instante, se juró a sí mismo que dedicaría el resto de su vida a recobrar su afecto y a devolverle toda la felicidad que merecía, la misma que esos dos bastardos le habían arrebatado. Habría dado su brazo izquierdo por tener un momento a solas con ellos para poder matarlos con sus propias manos. Desgraciadamente, ya estaban muertos.

—Cuando Lavillée y Danvers murieron en aquel naufragio, quedamos libres y vinimos aquí, sólo el tiempo necesario para arreglar los asuntos de Eleanor. El resto ya lo sabe.

—Sí, lo sé —dijo Nicholas con un dejo de pesar—. Lo sé. Gail, ¿sabes adonde puede haber ido?

Gail, que conocía a Eleanor desde que era una niña, tuvo un presentimiento.

—¿Adonde iría usted si se encontrase perdido?

¡Maldita sea, cómo no lo había pensado antes! Le dio un beso sonoro a Gail en la mejilla y salió corriendo.

Nicholas abrió la puerta del que había sido el hogar de Eleanor. Rogaba que estuviese allí, que no se hubiese equivocado. ¡Por lo más sagrado que revolvería cielo y tierra hasta encontrarla!

Entró en el vestíbulo y cerró, lentamente, la puerta de entrada. Mientras subía por la escalera que conducía a las habitaciones, una tenue luz, procedente de la biblioteca, llamó su atención. Bajó los pocos escalones que había ascendido y, cuando llegó frente a la puerta color caoba, la empujó y contuvo la respiración, como si así pudiese hacer realidad su deseo. Eleanor estaba acurrucada en un enorme sillón al lado de la lumbre, y estaba dormida. Con los pies recogidos debajo de su falda, como buscando un poco de calor, parecía tan vulnerable y frágil que sintió el poderoso impulso de protegerla de todo lo que pudiese lastimarla.

Jamás dejaría que le hicieran daño. Antes, tendrían que acabar con él. Las manos le

temblaron cuando, al inclinarse sobre ella, le apartó unos mechones de su sedoso cabello que ocultaban parcialmente su rostro. Aún dormida, Eleanor, confiada, dejó reposar la mejilla sobre su mano y se acomodó en el hueco de su palma. Nicholas sintió que se desgarraba por dentro y, sin poder contenerse más, impulsado por una fuerza interior que le exigía tocarla, protegerla y amarla, la tomó con suavidad entre sus brazos y se sentó sobre el mismo sillón, mientras la acunaba en su regazo como a una niña pequeña. Eleanor suspiró a escasos centímetros de su cuello en el que había encontrado el lugar perfecto para acurrucarse. Ese aliento cálido y dulce lo estremeció. La estrechó más contra su pecho y veló el sueño de la única mujer de la que se había enamorado en su vida, la única que le había robado el corazón sin remedio, sin esfuerzo, la única que le había devuelto la luz a su sombría existencia.

Capítulo 20

Eleanor despertó con una tremenda sensación de seguridad. Era como si hubiese retornado a su infancia en la que todo parecía posible, sin problemas ni preocupaciones, sin posibilidad de defraudar a nadie.

Sus entumecidos músculos se negaban a responder, cómodamente abrigados por un calor extraño, pero conocido. Abrió los ojos dispuesta a enfrentarse a lo ocurrido horas antes, cuando el mayor de sus temores se materializó ante ella. Dio un respingo, lo bastante grande como para soltarse de los brazos que la rodeaban. Nicholas no se lo permitió.

—¿Qué... qué haces aquí?

—He venido a buscarte y a llevarte a casa. ¿Has olvidado que eres mi esposa? —le preguntó, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Pero yo creí... por la mañana... te vi en la biblioteca —dijo por fin como si eso lo explicara todo.

—¿De qué diablos estás hablando?

Eleanor sabía que debía aclarar aquello por el bien de los dos.

—Cuando me desperté, no estabas; así que fui a buscarte. Pensé que te habías ido por... —Eleanor cerró los ojos y tomó aire para seguir con lo que iba a decir. No quería pronunciar las palabras, no quería ver la expresión de sus ojos, pero la espera la estaba matando. Quería acabar con todo lo que sentía en ese momento porque, entre sus brazos, recordaba la noche anterior, sus caricias, sus besos, todo lo que siempre había anhelado, y la posibilidad de pérdida era mucho más dolorosa.

—Vi como maldecías y pensé que era por... por mis...

—¿Cicatrices? —preguntó Nicholas enojado.

Eleanor sintió una opresión en el pecho. Desde un principio sabía lo que acabaría ocurriendo; pero, al ver la expresión de su marido, como si quisiera matar a alguien, supo que el momento había llegado. La espera había concluido, al igual que la posibilidad de una vida en común.

—¿Me... me viste? Lo siento —le dijo mientras no dejaba de mover las manos en su

regazo—. No sé por qué has venido. Me fui esta mañana para evitar una desagradable escena. Sé que me odias, pero, por favor, no me lo hagas más difícil. Yo desapareceré de tu vida y...

Nicholas no pudo seguir escuchando ni un segundo más. La apretó por los brazos y la obligó a mirarlo fijo a los ojos.

—Ni una palabra más.

—¿Qué? —le preguntó Eleanor desconcertada.

—Escúchame bien, Eleanor. Esta mañana, cuando me viste y me oíste maldecir, era porque estaba furioso. Quería matar al maldito bastardo que te había lastimado. Me fui de tu lado porque necesitaba tranquilizarme antes de preguntar, pero eso no fue nada comparado con lo que sentí cuando subí al dormitorio y vi que te habías ido. Si vuelves a hacer algo parecido, te juro que no podrás sentarte en más de una semana.

—¿Estás enfadado?

—¿Enfadado? ¡Dios, Eleanor! Casi me muero de angustia. Te veía tirada en algún callejón, herida o algo mucho peor. Si no hubiera sido por Gail, todavía estaría buscándote como un loco.

—¿Gail?

—Sí, Gail. Creía que yo te había hecho algo. Estaba muy preocupada por ti. No podía entender por qué te habías ido de esa manera y, con franqueza, yo tampoco.

Eleanor, que ya empezaba a asimilar las asombrosas palabras de Nicholas, intentó evitar el asunto.

—Es demasiado complicado. Por favor, deja las cosas como están, por favor.

A pesar de la súplica que Nicholas veía en sus ojos, no podía dejar las cosas así; no podía consentir que ella siguiera huyendo, escondiéndose de él.

—No puedo —le dijo y la miró directamente a los ojos.

—¿Por qué? —preguntó Eleanor, cuya voz destilaba un profundo y amargo dolor.

—Porque te amo, Eleanor. ¿Me oyes? Te amo.

Eleanor empezó a sollozar sin control. No podía dar crédito a lo que había escuchado. Nicholas había dicho aquellas palabras sin pensar. Le habían salido de forma espontánea, impulsiva y honesta, porque la amaba, como jamás hubiese creído posible. Sin embargo, esa no era precisamente la reacción que él esperaba ante su declaración. La abrazó y la acunó, mientras intentaba apaciguar su llanto que, lejos de extinguirse, parecía crecer a pasos agigantados.

—Eleanor, amor mío; por favor, no llores, me rompe el alma verte así.

—Es que... yo...

—¿Tú, qué?

—Yo no te he contado...

—Lo sé.

Eleanor levantó la cabeza de su regazo, con la rapidez de un rayo, y lo miró con incredulidad.

—Sí —continuó—. Sé lo de París; sé por qué me dijiste aquello antes de irte, y lo comprendo.

Con dulzura, Nicholas secó la mejilla húmeda de su mujer con las yemas de los dedos.

—Entiendo por qué no me lo contaste antes, pero hubiera dado lo que fuera por estar a tu lado y evitarte todo el sufrimiento. Jamás, jamás vuelvas a alejarte de mí. Te necesito.

Sin dejarle tiempo a responder, Nicholas se acercó a escasos centímetros de su boca, cuando las últimas sílabas resonaban todavía en el aire. Dulcemente la besó, como una caricia, como un susurro. Se tomó todo el tiempo del mundo y se deleitó con su sabor, la más excitante de las ambrosías.

Eleanor le echó los brazos al cuello y ahondó el beso; entreabrió un poco sus labios para que él pudiese saborear su boca a placer.

Nicholas sintió que le temblaban las manos. Ya había liberado sus sentimientos, aquellos que tanto le había costado ignorar, y entonces, su necesidad de ella no tenía límites. La deseaba en ese momento con desesperación, con urgencia, con la absoluta convicción de que, si no la hacía suya en ese mismo instante, su deseo lo mataría.

Ante esa urgencia extrema, comenzó a desabrocharle los botones del vestido, se lo bajó hasta la cintura y expuso sus preciosos pechos ante sí. Los acarició y los veneró hasta quedar exhausto. Bajó sus labios hasta ellos y jugueteó con su lengua, dibujó círculos alrededor de su pezón y lo mordisqueó con sus dientes en una exquisita degustación.

Eleanor arqueó su cuello hacia atrás y gimió sin control, rogó para que la dulce agonía que Nicholas le estaba provocando no tuviera fin. La mano de él, que había seguido su ascensión entre sus muslos, encontró la húmeda entrada impregnada del néctar más puro, del afrodisíaco más potente. Introdujo un dedo en su interior, estimuló con su pulgar el montículo que coronaba su sexo y le impuso un ritmo enloquecedor que la hizo palpitar entre sus dedos.

Eleanor no podía ni quería dejar de sentirse así. Lo que Nicholas le hacía la estaba volviendo loca. Casi no podía respirar; se apretó contra él, estrechó su cadera a su mano como si tuviera voluntad propia y sollozó de placer por alcanzar la liberación que sabía llegaría al final.

Nicholas se desabrochó el pantalón y dejó al descubierto su enorme erección.

Sintió cómo Eleanor la estrechaba entre sus manos y le producía instantáneas sacudidas de placer por todo el cuerpo. Demasiadas. Si no la detenía, todo aquello acabaría demasiado pronto.

—Eleanor, cariño, si sigues tocándome así, terminaremos en un minuto; y quiero estar dentro de ti más que nada en este mundo.

La colocó a horcajadas sobre él, la tomó por las caderas y acomodó su erección a la entrada del estrecho pasadizo, deseoso de sentirse atrapado por él. Al comprender su intención, Eleanor bajó las caderas con un movimiento lento e insinuante, que hizo que Nicholas mascullara entre dientes.

Cuando estuvo totalmente llena de él, tanto que pensó que estallaría, se inclinó hacia adelante para besarlo de manera lenta y sensual. La ola de placer que la recorrió entera al realizar ese movimiento, como si se fragmentara en mil pedazos, la hizo gemir entre sus labios, y sintió que Nicholas entrecortaba su respiración con un gruñido desesperado.

Consciente de ser ella la que había provocado esa reacción, además de la suya propia, descubrió el poder de su sensualidad, que ahora tenía a su alcance.

Comenzó a moverse copiando su anterior movimiento, hacia adelante y hacia atrás, arriba y abajo. Al principio, con timidez, después con salvaje frenesí. Su corazón latía a tal velocidad, y su respiración estaba tan agitada que pensó que se desmayaría. Se aferró a Nicholas como un ancla en mitad del océano y suplicó que terminara, por fin, con ese maravilloso tormento.

Nicholas, que había tenido que recurrir a todo su autocontrol para no derramarse dentro de ella a la primera embestida, metió la mano entre ambos cuerpos y comenzó a acariciarla y estimularla. Cuando sintió los primeros espasmos que recorrieron la vagina de Eleanor, pensó que un millón de olas lo transportaban hasta el infinito; enterró la cara en su cuello, lo que le hizo perder el norte y le arrancó del pecho el más profundo rugido de satisfacción, mientras su semilla se extendía, dentro de su mujer, con urgente necesidad.

Después de eso, permanecieron fuertemente abrazados y perdieron la noción del tiempo. Intentaron calmar sus desacompasadas respiraciones hasta que los corazones volvieran a danzar con absoluta normalidad y fueran capaces de hablar.

Nicholas intentó salir de su interior, pero Eleanor se lo impidió y se apretó contra él.

—¿Eleanor?

Eleanor lo miró a los ojos. Con algunos rizos empapados en sudor y el rubor provocado por la pasión tiñendo sus mejillas: estaba más hermosa que nunca.

—Quiero sentirte dentro de mí, mientras te digo lo que siento.

Su pequeña mano se posó en su mejilla y se deslizó por su rostro, como si lo

estuviera esculpiendo, memorizándolo para no olvidarlo nunca.

—Te amo, siempre te he amado y siempre te amaré —le dijo mientras la emoción la hacía temblar—. Eres el amor de mi vida. Estuviste conmigo en París, en todo momento, aquí —le dijo Eleanor, mientras señalaba el lugar que ocupaba su corazón en su pecho—. Tú me salvaste la vida y me arrancaste de las garras de la desesperación cuando creí que no me quedaba nada por qué luchar. Por las noches, cuando no conseguía dormir, cerraba los ojos y evocaba tu rostro, como en un sueño, y por esos breves instantes encontraba la paz. Nicholas, nunca dudes de mi amor, porque por ti, daría mi vida.

Nicholas sintió caer cada uno de los muros construidos a su alrededor: muros levantados ante el odio de su padre, el sufrimiento de su madre, la inútil pérdida de su hermano y la cínica actitud que lo había conducido a todo lo demás. Sintió resquebrajarse el hielo que atenazaba su alma con cada una de las palabras pronunciadas por Eleanor, que actuaban como los rayos del sol en un día de verano sobre un desierto ártico. Se sintió renacer en la más pura dicha, los ojos se le humedecieron ante el regalo más preciado, que jamás hubiese imaginado recibir: el amor de aquella maravillosa, dulce e inocente mujer que, por la razón que fuera, estaba destinada a él. Ahora era suya. Su mujer, su amiga, su amante, su mundo entero.

Eleanor apenas se movió en su regazo, pero fue suficiente para sentir que el deseo por su esposa volvía a correr por sus venas. Sintió que volvía a ponerse duro en su interior. Parecía que su necesidad por ella no acababa nunca. La tomó por debajo de los brazos, la levantó consigo y la llevó delante del hogar, donde una alfombra tendría que hacer de lecho.

Hizo que lo rodeara con las piernas y empezó a embestir, una y otra vez, con una danza de lujuria y pasión desenfrenada. La oía gemir mientras le clavaba las uñas en su espalda. Sus piernas, sus esbeltas y suaves piernas que actuaban como tenazas, lo abrazaban por completo; lo retenían, lo empujaban y lo conducían una y otra vez, a su interior.

Con una violenta y poderosa embestida, los llevó a ambos al cielo y gritaron en un orgasmo sin igual; él gritó su nombre, ella proclamó de nuevo su amor.

Cuando la niebla de la pasión empezó a desaparecer de su mente, la miró a la cara y vio los surcos producidos por las lágrimas que, en silencio, Eleanor no paraba de derramar.

—Lo siento, Eleanor, ¿estás bien? ¿Te he hecho daño?

Eleanor no podía dejar de llorar por la dicha que embargaba su corazón, al que creía desahuciado para siempre, de por vida. Acarició las facciones de su esposo muy despacio, como si fuera la brisa marina en una tarde de otoño, mientras una sonrisa iba naciendo y creciendo en sus labios.

—Estoy bien.

—Entonces ¿por qué lloras?

—Porque me has hecho la mujer más feliz del mundo. Porque jamás pensé que pudiera existir algo tan hermoso. Te amo.

Capítulo 21

Habían pasado cuatro semanas desde aquel maravilloso día en que Nicholas había ido a buscarla y le había dicho que la amaba. Desde entonces, todo había ido sucediendo como en un sueño, y Eleanor permanecía en una nube, de la que no deseaba bajar. Al principio, estaba totalmente asustada, porque creía que todo desaparecería en cualquier momento, como un castillo de naipes que se desploma ante la brisa; pero, poco a poco, día a día, el amor y la continua dedicación de Nicholas, quien la complacía hasta en el último de sus caprichos, hicieron menguar ese miedo; hasta que no fue más que un fantasma, una ilusión que apenas si se filtraba en sus pensamientos.

Durante esas cuatro semanas, había sido más feliz que nunca. Las noches que compartían juntos, haciendo el amor, abrazándose hasta el amanecer, eran más hermosas de lo que hubiera podido imaginar. A causa de esas noches, se encontraba bastante agotada por la mañana. Llevaba varios días sintiéndose indispuesta. Los mareos eran continuos, y el estómago no parecía capaz de retener nada de lo que comía.

Al principio, pensó que estaba enferma y se lo ocultó a Nicholas. No quería preocuparlo, y menos perturbar la felicidad que se había instalado en sus vidas y que tanto deseaba conservar. Por lo tanto, sin decir nada a nadie, el día anterior había ido a ver al doctor Harper. Había sido el médico de su familia durante los últimos veinte años, y sabía que podía confiar en él. Cuando le dijo que no debía preocuparse, que no estaba enferma, fue como si le hubiesen quitado un peso de encima.

—Entonces ¿qué me pasa?

—Nada que no sea normal en una mujer casada. Está embarazada.

¡Embarazada! Desde que se había enterado de que estaba esperando un hijo, sentía un tumulto de emociones que la tenía exhausta. Sentía alegría, emoción y también miedo: ¿sería una buena madre?, ¿sabría dar a su hijo lo que necesitaba? Amor, sabía que no le faltaría.

Ella recordaba que, a veces, de niña, habría dado lo que fuera por un beso, un abrazo o una simple caricia de su madre. Había anhelado sus mimos más que cualquier otra cosa. Mientras su padre estuvo vivo, había sido él el que la había

hecho vivir; la levantaba con sus brazos, la hacía dar vueltas sin parar, la sostenía sobre sus rodillas mientras le preguntaba qué había hecho durante el día. Era el que le daba un beso de buenas noches y la abrazaba cuando las pesadillas la despertaban.

Después de la muerte prematura de su padre, todo eso desapareció, como si sólo se hubiese tratado de un espejismo. Por esa razón, se había jurado, hacía ya mucho tiempo, que su hijo sentiría el amor de su madre siempre.

Con un suspiro, volvió al presente. Sabía que debía contárselo a Nicholas; sin saber por qué, todavía no había sido capaz de hacerlo. En realidad, no temía su reacción. ¿O quizás sí?

No habían hablado de tener hijos, y no sabía qué pensaría al respecto. Eso la estaba poniendo nerviosa, lo suficiente como para tener que hacer varias inspiraciones más para desterrar las arcadas que la asediaban.

Esa mañana había quedado en verse con Mary Beth y su madre. Faltaban sólo dos días para la fiesta de compromiso de su amiga, y habían hecho planes para ir a recoger los vestidos que madame Lorraine les había hecho para tan especial ocasión. Después de eso, visitarían también algunas tiendas más elegantes de Bond Street para comprar algunos complementos.

Eleanor sintió, de pronto, cómo unos brazos, fuertes y cálidos, la envolvían. Ni siquiera lo había oído entrar en el dormitorio.

—No podía esperar ni un segundo más para tenerte entre mis brazos —le dijo Nicholas mientras la besaba en el cuello.

— Pero si no han pasado quince minutos desde que me tuviste en ellos.

— ¡Dios mío! ¿Tanto? Es increíble que haya podido aguantar toda esa eternidad.

Eleanor soltó una carcajada mientras se daba vuelta hasta quedar frente a él. Nicholas la tomó por la cintura y la acercó, sin dejar espacios entre sus cuerpos.

—Eres un exagerado. Te estás pareciendo a Gail.

Nicholas arqueó una ceja.

— Cuando se trata de ti, nada me parece suficiente.

— Pues entonces, milord, tenemos un grave problema, porque me temo que yo también adolezco de la misma enfermedad.

— ¿Y qué me sugiere, milady, para remediarlo?

— Creo que lo mejor es que nos abandonemos a nuestros deseos.

Con una sonrisa en los labios, Nicholas bajó, lentamente, la cabeza para besarla.

—Sin duda, es la solución.

—Pero ahora, no —le dijo Eleanor mientras ponía sus dedos sobre los labios de Nicholas.

—¿No?

—No; he quedado con Mary Beth y su madre. Vamos a ir a recoger los vestidos para su fiesta de compromiso.

—Pues creo, milady, que antes de irse debería ocuparse de su marido, porque está sufriendo enormemente.

Eleanor le puso la mano en la frente para saber si tenía fiebre, como si de un niño pequeño se tratase.

—Pobrecito, de verdad.

—Eres muy astuta. Sabes a la perfección a qué me refiero, y no es a esa clase de sufrimiento.

—¿Que soy astuta? ¡Mira quién va a hablar!

—¿Me estás acusando de creer saberlo todo?

Eleanor hizo un mohín.

—Sí, exactamente.

La sonrisa de Nicholas se ensanchó.

—Bueno, en eso tienes toda la razón, y por eso mismo, sé que lo que debes hacer para acabar con mi agonía es quitarte el vestido y abandonarte a mis cuidados.

—Ni lo sueñes —le dijo Eleanor mientras ponía distancia entre ambos—. Mary Beth está a punto de llegar, y no puedo hacerla esperar. —Aunque sea lo que más deseo en el mundo, pensó para sí.

Nicholas sonrió aún más e hizo que sus ojos brillaran con un toque travieso. Sabía muy bien que a ella le era casi imposible resistirse a esa mirada. Como si de un felino se tratase, se acercó de manera sigilosa y provocó que Eleanor echara a correr y pusiera la mesita que servía de escritorio entre ambos.

—Vamos, Nicholas, déjame bajar —le dijo y se rió ante la cara de niño compungido que su marido le prodigaba.

Nicholas se hizo a un lado y la dejó pasar. Demasiado fácil, pensó Eleanor, pero no podía perder más tiempo, ya que a ese ritmo, nunca saldría de la casa.

Cuando pasó por su lado, Nicholas la tomó y la abrazó con sumo cariño.

—Ya te tengo.

— Oh, eres un tramposo.

— —Jamás dije que jugara limpio.

— ¡Nicholas!

—De acuerdo, de acuerdo, esperaré; pero necesito un beso, sólo uno que me haga soportable la espera.

—Está bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Cierra los ojos. Si me miras así, seré incapaz de parar después del beso, y entonces, señor Brame, estará metido en un buen lío.

—Muy bien —dijo Nicholas y levantó las manos en señal de rendición—. Ya los cierro.

Nicholas estaba esperando que su esposa lo besara cuando sintió sus pasos, a toda prisa, por el pasillo rumbo a la escalera. Nicholas corrió tras ella.

—¡Tramposa!

Eleanor lo miró desde el final de las escaleras.

—Lo aprendí de ti, cariño —le contestó—. Volveré dentro de un rato.

—Me las vas a pagar —le dijo Nicholas con una sonrisa.

—Estaré encantada de hacerlo —se apresuró a contestar Eleanor.

* * *

—¿Me está diciendo que no va a cumplir con su parte del trato?

Mackenzie deambulaba, con lentitud, por la extraña habitación de hotel en la que se alojaba su cliente.

—Exactamente.

—Espero que esto sea una broma de mal gusto.

—No, nada de eso. Cuando acepté el trabajo, usted no me informó que sería la esposa de Nicholas Brame a quien tendría que sacar del país.

—Y eso ¿en qué cambia las cosas?

—Oh, las cambia, y mucho. Lord Brame no es alguien con quien se pueda jugar. Ese hombre es peligroso.

El hombre con la cara desfigurada hizo una mueca de asco ante aquellas palabras.

—No me diga que tiene miedo.

—No es cuestión de miedo, es sentido común. En un negocio como éste, hay que pasar desapercibido, y saber cuándo retirarse. Este es el caso. Meterse con Brame es firmar la sentencia de muerte.

—¡Es sólo un hombre! —le contestó entre dientes, mientras se acercaba a él.

—Sí, pero muy poderoso, y con contactos. Es de los que puede aplastarlo en un

momento. Lo siento, pero lo dejo —le dijo tajante, y le devolvió el adelanto que le había dado por el trabajo.

—No puede hacer eso, hicimos un trato.

—Pues ya no existe —dijo Mackenzie y se fue hacia la puerta.

Su mano quedó suspendida en el aire, mientras sus ojos, abiertos como platos por la sorpresa, miraron, incrédulos hacia abajo. De su pecho salía el extremo de una espada. Sin poder hablar, sintió cómo todo lo que lo rodeaba se desvanecía poco a poco, y lo envolvía la más absoluta oscuridad. Había cometido el peor de los errores: uno que le costaría la vida. Había subestimado a aquel hombre.

—A mí nadie me engaña y vive para contarlo. Buen viaje, señor Mackenzie —le dijo mientras retorcía la espada en el interior de su víctima hasta acabar con ella.

El corazón empezó a latirle frenéticamente, mientras lo invadía una salvaje euforia. Mejor así, pensó. Deseaba ser él quien acabara con Eleanor. Y ahora, más que nunca, ansiaba hacerlo.

Eso no había sido un obstáculo, sino más bien una liberación. Al fin y al cabo, Mackenzie había resultado ser un incompetente además de un cobarde. Si eso era lo mejor que podía encontrar, entonces tendría que ocuparse él mismo y, con sinceridad, sería un verdadero placer.

* * *

—Estás preciosa.

—¿Debo fiarme de ti? Siempre me dices que estoy preciosa —dijo Eleanor con una sonrisa.

—Para mí, siempre lo estás. Eres la mujer más hermosa del mundo, y yo soy muy afortunado de tenerte a mi lado —le dijo Nicholas mientras veía el resultado de tan larga espera.

Hacía más de media hora que debían haber salido para la fiesta de compromiso, pero en ese momento eso no importaba; al verla con ese maravilloso vestido dorado que realzaba su esbelta figura e insinuaba su sensualidad de manera provocativa, se había quedado sin aliento. Su esplendorosa cabellera caía por su espalda en perfectos tirabuzones, una cascada de sedosos rizos, que parecían atrapar la luz y tener vida propia.

Sus mejillas sonrosadas le otorgaban un aire de inocente candor sumamente atractivo, mientras sus carnosos labios parecían atrapar su mirada a cada momento, y destrozaban su autocontrol a pasos agigantados. Si no salían de allí pronto, no estaba seguro de poder tener alejadas las manos del cuerpo de su mujer.

Eleanor sentía que las mejillas le ardían. Aún después de llevar casados un mes, y de haber compartido la más estrecha intimidad, seguía sin poder controlar su respuesta ante los piropos de su marido; y él lo sabía. Por eso se los decía, porque le encantaba provocarla; y a ella le encantaba escucharlos. Cuando se veía a través de sus ojos, se sentía hermosa, amada, y ese era otro de los muchos regalos que Nicholas le hacía a diario.

—Tú también estás guapísimo —le dijo mientras, con una mano, le colocaba un mechón de pelo que se había atrevido a caer sobre su frente.

Nicholas oscureció su mirada ante el roce de sus dedos.

—¿Nos vamos?

—Sí, pero antes...

Nicholas sacó una pequeña caja del interior de su chaqueta.

—¿Qué es?

—Ábrelo. Es para ti.

— Oh, Nicholas, no deberías.

— Shh, quería hacerlo.

Eleanor abrió, con dedos temblorosos, la pequeña caja. Una sorpresa se dibujó en sus labios al ver la hermosa joya que contenía. El día de la boda, ya le había hecho un hermoso regalo, el anillo de su madre, algo que la había emocionado como nada antes; y todavía había más.

Entre el terciopelo negro emergía un espectacular broche. Era una rosa roja. Los pétalos formados por rubíes estaban apenas abiertos. En uno de ellos, descansaba una lágrima, un pequeño diamante que simulaba el rocío de la mañana. Del tallo, salían dos pequeñas hojas, dos esmeraldas que desafiaban a tocarlas, a comprobar su verdadera existencia.

Nicholas tomó el broche y, delicadamente, lo prendió en el vestido.

—Este broche perteneció a mi bisabuela.

—Es precioso, Nicholas. Tu bisabuelo debió de quererla mucho.

—Sí, pero no al principio.

—¿No?

—No. Mi bisabuela, que era un diablillo, se rebeló ante el matrimonio que su padre había concertado para ella. En un arrebato de furia, tiró el anillo que el padre de su futuro marido le había dado para sellar el compromiso, en mitad de los rosales; y créeme, eran muchos los rosales. Cuando el novio, que tampoco sabía nada del contrato matrimonial, se enteró de que pronto se casaría, también se negó. Así que fue a ver a mi bisabuela para poner fin a aquella locura. Ella, que creía que él había

ido a hablar sobre la boda, ni siquiera lo recibió. Le mandó con la criada una nota en la que le decía que nada en el mundo la obligaría a casarse con él, y que si quería su anillo, lo encontraría entre los rosales del jardín. Mi bisabuelo soltó un insulto y fue hacia ellos a buscarlo. Después de haberlo encontrado, quedó hecho un desastre. Con todo, volvió a la casa y le dijo al ama de llaves que no se movería de allí hasta que mi bisabuela bajara.

»Cuando al fin ella se dignó a hacerlo, él le devolvió el anillo y le dijo que ninguna niña malcriada iba a romper aquel compromiso que, por cierto, él tampoco estaba dispuesto a cumplir. Le dijo que se comportara como la dama, la mujer que se suponía que era, y que disolviera aquella situación como correspondía, con la debida educación.

—¿Y qué pasó?

—Pues que mi bisabuela se enamoró de él en ese preciso momento y, seis meses después, estaban felizmente casados. El primer aniversario de su boda, mi bisabuelo le regaló este broche como recordatorio de cómo se habían conocido. Mi bisabuela solía decir, cuando contaba la historia, que había sido un rosal lo que los había unido.

—Es una historia muy romántica.

—No creo que mi bisabuelo pensara lo mismo con todas aquellas espinas clavadas.

Eleanor rió al imaginarse la escena, tomó el brazo de su marido y partieron para la fiesta.

Capítulo 22

—¿Crees que podrás hacer otra cosa que no sea mirar de manera constante a tu mujer?

Nicholas sonrió ante la pregunta irónica de Charles. Sabía que no era muy habitual que el marido dejara notar que estaba perdidamente enamorado de su esposa; pero, en su caso, era inevitable.

—No, Charles, la verdad es que eso me sería imposible.

—¡Pues estamos bien! Espero que, por lo menos, mantengas a raya los celos, porque la mitad de los hombres presentes le han pedido que les reserve un baile, y la otra mitad, aunque lo desean, no se atreven, porque están acobardados por ti.

—¿De qué demonios hablas?

—Pues de la mirada de dragón furioso que les echas cada vez que osan acercarse a Eleanor.

—¡Yo no soy celoso!

—Ya; y yo soy Julio César.

—¡Está bien! Quizás un poco, pero no con todo el mundo, sólo con aquellos que coquetean abiertamente con ella. ¿No saben que es una mujer casada?

—¿Y cuándo te ha detenido eso a ti?

—Sí, eso es verdad, y debo admitir que ahora entiendo perfectamente si alguno de aquellos maridos me hubiese pegado un tiro.

—Vivir para ver, es genial.

—¿Charles?

—¿sí?

—¿Vas a cambiar de tema, o tendré que irme a otro sitio?

—No, no, ya me callo —dijo Charles mientras se reía por lo bajo.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó Drake que se había acercado a ellos.

—Hola, Drake. Le estaba diciendo a Nicholas lo que cambia a un hombre el

matrimonio.

Drake subió su ceja izquierda.

—¡Ignóralo! —le dijo Nicholas—. Hoy tiene el día gracioso.

Drake esbozó una sonrisa de medio lado.

—Ah, ya veo. Bueno, dado que mi futuro primo está ingenioso, creo que iré a ver dónde está Mary Beth. Luego os veo.

—Pobrecillo, no sabe lo que le espera —dijo Charles irónico.

—¿Sabes, Charles? Algún día quisiera verte suspirar por los rincones, agonizante de amor.

—Antes verás volar a las ranas —le dijo en un tono de voz burlón.

Nicholas sonrió al acordarse de la vez que tuvo que tragarse esas mismas palabras.

—Cosas más raras se han visto —le dijo a su amigo mientras soltaba una carcajada.

* * *

—Estoy nerviosa.

—¿Tú? ¿Mary Beth Benning? ¡Inconcebible!

—No te burles de mí, Eleanor. Soy tan feliz que me da miedo.

Eleanor pensó que entendía muy bien a su amiga. Últimamente, todo era tan maravilloso que había momentos en los que el pánico la asaltaba y pensaba en la posibilidad de perder todo lo que tenía: su vida con Nicholas, su amor, su hijo, que en ese mismo momento crecía en sus entrañas. ¡Dios, debía decírselo! Había sido una tonta al preguntarse cómo reaccionaría. Ella lo conocía, y sabía el corazón tan generoso que tenía. Su naturaleza, aunque oculta a los demás, era dulce y tierna, y la cantidad de amor que era capaz de ofrecer a los que lo rodeaban era infinita y lo daba desinteresadamente, sin exigir nada a cambio.

Por todo ello sabía que sería un padre maravilloso. Se volcaría a sus hijos y los mimaría, incluso más que ella. La niñez de Nicholas, en su gran parte, había sido un infierno, y si de algo estaba segura era de que él haría todo lo que pudiese por su hijo, lo protegería para que sufriera lo menos posible y, cuando no pudiera evitarlo, estaría a su lado para ayudarlo a recorrer el camino. Le enseñaría a defenderse, a ser una persona íntegra y justa; y lo haría desde el cariño y la comprensión. No, ya no tenía ninguna duda de que sería un buen padre, así que, esa misma noche, se lo diría, pensó para sí, mientras sonreía. Ya deseaba ver la cara que pondría cuando le diera la noticia.

Mary Beth se revolvió nerviosa a su lado.

—¿A quién le has reservado el siguiente vals?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Eleanor.

—¿Otra vez? —preguntó Mary Beth con diversión.

—Yo no tengo la culpa de tener un marido al que le encanta bailar el vals.

—Ya. ¿Le encanta bailar o lo que le encanta es tenerte en sus brazos?

Eleanor soltó una risita.

—Para ser justas, he de confesar que a mí me encanta estar entre sus brazos. Por mí, bailaría todas las piezas con él.

—Ya veo —dijo Mary Beth con diversión.

—Pero si lo hiciera, la gente empezaría a cotillear.

—¿Y qué podrían decir? ¿Que tu marido te adora? ¿Que se ve que estáis locamente enamorados?

—Tienes razón, ¡al diablo las reglas! —dijo mientras se ponía en marcha.

—¿A dónde vas? Dijiste que era el próximo baile.

—Creo que no podré aguantar; necesito que mi marido me rodee con sus brazos ya. Le guiñó un ojo y se dirigió hacia Nicholas con paso firme.

* * *

—¿Sabes lo que me gustaría hacer en este preciso instante? —le preguntó Nicholas mientras giraban por el salón al son de las notas del vals.

—¿Qué? Bueno, no... espera, no me lo digas, tus ojos hablan por sí solos —le dijo Eleanor a la vez que sentía cómo empezaba a ruborizarse. La mirada de Nicholas, que la desnudaba y le hacía promesas de intenso y lujurioso placer, provocaba que sus rodillas empezaran a temblar como gelatina. Había visto con anterioridad esa mirada, y sabía que lo que ocultaba requeriría toda la noche.

— ¡Vaya! ¿Tan transparente soy?

— Como el agua. —Eleanor sonrió.

—Entonces, sabrás que estaba pensando en desnudarte lentamente, saborear cada centímetro de tu piel y excitarte hasta que me pidas a gritos que me hunda dentro de ti, para hacerte mía, una y otra vez.

Los rubores de Eleanor habían alcanzado un nivel volcánico, lo que hizo que Nicholas soltara una carcajada.

—Se van a dar cuenta —le recriminó Eleanor en un susurro. Varias de las parejas se habían vuelto hacia ellos, sorprendidos por la espontánea prueba de buen humor de Nicholas.

—Y, qué más da, amor mío. Es de lo más normal que te desee. Me tienes totalmente loco.

Eleanor lo miró a los ojos con una sonrisa. Jamás pensó que podría tener esa conexión con otra persona. Sentía que nunca más estaría sola. Cada mañana era una ilusión. Era más feliz que nunca y, como Mary Beth bien había dicho, eso, a veces, daba un miedo atroz.

—Tú también me tienes loca.

—Tendrás que demostrármelo.

—¡Eres un granuja!

Nicholas lanzó otra carcajada que hizo que los presentes miraran hacia ellos de nuevo.

—Pero te adoro —le dijo Eleanor con pasión.

Nicholas se puso serio de repente.

—Y yo te amo más que a mi propia vida —le dijo con tanto ardor que Eleanor sintió que se derretía allí mismo.

El vals terminó mientras ellos se encontraban envueltos en una burbuja de complicidad; sus miradas se cruzaban llenas de ternura, deseo, anhelo, y muchos otros sentimientos que sólo ellos podían reconocer. Sin embargo, los rigores del embarazo no dejaron a Eleanor tranquila y, de repente, sintió que el ambiente estaba demasiado cargado. Hacía mucho calor, y las voces de los invitados parecían retumbar en su cabeza con una nueva y espantosa intensidad. Las figuras de las damas, que en ese momento pasaban por delante de ella, empezaron a deformarse considerablemente; las siluetas se desvirtuaron y los colores se difuminaron, como si estuviera inmersa en una densa niebla. Se tomó del brazo de Nicholas con urgencia, pues el suelo, debajo de sus pies, también pareció diluirse.

* * *

—Eleanor, ¿qué te ocurre?

—Nada, es sólo un pequeño mareo.

Eleanor intentó dar un paso, pero las piernas parecían no obedecerle.

—¡Maldita sea! —exclamó Nicholas mientras la sostenía con fuerza.

Con el mayor cuidado posible, lentamente, la condujo hasta los asientos vacíos

que había al otro extremo de la habitación, cerca de las puertas que custodiaban la salida a la terraza.

Nicholas tomó sus manos entre las suyas.

—Siéntate. Eso es, tranquila.

Eleanor intentó restarle importancia a lo ocurrido.

—Ya estoy mejor, además —dijo ante el ceño fruncido de su esposo—, esta es la fiesta de compromiso de Mary Beth, y no pienso perdérmela por un simple mareo.

—¿Un simple mareo? ¡Has estado a punto de desmayarte!

—¿Por qué estás enfadado?

—No estoy enfadado, Eleanor; estoy preocupado.

Le había dado un susto de muerte. En un momento, sin previo aviso, se había quedado laxa entre sus brazos y casi había perdido el conocimiento. Sentada frente a él, parecía tan frágil como el cristal. Estaba blanca como la nieve, y sus pequeñas manos, frías como un témpano. Lo único que deseaba era sacarla de allí, llevarla a casa, meterla en la cama junto a él, adormecerla en sus brazos y velar sus sueños. El sólo pensar que pudiera pasarle algo le oprimía el corazón y le hacía doler.

—La boca se me ha quedado seca, ¿podrías traerme algo de beber? —le preguntó Eleanor con una sonrisa que intentaba demostrarle que ya estaba mucho mejor.

—De acuerdo, iré por un poco de limonada; pero no te muevas de aquí, enseguida vuelvo.

Nicholas se tranquilizó al ver que Eleanor recuperaba, poco a poco, el color de sus mejillas.

—Espérame aquí —le dijo mientras echaba a andar.

Eleanor asintió con la cabeza mientras veía desaparecer a Nicholas entre los invitados.

Un soplo de aire entró desde los jardines y movió sutilmente el ruedo de su vestido. Era muy tentador. Estaba segura de que, si salía un momento a la terraza y se dejaba envolver por el frescor de la noche, se reanimaría antes. Sí, eso haría, sólo por unos segundos, los suficientes como para sentir que volvía a tener el control sobre su cuerpo. Y así lo hizo. Tomando los pliegues de su vestido con delicadeza entre los dedos, comenzó a andar hacia la terraza. Al salir sintió que, de nuevo, le entraba aire en los pulmones. Además, la noche era perfecta. Había luna llena, y miles de estrellas decoraban el firmamento. Hasta le parecía que alguna de ellas le guiñaba con descaro desde las alturas.

Caminó un poco para comprobar que las piernas le respondían con normalidad y no con esa espantosa debilidad que momentos antes se había apoderado de ellas.

Tenía que contarle a Nicholas lo del niño, pensó de nuevo, mientras bordeaba un

poco el jardín e intentaba no alejarse demasiado de la terraza. Había visto cómo la cara de su marido se había tensado por la preocupación. No podía dejar que pensara que quizás tenía algo más serio, cuando sólo había sido un mareo, consecuencia de su futura maternidad.

Se sintió más aliviada e inspiró con fuerza para llenar sus pulmones con el aire de la noche, que estaba impregnado del perfume de las flores escondidas en el jardín.

Preparada para regresar al interior, volvió sobre sus pasos, cuando unas manos fuertes como ganchos de acero la atraparon; una la ciñó de la cintura con tal intensidad que pensó que iba a quebrarla, y la otra tapó su boca y le impidió emitir un sólo sonido.

—Hola, querida, ¿te alegras de verme? Porque yo sí que estoy contento de volver a verte, y sería una desilusión enorme el que tú no sintieras lo mismo.

Los escalofríos la recorrieron de arriba abajo. Conocía esa voz, la conocía demasiado bien. Era la voz de un asesino, de un monstruo. El mismo que aparecía, una y otra vez, en sus sueños; y ahora estaba allí, de carne y hueso, para hacer realidad su peor pesadilla.

—¿Me has echado de menos, *chérie?* —preguntó mientras la empezaba a arrastrar hasta los jardines.

Eleanor empezó a sentir pánico. No podía dejar que ese hombre la sacara de allí. Sabía de lo que era capaz y no estaba dispuesta a pasar por ello. Sabía que si se la llevaba de allí, la encerraría. Así se lo había insinuado una vez, en una de sus palizas. "Algún día, te tendré para mí solo. Te haré todo lo que mi mente pueda imaginar, todo lo que implique dolor y agonía, disfrutaré escuchándote gritar y suplicar y, al final, cuando ya no lo soportes más y me pidas que te libere con la muerte, te encerraré en un calabozo y tiraré la llave." Aquellas palabras la habían perseguido desde aquel día, y había temido que ese momento llegara. Cuando le comunicaron que Andreu Danvers había muerto, pensó que, por fin, se libraría de esos recuerdos; pero allí estaban, envueltos en una realidad que no dejaba ningún resquicio a error.

La imagen de Nicholas le vino a la cabeza de forma espontánea y la exhortó a guardar la calma necesaria. Tenía que luchar como fuera.

Ya casi había perdido de vista la casa cuando Danvers tropezó y aflojó levemente la mano que tenía sobre su boca. Eleanor ni siquiera lo pensó. Abrió los labios y mordió lo más fuerte que pudo hasta sentir el sabor de la sangre en su boca.

Danvers dio un grito de dolor y la soltó. Eleanor salió corriendo en dirección a la terraza y rezó por tener el tiempo suficiente como para llegar hasta sus puertas.

Había recorrido la mitad del camino cuando Danvers se le echó encima como un depredador furioso y la tiró al suelo.

—¡Maldita zorra! ¡Puta! —le dijo mientras la golpeaba en la cara, repetidamente, con el puño cerrado.

Eleanor casi había perdido la conciencia cuando él intentó levantarla, pero el sonido de unos pasos que se acercaban lo detuvieron en seco.

—¡Eleanor! ¡Eleanor!

Era Nicholas. Eleanor quiso gritarle, pero no tenía fuerzas.

Extendió un brazo como intentando alcanzar su voz, cuando el tacón de la bota de Danvers la aplastó contra el suelo y sintió quebrarse cada hueso de su mano ante el golpe recibido.

—No creas que esto va a quedar aquí —le dijo pegado a su oreja—. Volveré. Te llevaré conmigo a Francia. Serás mi esposa.

Se puso de pie y le propinó varias patadas. Ella sólo podía pensar en su hijo y, como pudo, se puso en posición fetal y apretó sus rodillas al pecho, protegiendo al niño.

Los pasos ya estaban casi encima cuando escuchó irse a ese demonio de Danvers, al mismo tiempo que la oscuridad se cernía sobre ella y la sumergía en una inconsciencia que la calmaba.

Capítulo 23

—¡Eleanor! ¡Dios! ¡No!

Un rugido lleno de rabia surgió del pecho de Nicholas y cruzó el aire de la noche.

Había regresado con el vaso de limonada lo antes posible para encontrar la silla en la que había dejado a Eleanor, vacía. Después de mirar alrededor en busca de alguna señal que le dijera dónde estaba, la señora Reading le comentó que la había visto salir a la terraza.

Luego de buscarla por los jardines durante un buen rato sin poder encontrarla, empezó a sentirse cada vez más nervioso. Un miedo atroz, como nunca antes había sentido, se fue instalando en su interior y lo volvió loco y desesperado a medida que pasaba el tiempo y ella no aparecía.

Por fin, entre los árboles, vislumbró una tela dorada. Echó a correr en su dirección y se quedó inmóvil ante la horrible visión. Se agachó para girar a Eleanor, mientras rezaba para que estuviera viva. Hasta que no escuchó su respiración creyó morir cien veces.

Cuando vio en qué estado se encontraba, una ira ingobernable le corrió por sus venas y asaltó todos sus sentidos. Juró matar sin piedad al maldito bastardo que había osado tocarla. De algo estaba seguro: no pararía hasta encontrarlo y acabar con él con sus propias manos.

La tomó en sus brazos con el máximo cuidado. A pesar de ello, Eleanor soltó un quejido que le rompió el corazón. ¿Qué monstruo podía hacer aquello? Y lo que era más importante: ¿por qué? La cara estaba magullada e hinchada. Del labio inferior corría un hilo de sangre que, poco a poco, se iba secando.

La apretó contra él, como si así pudiera aliviar su dolor y cruzó la parte de atrás de los jardines en dirección a la entrada lateral donde permanecía su carruaje.

Charles apareció entre las sombras con un cigarrillo en sus labios.

—Nicholas, ¿qué haces por...? ¡Dios mío! ¿Es Eleanor? ¿Qué ha pasado?

—No tengo tiempo para hablar. Por favor, busca al doctor Merrick y llévalo a casa. ¡Rápido, Charles!

—Inmediatamente.

Charles tiró el cigarrillo y salió a toda prisa.

El cochero de Nicholas le abrió la puerta del carruaje en cuanto lo vio llegar.

No hizo ninguna pregunta, aunque su cara reflejaba que era muy consciente de la gravedad de la situación.

Las calles de Londres parecían parajes desérticos, sin vida, que nunca terminaban. Las ruedas resonaban en la noche, al igual que los cascos de los caballos contra los adoquines de la carretera y provocaban un martilleo incesante que el eco imitaba.

Nicholas no podía dejar de abrazarla cada vez más fuerte y la acunaba como a una niña pequeña. Había estado a punto de perderla. El instante que pasó desde que la vio hasta que escuchó su respiración se le había hecho eterno. Habían sido siglos de tortura.

—¿Nicholas?

—Shh, mi amor, tranquila. Ya estás a salvo.

—He... he tenido tanto miedo.

—Lo sé, lo sé. Ahora descansa, estamos llegando a casa.

—Esta vez no he fallado... No... No... como con mi madre y con mi hermano. Lo he protegido, Nicholas.

—¿A quién has protegido, amor? —le dijo y la besó con suavidad en la frente.

Eleanor tosió y se retorció de dolor.

—¡Maldita sea! Tranquila, cariño, tranquila.

A Nicholas le temblaron las manos cuando le apartó varios mechones de su cara para besarla en una zona que no estaba maltratada. Cerró los ojos, ocultó la cara entre sus largos y sedosos rizos y suplicó que ella estuviera bien. Rogó a Dios para que no le pasara nada, para que siempre permaneciera a su lado. Sin Eleanor se moriría, no podría seguir viviendo.

Nicholas ya ni siquiera se acordaba de la pregunta que le había hecho, cuando de los labios de Eleanor surgieron tres palabras que lo dejaron sin aliento.

—A nuestro hijo.

Sintió que se desgarraba por dentro y miró a Eleanor que, de nuevo, había caído en la inconsciencia.

* * *

Booton abrió la puerta y lo dejó entrar con su preciada carga.

Nicholas dio órdenes a todo el mundo, desde el anciano mayordomo hasta Gail, quien al ver a Eleanor en tal estado, sofocó un grito y se tapó la boca con ambas manos. Subió tras Nicholas quien, con paso firme, se dirigió a su habitación. Traspasó el umbral, atravesó la estancia y, con sumo cuidado, acomodó a Eleanor en ella.

—Ayúdame, Gail —le dijo con una urgencia que desmentía su aparente calma.

Entre los dos la desvistieron. No dijeron una sola palabra en todo el proceso, pero las miradas de ambos, que se cruzaron en varias ocasiones, reflejaban una misma preocupación, una misma inquietud.

Cuando Eleanor se quedó sólo con la camisola puesta, Nicholas, con manos temblorosas, la examinó de arriba abajo por si había algún golpe o herida que no hubiesen visto.

Booton abrió la puerta.

—Señor, el doctor ha llegado.

El doctor Merrick pasó la siguiente media hora examinándola bajo la atenta mirada de Nicholas que se negó a apartarse de su lado.

Cuando pensó que no soportaría un segundo más sin que le dijera cómo se encontraba Eleanor, el doctor la tapó con cuidado antes de dirigirse a él.

—Tranquilo, Nicholas, no tiene nada de importancia.

Nicholas sintió en ese momento como si todo el aire que había estado conteniendo hubiese salido impetuosamente de sus pulmones y los hubiese dejado vacíos.

—Entonces, ¿está bien? —le preguntó ansioso.

—Dentro de lo que cabe, sí. Tiene evidentes hematomas, la mano derecha fracturada en varios sitios, y el hombro izquierdo dislocado, pero nada que el tiempo y unos mimos no puedan curar.

— Gracias a Dios.

— Sí, ha tenido suerte. Alguno de esos golpes pudo haber sido fatal; pero afortunadamente no ha sido así. El niño aparentemente también está bien, pero no lo sabremos con seguridad hasta que pasen unos días. Mañana por la mañana vendré a verla. Por ahora, que guarde mucho descanso. He dejado unos polvos para que se relaje en caso de que se queje por el dolor. Son inocuos para el embarazo. Puedes dárselos con tranquilidad. Si ocurriera cualquier otra cosa, llámame.

— Gracias —dijo Nicholas con gratitud.

—De nada. Es mi trabajo —contestó el doctor con una sonrisa.

Merrick se tocó la barbilla, lentamente, como si estuviera meditando sus próximas palabras.

—Imagino que quien haya hecho esto tendrá las horas contadas. Ten cuidado, amigo mío.

—No soy yo quien debe tener cuidado.

El doctor asintió con la cabeza mientras le daba la mano, se despidió y salió de la habitación convencido de que no habría lugar en la Tierra en donde el culpable de aquello pudiese librarse de la ira de Brame.

Gail entró de nuevo, visiblemente nerviosa.

—¿Qué ha dicho el médico?

Nicholas se acercó a ella.

—Tranquila, Gail. Ha dicho que está bien. Ahora, lo que debemos hacer es cuidar bien de ella, para que se recupere pronto.

—Jamás pensé que volvería a verla así —le dijo Gail con los ojos húmedos.

Nicholas se maldijo por dentro. Se sentía responsable de lo que había ocurrido. Nunca debería haber pasado. Se suponía que él debía protegerla, y había fracasado. Bien sabía Dios que daría su vida antes de que ella sufriera algún daño y, sin embargo, el daño estaba hecho. Ya sólo le quedaba atrapar al culpable; ese canalla desearía no haberse acercado nunca a Eleanor.

—Gail, mírame.

La que, durante muchos años, había sido una segunda madre para Eleanor posó su mirada en Nicholas.

—Juro que atraparé al bastardo que le ha hecho esto. Jamás tendrás que volver a verla así.

Gail asintió, mientras una lágrima rodaba por su mejilla, la misma que ella se apresuró a borrar con manos temblorosas.

—Gracias. Sé que lo hará. Ahora me voy abajo. Prepararé una sabrosa sopa para cuando despierte. Debe recuperar fuerzas.

—Esa es una buena idea. Yo me quedaré aquí con ella.

Cuando Gail se fue, Nicholas volvió junto a Eleanor que, acurrucada en su cama, parecía muy pequeña. ¡Dios mío! ¿Qué animal podía hacer algo así?

La rabia que sentía no tenía límites, pero debía apartarla, debía mantener la calma para pensar con claridad qué iba a hacer. Necesitaba sentir a Eleanor en sus brazos, escuchar su respiración firme y regular hasta conseguir acallar los temores que, una y otra vez, lo asaltaban, hasta convencerse de que estaba sana y salva.

En ese momento, un ruido casi inexistente lo sacó de sus pensamientos. Alguien había llamado a la puerta de la habitación.

—¿Señor? —dijo el anciano mayordomo y asomó la cabeza por el vano de la

puerta.

—¿Sí, Booton?

—No lo molestaría ni osaría interrumpir su intimidad de esta forma si no creyera firmemente que debo informarle de algo que podría ser de suma importancia, señor.

Nicholas se alejó de Eleanor sólo lo justo para acercarse al mayordomo.

—¿De qué habla, Booton?

—Verá, señor; esta noche, poco después de que usted y milady se fueran a la fiesta, llegó un tipo extraño a la puerta de servicio. Lilly lo despidió, pero se negó a irse. Adujo que debía verlo por un asunto de suma importancia. Como rehusó a irse, Lilly me avisó y fui a ver qué ocurría. El tipo tenía un aspecto poco elegante, por decirlo de alguna manera. Le dije que se fuera a molestar a otra parte, pero entonces me dijo que, si en algo valoraba la seguridad de milady, debía escucharlo.

Nicholas dio un paso al frente y quedó a escasos centímetros de Booton con los puños fuertemente cerrados.

—¿Qué te dijo ese hombre? —preguntó entre dientes.

—Pues que sabía que había alguien que quería hacer daño a la señora, y que estaba dispuesto a hablar con usted. Yo le dije que había salido; entonces, él le escribió una nota.

—¿Dónde está esa nota?

—La tengo aquí mismo, milord.

Las manos nada firmes del anciano mayordomo, debido a una avanzada artritis, rebuscaron en su bolsillo izquierdo.

Nicholas, con sumo interés, leyó el mensaje que aquel misterioso hombre le había dejado. En él le daba una dirección, más específicamente, el nombre de una taberna y una hora. Allí estaría; y que Dios protegiera a ese hombre si en algo había contribuido a dejar en aquel estado a Eleanor.

—Está bien, Booton. Has hecho lo correcto. Gracias, amigo.

Booton abrió los ojos de par en par ante la muestra de confianza de Nicholas.

—De nada, milord.

Antes de que el mayordomo pudiera cerrar la puerta de la habitación y lo dejara de nuevo a solas con su esposa, unas voces familiares empezaron a oírse en el vestíbulo. A continuación, se escucharon los pasos apresurados de alguien que parecía subir las escaleras a la carrera.

—¿Dónde está? —preguntó Mary Beth mientras se acercaba a Booton que había ido a su encuentro al escuchar que alguien subía.

—¿Señorita Benning?

—¿Dónde está Eleanor?

La inquietud de Mary Beth saltaba a la vista. No paraba de retorcer el pequeño bolso que llevaba entre sus manos.

Nicholas salió al pasillo.

— ¿Mary Beth?

— Oh, Nicholas. ¿Dónde está Eleanor? ¿Está bien? Charles me dejó un mensaje diciendo que Eleanor estaba indispuesta, pero yo sé que nunca se hubiese ido de mi fiesta de compromiso sin despedirse antes. Por eso he venido, y al llegar me encuentro con mi primo abajo claramente preocupado, así que no ha podido seguir mintiéndome. Me ha dicho que la han atacado.

— Sí, así es. Todavía no sabemos qué ha ocurrido, pero lo más importante es que el médico ha estado aquí y ha dicho que se pondrá bien.

— ¿Puedo verla, por favor?

— Claro, ven —le dijo Nicholas mientras se apartaba para que pasara ella primero.

Nicholas condujo a Mary Beth hasta su dormitorio que permanecía en penumbras para no perturbar el descanso de Eleanor.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Mary Beth cuando al acercase a la cama vio el maltrato sufrido por su amiga—. ¿Quién ha podido hacer esto?

Nicholas apretó la mandíbula de tal forma que sus dientes rechinaron al chocar los unos contra los otros.

—¿Me has dicho que Charles está abajo? —le preguntó y atrajo la atención de Mary Beth por un momento.

—Sí, por lo que sé, vino con el médico. Drake también está, me acompañó hasta aquí.

—Debo ir a hablar con ellos. ¿Cuidarás de ella?

—Por supuesto —dijo Mary Beth con lágrimas en los ojos. Podía ver lo que estaba sufriendo Nicholas y cómo se esforzaba por ocultarlo, por parecer sereno y calmado. Estaba claro que aquel hombre amaba a Eleanor con toda su alma, y eso era más que suficiente para ella. Había visto a su amiga recuperar la sonrisa y la alegría de vivir y, en gran parte, era obra de Nicholas Brame. Por ello lo respetaba y lo estimaba.

Nicholas asintió con la cabeza y se acercó a Eleanor que seguía inconsciente. Con ternura la besó en los labios, le acarició la mejilla y le colocó unos pequeños rizos detrás de la oreja.

—Volveré pronto, amor mío. Tú descansa, recupera fuerzas y cuida de nuestro tesoro.

Se dirigió hacia la puerta y la voz de Mary Beth lo detuvo.

—Nicholas.

—¿Sí?

—Que ese malnacido no pueda volver a hacer daño a nadie.

Las lágrimas empezaron a caer y corrieron por sus mejillas como si tuvieran voluntad propia.

Nicholas volvió sobre sus pasos y se acercó a ella. Cuando estuvo a su lado, abrió los brazos e invitó a Mary Beth a llorar entre ellos. Mary Beth no lo dudó, y con un hipido muy poco femenino, se arrojó a los brazos del que, desde hacía ya un tiempo, podía considerar un amigo.

—Tranquila. Te juro que, quien sea el responsable, deseará no haber nacido. Ahora, ¿te quedarás con ella?

—Sí, nada puede haber que me mueva de aquí.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser la mejor amiga que podríamos imaginar.

Mary Beth aguantó sólo unos segundos antes de volver a llorar. Giró para que no pudiera verla y volvió junto a Eleanor. Escuchó irse a Nicholas y rogó para que todo saliera bien, para que la felicidad, que los había envuelto durante los últimos tiempos, no se desvaneciera.

Capítulo 24

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Charles mientras apagaba uno de sus cigarrillos. Cuando Nicholas bajó, Charles y Drake lo esperaban en la biblioteca. Allí les explicó lo que sabía de lo ocurrido, así como la nota que aquel desconocido le había dejado algunas horas antes.

—Charles, no hace falta que vengas. Creo que es mejor que vaya solo.

—¡Estás loco! Por lo que sabemos, ese tipo podría haberte tendido una trampa. No tenemos ni idea de quién se trata. Podría ser un maníaco que ha atacado a Eleanor al azar, o podría ser alguien de nuestro pasado que ha pensado que esta sería una buena forma de vengarse de ti. Lo siento, pero no puedo dejar que hagas esto solo.

Drake descruzó las piernas y apoyó los codos sobre sus fuertes muslos.

—Además, ese tipo, el que te escribió la nota, sabía que Eleanor estaba en peligro; por lo que debe de tener contacto con el que lo hizo. Ni siquiera sabemos si está solo o si trabaja con alguien más.

Nicholas sabía que ambos tenían razón, pero estaba empezando a impacientarse.

—Charles, tú sabes más que nadie que sé cuidarme solo.

—Sí, lo sé; pero en este caso, no piensas con claridad. La furia te ciega.

—Yo también voy —afirmó Drake con rotundidad.

—Drake, te agradezco la oferta, pero...

—Brame —le dijo Drake antes de que Nicholas pudiera decir algo más—, Eleanor es una de las mejores personas que he conocido, además de ser la mejor amiga de mi prometida. Ella me tendió una mano y me comprendió. Le tengo una gran estima, y nada de lo que digas hará que me mantenga al margen.

Nicholas no podía estar asombrado por algo que a él también le había pasado. Era el efecto que producía Eleanor en los que la conocían. Tenía el don de ganarse el corazón de aquellos que la rodeaban.

Asintió una vez más y tuvo que aceptar la ayuda de aquellos dos tozudos hombres. Algo en su interior le decía que siempre podría contar con ellos. Y rara vez su intuición le fallaba.

—Nos iremos dentro de media hora.

—¿Dónde es el encuentro? —preguntó Charles mientras se levantaba de su silla.

—En la taberna del Tuerto.

—¿Ese no es un antro de mala muerte cercano a los muelles? —preguntó Drake.

—Sí, así es —dijo Charles y levantó una ceja en señal de interrogación.

Le parecía raro que un hombre de la posición de Drake supiera siquiera de la existencia de esa taberna.

—Soy dueño de una flota de barcos. Los marineros tienen una lengua muy larga —le dijo Drake en respuesta.

—¿Cómo está Eleanor? —preguntó Drake y cambió de tema.

—Bien —contestó Nicholas que no podía dejar de pensar en que podía haberla perdido—. Ella y el niño parecen estar a salvo.

—¿El niño? —preguntaron Drake y Charles al unísono.

—Sí; imagino que le hubiera gustado anunciarlo ella misma, pero dadas las circunstancias, sí, Eleanor está embarazada.

Por primera vez durante aquella aciaga noche, un atisbo de sonrisa asomó a los labios de Nicholas.

—¡Enhorabuena! —dijo Charles.

—¡Te felicito! —exclamó Drake.

—Gracias, pero todavía hay que esperar. El médico me ha dicho que, aunque parece estar bien, habrá que esperar unos días para estar seguros.

—Ya verás que será así. Eleanor es fuerte —dijo Drake con la rotundidad que lo caracterizaba.

—Eso espero, no podría soportar verla sufrir más.

* * *

La niebla era densa, tanto que podía masticarse. La luna llena, que se asomaba tímidamente detrás de las nubes, iluminaba, en parte, las calles de Londres y, en especial, el letrero de la taberna del Tuerto, en donde las palabras que definían a su dueño y daban nombre a la taberna, escritas en un rojo intenso, se destacaban sobre un fondo negro.

El establecimiento estaba en una esquina y quedaba a tan sólo dos manzanas de los muelles, lo que lo hacía ideal para las juergas de los marineros, cuya permanencia en la ciudad sólo se extendía por unas pocas horas.

Vestidos con ropas que acostumbraban utilizar los marineros, que habían sido proporcionadas gentilmente por Drake, los tres hombres entraron en la taberna y se sentaron a la mesa del fondo.

Tanto a Charles como a él les era sencillo pasar desapercibidos. Los años que habían trabajado para la inteligencia británica, en donde habían actuado, a veces, como espías, les habían proporcionado un entrenamiento de un valor incalculable.

Sorprendentemente, Drake también parecía estar como pez en el agua.

Una camarera de anchas caderas y dientes picados se acercó a la mesa.

—¿Qué les sirvo?

Nicholas adoptó el acento de los barrios menos favorecidos de la ciudad.

—Whisky.

—¿Para todos?

—Sí.

—Ahora vuelvo, guapos —dijo la camarera mientras sonreía y mostraba los huecos que sus dientes, ahora inexistentes, habían dejado.

Charles esperó hasta que la mujer se alejó para preguntar.

—¿Cómo sabremos quién es?

—En la nota decía que me sentara a la mesa del fondo al lado de la ventana. Justo en la que nos encontramos. Sólo nos queda esperar —dijo Nicholas mientras intentaba calmarse.

—Eso es algo que siempre he odiado —dijo Drake algo taciturno.

Charles lo miró de reojo.

—Pues ya somos dos.

La camarera volvió con paso inseguro, posiblemente debido al ron que su aliento delataba. Dejó los vasos sobre la mesa y derramó algunas gotas en el proceso. Nicholas arrojó una moneda encima de la vieja madera, que la mujer no tardó en recoger.

—Todo parece tranquilo —dijo Charles y tomó un sorbo—. Sin embargo, hay dos en la barra que no me dan buena espina. Me recuerda a Viena.

—Los tengo controlados; y no fue Viena, sino Bruselas.

Drake esbozó una sonrisa.

—Alguna vez me tendréis que contar qué hacíais en vuestro tiempo libre.

Nicholas se tensó de pronto. Un hombre de mediana estatura algo encorvado y totalmente calvo entró en aquel preciso instante. Su nerviosismo era visible, pues sus pequeños ojos, como los de una ardilla, no paraban de mirar hacia todas partes.

Cuando pareció comprobar que todo estaba bien, fijó su mirada en ellos y se dirigió con paso ligero hasta la mesa que ocupaban. Sin hablar ni media palabra, tomó una silla, se sentó junto a la mesa y cerró el pequeño círculo que formaban.

—¿Quién de ustedes es Brame?

Nicholas se inclinó hacia adelante y endureció su mirada al punto que pareció que podía matar a alguien con ella. El hombrecillo pareció encogerse en aquel instante.

—Yo soy Brame. ¿Y usted quién es?

—Me llaman Michael el Calvo. Imagino que está preguntándose para qué quería verlo.

—Yo diría que más que eso. Esta noche han atacado a mi mujer y, al parecer, usted ya estaba enterado de ese hecho. La pregunta es: ¿cómo demonios sabía que mi mujer estaba en peligro?

—Yo...

—Antes de hablar, piense bien la respuesta, porque de ella depende el resto de su vida —le dijo Nicholas mientras se contenía por no sacarle a golpes a ese bastardo toda la información que tenía.

Michael el Calvo tragó con dificultad. Miró a los acompañantes de Brame y buscó la confirmación de sus amenazantes palabras.

—Yo... siento lo de su mujer.

A Nicholas se le resaltó la vena de la sien.

—Inténtelo de nuevo —dijo entre dientes— y esta vez, pruebe con la verdad.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo mientras se pasaba la mano por la calva en una clara señal de nerviosismo—. Yo no soy un ciudadano ejemplar. Sólo soy un ratero de poca monta. Hace unos dos meses, apareció un tipo que buscaba a un profesional para un trabajito. Yo creí que era una oportunidad. El tipo parecía un caballero. De esos que pagan bastante por el trabajo bien hecho. Yo lo puse en contacto con un amigo de la infancia, Mackenzie. Mackenzie se dedicaba a asuntos más serios, si sabe a lo que me refiero. La cuestión es que el tipo que lo contrató lo mató ayer cuando Mackenzie se negó a continuar.

Nicholas lo miró directamente a los ojos, lo que hizo que el sujeto desviara la mirada.

—¿Cómo sabe eso?

—Mackenzie solía quedar con sus clientes en sitios públicos, pero hace unos días vino a verme. Quería que le diera la dirección de ese tipo. Me dijo que dejaba el trabajo, que no valía la pena jugársela. Que meterse con Eleanor Brame era buscar la jubilación anticipada. Le pregunte por qué, y él me dijo que su marido, es decir usted, era conocido como un hombre con el que no se debía jugar. Sabía algo sobre

su pasado, algo que lo puso nervioso y lo hizo ser cauto. Yo traté de convencerlo, pero no quiso escucharme; así que lo acompañé hasta el viejo edificio en el que se alojaba el hombre que había encargado el trabajo. Esperé fuera durante lo que me pareció una eternidad, hasta que lo vi salir llevando un bulto sobre el hombro. Lo seguí hasta el río donde se paró y lanzó lo que cargaba. Cuando se fue, me acerqué a la orilla, y allí estaba Mackenzie muerto.

—Y... ¿usted teme ser el próximo? —preguntó Drake.

—Exacto. Si ese asesino no quiere dejar cabos sueltos, tengo las horas contadas. Necesito desaparecer por un tiempo. Si usted me da algo de dinero, yo le doy la dirección.

Nicholas sacó unas monedas y las colocó frente a Michael, quien las recogió con evidente codicia.

—La dirección y un nombre —ordenó Nicholas.

Y Michael les dio aquello que tanto esperaban.

* * *

El viejo edificio quedaba a pocas cuadras de la taberna, un bajofondo ideal para que se escondieran los maleantes de toda clase y calaña. Se trataba de una posada muy poco recomendable, y el nombre del maldito que había golpeado a Eleanor era Andreu Danvers. ¿Cómo era posible si se suponía que había muerto en un naufragio?

Si realmente era él, iba a desear haber muerto en ese barco. Después de enterarse de lo que le había hecho a su mujer mientras había estado recluida en París, muchas veces había soñado con él, en la ocasión en que pudiera tenerlo a su merced, suplicando por su vida. Pero después de lo de esa noche ni siquiera le dejaría eso.

Detenido allí observaba la guarida de Danvers y fue consciente de que sólo una carretera maltrecha lo separaba de su objetivo. Sin embargo, pareció pasar toda una vida desde que cruzó la calle hasta que subió los peldaños que daban a la entrada.

Drake había vuelto con Eleanor y Mary Beth, porque, aunque la casa estaba bien vigilada, se sentía más tranquilo sabiendo que uno de ellos estaba allí. ¡Dios sabía cuál sería el siguiente paso de ese loco!

Charles y él subieron las escaleras que conducían a la habitación. Nicholas le hizo señas a su amigo para que esperara fuera. Charles, aunque a disgusto, asintió en silencio. Nicholas giró el picaporte y entreabrió la puerta. La habitación estaba en penumbras, y lo único que los separaba de la oscuridad total era la luna llena que, en todo su cénit y libre de nubes, iluminaba parcialmente la habitación y dejaba ver lo que se ocultaba en ella. A pesar de ello, Nicholas la cruzó con cuidado.

—Aquí no hay nadie, sólo papeles y documentos. Me temo que están en francés, así que es mejor que los revises tú —le dijo a Charles mientras encendía una vela que había encima de una vieja mesa, ubicada debajo de la ventana.

Una vez que la habitación se iluminó lo suficiente, giró sobre sí para tener una visión completa. Varias prendas dobladas encima de una silla, un camastro en el rincón bajo un espejo roto y una bolsa de color marrón componían todo lo que había. No era lo que se decía un lugar acogedor.

—¿Charles? Entra.

Al ver que su amigo no contestaba se acercó a la puerta.

—¿Pero que estás...?

—Charles no puede entrar. Digamos que se siente momentáneamente indispuesto.

Nicholas se detuvo a escasos pasos de la entrada. Allí estaba Danvers, de carne y hueso, con una sonrisa en los labios y una pistola en la mano derecha.

—¿Qué le ha hecho?

—No se preocupe. No está muerto, por ahora.

Nicholas sopesó la situación y no era nada alentadora para él. Había guardado su arma al encontrar la habitación despejada y, en ese momento, le era imposible volver a atraparla, porque cualquier movimiento que realizara en falso sería su sentencia de muerte. Tenía que pensar en algo; y rápido. En un intento por ganar tiempo, interrogó a Danvers.

—¿Cómo consiguió sobrevivir?

Una sonrisa maliciosa se extendió por los labios de aquella sabandija.

—Increíble, ¿verdad? Fue un infierno —le dijo entre dientes—. Se produjo un incendio cuando todos dormían. Tenía que haber visto el barco en llamas, mientras la gente gritaba de horror, corriendo para salvar la vida. Hubo una explosión de la que yo llevo visibles marcas —le dijo y señaló su cara y la mano—. Las considero una inversión. Yo desaté el incendio para deshacerme de Lavillée, pero se me fue de las manos. Quería que llegara a él primero y que me fuera fácil escapar. Sin embargo, las cosas no siempre resultan como uno las espera. El barco no tardó en hundirse en las frías aguas. Aún puedo escuchar el chapoteo de algunos que creyeron poder sobrevivir. Yo me sostuve de un trozo de madera, aunque sabía que todo lo que hiciera sería inútil. Sin embargo, intenté postergar, lo máximo que pude, la hora de mi muerte. Créame, no sabe lo testarudos que podemos llegar a ser aun sabiendo que no tenemos salida. Es el instinto animal que llevamos dentro, y nos impulsa a no rendirnos. No recuerdo nada más. Sólo sé que después, desperté en un barco pesquero. Era el único sobreviviente. Un milagro irónico, si así le parece.

—¿Y qué quiere? —preguntó Nicholas mientras, poco a poco, casi de manera imperceptible, se acercaba a la mesa.

—¿Que qué quiero? Vamos, Brame; creía que usted era más inteligente. ¡Quiero lo que es mío! ¿Me escucha? Eleanor y todo su dinero eran míos y ¿qué descubro cuando vuelvo? Que todo ha desaparecido. Esa zorra me arrebató lo que me pertenecía. Ella debía ser mi esposa, mi esclava, y no la suya. He pasado por muchas cosas para lograr casarme con ella y apoderarme de su fortuna. Y ahora que está tan cerca, usted no podrá impedírmelo.

Danvers apuntó directamente al corazón, dispuesto a dar el paso final.

Con un sólo movimiento, rápido como el viento, Nicholas apagó la vela y dejó la habitación prácticamente a oscuras.

Un disparo seguido de un fogonazo se escuchó en el silencio de la noche.

Nicholas se tiró a un lado y esquivó el tiro mortal y, antes de pensarlo dos veces, saltó como un rayo encima de Danvers y le impidió que le disparara de nuevo.

El forcejeo entre ambos no duró mucho, porque Nicholas, cegado por la furia, parecía dotado de una fuerza sobrenatural. Se desató la ira que había estado conteniendo y lo golpeó sin piedad, una y otra vez, hasta que la cara de Danvers empezó a deformarse por los golpes.

—¡Nicholas! ¡Basta! ¡Detente!

Charles lo tomó por los hombros y lo sacó del trance en el que se había sumido. La habitación estaba iluminada otra vez. En algún momento, Charles había vuelto a encender la vela.

—¡Charles, suéltame! —le dijo, ya en sí.

—Tranquilo. Ya lo tenemos. Ese malnacido pagará por lo que ha hecho.

Nicholas se fue relajando mientras veía cómo su amigo se palpaba, repetidamente, la parte de atrás de la cabeza.

—Me dio un golpe que me dejó inconsciente. —Hizo una pausa—. ¡Cuidado! ¡Nicholas!

Charles gritó su nombre en el mismo instante en que vio sacar a Danvers un cuchillo de la manga de su chaqueta.

Nicholas lo esquivó, sacó su pistola y, con un certero disparo, atravesó el negro corazón de Andreu Danvers.

* * *

Eleanor abrió, muy despacio, los ojos. Sentía los párpados pesados, como si sobre ellos le hubiesen colocado sacos de arena.

La habitación en penumbras estaba caldeada por el fuego que crepitaba en el

hogar. Intentó girar la cabeza, pero un ramalazo de dolor la recorrió de arriba abajo. Soltó un quejido, cerró los ojos y apretó los dientes, en un vano intento por calmarlo.

—Shh, tranquila.

—¿Nicholas? —preguntó ansiosa de que aquello fuera cierto y no parte de un sueño.

—Sí, mi amor. Aquí estoy.

Sintió cómo el colchón cedía ante el peso de su marido que, con mucho cuidado, se sentaba a su lado. Abrió de nuevo los ojos y pudo comprobar en ellos cierta preocupación, aunque también algo más, algo que había aprendido a reconocer: amor.

—Nicholas, fue Danvers —le dijo al recordar que no le había dicho quién la había atacado, por temer que la vida de Nicholas también estuviera en peligro—. Debes tener cuidado —continuó no sin esfuerzo.

Tenía la boca y la garganta secas.

—Lo sé, y no debes preocuparte más por él.

Eleanor sintió un escalofrío.

—¿Qué ha pasado?

—Nada que deba inquietarte. Fui a buscarlo. Se alojaba en una vieja posada junto a los muelles.

Eleanor lo miró con toda su expresión y lo animó a que contara el resto.

—Fue en defensa propia, si eso es lo que te preocupa. No negaré que deseaba matarlo por lo que te había hecho, y si Charles no me hubiese detenido, probablemente es lo que hubiese ocurrido, pero me detuve. Luego, él sacó un cuchillo, y tuve que dispararle.

—¡Oh, Nicholas, Dios mío, abrázame!

Nicholas la estrechó entre sus brazos con sumo cuidado y amortiguó, contra su pecho, los sollozos descontrolados de su mujer.

—Ya todo ha acabado, cálmate. Shh, mi amor, mi vida.

Eleanor sentía que Dios la había bendecido por segunda vez. Nicholas estaba a salvo, y su hijo también. Ella sabía que así era. En ese instante, en el que tenía a su marido de nuevo a su lado, abrazándola, después todo lo que podría haber pasado, dejar de llorar le era imposible.

Podría haber muerto y, sin embargo, allí estaba con Nicholas, el hombre más maravilloso del mundo, que le había hecho el mejor de los regalos: su amor incondicional. Con él sentía que la vida tenía sentido. La había hecho olvidar los años de soledad y de dolor que la habían acompañado desde que había partido hacia

París. La había hecho sentirse deseada, amada y protegida. A su lado, era como si nada malo pudiese ocurrirle.

Cuando Danvers la había atacado en la fiesta de compromiso de Mary Beth, había pensado, en un primer momento, que su fin llegaba. Pero el recuerdo de Nicholas le había dado la calma y la fuerza necesarias para rebelarse ante su destino. Le había salvado la vida.

—Te amo, Nicholas, más que a nada en este mundo.

Él se acostó junto a ella, la tomó de nuevo en sus brazos y acomodó la cabeza de Eleanor sobre su hombro.

—Yo también te amo, mi vida. Hasta que tú llegaste estaba a oscuras. Despertaste mi corazón y desenterraste mi alma. Eres todo para mí. Nuestro hijo será el niño más afortunado del mundo, porque te tendrá a ti como madre.

Eleanor sonrió con el corazón oprimido ante la emoción que sus palabras le habían causado. Con la mano de Nicholas sobre su vientre, sintió que no podría ser más feliz.

Epílogo

—¡Ellie! ¡El niño ha vuelto a desaparecer! —dijo Gail exaltada.

Eleanor levantó la cabeza de la carta que acababa de recibir de Mary Beth. En ella, su amiga le contaba lo feliz que era en su estado de casada, y de las ganas que tenía de volver a verlos. Aunque Génova era preciosa, estaba deseando que Drake terminara con los negocios que los habían llevado allí para, por fin, establecerse definitivamente en Londres.

—Ellie, el niño debe observar un horario —insistió Gail.

—No te preocupes —respondió Eleanor con tranquilidad—. El niño está en buenas manos.

—Eso no lo dudo; pero a este paso, se convertirá en un malcriado.

Eleanor rió ante tal comentario. La propia Gail lo mimaba en exceso, aunque creyera que nadie se daba cuenta de ello. Entre Nicholas y ella tenían al pequeño Henry Nicholas Brame hecho un diablillo.

—Iré a ver dónde están.

—Eso —dijo Gail con la barbilla levantada—, y encárgate de que duerma la siesta; si no, después no dejará a nadie tranquilo.

Eleanor bajó a la biblioteca. Sabía que Nicholas estaba allí. Booton se lo había señalado antes de que ella preguntara nada.

Abrió lentamente la puerta.

—Así es, Henry. Ya lo verás. Las mujeres son complicadas, pero son lo mejor del mundo entero.

Eleanor se apoyó en el vano de la puerta para contemplar la estampa más hermosa que hubiese visto jamás. Sentado en el sillón, con su hijo en brazos, Nicholas le rozaba la mejilla con los dedos y acunaba al pequeño Henry tiernamente.

—¿Sabes que te quiero con locura? —preguntó.

Henry soltó un suspiro, como si así le diera a entender a su padre que había escuchado y comprendido sus palabras.

—Tú y tu madre sois lo mejor que me ha pasado en la vida.

Eleanor sintió que los ojos se le humedecían.

—Y tú eres lo mejor que me ha pasado a mí —le dijo ella a su vez.

Nicholas levantó la cabeza sorprendido.

— Gail vino a quejarse de que estás malcriando a nuestro hijo.

Nicholas arqueó una ceja en señal de desacuerdo.

—Ya, ella es peor aún.

—Sí, lo sé. A este paso, seré yo quien tenga que imponer disciplina.

—¿Puedes esperar hasta mañana? —le preguntó con una sonrisa que no podía hacer que Eleanor dijera lo contrario.

—Por supuesto —dijo Eleanor y se acercó a los dos.

Nicholas abrió su brazo izquierdo, y Eleanor no lo pensó más. Se incorporó a esa maravillosa escena y abrazó a Nicholas, quien a su vez tenía entre sus brazos a sus tesoros más preciados. Permanecieron así unos instantes que detuvieron el tiempo e hicieron de Eleanor la mujer más feliz del mundo. Luego, el pequeño se durmió. Nicholas, entonces, decidió acostarlo en su cama. Esa noche vendrían su tío Henry y su abuela a cenar, como hacían habitualmente, y querrían mimarlo, "malcriarlo" como decía Gail, en especial su tío con el que se tenían mutua adoración. Sí, Nicholas no sólo había salvado a Ellie de las pesadillas de su pasado, sino que le había devuelto a su familia. Ella podía cuidar de su hermano y había hecho las paces con su madre. Guardó la carta de Mary Beth y acarició la que su marido le había escrito desde Francia, apenas unos meses antes de que naciera el pequeño Henry Nicholas. No necesitaba releerla, sabía su contenido de memoria:

Amada esposa:

Te dije, casi sin darte tiempo a que pudieras replicar nada, que debía partir a Francia en una última misión. Sé que debes de haberte preocupado, pero era indispensable para mí, para ti y para nuestro hijo que la llevara a cabo. Verás, la noche en que me enfrenté a Danvers, Charles volvió a la guarida del criminal para borrar los rastros de nuestra presencia y encontró allí cartas y documentos. Cuando los leí, se me heló la sangre. Hice algunas averiguaciones, envié a Charles a Bedlam y presionó al director, lo que corroboró mis inquietudes. Entonces, tuve que partir. Aunque eso implicara distanciarme de ti y no poder darte los motivos en el momento.

Los documentos que poseía Danvers daban cuenta de una enorme finca que tu padre poseía en secreto cerca de Lille y que había comprado a nombre de Henry. Tu madre había sido nombrada administradora de la propiedad que daba una renta anual más que interesante. Registrada bajo las leyes francesas, si tu madre

moría, tú debías seguir administrando la hacienda en nombre de tu hermano y, si ambos morían, tú serías la heredera. Luego, entre los muchos papeles, había otros documentos que autorizaban a Danvers a realizar gestiones para la venta de los productos que allí se cosechaban. Las firmaba tu madre y en una fecha muy posterior a su supuesta muerte.

El corazón de Eleanor siempre daba un salto de alegría al recordar aquella parte y continuaba con la carta.

Supuse que, entonces, no habían muerto en realidad. Que, de algún modo, ese monstruo de Danvers los tenía prisioneros y firmando documentos para llevarse las ganancias de lo que la finca producía. Mis sospechas se confirmaron cuando Charles me dijo que el corrupto director de Bedlam le había confesado que el certificado de defunción de Henry era falso y que un hombre le había pagado para que lo fraguara y que ese mismo hombre, que respondía a la descripción de Danvers, lo había llevado a Francia con otros certificados que el director del nosocomio había falsificado para él.

Fue en ese momento en que decidí venir a Francia. Tenía que comprobar mis sospechas, tenía que intentarlo por ti. Pero no podía decirte nada, mi amor, porque no quería crearte falsas expectativas. Los encontré en la finca. Un matrimonio los mantenía ocultos por estrictas órdenes de Danvers. Pero la prueba de que su antiguo patrón estaba muerto y la tentación de una cuantiosa recompensa hicieron que me llevaran con ellos. Me presenté como tu esposo y tu madre lloró de alegría. Nos abrazamos los tres reunidos por el amor que te tenemos. Tu madre me contó cómo el viaje en barco había sido la forma que Danvers había tenido para deshacerse de Lavillée. Y que se enfureció cuando supo que habías podido escaparte y habías vuelto a Londres.

Ahora, todo eso ha quedado atrás. Ellos han decidido vender esa finca que tantos malos recuerdos les trae y han decidido regresar a Inglaterra. A tu lado. Los tres partiremos en pocos días, cuando todos los papeles de la venta estén arreglados. Es hora de que termine esta larga carta. No puedo hacerlo sin antes decirte que te extraño y que te amo.

Atentamente tuyo,

Nicholas

—¿Otra vez estás rememorando la carta? —le preguntó Nicholas en un susurro.

—Recordaba que eres mío, que así me lo escribiste —contestó Eleanor y todo dejo de nostalgia desapareció de su rostro—. ¿Acaso piensas que no fue una decisión correcta entregarte a mí? —le preguntó en tono de broma.

—Pienso que fue lo mejor que hice en mi vida.

Fin